

Alec Maclellan

EL MUNDO PERDIDO DE AGHARTI



La misteriosa Fuerza Vril
dominando al Hombre y la Naturaleza

EL MUNDO PERDIDO DE AGHARTI

Una antigua leyenda habla de una red de grutas que comunican los continentes y confluyen en un lugar bajo el corazón de Asia, donde existe un reino subterráneo habitado por una antiquísima super-raza, invisible durante milenios, pero vigilando cuanto sucede sobre la superficie.

Este subterráneo país se llama Agharti, sus leyendas sobreviven en la tradición de muchos países, y Agharti y los túneles que a él conducen han sido buscados por generaciones de exploradores.

En los últimos 100 años, el interrogante sobre Agharti, ha fascinado a grandes figuras del ocultismo mundial como el británico Lord Bulwer Lytton, la teósofa rusa Helena Blavastky y el místico norteamericano Nicholas Rosrich, y quizá lo más sorprendente, a Adolfo Hitler, atraído por la leyenda de la Super-Raza que, basada en la "Vril power" desarrollada por los habitantes de Agharti, posibilitaría el control del Hombre y la Naturaleza.

El autor nos brinda este trabajo fruto de una laboriosa selección de noticias y evidencias provenientes de todo el mundo.

"EL MUNDO PERDIDO DE AGHARTI" será sin duda uno de los libros más fascinantes y controvertidos de esta década.

Alec Maclellan

EL MUNDO PERDIDO DE AGHARTI



La misteriosa Fuerza Vril
dominando al Hombre y la Naturaleza

ALEC MACLELLAN

EL MUNDO PERDIDO DE
AGHARTI

LA MISTERIOSA FUERZA VRIL
DOMINANDO AL HOMBRE Y LA NATURALEZA

NUEVOS TEMAS

Título del original inglés:
THE LOST WORLD OF AGHARTI

Traducción de:
RAFAEL LASSALETTA

- © Seventh Zenith Ltd., 1982
© 1984, EDAF, Ediciones-Distribuciones, S. A. Jorge Juan, 30. Madrid
Para la edición en español por acuerdo con SOUVENIR PRESS PUBLISHERS
(Inglaterra).

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiadora, grabadoras sonoras, etcétera, sin el permiso escrito del Editor.

I.S.B.N.: 84-166-938-2
Depósito Legal: M.12880-1984

PRINTER IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

FUR, S.A., Ctra. de Paracuellos a Belvis, Km. 0,3. Madrid

"Puedo afirmar que lo he traído desde una profunda oscuridad hasta una delgada niebla, y que he ido más lejos que cualquier otro hombre."

John Aubrey
Miscellanies



INDICE

	<i>Págs.</i>
AGRADECIMIENTOS.....	12
PROLOGO.....	13
1. UNA EXTRAÑA EXPERIENCIA SUBTERRANEA.....	15
2. LA LEYENDA DE AGHARTI.....	31
3. LOS BUSCADORES DE UN MUNDO PERDIDO.....	43
4. LA EXTRAÑA BUSQUEDA DE FERDINAND OSSENDOWS- KI.....	63
5. LA BUSQUEDA DE SHAMBALLAH.....	75
6. EL ENIGMA DEL MUNDO SUBTERRANEO DE LORD LYT- TON.....	87
7. ADOLF HITLER Y LA "SUPER-RAZA".....	103
8. LOS PASADIZOS SECRETOS DE AMERICA DEL SUR.....	119
9. BRASIL Y LA CONEXION CON LA ATLANTIDA.....	137
10. EL "MUNDO SUBTERRANEO" DE NUEVA YORK.....	155
11. EL MISTERIO DEL PODER VRIL.....	175
12. ¡EL DESCUBRIMIENTO DE SHANGRI-LAI!.....	189
13. EL REINO DEL "REY DEL MUNDO".....	209
BIBLIOGRAFIA.....	235

RECONOCIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin el trabajo de los primeros investigadores de la leyenda de Agharti y los temas relacionados con ella, y por tanto quiero expresar mi agradecimiento al Dr. Raymond Bernard, Robert Ernst Dickhoff, Eric Norman, Charles A. Marcoux, Carl Huni, Profesor Henrique Jose de Souza, Robert Charroux y Erich von Däniken. En particular, me encuentro en deuda con las exhaustivas investigaciones del finado Harold T. Wilkins, y quisiera agradecer a sus editores Messrs Rider & Co. Ltd, por el permiso para citar sus libros, así como a los Messrs Jarrolds Ltd. Nicholas Roerich y Edward Arnold Ltd for Ferdinand Ossendowski. Las otras citas se reconocen en el texto. También quisiera expresar mi agradecimiento al personal del British Museum, Londres, la Bibliotheque Nationale, Paris y the New York Public, quienes con tanta dedicación me han ayudado en mis investigaciones, así como a los numerosos amigos de Gran Bretaña, Europa y América, que tanto me ayudaron, y de modos tan diversos, a la realización de esta obra. Quizá debiera añadir que todas las opiniones y conclusiones expresadas en este libro son más, salvo que se diga de otro modo.

A.M.
1981

PROLOGO

“Los túneles y laberintos han jugado un misterioso papel en las antiguas civilizaciones de las zonas de lo que, erróneamente, podrían llamarse los mundos más antiguos de Asia, Europa y Africa. ¿Quién puede decir lo que los antiguos sacerdotes emperadores del viejo Perú sabían, o habían heredado, de aquellas civilizaciones desaparecidas que no son ni siquiera un nombre, o al menos no más que una sombra débil y fantasmal? Una antigua tradición del Hindostán brahmánico habla de una gran isla de “belleza sin parangón” que, en tiempos muy antiguos, se encontraba en medio de un vasto mar del Asia central, en cuyo norte está ahora el Himalaya. Vivía en la isla una raza de nefilín, u hombres de una edad de oro, pero no existía comunicación entre ellos y los que habitaban el continente, salvo por medio de túneles que irradiaban en todas las direcciones y tenían varios cientos de kilómetros de longitud. Se decía que esos túneles tenían entradas ocultas en las viejas ciudades en ruinas de la India; como los antiguos restos de Ellora, Elefanta y las cavernas de Ajanta en el Chandore.

“Incluso hoy en día, entre las tribus de mongoles de la Mongolia interior se cuentan tradiciones sobre túneles y mundos subterráneos de apariencia tan fantástica como las historias de las novelas modernas. Una leyenda —si sólo es eso— dice que los túneles conducen a un mundo subterráneo de origen antediluviano que se encuentra en algún lugar en una cueva de Afganistán o en la zona del Hindu Kush; es Shangri-la, en donde una raza de gran conocimiento, nunca amenazada por las guerras del mundo, desarrolló pacíficamente la ciencia y las artes. Incluso tiene un nombre: Agharti. ¡Añade la leyenda que un laberinto de túneles y pasadizos subte-

rráneos extendidos en una serie de vínculos conectan Agharti con todos los otros mundos subterráneos! Los lamas tibetanos afirman incluso que en América, no dicen si en la del norte, la del sur o la central, en enormes cuevas de un submundo al que se llega por túneles secretos, viven pueblos de un mundo antiguo que escaparon así a un tremendo cataclismo hace miles de años. Se supone que estas fantásticas y antiguas razas de Asia y América están gobernadas por jefes benevolentes o reyes arcones. Se dice que el mundo subterráneo está iluminado por una extraña luminiscencia verde que favorece el crecimiento de los cultivos y conduce a la extensión de los días y la salud."

(Extracto de una declaración hecha en Londres en 1945 por Harold T. Wilkins [1891-1959], historiador y explorador y una de las principales autoridades mundiales sobre túneles y pasadizos subterráneos.)

1. UNA EXTRAÑA EXPERIENCIA SUBTERRANEA

El día en que iba a tener una de las experiencias más extrañas e intimidantes, de mi vida, pero en última instancia más fascinante, empezó de un modo bastante ordinario.

En compañía de algunos parientes, me hallaba de vacaciones en el West Riding de Yorkshire, en el austero pero agradable pueblo de Keighley, muy cerca del famoso Ilkley Moor. Era un día de verano, y el cielo azul claro y la fuerte luz del sol ponían de relieve las colinas del norte. Apenas merecen el nombre de montañas, pues son anchas y achaparradas, y la más alta, Great Whernside, sólo mide 649 metros de altura.

Aquella mañana había partido en dirección al Great Whernside. Me había levantado pronto y dirigido hacia Grassington, desde donde tenía pensado caminar por el agradable valle del río Wharfe. Como me encanta la historia antigua, difícilmente podía haber elegido un lugar mejor para empezar mi paseo que Grassington, pues allí, en Lea Green, están los restos de un pueblo de la Edad del Hierro que estuvo ocupado desde el año 200 a. de C. al 400 de nuestra era. Los pequeños montículos circulares y las piedras trabajadas cubiertas de hierba ofrecían una evidencia muda de que éste fue uno de los puntos más poblados de los valles durante la Edad del Hierro, y mostraban también el motivo por el que se le considera una de las sedes prehistóricas más interesantes de Inglaterra. Como ha escrito Lettice Cooper en *Yorkshire West Riding* (1950):

"Grassington ha sido siempre la metrópoli de Wharfedale. Hay restos allí de una ciudad prehistórica anterior al momento en que los

romanos descubrieron las minas de plomo que le dieron importancia. Grassington y Linton, en el valle inferior, son particularmente ricos en flores silvestres y cuentos de hadas. Hay leyendas que hablan de los temidos "barguest", los perros fantasmas de los valles, cuya aparición predice el desastre; y *Fairy Hole* (agujero de hadas) es el nombre que se da a una abertura baja en la roca caliza."

Todo era paz y tranquilidad cuando inicié mi paseo por el valle. Es extraño, sin embargo, que volvieran a mi mente algunas palabras que había leído la tarde anterior; eran de Daniel Defoe y trataban sobre su gira por West Riding en los primeros años del siglo XVIII. Hablaban de las montañas del Upper Wharfedale, que tenía delante de mí bajo la luz caliente del sol, y decían: "Son más terribles que cualquiera de las Monmouthshire o Derbyshire, especialmente Pingent Hill." Miré hacia delante a mi izquierda y pude divisar apenas la cima plana de "Pingent Hill", conocido ahora como Penyghent, y me sorprendió que Defoe se hubiera sentido tan perturbado ante aquella escena. Sabía que había vivido en una época en la que no se admiraba la belleza salvaje, pero su hostilidad llegaba casi al miedo. Inesperadamente, un estremecimiento recorrió mi columna vertebral. Entonces entendí lo que es un presagio...

Caminé por Grassington Moor y vi la primera evidencia de las minas que, en parte, me atrajeron hacia aquella zona. Por lo que pude leer antes de llegar a Yorkshire, sabía que en el valle del río Wharfe había habido minería de plomo durante siglos, y que se había trabajado con pozos y niveles, en lugar de con desenterramientos por medio de corrientes, método más tradicional. Como es natural, por este motivo acudieron los curiosos además de los mineros. El reverendo Baily Harker, en su guía pionera, *Rambles in Upper Wharfedale*, publicada en 1869, estimulaba de hecho a los turistas a que visitaran las minas. "Recomendaría a los visitantes un viaje por el subsuelo", escribía, aunque el descenso pueda asustarles un poco. Se puede llegar al fondo de algunos de los pozos mediante escaleras, y en algunos otros casos mediante cuerdas.

Las minas, desde luego, llevaban cerradas casi un siglo, aunque ocasionalmente podía verse a un alma fuerte rebuscando entre los montones de desperdicios para encontrar pedazos de varitas y mena de plomo que hubieran dejado los antiguos mineros. En mi

caminata pasé junto a algunos de esos montones de desechos, y por las notas que tenía pude identificar algunas de las famosas minas de Moss, Sara, Beaver, Turf Pits y Perú. Me era posible sentir que en algún tiempo ese paisaje había rebullido con la actividad de unos mineros que producían plomo por valor de miles de libras anuales. Ahora, bajo la luz del sol de la mañana, todo estaba quieto y silencioso.

Para ser sincero, sin embargo, he de decir que no sólo las minas me habían atraído a Wharfe Valley. También estimularon mi interés las historias de cuevas y túneles antiguos que se decía abundaban en la zona. Unos días antes había hecho una visita al Pig Yard Club Museum, en Settle, que contiene una serie de recuerdos, todos los cuales te hacen apreciar el motivo de que de las cuevas de esta zona se haya dicho que eran "un vademécum de la vida en los tiempos remotos". Contemplando aquella notable colección recordé el comentario que hacía G. Bernard Woods en su *Secret Britain* (1968) de que "deberíamos comprender nuestra pertenencia a un mundo casi ilimitado en el que aún bullen los secretos, algunos de ellos medio dichos".

Entre los elementos de la colección se halla el cráneo de un gran oso de cueva, evidencias de un elefante de colmillos rectos y un rinoceronte de esbelta nariz, un arpón de pesca hecho con un cuerno de ciervo y una gran variedad de ornamentos y monedas antiguas; todo ello desenterrado de las cuevas de la zona. Mi emoción al contemplar todas aquellas muestras se asemejó mucho a la de Mr. Wood, quien también escribió en su libro: "Los problemas modernos se me sitúan pronto en perspectiva al contemplar tales evidencias de peligros pasados, de humildes tareas hogareñas, o quizá de felicidad doméstica."

No necesitaba de más estímulo para explorar Wharfe Valley. Sin embargo, sabía también que aunque algunas de las cuevas y túneles estaban fechadas en el mesolítico, neolítico, y los períodos del bronce y del hierro, había otras mucho más asombrosas, mucho más misteriosas, pocas de las cuales fueron investigadas de pleno. Y conocía la extraordinaria declaración de un tal Dr. Buckland, que exploró la Kirkdale Cave en 1882, y había querido demostrar en su libro, *Reliquiae Diluvianae*, que los restos que él halló "pertencieron a hombres que habían sido barridos por el diluvio de Noé".

Caminar por el valle en aquel día de verano no resultaba duro, y antes de darme cuenta de ello me encontraba a la sombra del Great Whernside. Había ya visto muchas evidencias de las cimas que forman en la zona un gran sistema subterráneo natural, y que atraen a muchos espeleólogos cada año, pero en lo que me hallaba más interesado era en las cuevas.

Me encontraba en un punto intermedio entre los pequeños pueblos de Kettlewell y Starbottan, en donde los escarpados bordes de la colina cercan el valle, cuando vislumbré fugazmente la entrada de una cueva en la ladera de la colina. Desde donde me encontraba, ni siquiera tenía la seguridad de que se tratara de una cueva, pero para entonces estaba ya ansioso por explorar algo y volví mis pasos en aquella dirección.

Al acercarme, me di cuenta de que no me había equivocado, aunque la entrada a la cueva era muy pequeña y estrecha. Saqué la linterna que llevaba e iluminé con su haz de luz a través de la pequeña abertura. Sólo la oscuridad se extendía ante mis ojos, y podía oír el sonido suave del agua que goteaba desde el techo de la cueva.

En cuanto entré, percibí una corriente de aire frío. Vacilé un momento, y me pregunté si realmente valía la pena explorar algo tan poco prometedor. Pero ¿era ése el auténtico motivo de mis dudas, me pregunté a mí mismo, o podía achacarlas al nerviosismo que sentía?

Me decidí, por tanto. Había llegado tan lejos para contemplar una cueva, y lo haría. Me abotoné la chaqueta y el cuello de la camisa, y me puse en movimiento siguiendo el poderoso haz de luz blanca de la linterna. Las paredes de la cueva parecían descender gradualmente y luego tomaron una forma de túnel más regular. El suelo que pisaba era duro y rocoso, aunque de vez en cuando chapoteaba en pequeñas charcas de agua.

Sólo el sonido de mi respiración y mis pasos rompía el silencio, y delante de mí la luz revelaba que el túnel continuaba descendiendo gradualmente sin apenas curva alguna. Me volví una vez para mirar a mis espaldas, pero sólo comprobé la oscuridad impenetrable.

Debí andar unos diez minutos antes de detenerme. No había ningún indicio de que el túnel fuera a cambiar de altura o pendiente, y me pregunté a mí mismo por cuánto tiempo proseguiría.

Pensé que había encontrado y explorado uno de los extraños túneles subterráneos del West Riding. No era espeleólogo, y por tanto de nada servía que siguiera más allá. Algo arrepentido ya, pensé que hasta podría ponerme en peligro si me equivocaba en algo.

El sentido común, y quizá una sensación de inquietud, me hicieron decidirme. Investigué con la linterna a mi alrededor, y cuando iba a volver sobre mis pasos algo me detuvo. Al haber movido la linterna había captado con el rabillo del ojo un débil brillo lejos, delante de mí en el túnel. Evidentemente, la luz penetrante de mi linterna lo había ocultado hasta aquel momento.

Escudriñé más para asegurarme de que no estaba equivocado. No, había claramente un brillo apagado a alguna distancia por delante de mí. Dudé durante un momento. ¿Debía investigar o regresar?

Mientras estaba allí, detenido a la luz del túnel, pareció crecer en intensidad, aunque podía tratarse sólo de una ilusión. Con precauciones, volví a desplazarme de nuevo hacia delante, dirigiendo ahora el haz de mi linterna a los pies. Caminé con cuidado, reteniendo casi la respiración, durante unos 50 metros. Desde allí pude darme cuenta de que la luz era de color verde y de que parecía titilante. No tenía la menor idea de cuál podía ser su origen. Y me detuve de nuevo.

Entonces sucedió algo aún más extraordinario. Al principio pensé que aquel sonido era el de mi propia respiración, pero luego discerní con claridad un suave zumbido que gradualmente iba creciendo en intensidad. Mientras así lo hacía, sentí que, bajo mis pies, el suelo comenzaba a vibrar, al principio muy suavemente, pero creciendo de modo uniforme en intensidad. El zumbido se había convertido en un retumbar, y simultáneamente la luz verde parecía titilar con mayor fuerza. Sentí el latido de mi corazón, y en la oscuridad me sobrecogió un repentino terror. Tenía la impresión de que algo venía hacia mí.

¿Qué demonios estaba sucediendo? ¿Qué era aquella extraña luz? ¿Y qué estaba causando aquella vibración bajo mis pies? Creí hallarme en el túnel de alguna mina de Yorkshire largo tiempo olvidada, pero mis sentidos parecían decirme que había entrado en un lugar mucho más extraordinario.

En los momentos siguientes, el titilar de la luz y el movi-

miento del suelo crecieron aún más, y llegué a pensar que el túnel caería sobre mí. Ese pensamiento deshizo el sentimiento de asombro que me había sobrecogido, y sin pensarlo más me di la vuelta y corrí hacia atrás por el pasadizo.

No dejé de correr hasta que salí, jadeante, a través de la entrada del túnel y sentí la luz del sol y el calor de aquel día de verano. Me dejé caer exhausto sobre el suelo y traté de recuperar la respiración. Gradualmente, desapareció mi pánico y traté de comprender lo sucedido.

No cabía duda respecto a la luz verde que había visto ni a la sensación de que la tierra temblara bajo mis pies. Si las minas de aquella zona del país estuvieran siendo aún trabajadas, hubiera tratado de convencerme de que me había acercado mucho a algún pozo subterráneo. Si en alguna zona de esta parte de Yorkshire existiera un tren subterráneo, podría haber pensado que había entrado en un pozo de ventilación. Pero no pude encontrar ninguna explicación lógica a la experiencia que acababa de vivir.*

La extraña luz verde era diferente a cualquiera que hubiese visto antes, y el ruido me dio la impresión de proceder de una enorme máquina. ¿Pudo tratarse de una luz y de algún extraño medio de transporte subterráneos?

En aquel momento no estaba seguro de por qué esos pensamientos llegaban a mi mente. Y ahora, una década más tarde, no estoy seguro de que sean la solución correcta, aunque, como este libro trata de demostrar, pueden no estar muy lejos de la verdad. He de admitir que nunca he vuelto para encontrar ese túnel, y dudo de que pudiera hacerlo ahora.

Aquel mismo día, al regresar al Keighley, comenté mi experiencia con mis parientes y amigos, y lo que me dijeron me convenció de que no se había tratado de un sueño o una ilusión y de que, con toda probabilidad, había experimentado las mismas sensaciones que dieron lugar a la gran tradición en el West Riding de Yorkshire, que dice que en alguna parte de los valles se encuentra la entrada a un mundo subterráneo. Era común la afirmación de

* Me han sugerido que la luz verde pudo haber sido causada por un extraño fenómeno conocido como fuego fatuo, que es el resultado del gas pantanoso en la tierra putrefacta y produce pequeñas llamas; y que el ruido se debía simplemente al movimiento repentino de algunas rocas subterráneas. Aunque es innegable que ambas explicaciones son posibles, no acaban de convencerme.

que este reino subterráneo era el albergue de hadas, duendes y enanos; pero algunas personas mantienen que, en realidad, es el lugar donde habitan personas como nosotros que han vivido ocultas a la vista del hombre desde tiempo inmemorial.

Aunque en mi investigación posterior, en la que traté de solucionar el misterio de mi experiencia, encontré abundantes detalles acerca de un "submundo de hadas" (cfr. *A Tour of the Caves*, 1781, del Reverendo John Hotten, quien ha escrito que las cuevas de Wharfedale eran "alternativamente el hábitat de gigantes y hadas, según predominara una diferente mitología en el país"), fue en realidad en el trabajo de un hombre que vivía en esos momentos en Wharfedale donde encontré la evidencia más notable de todas. Ese hombre era Charles James Cutcliffe-Hyne (1865-1944), quien, aunque en la práctica es un autor olvidado hoy en día, sigue siendo recordado por algunos viejos lectores como el creador del duro e implacable aventurero, el capitán Kettle.

Lo que me interesó en un principio de Cutcliffe-Hyne fue el hecho de que hubiera vivido en Kettlewell, a tan sólo unos kilómetros de la extraña cueva donde viví mi experiencia. En segundo lugar, que hubiera ganado cierta fama como osado aventurero que gustaba de la exploración, y que estaba obsesionado con la leyenda de la perdida Atlántida.* Y, en tercer lugar, que había escrito un libro, actualmente muy raro de encontrar, *Beneath Your Very Boots* (publicado en 1889), sobre un reino subterráneo, que según las murmuraciones de Wharfedale estaba basado en hechos que había descubierto realmente.

Cuando pude obtener un ejemplar y leerlo, descubrí que algunos de los hechos coincidían exactamente con mis propias experiencias. La historia cuenta las aventuras de un tal Anthony Haltoun en un mundo subterráneo al que consigue entrar por una cueva "en el valle del Wharfe, cerca de su principio". La entrada está en "el flanco norte del valle", y el joven entra a pesar de un aviso de un habitante de la localidad para que "deje las cuevas en paz, evitando que le cacen las gentes que viven en ellas".

Haltoun nos dice que el pasadizo no tenía nada que ver con

* Cutcliffe-Hyne escribió una excelente novela sobre el tema de los últimos días de la Atlántida, *The Lost Continent*, publicada en 1899, y muy poco leída hoy, pero ampliamente citada en obras de ciencia ficción.

el de una mina de plomo, "pues las minas de Wharfedale son casi todas horizontales", mientras que éste se dirigía hacia abajo con una pendiente gradual. Al caminar por él, se encuentra con "una luz brillante que titilaba en la oscuridad y descubría a un grupo de hombres que avanzaban hacia mí". Al acercarse a aquellos hombres, la tierra empezaba también a moverse y temblar, y el asombrado Haltoun se desmayó.

Cuando recobra el sentido, el narrador descubre que ha caído en manos de una raza subterránea llamada los *nradas*, gentes de piel blanca y cabellos rubios que han vivido en un estado de armonía y paz desde tiempos prehistóricos. No eran partidarios de la guerra, y fue su "odio a los combates lo que les hizo, en primera instancia, buscar abrigo bajo el suelo, pues se estaba produciendo una carnicería". Haltoun pregunta a sus huéspedes:

"—¿He de entender que hay una colonia haciendo vida normal en esta cueva?

—Bien, sí, en parte; pero en vez de colonia hay que hablar de nación, y en vez de cueva de un laberinto casi interminable. Nuestras habitaciones y los túneles que las conectan se remifican bajo la totalidad de las Islas Británicas, y en muchos lugares debajo de los mares."

Los *nradas* le explicaron que estaban gobernados por un *Radon*, "quien es supremo tanto en las cosas temporales como en las espirituales. El es al mismo tiempo gobernante y deidad. "Se dice que Radon es una figura mayestática, vestida con ropas de oro, que vive en una ciudad hermosa y cavernosa. El número de los habitantes de esta metrópoli subterránea "es un poco superior a diez mil..., aunque hay otros veinte mil más en un circuito de diez millas que circunda aquélla".

Los *nradas* le dicen también a Haltoun que se aprovecharon de la estructura de la tierra para crear su mundo subterráneo. "En primer lugar, la corteza terrestre es vesicular, es decir, está llena de agujeros formados por convulsión titánica o por la erosión irresistible del agua; y en segundo lugar, todas estas cavidades están ventiladas por invisibles pozos de aire." La mayoría de estos túneles eran de formación natural; pero "aquí y allá un túnel más simétricamente esculpido era indicativo de la mano del hombre". (Posteriormente, Haltoun llega a creer que esos pasadizos fueron taladrados con herramientas giratorias acabadas en diamantes que

habían sido extraídos del subsuelo.) Para iluminar su mundo, y también para impulsar los vehículos que los transportaban a través de los túneles, los *nradas* habían utilizado "el poder interno de la tierra, extraído con profundos taladros".

Una gran parte de la historia de Cutcliffe-Hyne es pura fantasía, con toda seguridad fantasía gozosa; pero en toda la obra hay también una poderosa vena de autenticidad, un sentimiento de que algunos de los hechos son ciertos, y que otros, aunque indemostrables, se basan en viejas tradiciones donde se pueden encontrar siempre elementos auténticos.*

Cutcliffe-Hyne niega a sus lectores detalles más exactos del mundo subterráneo que he citado aquí.

Pero en su autobiografía, *My Joyful Life*, publicada en 1935, se refiere a esta novela y a una leyenda en la que está basada; y al hacerlo así añade una dimensión totalmente nueva a la historia, que es la que me impulsó a la investigación de la que finalmente ha resultado este libro.

En *My Joyful Life*, volumen muy difícil de encontrar ahora, Cutcliffe-Hyne describe primero el modo en que llegó a interesarse por las minas de West Yorkshire cuando era un niño:

"Sospecho que debo ser un poco la reencarnación de algún antepasado cavernícola, pues mis gustos han sido siempre algo troglodíticos. Mi padre era vicario de Bierley, un pueblo grande y desordenado de West Riding, donde abundaban las minas de carbón. Yo tenía mucho trato con uno de sus feligreses, un capataz de mina, y con él solía descender a los pozos de la zona siempre que quería llevarme. Puede decirse que entré muy joven en la minería, puesto que "cargué" mi primera vagoneta de carbón a la edad de diez años. Los pozos de Bierley eran pequeños y (mirando hacia atrás) muy primitivos. Las viejas máquinas de vapor, los engranajes y la ventilación del horno hubieran inquietado mucho a un inspector gubernamental de hoy. Pero me enseñaron a vencer el vértigo y la claustrofobia, y a cuidar instintivamente de la seguridad de mi propia piel."

* La creencia en la existencia de una entrada al mundo subterráneo en esta parte de Yorkshire se expresa también en la novela *Land Under England*, de Joseph O'Neill (1886-1953), publicada en 1935. O'Neill, que fue secretario permanente del Departamento de Educación del estado libre irlandés desde 1923 a 1944, describe una antigua sociedad totalitaria de gentes que vivían bajo el suelo en cuevas y pasadizos, y que utilizaban la telepatía para controlar la mente de sus habitantes. En aquel tiempo, el libro fue considerado en parte como un ataque alegórico a la Alemania nazi.

Esta introducción al mundo "bajo nuestros pies" fue también la causa de que se interesara por las innumerables leyendas sobre las cuevas y minas del West Riding. Posteriormente, cuando estaba en la universidad de Cambridge, aprendió alpinismo y fue presidente del Clare Alpine Club; "la dignidad se concedía por saltar a través del cañón que separaba nuestra capilla del Trinity Hall, depositando en los escalones del tejado un tarro vacío de mermelada, y volver a casa indemne". Esta escapada le fue útil en su vida posterior, cuando la aventura le llevó por todo el mundo, a lugares como Europa, Escandinavia, Africa, México, Sudamérica, "tanto por precipicios como por cuevas y minas profundas".

La exploración de cuevas se convirtió en la afición principal de Cutcliffe-Hyne, y en su autobiografía describe haber explorado pasadizos subterráneos en Yorkshire, en varios lugares de Europa y Africa, y haber buscado un tesoro inca perdido en una cueva de México. En estas expediciones oyó por primera vez historias sobre un reino subterráneo que se decía estaba vinculado a todas las naciones del mundo. "En Sudamérica oí decir que existían enormes túneles que atravesaban el continente, y que finalmente estaban en conexión con aquel lugar prohibido. Más curioso aún eran las conversaciones similares en Europa, e incluso algunos ancianos del West Riding conocían la historia y creían que había entradas en sus propias cuevas. Se decía que aquel reino tenía el nombre de Agharti."

Leí el libro de Cutcliffe-Hyne con absoluta fascinación. La idea de un reino subterráneo conectado con todos los continentes del mundo por una gigantesca red de pasadizos era sorprendente y ponía en ebullición la mente. Si la leyenda era cierta, debía existir un mundo perdido bajo nuestros pies que ni el tiempo ni las actividades de la humanidad habían perturbado durante generaciones.

Y así empecé mi investigación acerca de este mundo perdido llamado Agharti, y de su extraordinaria y antigua historia, tal como describiré en las páginas que siguen...

La idea de la existencia de un mundo oculto bajo la superficie de nuestro planeta es, ciertamente, muy antigua. Innumerables cuentos populares y tradiciones orales en muchos países del mun-

do hablan de pueblos subterráneos que han creado un reino de armonía y alegría que no se ve perturbado por el resto de la humanidad. También la literatura cuenta con varias obras sobre este tema —*Niels Klim's Journey Underground*, del danés Ludvig Baron von Holberg (1741), es quizá el ejemplo preeminente—, y los artistas y poetas también se han sentido atraídos por el tema en numerosas ocasiones.

A primera vista, muchos de los relatos sólo parecen fantasías; deliciosos cuentos de seres etéreos que están siempre a flor de la conciencia humana. Pero cuando estas historias se unen y se comparan, resultan evidentes algunas sorprendentes similitudes entre todas ellas. Con independencia de cuál puede ser su origen, existe un curioso hilo de verdad subyacente a todas ellas. Nicholas Roerich, explorador, artista y sabio ruso, de quien hablaremos detalladamente más adelante, ha expresado este hecho del modo más convincente en su libro *Abode of Light* (1947):

"Entre las innumerables leyendas y relatos de hadas de diversos países se pueden encontrar los cuentos de tribus perdidas o habitantes subterráneos. En amplias y diversas direcciones, los pueblos hablan de hechos idénticos. Pero al correlacionarlos, se ve rápidamente que no son más que capítulos de la misma historia. Al principio parece imposible que exista alguna conexión entre estos rumores distorsionados, pero después se empieza a captar una coincidencia peculiar en estas múltiples leyendas de pueblos que son incluso ignorantes de los nombres de los otros.

"Se reconoce la misma relación en el folklore del Tibet, Mongolia, China, Turkestán, Kashmir, Persia, Altai, Siberia, los Urales, Caucasia, las estepas Rusas, Lituania, Polonia, Hungría, Francia, Alemania...; desde las más altas montañas hasta los océanos más profundos, cuentan cómo una tribu sagrada fue perseguida por un tirano y cómo el pueblo, no deseando someterse a la crueldad, se encerró en el interior de las montañas. Incluso te preguntan si quieres ver la entrada por la que huyó el pueblo santo..."

Con el paso de los años, este reino de los exiliados recibió diversos nombres. Si se le consideró como un lugar del mal, se le ha denominado Infierno, Hadas o Tártaro. Pero si, como suele haber sucedido, se le ha considerado como un lugar de bondad y luz, se le ha denominado Shangri-la, Shamballah o, sobre todo, Aghar-

ti. (Hay que señalar que esta palabra, Agharti, se ha escrito como Asgharta, Agharta o Aghanti; pero que como aparece más generalmente es en esta última forma; por tanto, es la que he adoptado a lo largo de todo el libro.)

Tomando la leyenda en su forma más básica, se dice que Agharti es un misterioso reino subterráneo situado en alguna parte bajo Asia, y vinculado con los otros continentes del mundo mediante una gigantesca red de túneles. Estos pasadizos, en parte formaciones naturales y en parte debidas al trabajo de la raza que creó la nación subterránea, proporcionan un medio de comunicación entre todos los puntos, y así ha sido desde tiempo inmemorial. De acuerdo con la leyenda, hoy día existen grandes longitudes de túneles; el resto ha quedado destruido por cataclismos. Se dice que sólo algunos altos iniciados conocen la localización exacta de estos pasadizos y sus medios de entrada, y que los detalles son cuidadosísimamente guardados, pues el reino mismo es un gran almacén de conocimiento secreto. También se dice que hay manuscritos pertenecientes a la civilización perdida de la Atlántida, e incluso de un pueblo anterior que estuvo constituido por los primeros seres inteligentes que habitaron la tierra.

No cabe duda de que existen misteriosos pasadizos bajo la superficie terrestre. John Michell y Robert J. M. Rickard han escrito en su libro, *Phenomena* (1977):

“Cuando buscamos una evidencia física que apoye estos relatos, tropezamos con el mayor y más reprimido de los secretos arqueológicos: la existencia de vastos e inexplicables sistemas de túneles, en parte artificiales y en parte naturales, bajo la superficie de una gran parte de la tierra... El libro de Baring-Gould, *Cliff Castles and Cave Dwellings of Europe*, contiene sorprendentes notas sobre las extensas estructuras de cuevas y túneles que hay bajo Francia y otros países. En *Archaic England*, de Harold Bayley, se dan informes de antiguos viajeros por grandes túneles que se extendían por una gran parte de África, incluyendo uno que hay bajo un río llamado Kaoma, “tan extenso que la caravana tardó desde el amanecer hasta la medianoche en traspasarlo”. Mientras escribimos esto, en julio de 1976, se da la noticia de una expedición en Sudamérica respaldada militarmente, con el doble objetivo de investigar el enigma de las ciudades de piedra “tecnológicamente imposibles” de las altas montañas y explorar la gran red de túneles misteriosos que se dice recorren todos los Andes. Si queremos demos-

trar la existencia de un mundo vivo debajo del nuestro, no tendremos dificultad en señalar las entradas al submundo y no faltan evidencias históricas de contactos entre los hombres y lo subterráneo.”

Michell y Rickard hacen también la siguiente interesante declaración: “Si suponemos, como muchos chiflados y grandes hombres han supuesto antes que nosotros, que existe vida en un mundo subterráneo que ocasionalmente se mezcla con la nuestra, muchos de nuestros fenómenos extraños parecerán razonables”.

Si observamos las doctrinas de los budistas, podemos encontrar también una serie de hechos relacionados con Agharti. De acuerdo con estas enseñanzas, el reino está localizado a gran profundidad dentro del planeta y habitado por millones de personas gentiles y pacíficas. Están gobernadas por un ser sabio e increíblemente poderoso llamado Ridgen Jyepo, “el Rey del Mundo”, que vive en un magnífico hábitat en la capital de Agharti, llamada Shamballah. Desde ahí tiene contacto con los representantes del “mundo superior”, y por tanto puede influir en las costumbres del “mundo de la superficie”. Se dice también que “el Rey del Mundo” se halla en comunicación directa con el Dalai Lama del Tibet.

Robert Ernst Dickhoff, budista norteamericano conocido como Sungma Red Lama, amplía esta información en su misterioso libro *Agharta* (1951):

“Agharta se inició hace unos 60.000 años, cuando una tribu conducida por un hombre santo desapareció bajo tierra. Se dice que allí los habitantes son muchos millones y que una ciencia superior a cualquiera que se encuentre en la superficie de la tierra dirige las actividades de estos ciudadanos subterráneos en su extraño reino.

Cuando hablamos de Agharta, hemos de visualizar una gran ciudad subterránea terminal, que es una rama de una red de túneles subterráneos y suboceánicos... La mayor parte de estos antiguos túneles tienen cerrada ahora su abertura o entrada, debido a los desprendimientos de tierra provocados por el diluvio y por el sumergimiento de continentes enteros. Las pocas entradas que quedan abiertas en la superficie se encuentran en el Tibet, Siberia, Africa, América del Norte y del Sur, y en islas remotas que fueron en un tiempo las cimas montañosas de la Atlántida.”

El Dr. Dickhoff mantiene que la civilización antediluviana que creó Agharti floreció a ambos lados del Atlántico, y añade:

“Los lamas tibetanos son de la opinión de que en América viven en cuevas de gran dimensión los supervivientes de una catástrofe que asoló a la Atlántida, y que estas cavernas están conectadas por medio de túneles con las del continente de Asia y con otras del continente Americano; cree también que estas cavernas están iluminadas por una luminiscencia verde que ayuda a la vida vegetal subterránea y prolonga la vida humana.”

Otro norteamericano, el Dr. Raymond Bernard, importante investigador de las leyendas de reinos subterráneos, ha comentado también los vínculos de los budistas con Agharti en su libro *The Subterranean World* (1960):

“En el mundo budista del Lejano Oriente, la creencia en un mundo subterráneo, que recibe el nombre de Agharti, es universal y forma parte integral de la fe. Otra palabra sagrada entre los budistas es Shamballah, nombre de la capital del mundo subterráneo.

Las tradiciones budistas afirman que Agharti fue colonizado hace muchos miles de años cuando un hombre santo condujo una tribu que desapareció en el subsuelo. Esto nos hace pensar en Noé, que fue en realidad un habitante de la Atlántida, quien salvó a un grupo digno de ello antes de la llegada de la inundación que sumergió a la Atlántida. Se cree que la población actual de este reino subterráneo posee una ciencia superior a ninguna de la superficie de la tierra, por medio de la cual manejan fuerzas de la naturaleza de las que nosotros nada sabemos. Se cree que su civilización representa una continuación de la civilización de la Atlántida y que tiene muchos miles de años de antigüedad (la Atlántida se hundió hace aproximadamente 11.500 años), mientras que la nuestra es muy joven y sólo cuenta unos siglos de antigüedad.”

El Dr. Bernard cree en la existencia de un túnel bajo la capital tibetana de Lhasa, que conduce a Shamballah, y está continuamente vigilado por lamas. Afirma también que el budismo es en realidad “una filosofía aghartiana llevada a la humanidad de la superficie por maestros que emergieron desde el mundo subterráneo”. El Dr. Bernard escribe:

“Las diversas estatuas gigantescas de Buda no representan al Gautama humano, sino más bien a los superhombres subterráneos que subieron a enseñar y ayudar a la humanidad en tiempos remotos del pasado. Todos esos Budas enseñaban la misma religión universal y científica como emisarios de Agharti, el paraíso subterráneo, que es la meta que han de alcanzar todos los auténticos budistas.”

Quizá la afirmación más notable adelantada por este hombre inusual —a quien encontraremos más tarde en este libro— es la teoría de que la gente subterránea viaja por los túneles en extraños vehículos que ocasionalmente salen y aparecen por nuestros cielos: el fenómeno conocido como ovnis, u “objeto volante no identificado”. Añade que se mueven merced a las misteriosas “fuerzas de la naturaleza” poseídas por la gente del submundo.

Por las observaciones específicas del Dr. Bernard y el budista Robert Dickhoff, así como por tradiciones más generales que he referido, al lector no le resultará difícil comprender el motivo de que exista tal fascinación por la leyenda de Agharti. Pero lo que trataremos de determinar en este libro es qué detalles son hechos y cuáles son ficción.

No es preciso decir que éste no es otro libro sobre la “tierra hueca”. En años recientes han aparecido muchos nuevos libros, así como reimpressiones de los viejos clásicos, como *The Phantom of the Poles*, de William Reed (1906); *The Smoky God*, o *A Voyage to the Inner World*, de Willis George Emerson (1908), y *A Journey to the Earth's Interior*, de Marshall B. Gardner (1920), todos los cuales tratan de demostrar que el interior de nuestro mundo es hueco y que hay gente que habita allí. No suscribo esta teoría, y no forma parte de mi argumentación en este libro que el planeta Tierra sea otra cosa que un esferoidal sólido hasta el núcleo.* Lo que creo es que es posible que cavidades naturales en el

* De acuerdo con la creencia más ampliamente defendida, la Tierra, que tiene una circunferencia en el ecuador de más de 40.000 kilómetros y una zona de superficie de 510 millones de Km², se compone de un pequeño núcleo interior de hierro y níquel fundidos (de unos 128.000 kilómetros de amplitud), un núcleo exterior de hierro y níquel fundidos envueltos en rocas sólidas (de 28.000 kilómetros de espesor), y encima de todo ello una cubierta de corteza exterior de 4.800 metros. Los que creen en la tierra hueca afirman que dentro de esta corteza exterior no hay materia sólida, sino un mundo de océanos y continentes al que se puede entrar por agujeros que existen en los polos Norte y Sur, o por medio de profundas fallas en la superficie del planeta.

suelo hayan sido utilizadas junto con túneles construidos para formar un mundo secreto debajo de nuestros pies. Lo que he tratado de determinar en este libro es en qué medida existen todavía esas cavidades, si están pobladas o no, y cuál es la verdad con respecto a sus orígenes. Es una investigación que llevará al lector hacia las páginas de la historia y hacia algunos de los escondrijos más oscuros sobre la superficie de la tierra. Los resultados de esta investigación me han conducido a una sorprendente conclusión sobre la extensión y dirección de la red de túneles y sobre la localización de Agharti, que ahora algunas autoridades creen sea el Shangri-la de las fábulas, que el hombre ha buscado desde el alba de los tiempos.

Con la historia de Agharti concuerda un tema incluso más misterioso, el de la extraña fuerza conocida como el *Poder Vril*, que ha estado relacionado desde hace tiempo con el mundo subterráneo. Se dice que esta notable fuerza proporciona un poder casi ilimitado a cualquiera que la posee; y muchos han deseado hacerlo, incluyendo la figura más siniestra y maligna del siglo XX, Adolf Hitler. En las páginas siguientes examinaremos su papel en la búsqueda del *Poder Vril*, además de estudiar la fuerza misma.

Pero, en primer lugar, antes de intentar establecer dónde se encuentra Agharti, si existen los pasadizos subterráneos, o incluso qué puede ser el misterioso *Poder Vril*, hablaremos de la historia de este notable reino subterráneo y del misterio que lo rodea. Es una historia que nos retrotrae varios siglos y a los registros y libros de historia de muchas y distintas naciones...

2. LA LEYENDA DE AGHARTI

La leyenda de Agharti —la creencia en un reino subterráneo vinculado con las esquinas alejadas de la tierra mediante una red de túneles— puede rastrearse hasta la antigüedad. Encontramos mención de ella en las más antiguas tradiciones, y referencias en antiguos manuscritos pertenecientes a las primeras civilizaciones. La mayor parte de estos relatos hablan de que Agharti está habitada por un pueblo que se asentó allí mucho antes del alba de la Historia: una raza amante de la paz, interesada por la pureza de sus vidas y que ejerce, en la medida de lo posible, una influencia moderadora sobre los pueblos que viven sobre la superficie terrestre.

No es difícil descubrir la firmeza con que está enraizada la idea, pues como han afirmado Louis Pauwels y Jacques Bergier en su notable relato del conocimiento "oculto" y "perdido", *The Morning of the Magicians (El retorno de los brujos)* (1960):

"Los textos religiosos más antiguos hablan de mundos separados situados bajo la corteza terrestre que se supone son el lugar que habitan los espíritus que se fueron. Cuando Gilgamesh, el héroe legendario de la antigua épica sumeria y babilónica, fue a visitar a su antepasado Utnapishtim, descendió al interior de la Tierra; y fue allí donde Orfeo fue a buscar el alma de Eurídice. Ulises, habiendo alcanzado los límites más alejados del mundo occidental, ofreció un sacrificio para que los espíritus de los antiguos se elevaran de las profundidades de la Tierra y le dieran consejo. Se dice que Plutón reina en el submundo y sobre el espíritu de los muertos. Los cristianos primitivos solían encontrarse en las catacumbas, y creían que las almas de los condenados iban a vivir en cavernas bajo la Tierra."

Para poner más énfasis en esto, sólo tenemos que citar a Sabine Baring-Gould, quien ha dicho:

"Las cuevas maravillosas y las entradas a un submundo misterioso son comunes en muchos países. Las historias alemanas sobre la montaña de Venus, en la que está el cadáver de Tannhäuser, o de Federico Barbarroja en el Unterberg, o las historias galesas del rey Arturo en el corazón de la montaña, o las fábulas danesas de Holger Dansk en los sótanos bajo el Kronenburg, se refieren todas a la creencia generalmente extendida de un submundo habitado por espíritus."

Refiriéndonos luego al fascinante libro del arqueólogo Harold Bayley, *Archaic England* (1919), diremos que ha hecho avanzar el tema al señalar que se supone que muchos de nuestros héroes legendarios habían venido realmente del mundo subterráneo. Escribe:

"Prácticamente, todos los "poderosos hijos" de la mitología son representados como surgidos de las cuevas o del mundo subterráneo: Júpiter o Chi había nacido en una cueva y era venerado en una cueva; se decía que Dionisos había sido alimentado en otra; Hermes había nacido en la boca de una cueva, y es notable que, cuando una cueva se sigue presentando como el lugar de nacimiento de Jesucristo en Belén, San Jerónimo se quejaba de que en sus tiempos los paganos celebraran los cultos de Thammuz o Adonis en esa misma cueva."

Mr. Bayley sigue demostrando que es incluso posible encontrar referencias en los textos antiguos a la creencia persistente en el hombre primitivo de que había tenido su origen en una cueva. En un capítulo titulado "Down Under" dice:

"Tanto la etimología como la mitología señalan la probabilidad, si no la certeza, de que entre los antiguos una cueva, natural o artificial, era considerada como el símbolo, y en cierta medida facsímil, del intrincado útero de la creación, o de la Madre Naturaleza. "El hombre en su estado primitivo" —dice un reciente escritor— "considera que ha emergido de alguna cueva; de hecho, de las entrañas de la Tierra. Casi todos los mitos de creación americanos consideran que el hombre ha emanado así del interior de la gran madre terrestre." El dibujo (ver la ilustración)* representa a la Gran Madre Tierra sosteniendo en su

* Por supuesto, se refiere a la ilustración del libro que cita el autor, que no aparece en éste. (N. del T.).

mano un cuerno simple, el precursor de la posterior cornucopia, o cuerno de la abundancia; es el perfil dibujado de una roca esculpida en el Dordogne. Se ha demostrado que pertenece a la era Auriñaciense y es la única estatua descubierta de cierto tamaño ejecutada por el llamado hombre de Reindeer."

Sin embargo, no debemos centrarnos demasiado en una discusión sobre el hombre primitivo; hemos de concentrar nuestros esfuerzos en las referencias más específicas que conocemos de un mundo subterráneo como el de Agharti. Para ello, me gustaría citar a otra importante autoridad sobre las leyendas del mundo subterráneo, el profesor Henrique Jose de Souza. En un artículo fascinante titulado "¿Existe Shangri-la?", publicado en el *Journal* de la Sociedad Teosófica brasileña en 1960, escribió:

"En todas las razas de la humanidad, retro trayéndonos hasta el alba de los tiempos, hubo una tradición concerniente a la existencia de una tierra sagrada o un paraíso terrestre, en donde los ideales más altos de la humanidad eran realidades vivas. Encontramos este concepto en los escritos y tradiciones más antiguos en los pueblos de Europa, Asia Menor, China, India, Egipto, y las Américas. Se decía que esta tierra sagrada sólo podía ser conocida por las personas que realmente lo merecían, puras e inocentes, por cuyo motivo constituye el tema central de los sueños de la niñez.

"En la antigua Grecia, en los misterios de Delfos y Eleusis, esta tierra celestial era llamada monte Olimpo y Campos Elíseos. También en los primeros tiempos védicos recibió diversos nombres, como Ratanasanu (cima de la piedra preciosa), Hermadri (montaña de oro) y Monte Neru (hogar de los dioses) y Olimpo de los hindúes. Simbólicamente, la cima de esta montaña sagrada es el Cielo, su parte central está en la Tierra y su base en el Mundo Subterráneo.

"Los eddas escandinavos mencionan también esta ciudad celeste, que era la subterránea Tierra de Asar de los pueblos de Mesopotamia; era la Tierra de Amenti del Libro Sagrado de los Muertos de los antiguos egipcios; era la Ciudad de los Siete Pétalos de Vishnú, o la Ciudad de los Siete Reyes de Edom, o el edén de la tradición judaica. Dicho de otro modo, era el Paraíso terrestre.

"En toda Asia Menor, no sólo en el pasado, sino también hoy, existe una creencia en la existencia de una ciudad de misterio llena de maravillas, conocida como Shamballah, en donde está el templo de los dioses. Es también el Erdemi de los tibetanos y los mongolos.

“Los persas la llamaban Alberdi o Aryana, tierra de sus antepasados; los hebreos Canaán y y los mexicanos Tula o Tulán, mientras que los aztecas la llamaban Maya-Pan. Los conquistadores españoles que llegaron a América creyeron en la existencia de tal ciudad y organizaron muchas expediciones para encontrarla, llamándola El Dorado, o Ciudad de Oro. Probablemente supieron de ella por los aborígenes, que le daban el nombre de Manca o “Ciudad cuyo rey lleva ropas de oro”.

“Los celtas conocían esta tierra sagrada con el nombre de “Tierra de los Misterios”, Dust o Dananda. Una tradición china habla de la Tierra de Chivin o “Ciudad de una Docena de Serpientes”. Es el mundo subterráneo, que está en las raíces del cielo. Es la tierra de los calcas, calcis o kalki, la famosa Cólquida que buscaban los Argonautas cuando partieron en pos del Velloccino de oro.

“En la Edad Media se le llamaba la Isla de Avalón, en donde los caballeros de la tabla redonda, bajo el liderazgo del rey Arturo y la guía del mago Merlín, partieron a buscar el Santo Grial, símbolo de obediencia, justicia e inmortalidad. Cuando el rey Arturo fue seriamente herido en una batalla, pidió a su compañero Bedivere que partiera en un bote a los límites de la tierra, con las siguientes palabras: “Adios, mi amigo y compañero Bedivere, voy a la tierra donde nunca llueve, en donde no hay enfermedad y en donde nadie muere.” Esta es la Tierra de la Inmortalidad o Agharti, el mundo subterráneo. Esta tierra es el Valhalla de los alemanes, el monte Salvat de los caballeros del Santo Grial, la Utopía de Thomas More, la Ciudad del Sol de Campanella, el Shangri-la de los tibetanos y el Agharti del mundo budista.”

No todas las evidencias concernientes a Agharti están tan generalizadas, y conforme progresamos con los años podemos encontrar un número de informes específicos que subrayan más la extendida creencia sobre el mundo subterráneo.

Una de las tradiciones más primitivas y curiosas se encuentra en Oriente, en donde un informe afirma que el primer hombre, Adán, provenía realmente de un mundo subterráneo. De acuerdo con un antiguo sabio llamado San Efrén, su hogar estuvo “en el medio de la Tierra”, y sus palabras al morir fueron que su “redentor y el de su posteridad” vendría de ese lugar. Sigue diciendo la tradición que el cuerpo de Adán fue embalsamado y luego puesto a salvo hasta que un sacerdote llamado Melquisedec, un hombre sabio del mundo subterráneo, llegó por fin unos años más tarde por medio de un túnel para llevárselo y enterrarlo apropiadamente.

Esta historia es nuevamente acreditada en el Corán, que describe a Adán como un hermoso hombre “tan alto como una palmera”, mientras que el saber popular hindú dice que fue el rey de un grupo de primogénitos que se habían metido bajo la tierra en el tiempo de un cataclismo y habían vuelto luego para supervisar el restablecimiento de la vida en el mundo de la superficie.

Hay varias referencias al mundo subterráneo en los textos clásicos, incluyendo el de Hanno, navegante cartaginés que realizó un viaje por la costa oeste de Africa hacia el año 500 antes de Cristo. En su obra *Periplus*, nos dice haber escuchado historias de habitantes subterráneos que eran superiores en inteligencia a otros hombres y “corrían más rápidos que los caballos” cuando se hacía algún intento de seguirlos en sus túneles. (Como veremos más adelante, hay una poderosa tradición de que uno de los túneles que va hasta Agharti parte de Africa.)

Platón, el gran historiador de la Atlántida perdida, habla también de misteriosos pasadizos en el poderoso continente y en sus alrededores, “túneles tanto anchos como estrechos, en el interior de la tierra”. Menciona también a un gran gobernante “que se sienta en el centro, en el ombligo de la tierra; y es él quien interpreta la religión para toda la humanidad”. De hecho, la leyenda de la Atlántida está inextricablemente entrelazada con la de Agharti, como descubriremos cuando hablemos de la primitiva historia de Sudamérica y del túnel “puente” entre el continente americano y el africano.

El romano Gaius Plinius Secundus (Plinio) hace referencia en su *Historia Natural* a los habitantes subterráneos que originalmente habían huido tierra adentro tras la destrucción de la Atlántida. Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, les concede muy poca inteligencia, pues desde el cataclismo “han caído por debajo del nivel de la civilización humana, si podemos creer lo que se dice”. Plinio cree, sin embargo, que estos trogloditas tienen escondidos en sus túneles un “tesoro grande y antiguo”.

Al hablar de tesoros escondidos se atrajo, naturalmente, la atención de muchos gobernantes, y el emperador romano Nerón llegó a mandar expediciones para tratar de localizar esas riquezas ocultas. Se pensaba comúnmente que Africa era el lugar donde se hallaba el tesoro, para ser precisos, y en una red de pasadizos subterráneos. Durante ocho años, entre los años 60 y 68 de nuestra

era en que murió, Nerón envió varios ejércitos de legionarios para encontrar esos túneles de los tesoros. Temerosos de la cólera del emperador loco, los soldados viajaron frenéticamente por Africa desde la costa hasta los desiertos ardientes, prefiriendo morir antes que volver con las manos vacías. Hasta que recibieron noticias de que Nerón había muerto, los restos medio enloquecidos de los ejércitos no se atrevieron a regresar a Roma. Aunque no habían encontrado ni túneles ni tesoros —lo que se debió quizá, en no pequeña medida, a las indicaciones deliberadamente erróneas que les daban los nativos—, ello no impidió que la leyenda de un reino subterráneo siguiera floreciendo.

Posiblemente, el primer relato detallado de una visita real a este "submundo" aparece en la notable colección de relatos y recuerdos, *De Nugis Curialium*, reunido por el poeta e historiador galés del siglo XII Walter Map, o Mapes. Cuenta en su libro la historia de una visita del rey Herla, "uno de los más antiguos reyes británicos", a uno de esos lugares. Algunas autoridades han sugerido que es simplemente una fantasía sobre el país de las hadas, pero la descripción es más probable que se refiera a un túnel real habitado por una raza de subterráneos.

En el relato, el rey Herla se aproxima un día a un hombre hermoso que le dice: "Soy el rey de muchos reyes y príncipes, y de innumerables personas." El extraño invita a Herla a acompañarle en un viaje a su reino, que le dice está bajo tierra. La narración de Walter Map continúa entonces:

"Entraron en una cueva que había en un alto risco, y tras un intervalo de oscuridad fueron iluminados por una luz que no parecía proceder del sol ni de la luna, sino de infinidad de lámparas, y siguieron por allí hasta la mansión del rey. Esta era tan hermosa en todo como el palacio del Sol descrito por Nasón. [en la *Metamorfosis* de Ovidio, nota del Autor.]"

El rey Herla gozó de la hospitalidad de su huésped durante lo que pareció ser un breve período de tiempo y entonces éste le dejó regresar al mundo de la superficie, convenientemente cargado de dones y presentes. Fue escoltado "hasta el lugar del túnel donde empieza la oscuridad" y los dos monarcas se despidieron. Walter Map finaliza así:

"En un breve espacio de tiempo, Herla llegó una vez más a la luz del sol y a su reino, donde abordó a un viejo pastor y le preguntó noticias de su reina, nombrándola. El pastor le miró con asombro, y dijo: "Señor, apenas puedo entender lo que dice, pues usted es un bretón y yo soy un sajón; pero el nombre de esa reina nunca lo he oído, salvo porque dicen que hace mucho tiempo hubo una reina de ese nombre sobre los britanos muy antiguos, que era la esposa del rey Herla; y él, dice la vieja historia, desapareció en este mismo risco y nunca se le volvió a ver sobre la tierra, y han pasado ahora doscientos años desde que los sajones tomaron posesión de este reino y expulsaron a los viejos habitantes." Y ante sus palabras, el rey, que pensaba que sólo había estado allí tres días, apenas pudo ocultar su asombro."

Por este curioso relato, es evidente que el rey Herla había permanecido bajo el suelo mucho más tiempo del que imaginaba, aunque es discutible lo literalmente que podamos tomar el período de tiempo sugerido (200 años). La mención específica de la forma de iluminación del reino subterráneo armoniza con gran precisión con la de otras fuentes, y sólo es de lamentar que el informe no nos hable más sobre el rey y el mundo impresionante en que vivió. Por mi parte, me encuentro satisfecho de que el relato representa un encuentro con gente del mundo subterráneo.

Otro rey legendario que está asociado con Agharti es Preste Juan, quien en el siglo XII se decía "reinó con esplendor en alguna parte del oscuro Oriente", de acuerdo con Sabine Baring-Gould en su *Curious Myths of the Middle Ages* (1894). Aunque algunas historias afirman que Preste Juan era un poderoso emperador cristiano que dominaba sobre gran parte del Asia central, todos los intentos que, para contactar con él, hicieron los reyes y sacerdotes cristianos de Europa resultaron vanos. A pesar de ello, maravillosos relatos sobre su reinado, sus poderes y sus riquezas recorrían toda Europa, y durante un tiempo circuló una carta que se afirmaba había sido escrita por el propio poderoso gobernante. Aunque más tarde se demostró era falsa, contenía una extraña frase que ha excitado la atención de los eruditos. En ella dice Preste Juan: "Cerca de los bosques, entre áridas montañas, hay un mundo subterráneo al que sólo por azar se puede llegar, pues la tierra se abre sólo ocasionalmente, y aquel que descienda debe hacerlo con precipitación, antes de que la tierra se cierre de nuevo."

Esta afirmación, más la de que Preste Juan era "el señor de

los señores, sobrepasando a todos los que están bajo el cielo en virtud, en poder y en riquezas", ha dado lugar a la creencia de que era realmente el "Rey del Mundo" de Agharti. Esta creencia fue expresada primero por Athanasius Kircher en su obra *Mundus Subterraneus* (1665), en la que sitúa el corazón del reino de Preste Juan en Mongolia. Seguidores posteriores de esta teoría ha citado evidencias de que el imperio del rey abrazaba "tres Indias y tierras que se extendían más allá de la India". Más recientemente, André Chaleil ha observado en su libro, *Les Grands Initiés de Notre Temps* (1978): "Después de todo, los esotéricos de todas las épocas han hablado del reino subterráneo de Agharti, y si pensamos en la Edad Media veremos que el enigmático Preste Juan no era otra cosa que la entidad gobernante sobre el vasto y desconocido reino."

En uno de sus libros posteriores, *Cliff-Castles and Cave Dwellings in Europe* (1911), Baring-Gould cuenta otra historia, que ocurrió unos cien años después, sobre un descenso a un misterioso mundo subterráneo. Es un relato asombroso, pero que sin embargo merece la pena repetir:

"Se cuenta una historia del padre Conrad, el confesor de Santa Isabel de Turingia, "un hombre bárbaro y brutal, que fue enviado a Alemania por Gregorio IX para quemar y masacrar a los herejes. El Papa lo llamó su "dilectus filius". En 1231 se vio implicado en una controversia con un profesor herético que, batido en sus argumentos, de acuerdo con el relato de Conrad, se ofreció mostrarle a Cristo y la Virgen Bendita, quienes con sus propios labios ratificarían la doctrina enseñada por el hereje. Conrad aceptó y fue conducido a una cueva en las montañas. Tras un largo descenso, entraron en un salón brillantemente iluminado en el que estaba sentado un rey sobre un trono de oro. El hereje se postró con adoración y pidió a Conrad que hiciera lo mismo; pero éste sacó una hostia consagrada y conjuró a la visión, en cuyo momento todo desapareció."

Desde luego, es pura conjetura si este "rey sobre un trono dorado" podría ser el "Rey del Mundo" de las fábulas o si toda la historia fue sólo un sueño.

Si pasamos un poco más las páginas de la historia, encontramos que la leyenda alemana del Flautista de Hamelín se halla también vinculada con la leyenda de Agharti. Ciertamente, al menos dos autoridades modernas, Harold Bayley y Robert Dickhoff,

creen que puede haber sido realmente un hombre del mundo subterráneo. Permítaseme citar a Dickhoff para patentizar la convicción de ambos autores:

"Hay una historia bien conocida, contada y recontada, que habla de una ciudad de Alemania llamada Hamelín que sufría la plaga de las ratas, y de un extranjero que con el efecto sonoro de su flauta mágica encantó a los animales para que le siguieran a un lugar donde todos ellos fueron ahogados. Y cómo, tras negarse a pagar la recompensa acordada al flautista, de nuevo utilizó éste la magia de sus flautas tocando otras melodías que encantaron a todos los niños de Hamelín para que le siguieran. Cuando hubo llevado a sus víctimas a una cierta montaña, apareció un pasadizo oculto a través del cual pasaron todos los niños y el flautista y no volvieron a ser vistos nunca."

Dickhoff se pregunta entonces: "¿Qué conocimiento tenía el extranjero de aquel pasadizo o túnel, y adónde llegó realmente con su carga humana?" Sugiere que su destino era Agharti, y añade: "No todas las similitudes pueden ser siempre coincidencia."

En una interesante nota a pie de página en la historia, Harold Bayley especula con que el flautista y los niños entraron en un pasadizo en las montañas Koppenburg, en Alemania, aunque "no puedo decir si el Koppenburg tiene túneles".

El gran Cristóbal Colón, descubridor de un nuevo mundo, figura también en nuestra leyenda. Según varios relatos de su viaje a América, había oído historias de enormes pasadizos subterráneos cerca de las Antillas. Parece ser que estos relatos se los oyó a los caribes el año 1493.

Los nativos afirmaban que en el antiguo reino de las guerreras femeninas, las amazonas —de las que se dice se habían asentado en La Martinica—, había túneles que se extendían "más allá del conocimiento del hombre". Las amazonas los utilizaban como refugios cuando eran atacadas por enemigos o acosadas por individuos demasiado amorosos. Allí se podían esconder, y si los avances del hombre persistían, podrían lanzarles sus flechas con virtual impunidad. No existe ninguna prueba de que Colón descubriera el origen o el alcance de esos pasadizos.

Como veremos, hay también considerables evidencias históricas de enormes redes de túneles subterráneos tanto en la América del Norte como en la del Sur y Central; pero no es mi inten-

ción discutir aquí esos hechos, pues ello excluiría algunas de las conclusiones a que he llegado concernientes a aquellos, y que trataré en capítulos posteriores. Lo mismo puede decirse del otro lado del Atlántico en Africa, Europa y Asia, que serán tratadas en el momento oportuno. Por el momento, baste decir que la evidencia refuerza la afirmación de que la leyenda de Agharti era mundialmente conocida desde muy antiguo.

Sin embargo, hay otro continente al que debemos dirigir nuestra atención, pues particularmente desde sus antiguas tradiciones y enseñanzas emergió por primera vez un cuadro más completo de Agharti. Este continente era la India, y como veremos, como resultado directo de las investigaciones allí realizadas, el mundo subterráneo pasó de ser sólo una leyenda, aunque muy popular, a punto central de un intenso estudio e investigación.

Como sabrá cualquiera que tenga el más ligero conocimiento sobre la India, el subcontinente es una mina absoluta de saber antiguo y leyendas cósmicas, y el estudio de su historia es realmente fascinante y lleno de colorido. Aunque esta "historia" está autorizadamente documentada desde el siglo VI antes de Cristo, en gran parte lo que ocurrió en tiempos prehistóricos ayudó a dar forma a la civilización india y dio lugar a las grandes filosofías morales que siguen influyendo hoy en día sobre millones de personas de todo Oriente. Las más antiguas "obras" literarias de la India son los himnos del *Rig-Veda*, que ciertamente están basados en tradiciones orales mucho más antiguas, y describen la invasión de las tribus arias, cuya fusión con la población local entre los años 1700 y 1200 antes de Cristo dio lugar a la nación moderna. Sin embargo, son los tiempos anteriores a ese período los que tienen mayor interés para nosotros, pues de ellos proceden las primeras historias de un mundo subterráneo.

Esas eras prehistóricas son conocidas con el nombre de *pre-védicas* —es decir, anteriores a los textos del *Rig-Veda*—, y según la opinión de varias autoridades, en los tiempos antiguos la India se extendía sobre una zona mucho mayor que la actual. De acuerdo con el gran orientalista anglo-germano, profesor Friedrich Max Muller (1823-1900), en su vasto estudio *Sacred Books of the East* —iniciado en 1875, y que comprende cincuenta y un volúmenes—, había tres Indias: una superior, una inferior y una occidental. "En aquellos tiempos antiguos —escribe—, los países que ahora cono-

ceamos con otros nombres se llamaban también India." Dice que la India occidental era lo que hoy es Irán, y entre otros países consideraba parte de esa nación al Tibet, Mongolia y a las regiones tártaras de Rusia.

Dice el profesor que hay buenas razones para sospechar que las grandes civilizaciones del mundo primitivo —Egipto, Grecia y Roma— recibieron realmente sus leyes, artes y ciencias de esa India pre-védica, en donde una vez habitaron varias razas que precedieron a la nuestra. Sigue escribiendo: "Una de las tradiciones universales aceptadas por todos los pueblos antiguos consistía en que hubo muchas razas de hombres anteriores a nuestras razas actuales. Cada una de ellas era distinta de la que le precedió, y cada una desapareció cuando apareció la siguiente." El profesor Muller cita un antiguo manuscrito brahmánico, *The Code of Manu (El código de Manu)*, que habla de la existencia de seis razas anteriores a la nuestra, y cita de él: "Y allí surgieron de Swayambhouva, o el ser que existe por sí mismo, otros seis *manus*, cada uno de los cuales dio lugar a una raza de hombres. Estos *manus*, todos poderosos, de los que Swayambhouva es el primero, en su tiempo produjeron y dirigieron cada uno este mundo compuesto de seres móviles e inmóviles."

El profesor Muller nos dice también que en el corazón de esta "cuna de la humanidad" había una isla asentada en medio de un gran mar interior. Este mar ocupaba lo que son ahora los lagos salados y los desiertos de Asia central hasta el norte de la cadena montañosa del Himalaya. La isla era muy hermosa y sobre ella habitaban los últimos restos de la raza que precedió inmediatamente a la nuestra. Aquellas gentes eran una especie verdaderamente notable. De acuerdo con el profesor:

"Esta raza podía vivir con igual facilidad en el agua, aire o fuego, pues tenía un control ilimitado sobre los elementos. Eran los "hijos de los dioses". Fueron ellos los que impartieron al hombre los más extraños secretos de la Naturaleza y le revelaron la palabra inefable y ahora perdida. Esta palabra ha recorrido el Globo, y aún permanece como un eco alejado y moribundo en los corazones de algunos hombres privilegiados."

Sin embargo, a pesar de sus poderes absolutos, estos pueblos no pudieron evitar la desaparición y extinción final de su isla:

"Shangri-la". Se cree fueron destruidos por un holocausto de algún tipo.

Quizá, sin embargo, la información más interesante que procede de esta investigación es que esta isla perdida estaba unida al continente por medio de túneles secretos.

"No existía comunicación con la bella isla por mar —dice el profesor Muller—, pero pasadizos subterráneos que sólo conocían los jefes comunicaban con ella en todas direcciones. La tradición señala a muchas de las majestuosas ruinas de la India, Ellora, Elephanta, y las cavernas de Ajunta —en las cadenas montañosas de Chandor—, con las que estaban comunicados esos mundos subterráneos."

El profesor, junto con algunos de sus sucesores, se ha preguntado si esta descripción de una isla perdida podría ser una variante de la leyenda de la Atlántida, y ha sopesado también si una tradición sobre una masa de tierra que desapareció bajo las aguas fue de algún modo traspasada por una tradición oral desde el océano Atlántico al continente de la India. De hecho, no es una teoría capaz de sostener un análisis atento.

Mientras el profesor Muller estaba escribiendo y publicando su obra maestra, un profano francés que vivía en la India se había sentido fascinado, independientemente, por las tradiciones ocultas de ese país, en particular por el saber popular sobre mundos anteriores al nuestro. Al igual que el orientalista anglo-germano, tuvo referencias de un reino perdido y le habían hablado de una red de pasadizos subterráneos que conectaban con él. Decidió investigar más sobre la leyenda para descubrir si era o no algo más que eso.

Se llamaba Louis Jacolliot, y su investigación iba a empezar a desvelar el misterio de Agharti.

3. LOS BUSCADORES DE UN MUNDO PERDIDO

El hombre que se abría camino por entre las casetas apretadas del bazar de Calcuta difícilmente era mirado dos veces por la gente que se arremolinaba a su alrededor. El ruido y el hedor del lugar no parecían perturbar aquella pequeña figura, aunque de inmediato resultaba evidente por su traje bastante desaliñado y los rasgos pálidos que no era un indio. Un sombrero de color blanco deslucido ocultaba en parte su rostro barbudo, y la chaqueta de color claro que vestía estaba ya manchada de sudor por la espalda y de suciedad por la parte delantera, por donde el hombre tenía que empujar a través de un estrecho vacío entre las casetas, o frotarse contra un nativo sucio y gesticulante.

Aunque los extranjeros no resultaban en absoluto raros en el bazar de esta activa capital India a mediados del siglo XIX, solían conducirse de un modo bastante más imperioso que el de este hombrecillo tan poco atractivo. Al fin y al cabo, la ciudad era la sede del Gobierno de la India británica, y con su posición en la salida natural del río Ganges se había convertido en un gran centro comercial e industrial. Como era de esperar, el lugar era una mezcla de magníficos palacios construidos por los principales indios, espléndidos edificios administrativos construidos por los Raj británicos, y algunos de los barrios más horribles de toda la India. Incluso hoy día siguen persistiendo algunas de las temibles condiciones que habían sido resumidas por los acontecimientos de "agujero negro de Calcuta" cien años antes.

Pero ni esos recuerdos ni la miserable atmósfera en que se encontraba el extranjero parecían molestarle lo más mínimo. Daba la impresión de hallarse tan sumido en sus pensamientos que era totalmente inconsciente de cuanto le rodeaba.

Aquel hombre era Louis Jacolliot, un funcionario consular francés que servía en la capital, pero también un hombre apasionadamente dedicado a la búsqueda y colección de información arcana. No era un cómodo investigador de biblioteca, de los que rebuscan los límites tranquilos y ordenados de esas sedes del aprendizaje; prefería buscar material sin recoger, tradiciones orales que sólo se podían encontrar entre las gentes del lugar. Y para asegurarse esos elementos tenía que sumergirse en todos los estratos sociales de la vida ciudadana, desde las deslumbrantes mansiones palaciegas de los indios de alta casta a las calles cubiertas de enfermedades de los barrios y bazares, donde los pobres de Calcuta llevaban vidas miserables.

Pero al pasar de la aparente absorción en sus pensamientos, Jacolliot apenas se perdía nada de cuanto ocurría a su alrededor en el bazar. Hacía tiempo que había aprendido a tener un aspecto discreto, lo que le ayudaba a ganar la confianza de la gente en un lugar como ése. Por contra, también era capaz de conducirse con cortesía y dignidad cuando le era necesario. En suma, se había entrenado cuidadosamente para tener la mente alerta y un cerebro inquisitivo en servicio de su ardiente deseo de información sobre la antigua historia de la India.

Jacolliot era impulsado por una convicción simple y compulsiva. Solía decir: "Estudiar la India es rastrear las fuentes de la Humanidad." En el primero de los veintiún libros que iba a producir durante su vida, *La Bible dans L'Indie* (1868), demostraba haber llegado ya a las mismas conclusiones sobre la influencia de este poderoso subcontinente sobre las otras civilizaciones que había alcanzado el profesor Friedrich Muller y sus contemporáneos que trabajaban con él. Jacolliot escribía:

"La propia antigüedad tenía una antigüedad que estudiar, que imitar y que copiar, del mismo modo que la sociedad moderna se co-dea con la antigüedad a cada paso, que nuestros poetas han copiado a Homero y Virgilio, Sófocles y Eurípides, a Plauto y a Terencio; que nuestros filósofos se han inspirado de Sócrates, Pitágoras, Platón y Aristóteles; que nuestros historiadores toman como modelo a Tito Livio, Salustio o Tácito; que nuestros oradores copian a Demóstenes o Cicerón; nuestros médicos estudian a Hipócrates, y nuestros códigos transcriben el Justiniano. Eso es lo más lógico y más simple. ¿No se

preceden y suceden los pueblos unos a otros? ¿El conocimiento dolorosamente conocido por una nación se limita a su propio territorio y muere con la generación que lo produjo? ¿Qué hay de absurdo en la sugerencia de que la India de hace 6.000 años, brillante, civilizada, sobran-te de población, imprimiera en Egipto, Persia, Judea, Grecia y Roma un sello tan imborrable, unas impresiones tan profundas, que sigan impresas aún sobre nosotros?"

Basándose en esta convicción, Jacolliot llevó a cabo gran parte de su investigación, y los hechos que recogió y presentó en sus veinte libros siguientes subrayan aún más sus palabras. Lo que sigue siendo un enigma hasta hoy es el motivo de que hubieran sido tan tristemente despreciados y tan poco citados; pues no nos debe caber duda de su importancia, como sus "discípulos" Pauwels y Bergier han afirmado en su libro, *El retorno de los brujos* (1960); aunque ellos mismos no le dedican más que una página, afirman:

"Jacolliot escribió algunas obras proféticas muy importantes, comparables, si no superiores, a las de Julio Verne. También dejó varios libros que tratan de grandes secretos de la raza humana. Muchos y grandes autores ocultistas, profetas y milagrosos han tomado prestado de sus páginas lo que, completamente despreciado en Francia, es bien conocido en Rusia."

Madame Helena Blavatsky, la emigrada rusa que, como veremos más adelante en este capítulo, tomó prestados libremente y con frecuencia cosas de Jacolliot sin citarlo, apreciaba también su importancia, aunque se guardó de alabarle. Escribió lo siguiente en su *Isis desvelada* (1877):

"Sus veinte o más volúmenes sobre temas orientales [de Jacolliot] son realmente un curioso conglomerado de verdad y ficción. Contienen gran cantidad de hechos y tradiciones, filosofía y cronología india, junto con muchas opiniones valerosamente expresadas. Pero parece como si el filósofo se viera constantemente superado por lo romántico. Es como si dos hombres estuvieran unidos en su autoría: uno de ellos cuidadoso, serio, erudito, el otro un novelista francés sensacionalista y sensual, que juega los hechos no como son sino como él los imagina. Sus traducciones del *Manu* son admirables; su capacidad de controversia, marcada; su opinión de la moral sacerdotal, injusta; y en

el caso de los budistas decididamente calumniosa. Pero en toda la serie de volúmenes no hay una línea que sea aburrida de leer; tiene el ojo del artista y la pluma del poeta de la naturaleza."

Louis Jacolliot había nacido en Charolles, en Saône-et-Loire, en 1837, hijo de un abogado de esa pequeña ciudad. Aunque sólo recibió una educación superficial, su abrumador deseo de aprender y su capacidad para el duro trabajo le hicieron ganar un puesto de funcionario, y finalmente un puesto importante en el departamento consular. Sus breves detalles biográficos, tal como aparecen en el Larousse, indican que sirvió durante varios años en la India durante el segundo Imperio; después fue jefe de justicia de Chandernagor, y posteriormente desempeñó el mismo puesto en Tahití. Regresó a Francia en 1874 y dedicó el resto de su vida a escribir, muriendo a la edad comparativamente joven de cincuenta y tres años en su casa de Saint-Thibaut-les-Vignes, en 1890.

Tales hechos disfrazan la naturaleza ardiente de este hombre durante su estancia en la India, ante todo porque fue testigo de numerosas ceremonias y rituales ocultos, hizo un estudio intensivo de las facultades místicas de los fakires, fue iniciado en varias sociedades secretas, y desenterró toda una serie de documentos y registros antiguos que arrojaron nueva luz sobre la prehistoria de la India. Nunca dudó en mezclarse entre la población nativa, a pesar de los peligros que esto le acarreaba ocasionalmente; pero fue recompensado con gran parte de la información que tanta vida da a sus libros, incluyendo el importante *Occult Science in India* (1884). En un libro posterior, *L'Indie Brahmanique* (1887), llegó incluso a confesar: "Hemos visto cosas tales que uno no describe por miedo a que los lectores duden de su inteligencia, pero sin embargo las hemos visto."

La investigación de Jacolliot le llevó también más allá de los confines de Calcuta, y tenemos datos de que estuvo en la India del sur, en Pondicherry, y de viajes más importantes por la cercana región de Carnatic, donde sostuvo varias discusiones sobre la historia antigua de la India con varios viejos brahmanes en sus templos de Villenoor y Chelambrum. Fueron aquellos hombres santos —a quien él llamaba "maestros reverenciados"—, los que al parecer le hablaron por primera vez de un reino subterráneo situado en alguna parte al norte de la India.

Esta historia enlazaba con los relatos que con frecuencia había oído en los bazares de Calcuta acerca de un mundo subterráneo que se suponía estaba localizado al norte, más allá del Himalaya. También había oído algo sobre una red de túneles que se decía partían del Ganges, cruzaban la gran cadena montañosa y llevaban a un destino secreto. Se decía que allí vivía el mayor hombre santo de todos, junto con sus seguidores.

Partiendo de esta información oral, aumentó sus conocimientos con nuevas investigaciones, que realizó entre los antiguos registros sánscritos de Calcuta; pudo dar entonces a la imprenta el primer relato moderno importante que poseemos sobre el mundo subterráneo llamado Asgharta, pero que nosotros conocemos ahora como Agharti.

Esta investigación reforzó también la creencia de Jacolliot en antiguas civilizaciones que florecieron en tiempos prehistóricos, tal como escribió en su libro posterior, *Histoire des Vierges* (1879):

"Una de las más antiguas leyendas de la India, conservada en los templos por tradición oral y escrita, relata que varios cientos de miles de años antes existió un continente inmenso que fue destruido por un trastorno geológico. Según los brahmanes, dicho país había alcanzado una alta civilización, y la península del Indostán, ampliada por el esplazamiento de las aguas en el tiempo del gran cataclismo, no había hecho más que continuar la cadena de tradiciones primitivas nacidas en este lugar. La tradición indo-helénica, mantenida por la población más inteligente que emigró de las llanuras de la India, se refiere igualmente la existencia de un continente y un pueblo perdidos en la antigüedad."

A partir de ahí, Jacolliot llega a la siguiente conclusión:

"Sea lo que sea lo que pueda haber en esas tradiciones, y sea cual sea el lugar en donde una civilización más antigua que la de Roma, Grecia o Egipto e India se desarrollara, es seguro que esta civilización existió, y es de gran importancia para la ciencia recuperar sus restos, por débiles y fugitivos que puedan ser."

Sin embargo, no fue en esta obra, sino en otra que publicó un año más tarde, titulada *Le Spiritisme dans le Monde* (1875),

donde reveló, aunque precavidamente, detalles de un vasto y antiguo reino subterráneo que decía había llegado a conocer por medio de "la traducción de todos los antiguos manuscritos de hoja de palma que he tenido la fortuna de que los brahmanes de las pagodas me hayan dejado ver". El relato más específico que encontró aparecía en una obra, el *Agrouchada Parikshai (Libro de los espíritus)*, que habla de un paraíso subterráneo que floreció "siglos antes de nuestra era". Estaba presidido por el *Brahm-atma*, o jefe supremo, el dirigente de los iniciados, un gran cuerpo de seguidores devotos, descendientes de una antigua civilización.

El supremo pontífice, el *Brahm-atma*, era el único poseedor de una fórmula mística, descrita como "que simbolizaba todos los secretos iniciáticos de las ciencias ocultas" y representada por las letras AUM, que significaban:

A

Creación

U

Preservación

M

Transformación

Según el *Agrouchada Parikshai*: "El *Brahm-atma* sólo podía exponer su significado en la presencia de los iniciados del tercer y supremo grado."

Jaccoliot comenta:

"Este mundo desconocido, del que ningún poder humano, incluso ahora que la tierra superior ha sido machacada por las invasiones mongolas y europeas, puede forzar a ser revelado, se conoce como templo de Asgharta... Quienes allí habitan poseen grandes poderes y tienen conocimiento de todos los asuntos del mundo. Pueden viajar de un lugar a otro por pasadizos que son tan antiguos como el reino mismo."

La localización de Asgharta bajo una tierra "machacada por las invasiones" era el modo típico de Jaccoliot de poner en palabras su convicción —basada, como todas sus creencias, en la investigación y la intuición— de que el reino se hallaba en algún lugar bajo la tierra central de Asia. Ello disfrazaba también sin duda su

frustración por no haber tenido nunca la oportunidad de poner a prueba su teoría viajando por Asia, pues sus últimos traslados en el consulado le llevaron a las Indias Orientales, Tahití, y luego de vuelta a Francia. Por tanto, la historia de Asgharta siguió siendo un enigma para él durante el resto de sus días. Pero no se puede negar el importante papel que ya había jugado al publicar esos hechos.

Un nuevo y extraño acontecimiento le ocurrió a Louis Jaccoliot antes de abandonar la India que creo debe ser incluido aquí. Estaba convencido, como él mismo decía, de que el pueblo de Asgharta estaba formado por los descendientes de una civilización prevédica, y que eran maestros en los poderes secretos. Cuando en compañía de un viejo fakir observaba un ritual, se elevó un "espíritu" que él creía podía haber sido el alma de una de esas gentes. Enfatizo el término "podía", porque Jaccoliot no hace tal afirmación, aunque al menos un estudioso de sus obras cree que la posibilidad es muy grande. El acontecimiento está registrado en su libro *Phénomènes et Manifestations (1877)*, en el que describe a los fakires como "los únicos agentes entre el mundo y los iniciados quienes raramente cruzan los umbrales de su sagrada habitación". Los dos hombres estaban sentados en un antiguo templo, y así es como Jaccoliot describe lo sucedido:

"El fakir continuaba sus evocaciones con más voluntad que nunca; una nube opalescente y opaca empezó a suspenderse cerca del pequeño brasero, que por petición del hindú yo había alimentado constantemente con carbones encendidos. Poco a poco asumió una forma enteramente humana, y distinguí el espectro, pues no puedo llamarlo de otra manera, de un viejo sacrificador brahmán arrodillado cerca del pequeño brasero.

"Llevaba en su frente los signos sagrados de Vishnú, y alrededor de su cuerpo el triple cordón, signo de los iniciados de la casta sacerdotal. Unió sus manos por encima de su cabeza, como durante los sacrificios, y sus labios se movieron como si estuviera recitando oraciones. En un momento dado, tomó un pellizco de polvos perfumados y lo arrojó sobre los carbones; debía ser un compuesto extraño, pues un espeso humo se elevó al instante e invadió las dos cámaras.

"Cuando se disipó percibí el espectro que, a dos pasos de mí, me extendía su mano sin carne; la tomé entre la mía, haciendo una salutación, y me asomé al comprobar que, aunque huesuda y dura, estaba caliente y viva.

"En ese momento le pregunté: "¿Eres tú un antiguo habitante de la tierra?"

"No había terminado la pregunta cuando la palabra AM (sí) apareció y luego desapareció en letras de fuego sobre el pecho del viejo brahmán, con un efecto muy semejante al que la palabra produciría si se escribiera en la oscuridad con una vara de fósforo.

"¿No me dejarás nada como presente de tu visita?", volví a preguntar.

"El espíritu rompió el triple cordón, compuesto de tres hebras de algodón, que tenía anudado a su cintura, me lo dio y desapareció a mis pies."

No es sorprendente que Jacolliot se sintiera perplejo por lo que había visto. Más tarde escribió:

"La única explicación que hemos podido obtener sobre el tema de un brahmán ilustrado, con quien me unía una estrecha intimidad, fue ésta: "Habéis estudiado la naturaleza física y habéis obtenido, mediante las leyes de la naturaleza, maravillosos resultados: vapor, electricidad, etc.; durante veinte mil años o más nosotros hemos estudiado las fuerzas intelectuales, hemos descubierto sus leyes, y obtenemos, haciéndolas actuar a solas o en concierto con la materia, fenómenos todavía más sorprendentes que los vuestros."

Si aceptamos la validez de lo que Jacolliot vio y nos contó, —y no hay nada que impida que no debemos hacerlo—, entonces es que pudo haber experimentado la extraña fuerza conocida como *Poder Vril* que se dice poseen las gentes de Agharti. Fuera así o no, volveremos a discutir con detalle más adelante este misterioso poder.

Aunque las referencias de Louis Jacolliot a Agharta eran muy breves, tomadas en el contexto de sus amplios veintiún volúmenes sobre la historia antigua de la India, fueron sin embargo lo bastante intrigantes para atraer la atención de otros dos contemporáneos, cada uno de ellos tan diferentes de él y del otro como quepa imaginar. El primero era un extraño y grandilocuente ocultista francés llamado Saint-Yves d'Alveydre, y el otro una extraordinaria dama rusa que fundó la Sociedad Teosófica, Madame Helena Blavatsky. Ambos, cada uno a su modo, estaban buscando a Agharti, e hicieron sus contribuciones específicas al desarrollo del interés por el tema.

Joseph Alexandre Saint-Yves d'Alveydre era una extraordinaria figura que probablemente habría permanecido desconocida para la posteridad que no hubiera podido satisfacer su obsesivo interés por la historia antigua y la pseudociencia desarrollada en su juventud de no haber tenido la fortuna de casarse con una dama rica. Nacido en París en 1842 en humildes circunstancias, parece que pasó los primeros años en el exilio en la isla de Jersey por alguna razón desconocida, y que luego volvió a Francia y se estableció de nuevo en la capital, donde contrajo matrimonio con la Condesa Keller ("un matrimonio providencial —dice un informe contemporáneo—, pero que le acarreó gran cantidad de calumnias"), y con ello consiguió el título de marqués y una riqueza considerable.

Liberado de las preocupaciones normales de la vida, d'Alveydre se dedicó totalmente al estudio de las lenguas y textos antiguos y de las ciencias ocultas. Para aprovechar mejor sus estudios aprendió sánscrito, hebreo y árabe, y reunió gran cantidad de libros, tanto antiguos como modernos. Evidentemente, se sentía particularmente atraído por la leyenda de la Atlántida y concibió una teoría de que la raza blanca, tan distinta de las otras razas de color, se había originado en el continente perdido y representaba el tipo más alto de la humanidad. Aparte de desarrollar esta fantasía racista, d'Alveydre era también inventor y propuso un plan para alimentar a la humanidad con algas del mar, además de construir una máquina llamada arqueómetro, que se dice proporciona una clave a todas las ciencias y religiones de la antigüedad. Según André Chaleil en sus *Les Grands Initiés de Notre Temps* (1978), ésta era

"un instrumento formado por los signos del Zodiaco, signos planetarios, notas musicales, colores, letras del árabe, hebreo y sánscrito, y números, que daban medida al sistema de intercomunicación universal. Así permitía al individuo elaborar formas de acuerdo con una idea; es decir, al poeta escribir poesías de la conexión de las letras y los colores, y al músico componer una pieza basada en números."

El marqués propuso también un nuevo sistema sociopolítico llamado sinarquía, que defendía que la sociedad debía considerarse como un organismo vivo como el cuerpo humano. Definiendo

éste, dijo: "La primera función corresponde a la nutrición, y eso es la economía. La segunda puede ser definida como la voluntad, y ésa es la legislación y la política. Finalmente, la tercera corresponde al espíritu, y ésa incluye la ciencia y la religión." Comentando ésto, dice André Chaleil:

"La sinarquía, tal como la entiende Saint-Yves, es el viejo sueño del encuentro de la izquierda y la derecha, de los trabajadores y los capitalistas, de los eruditos y los sacerdotes, bajo la misma bandera y con el mismo espíritu. Es ya en cierto modo el mito de la defensa del oeste contra sí mismo frente a la amenaza de la anarquía, o el gobierno sin principios."

Muchas de las teorías de d'Alveydre sorprendieron ciertamente a los lectores ordinarios, y algunos pensaron incluso que estaba loco, entre ellos su propio padre, quien afirmó: "De todos los lunáticos que he conocido, mi hijo es el más peligroso." Por su parte, el marqués parecía cultivar deliberadamente la opinión de que era un excéntrico, pues afirmaba recibir muchas de sus ideas mientras se hallaba en estado de trance y dictárselas a su secretario al mismo tiempo.

Aparentemente es bastante sencillo condenar a Saint-Yves d'Alveydre como un autor grandilocuente y megalomaniaco, como hicieron muchos mientras él vivía; pero como han señalado otros, era un investigador consciente y delicado, preparado siempre para explorar lo desconocido y no temeroso jamás de expresar sus opiniones. Fue su extraño estilo de vida lo que ensombreció todo lo demás. Como ha observado Jean Saunier en su libro *La Synarchie* (1971): "Saint-Yves d'Alveydre no era un autor tan extraño como pudiera creerse. Por el contrario, ¿no podría presentarse como uno de los últimos tópicos del siglo XIX?"

Este fue el hombre que encontró las referencias de Louis Jaccoliot a Agharta y se sumergió en sus libros en una incesante búsqueda de información, en particular la que se refería a sociedades "utópicas" de cualquier tipo. ¿Y qué descripción más adecuada podía existir para el reino secreto que la que hacía Jaccoliot? La vio inmediatamente como otro elemento que había de utilizar en el desarrollo de su teoría de la sinarquía.

Saint-Yves parecía interesado por la idea de cuevas secretas en donde se decía se hallaban ocultos antiguos misterios, pero fue

el descubrimiento de las referencias a todo un mundo subterráneo lo que realmente estimuló su imaginación. Fue el punto de partida desde el que finalmente dio a luz el libro que tituló, con una típica floritura, *La misión de la India en Europa y la cuestión de Mahatma y su solución*. Fue publicado en 1886.

La misión... es una obra extraordinaria desde cualquier punto de vista, pero más aún porque d'Alveydre afirmaba que gran parte de la información se la había dado un emisario de Agharta. (El marqués, dicho sea de paso, merece la distinción de haber sido el primer escritor en referirse al mundo subterráneo con otro de los nombres que ahora se utilizan más.) De acuerdo con un informe contemporáneo, d'Alveydre dijo que había recibido una visita de un "enviado misterioso", un príncipe afgano llamado Hadji Scharif, que había sido enviado por el gobernante del rey, "el Rey del Mundo". Este ser supremo era evidentemente consciente del interés del marqués por Agharta y estaba dispuesto a revelar algunos de sus secretos. El resto de su información, decía él, procedía de mensajes telepáticos del Dalai Lama del Tibet, quien también conocía el mundo subterráneo.

La verdad del asunto es que Saint-Yves había entrado en contacto con un sacerdote brahmán hindú huido de su país nativo tras una revuelta y asentado en Francia. Aquel hombre le había ayudado ya a aprender sánscrito y luego le ofreció más información cuando se planteó el tema de Agharta. Por desgracia, el francés no pudo resistirse en convertir en algo sensacional tanto su fuente de información como, en cierto grado, su libro.

El brahmán le dijo a d'Alveydre que Agharta era el gran centro iniciático de Asia y tenía una población de millones. Estaba gobernado por doce miembros de la "iniciación suprema" y por el "Rey del Mundo", quien "dirige toda la vida del planeta de un modo discreto e invisible".

El viejo hindú también reveló que se suponía existían varias entradas al reino, todas cuidadosamente escondidas, y que sólo a los habitantes de la superficie cuidadosamente elegidos se les permitía encontrar una y entrar. La gente del subterráneo tenía su propia lengua, el *vattan*, una forma de lenguaje desconocida por los lingüistas y eruditos. También habían creado un "archivo secreto de la humanidad" en el que colocaban "las máquinas y especímenes de seres y animales más perfectos que habían desapareci-

do; todo ello formaba la salvaguardia potencial de la humanidad espiritual y políticamente". Finalmente, había grandes bibliotecas subterráneas con volúmenes con miles de años de antigüedad. (¡Qué pensamientos debió estimular esto en un ratón de biblioteca como d'Alveydre!)

Al discutir la información que había vislumbrado, el marqués llegó a la conclusión, no del todo sorprendente para él, de que el reino de Agharta estaba en realidad gobernado por una sociedad sinárquica, y describió de este modo su constitución:

"Miles de *dwija* y *yogi* se unieron en Dios desde el círculo grande. Moviéndose hacia el centro del círculo encontramos cinco mil *pundits*, correspondiendo su número a las raíces herméticas del lenguaje védico. Luego vienen los doce miembros de la "iniciación suprema" y el *Brahm-ata*, el "apoyo del alma en el espíritu de Dios". Todo Agharta es una imagen fiel del mundo eterno a través de la creación."

(Como nota a pie de página a este argumento, d'Alveydre hace también la notable afirmación de que la India descubrió el antiguo arte del yoga por medio de su contacto con el reino subterráneo.)

También de acuerdo con el marqués, la oración jugaba también un papel importante en la vida de los habitantes del mundo subterráneo:

"En las horas de oración, durante la ceremonia de los misterios cósmicos, aunque los hierogramas sagrados sólo son murmurados en la vasta cúpula subterránea, extraños fenómenos tienen lugar sobre la superficie de la tierra y en los cielos. Los viajeros y los convoyes se detienen y tanto los hombres como las bestias escuchan ansiosamente."

(Esto es un comentario intrigante además de importante, y el lector lo encontrará significativo cuando llegue al capítulo que trata de las experiencias del explorador ruso Ferdinand Ossendowski, así como en la sección final, donde se habla de la relación de Agharta con los fenómenos aéreos conocidos como "platillos volantes".)

Dice Saint-Yves que de Agharta han venido, "cuando la humanidad los ha necesitado, enviados divinos", como Orfeo, Moisés, Jesús, y muchos otros. Y concluye así: "Apoyándome en la

historia del mundo, he demostrado que sinarquía, gobierno por arbitrio trinitario, extraída de las profundidades de la iniciación de Moisés y Jesús, es tanto la promesa de los israelitas como la nuestra."

Tales son los hechos relevantes que el marqués cuenta en su libro *La misión de la India en Europa*. Pero de acuerdo con André Chaleil, tan pronto como se publicó el libro, "Saint-Yves d'Alveydre hizo que lo destruyeran". Aunque se salvaron algunos ejemplares, la cuestión de por qué el resto fue sometido a semejante destino después de todo el esfuerzo que había puesto en ello sigue siendo un misterio. Chaleil admite que nadie conoce la respuesta real, pero se pregunta: "¿Había visto él, con la segunda visión que afirmaba poseer, lugares que debían permanecer ocultos? ¿Había utilizado mal la información secreta que había recibido y se vio obligado a borrarla por completo."

Lo que sí sabemos con certeza es que en cuanto el libro fue publicado otro indio llegó a París buscando al marqués. Según Paul Chacornac, una autoridad en ocultismo, aquella misteriosa figura, de la que se sabe muy poco, estaba muy enfadada con Saint-Yves por haber utilizado la información que le dieron "no como una información tradicional que había de ser recibida y asimilada, sino como elementos destinados a ser integrados en su sistema personal". Aquel hombre dijo que "el Rey del Mundo" consideraba con desagrado cualquier denigración de Agharta por asociación con la sinarquía.

Nunca sabremos si esta visita tuvo algo que ver en la decisión del marqués de destruir su obra. Jamás volvió a hablar del asunto hasta su muerte en 1910. Lo cierto es que nunca volvió a escribir una palabra sobre Agharta y que prácticamente se retiró, pasando al olvido. Hoy día es raro que su nombre aparezca más que en alguna que otra nota a pie de página en la historia del ocultismo; y aun así en términos que lo ridiculizan.

El tercer escritor que dio noticias del reino subterráneo en el último cuarto del siglo XIX fue Madame Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891), y es un hecho que aunque afirmó en algunos lugares haber sido la persona que reveló realmente Agharta al mundo, inicialmente no hizo más que entretener la información que había podido disponer gracias a Louis Jacolliot. Sin embargo, fue una mujer notable y posiblemente la fundadora del ocultismo moderno.

Hija de un coronel ruso, se casó a los diecisiete años con el vicegobernador de la provincia de Eivan, en Ucrania, Nikifor Blavatsky; pero al cabo de unas semanas de matrimonio escapó, anotando en su diario: "El amor es una pesadilla; un sueño vil. La mujer encuentra la verdadera felicidad en adquirir poderes sobrenaturales." Evidentemente, también era impulsada por una creencia que se había formulado de adolescente y que ella expresaba así:

"Siempre han existido hombres sabios que han tenido todo el conocimiento del mundo. Tienen el poder total sobre las fuerzas de la naturaleza y se dan a conocer sólo a aquellas personas que estiman dignas de conocerles y verles. Una persona debe también creer en ellos antes que poder verlos."

Durante el resto de su vida, Madame Blavatsky persiguió a esos "Maestros de la Sabiduría", tal como ella los llamaba, por toda la faz de la tierra.

Su primer destino tras la huida fue Europa, donde durante algunos años llevó una existencia precaria y bohemia, vistiéndose con ropas estrafalarias, fumando hashish e interesándose por todos los aspectos de lo oculto. Este interés se convirtió en una obsesión, e inició una serie de viajes sobre los que los detalles son escasos y a menudo confusos. De acuerdo con aquellos que se convirtieron en sus seguidores, Madame Blavatsky viajó por casi todos los países del mundo. Se dice que fue a Egipto, donde fue conducida a un ritual de medianoche en la gran pirámide de Kéops para elevar el espíritu de un sacerdote egipcio muerto hacía mucho tiempo. Luego, en la India, se sumergió en las prácticas mágicas de los sacerdotes hindúes; después hizo un viaje al Tibet, donde, disfrazada con ropas de hombre, se aseguró la entrada a una serie de monasterios aislados de los lamas. Una estancia de dos años en América del Sur la puso en contacto también con muchos de los antiguos misterios de ese continente.

Finalmente, en 1873, llegó a Nueva York. Allí se dejó captar por la creciente fascinación pública por el espiritualismo, y conoció al coronel Henry Steel Olcott, famoso investigador de los fenómenos psíquicos. El anciano coronel se sintió hechizado por aquella joven mujer, liberada y a menudo terrible, así como pro-

fundamente impresionado por su gran conocimiento de lo oculto. Unos meses después vivían juntos, aunque el coronel insistía en que no existía amor sexual entre ellos.

La pareja empezó a celebrar reuniones en las que se discutía sobre todos los aspectos de lo sobrenatural, y como resultado de aquellos encuentros tuvieron la idea de crear una organización para mejorar ese trabajo. El resultado fue la Sociedad Teosófica, basada en la palabra teosofía, que significa conocimiento de la sabiduría divina. Madame Blavatsky acometió la tarea de recopilar conocimientos y ordenarlos, ya fueran de primera mano o surgidos de la investigación, para redactar un libro que se convertiría en la piedra angular de la sociedad. El resultado fue publicado en 1877 con el título de *Isis Unveiled*. Tuvo un éxito inmediato, aunque fue ridiculizado en algunos lugares como un "galimatías de hechos y fábulas sobre muchos temas".

Entre los temas que Madame Blavatsky tocaba estaba el mundo secreto de Agharta. Mencionando sólo de pasada a Louis Jacolliot, repetía los detalles del reino subterráneo y sobre el *Brahm-atma*, el jefe supremo de los iniciados, el único que conocía el secreto de la fórmula mística contenida en la palabra AUM. Los mismos detalles, de hecho, que ya he descrito yo. Pero como los libros de Jacolliot eran poco conocidos fuera de Francia —y sólo habían sido publicados en ediciones limitadas, frente a las grandes impresiones de los dos volúmenes de *Isis Unveiled*—, Madame Blavatsky gozó, por tanto, de la fama de haber abierto a los ojos occidentales las maravillas de este extraño misterio.*

Sin embargo, añadió una nueva información al desarrollo del material sobre Agharta. Al hablar de la leyenda de que el reino subterráneo se suponía estaba vinculado con el resto del mundo por medio de pasadizos, informó que tenía conocimiento perso-

* En un análisis de *Isis desvelada*, el orientalista norteamericano William Emmette Coleman encontró que más de dos mil pasajes habían sido copiados de otros libros "sin crédito apropiado", y que Madame Blavatsky citaba mil trescientos libros de los que sólo había leído cien. Concluía: "Por estos medios, muchos lectores de *Isis Unveiled* se han visto elevados erróneamente a pensar que Madame Blavatsky era una gran lectora y poseía una gran erudición, cuando la verdad es que sus lecturas eran muy limitadas y su ignorancia era profunda en todas las ramas del conocimiento". En la lista de libros que ella plagió, menciona extensas citas de la *History of Magic*, de Ennemoser, y *The Gnostics and their Remains*, de C. W. King, así como "diecisiete pasajes de la *Bible in India*, de Jacolliot".

nal de uno de esos túneles enormemente largos que recorría más de mil millas a través de Perú y Bolivia. Había llegado a adquirir realmente, decía, un plano del túnel mientras viajaba por Sudamérica en 1850. Aunque era evidente que el pasadizo había sido utilizado por los antiguos incas para mantener sus tesoros lejos de la codicia de los conquistadores españoles, le parecía a ella que su origen era muy anterior; quizá incluso con relaciones atlánticas. En *Isis desvelada* decía:

“Tenemos en nuestro poder un plano preciso del túnel, el sepulcro, la gran cámara del tesoro y las puertas de roca pivotadas y escondidas. Nos lo dio un viejo peruano; pero si hubiéramos pensado alguna vez aprovecharnos del secreto habríamos necesitado la colaboración a gran escala del gobierno peruano y boliviano. Por no hablar de los obstáculos físicos, ningún individuo o pequeño grupo podría realizar esa exploración sin encontrarse con el ejército de bandoleros y contrabandistas que infectan aquella costa; y que, de hecho, casi incluye a toda la población. La simple tarea de purificar el aire del túnel en el que durante siglos no se ha entrado resultaría bastante difícil. Allí está el tesoro, y dice la tradición que allí seguirá hasta que el último vestigio del dominio hispánico desaparezca de América del Norte y del Sur.”

El viejo peruano que entregó a Madame Blavatsky el mapa dijo que él había visitado realmente el laberinto subterráneo. “Desafía a la imaginación —le dijo a ella—. Es como entrar en el mundo de Aladino. Los viejos magos y los sacerdotes incas dicen que los túneles estaban allí cuando sus pueblos llegaron por primera vez a América.”

Más adelante volveremos al tema de la red de túneles, así como a algunas otras evidencias confirmativas de Madame Blavatsky obtenidas en sus viajes por Sudamérica.

A pesar del éxito inicial de *Isis desvelada* y de la Sociedad Teosófica, al poco tiempo el interés por ambos declinó, y en 1879 Madame Blavatsky y el coronel tuvieron que decidir abandonar América e ir a la India, la gran fuente de la sabiduría oculta. Allí, ellos y la teosofía fueron calurosamente recibidos, y muy pronto Madame Blavatsky estaba de nuevo ganando conversos y realizando diversas maravillas sobrenaturales para demostrar sus “poderes”. En 1882 compraron una gran mansión a orillas del río Adyar, cerca de Madrás, y establecieron allí los cuarteles generales de la

Sociedad Teosófica. Aún sigue floreciendo, y entre sus elementos cuenta con una copia de aquel antiguo mapa de túnel que el viejo peruano le dio a Madame Blavatsky.

Los últimos años de la vida de la notable dama se vieron ensombrecidos por el escándalo y las acusaciones de que había “falsificado” sus milagros. Tan persistentes llegaron a ser los ataques de que era una charlatana y un fraude, que huyó de la India y se fue a Inglaterra, donde pasó sus últimos días escribiendo una obra similar a *Isis Unveiled*, basada también en una mezcla de experiencia personal e investigación intensiva, que tituló *La doctrina secreta*, y que describió como un compendio de todas las verdades básicas de las que la religión, la filosofía, y la ciencia han brotado. Fue publicada en 1888, y también contenía algunas más de sus opiniones sobre Agharta, en particular sobre el gran *Brahmatma*. Refiriendo al lector lo que había dicho ya en *Isis Unveiled* concerniente al secreto reino subterráneo de Asia y su gobernante, declaraba:

“El es el misterioso (para el profano, el siempre invisible) y, sin embargo, siempre presente personaje del que las leyendas abundan en Oriente, especialmente entre los ocultistas y los estudiantes de la ciencia sagrada. El es quien sostiene el dominio espiritual sobre los adeptos iniciados de todo el mundo. El es el iniciador. Sentado en el umbral de la luz, la mira desde dentro del círculo de oscuridad que él no cruzará; ni tampoco abandonará su puesto hasta el último día de su ciclo de vida. Bajo la guía directa y silenciosa de este *Maha* (Gran) *Guru*, todos los otros profesores e instructores de la humanidad menos divinos se convirtieron, desde el primer despertar de la conciencia humana, en los guías de la primera humanidad. Gracias a esos “hijos de los dioses”, la humanidad infante obtuvo sus primeras nociones de todas las artes y las ciencias, así como del conocimiento espiritual; y ellos pusieron las primeras piedras de esas antiguas civilizaciones que tanto asombran a nuestra generación moderna de estudiantes y eruditos.

“Que los que dudan de esta afirmación expliquen el misterio del extraordinario conocimiento poseído por los antiguos (suponiendo que nos hayamos desarrollado desde salvajes inferiores y semejantes a los animales, los cavernícolas de la edad paleolítica) sobre otros terrenos igualmente razonables. Dejemos que pasen a obras tales como las de Vitruvius Polijó de la era Augustea, sobre arquitectura por ejemplo, en la que todas las normas de proporción son aquellas enseñadas antiguamente en las iniciaciones, si él no hubiera estado relacionado con el

arte verdaderamente divino y comprendiera el profundo significado esotérico escondido en cada norma y ley de la proporción. Ningún hombre descendido de un cavernícola paleolítico podría haber desarrollado tal ciencia sin ayuda, ni siquiera a milenios de pensamiento y evolución intelectual. Son los pupilos de esos "hijos de los dioses" quienes entregaron sus conocimientos de una generación a otra, a Egipto y Grecia con su ahora perdido *canon de la proporción*. Debido a la perfección divina de esas proporciones arquitectónicas, los antiguos pudieron construir aquellas maravillas de todas las eras subsiguientes, sus pirámides, templos-cuevas, túneles, cromlechs, cairns, altares, demostrando que tenían los poderes de la maquinaria y un conocimiento de la mecánica ante los cuales la habilidad moderna es un juego de niños, y que [sic] esa habilidad se refiere a sí misma como "obras de gigantes de cien manos".

En una sección posterior, Madame Blavatsky confirma también su anterior creencia sobre una red de túneles unida a Agharta. "Es un hecho conocido por los brahmanes iniciados de la India, y especialmente por los yoguis, que no hay un templo-cueva en el país, sino que tienen sus pasadizos subterráneos que lo recorren en todas direcciones, y que esas cuevas subterráneas y corredores interminables tienen a su vez sus cuevas y corredores."

Pero quizá lo más importante de todo, por lo que concierne a nuestro estudio, es que Madame Blavatsky proporcionó una sugerencia con respecto al lugar en que Agharti está localizado. En una nota a pie de página en su discusión de los iniciados de *Brahmatma*, dice que, tras una catástrofe sucedida en eras pasadas, "el electo de esta raza se refugió en "la isla sagrada", el Shamballah de la fábula, en el desierto de Gobi".

A primera vista puede parecer que, en esta frase bastante enigmática, Madame Blavatsky simplemente había proporcionado al reino subterráneo otro nombre. Pero en realidad, como ya mencioné de pasada en el primer capítulo y substanciaré más tarde, Shamballah es el nombre que generalmente se le da a la ciudad capital de Agharti, donde "el Rey del Mundo" está entronado. Pero este error no debe oscurecer el hecho de que esa extraordinaria dama fue la primera de las historiadoras que nos proporcionó algo que se aproxima a una sede posible para el misterioso submundo.

Lo que es un misterio es el motivo de que nadie siguiera in-

mediatamente la sugerencia y tratara de establecer su verdad. Sin duda, la infamia que rodeó los últimos años de la dama, y su muerte en 1891 poco después de la publicación de *The Secret Doctrine*, jugó un papel importante en este estado de cosas. Pero es un hecho que casi tendría que pasar un cuarto de siglo antes de que el tema de Agharti surgiera de nuevo a la atención pública gracias a la experiencia de otro exiliado ruso. Y cuando lo hizo, la pista sobre su localización iba a demostrar no estar tan alejada de la verdad como los detractores de Madame Blavatsky afirmaron haberlo estado todas sus otras ideas y conclusiones...

4. LA EXTRAÑA BUSQUEDA DE FERDINAND OSSENDOWSKI

Hasta el inicio del siglo XX, la leyenda de Agharti siguió siendo en gran parte... una leyenda. Las viejas historias de un reino subterráneo secreto persistían en el mundo, pero las evidencias que apoyaran las afirmaciones seguían siendo tan extrañas como siempre. Hubiera sido de esperar que en el nuevo siglo racional y materialista tal historia se hubiera visto finalmente relegada a la esfera de la fantasía: una tradición colorista a guardar junto con otros antiguos misterios como el de los continentes perdidos de la Atlántida y Mu.

Pero tal suposición no se llevó a cabo gracias a los notables descubrimientos de dos intrépidos exploradores que en los años veinte penetraron en la vasta Asia y desenterraron allí evidencias sobre Agharti que superaban con mucho todos los informes anteriores. Sus relatos se convirtieron en la piedra angular de nuestro conocimiento actual del reino secreto.

Extrañamente, los dos hombres no se conocían entre sí; con toda seguridad nunca se habían encontrado y no llegarían a leerse los libros uno del otro. Sin embargo, ambos eran rusos, ambos eran hombres de coraje y sabiduría, y no se dejaban convencer fácilmente por falsedades, o llevar por historias fantásticas. Uno de ellos hizo sus descubrimientos sobre Agharti mientras huía del terror de la revolución bolchevique en Rusia; el otro llegó poco después desde su exilio autoimpuesto en América, tratando de penetrar en los misterios del Tibet, ese reino remoto y misterioso, bien metido en el Himalaya, en el que pocos occidentales han penetrado nunca. Sus nombres eran Ferdinand Ossendowski y Nicholas Roerich, y consideremos ahora sus contribuciones más importantes a nuestra historia.

Ferdinand Ossendowski era un hombre notable por muchos aspectos, y resulta difícil explicar el motivo por el que hoy día esté tan tristemente olvidado, que su nombre aparezca en tan pocas obras de referencia, y que sus libros hayan sido olvidados y sean de una rareza extrema. Como veremos, en esto contrasta con el otro explorador de la leyenda de Agharti, Nicholas Roerich.

Ossendowski había nacido en Vitebsk en 1876. Desde su niñez demostró un amor apasionado por su Siberia nativa, en particular su historia y su vida salvaje. Durante los días de la escuela demostró ser un estudiante despierto y alerta, mostrando gran aptitud para la geografía y la geología. Como es natural, ello le llevó a interesarse en la carrera de minas, y a principios del nuevo siglo era ampliamente considerado como uno de los principales expertos en la minería de oro de Siberia. También era un rebelde y un idealista. En 1905 se había desilusionado notablemente por el gobierno del zar en Moscú, que a él le parecía no se interesaba mucho por las necesidades de su amada Siberia. Por ello se vio implicado en un intento de obtener la separación de Siberia del resto de Rusia, sirviendo como miembro dirigente de un grupo denominado *Gobierno Revolucionario del Lejano Oriente*, con cuartel general en la ciudad de Harbin.

Fue un intento apasionado, pero mal concebido, de desafiar el poder del zar y quedó rápidamente aplastado. Ossendowski, y otros 37 más, fue arrestado y juzgado. Aunque unos amigos se ofrecieron a ayudarlo a escapar, prefirió soportar el juicio con ellos y fue sentenciado a muerte por traición. Sin embargo, tras poderosas súplicas en su nombre, y teniendo en cuenta su indudable validez para el gobierno por su conocimiento de la minería, esta sentencia fue conmutada a dos años de prisión. Volvió a la vida normal en septiembre de 1907, como un hombre más duro pero más sabio por su penosa experiencia en la prisión siberiana.

En los años siguientes, Ossendowski se dedicó a sus estudios de minería, sirviendo como profesor de geología en las universidades de Petrogrado y Omsk, además de escribir extensamente sobre la minería del oro y el platino en periódicos rusos y polacos. Durante la Primera Guerra Mundial fue enviado como miembro de "una misión de investigación especial" a Mongolia, según el gobierno era un lugar importante para determinadas actividades de espionaje.

En 1920, coincidiendo con el inicio de la revolución bolchevique, la vida de Ossendowski dio su giro más dramático. Como figura bien conocida de la vida rusa, miembro de la burguesía, y sospechoso de colaborador con el gobierno, era un blanco natural para los rojos y ocupaba un primer puesto en la lista de hombres buscados cuando los revolucionarios llegaron a Siberia. Pero no esperó a que lo metieran en la cárcel por segunda vez y arriesgarse a que lo mataran, y huyó a las estepas de Siberia dirigiéndose a Mongolia. Aunque no tenía un plan claro respecto adónde podría dirigirse, pensó que China sería probablemente su destino último una vez hubiera cruzado las grandes extensiones salvajes de Mongolia.

Lewis Stanton Palen, quien posteriormente colaboró con Ossendowski en un libro titulado *Man and Mystery in Asia* (1924), explica que al principio los soldados rojos persiguieron a su víctima con denodado fervor, pero que de repente abandonaron la caza cuando creyeron que Ossendowski había muerto. En el bosque de Yenisey se encontró un esqueleto que había sido comido por los lobos y que conservaba el pasaporte del Dr. Ferdinand Ossendowski. Dice Palen: "Como era tan conocido y tan mal querido por los gobernantes bolcheviques, hubo gran regocijo por el descubrimiento de sus documentos, y las noticias de la muerte de un enemigo tan conocido de la revolución se extendieron por todos los órganos rojos de Siberia y Rusia."

Pero en realidad Ossendowski no había muerto; engañó astutamente a sus perseguidores. Explica Palen:

"En una lucha con un grupo de bolcheviques en el bosque, Ossendowski, en defensa de su propia vida, hizo pagar a un comisario el precio que éste hubiera exigido del educado fugitivo; y estando en necesidad de documentos más útiles y menos comprometedores que los suyos, quitó los papeles del comisario de su bolsillo y dejó los suyos, indeseables, en el lugar del otro."

Aunque Ossendowski ya no era perseguido, sabía que ya no podía regresar a Siberia. Con gran determinación y habilidad, se dirigió a Mongolia —escapando por poco de la muerte a manos de una banda de bandidos o *hunghutze*—, hasta que encontró la compañía de un notable compañero ruso, un sacerdote llamado

Tushegoun Lama, que también había huido de la revolución roja. Era una figura fascinante que iba a todas partes con un gran revólver Colt metido en su *sash* azul y que afirmaba tener amistad personal con el Dalai Lama, entonces supremo gobernante del Tibet.

En los meses siguientes creció una gran amistad entre aquellos dos exiliados, y cada uno llegó a admirar al otro. De Tushegoun Lama, Ossendowski oíría las primeras indicaciones sobre Agharti y se sintió inspirado a investigar las historias, lo que en última instancia produjo el primer informe moderno detallado sobre el reino subterráneo, ayudando así a sustanciar las verdades de la antigua leyenda. Llamó a su informe *Beasts, Men and Gods*, (1923), y es ahora un volumen raro y muy buscado.

Al hablarnos de su huésped, Ossendowski escribió en su libro:

"¡Tushegoun Lama! ¡Cuántos extraordinarios relatos me ha contado! Es un Kalmuco ruso, que por su labor de propaganda para la independencia del pueblo Kalmuco conoció muchas prisiones rusas bajo el zar, y que, por la misma causa, fue añadido a la lista de los bolcheviques. Escapó a Mongolia y consiguió en seguida gran influencia entre los habitantes de aquel pueblo. No es sorprendente, pues era gran amigo del Dalai Lama de Lhasa —y de los que más sabían sobre el Lama—, un famoso taumaturgo y un doctor. Su influencia era irresistible, basada como estaba en su gran control de la ciencia misteriosa. Todo el que desobedecía sus órdenes perecía. Sin que nadie supiera el día o la hora, en su *yurta*, o al lado de su caballo galopante sobre las llanuras, aparecía el extraño y poderoso amigo del Lama. El golpe de una navaja, una bala, o sus fuertes dedos estrangulando el cuello, conseguían la justicia de los planes de este trabajador milagroso."

Durante su viaje, Tushegoun Lama le contó a Ossendowski algo de los casi milagrosos poderes de los sacerdotes tibetanos, y del Dalai Lama en particular; poderes, decía, que los extranjeros apenas serían capaces de apreciar. Luego siguió diciendo: "Pero existe otro hombre más santo y más poderoso... El Rey del Mundo de Agharti."

Durante un momento, Ossendowski quedó asombrado al no entender lo que su compañero quería decir y le presionó para que se lo explicara.

"Sólo un hombre conoce su nombre Santo —contestó el La-

ma lenta y enigmáticamente—. Sólo un hombre ahora vivo estuvo alguna vez en Agharti. Ese soy yo. Ese es el motivo de que el más santo Dalai Lama me haya honrado y de que el Buda viviente de Urga me tema. Pero en vano, pues nunca me sentaré sobre el trono santo del más alto sacerdote de Lhasa ni alcanzaré lo que procede de Genghis Khan a la cabeza de nuestra fe amarilla. No soy un monje. Soy un guerrero y un vengador."

Ossendowski, fascinado por aquella conversación, comenzó a plantear toda una serie de preguntas; pero Tushegoun Lama saltó sobre la silla de su caballo y mientras se alejaba se volvió atrás diciendo la frase mongola de despedida: "*Sayn iSayn-bayna!*"

El pobre ruso se quedó de pie entre el polvo con sus pensamientos aún confundidos. ¿Rey del Mundo? ¿Agharti? ¿Qué quería decir el Lama? ¿Y dónde puede estar ese misterioso lugar?

En realidad, Ossendowski tendría que esperar varios meses antes de empezar a conseguir algunas respuestas a las preguntas que habían acosado su pensamiento noche y día mientras proseguía su viaje por Mongolia.

Sucedió mientras cruzaba la gran llanura de Tzagan Luck con su pequeño grupo de guías mongoles que Tushegoun Lama había dejado con él para que le acompañaran y le guardaran a lo largo del camino. De repente, uno de los guías pidió que se detuviera el grupo. El hombre saltó de su camello, que inmediatamente se arrodilló sin que nadie se lo ordenara. Los otros mongoles hicieron inmediatamente exactamente lo mismo y todos elevaron sus manos en oración cantando: "*Om! Mani padme Hung!*"

Sorprendido por los repentinos acontecimientos, y no viendo una razón inmediata a las acciones de los hombres, Ossendowski esperó a que acabaran de rezar y luego preguntó a su guía qué estaba sucediendo.

"¿Es que no ha visto cómo nuestros camellos movían sus orejas atemorizados? —contestó el hombre tras un momento de vacilación—. ¿Cómo los caballos de la llanura permanecían con la atención fija y cómo las ovejas y el ganado se acostaban para estar más cerca del suelo? ¿No ha notado que los pájaros no volaban, que las marmotas no corrían y que los perros no ladraban? El aire tembló suavemente y trajo desde lejos la música de una canción que penetró en los corazones de los hombres, los animales y los pájaros. La tierra y el cielo dejaron de respirar. El viento no sopló y el sol no se movió. En ese momento,

el lobo que se estaba acercando sigilosamente a una oveja dejó de arrastrarse; el asustado ganado de antílopes paró de repente su salvaje galope; la navaja del pastor que iba a cortar la garganta de la oveja cayó de su mano; el rapaz armiño dejó de acechar al *salga*. Todos los seres vivos, atemorizados, empiezan a rezar involuntariamente y esperan su destino. Eso es lo que pasó ahora. Así ha sido siempre que el "Rey del Mundo" reza en su palacio subterráneo y busca el destino de todos los pueblos de la tierra."

Ossendowski se sintió asombrado y frunció el ceño. No había visto nada de lo que el viejo mongol le describió. Pero su interés se había despertado de nuevo por la mención del misterioso "Rey del Mundo". Y tal como nos cuenta en *Beasts, Men and Gods*, empezó a buscar ansiosamente más información sobre el "misterio de los misterios", que así ha venido a conocerse la leyenda de Agharti en el Asia central. Analizó y anotó muchos pedazos esporádicos, neblinosos y a menudo contravertidos de evidencias, en un intento de formarse un cuadro coherente.

Por ejemplo, en las orillas del río Amyl, algunos viejos le hablaron de una antigua leyenda que describía cómo una tribu mongol había huido de las exigencias del señor de la guerra Genghis-Khan escondiéndose en un país subterráneo. Y en el lago de Nogan Kul le hablaron de un hombre que había encontrado realmente la puerta de Agharti, y que descendió, pero que a su regreso tenía la lengua cortada por los Lamas, por lo que fue incapaz de pasar información a nadie más.

Sin embargo, el primer relato realmente sustancioso sobre el reino subterráneo se lo transmitió un viejo tibetano, el príncipe Chultun Beyli, que vivía en el exilio acompañado de su sacerdote favorito en Mongolia (Gelong Lama era el nombre del sacerdote). Los dos hombres hablaron libremente sobre el tema cuando se dieron cuenta de que el interés de Ossendowski era auténtico y sincero. El lama fue el primero en hablar.

"Todo en el mundo —dijo el Gelong— se halla constantemente en un estado de cambio y transición: pueblos, ciencias, religión, leyes y costumbres. ¡Cuántos grandes imperios y culturas han perecido! Y lo único que permanece sin cambiar es el mal, la herramienta de los malos espíritus. Hace más de sesenta mil años un hombre santo desapareció con toda una tribu de gentes bajo el suelo y nunca volvió a

aparecer sobre la superficie de la tierra. Muchas gentes, sin embargo, han visitado desde entonces este reino, Sakkia Mouni, Undur Gheghen, Paspá, Khan Baber y otros. Nadie sabe dónde se halla ese lugar. Unos dicen que en Afganistán, otros que en la India. Todas las gentes de allí están protegidas contra el mal y los crímenes no existen dentro de sus límites. Allí la ciencia se ha desarrollado con calma y nada se halla amenazado por la destrucción. El pueblo subterráneo ha alcanzado el más alto conocimiento. Ahora es un gran reino, de millones de hombres, con el "Rey del Mundo" como su gobernante. El conoce todas las fuerzas del mundo y lee todas las almas de la humanidad y el gran libro de su destino. Invisiblemente gobierna sobre ochocientos millones de hombres de la superficie de la tierra y ellos llevarán a cabo todas sus órdenes."

Ante este sorprendente informe de su lama, el viejo príncipe añadió nuevos detalles:

"El reino se llama Agharti. Se extiende por todos los pasadizos subterráneos del mundo. He oído a un ilustrado Lama de China relatar a Bogdo Khan que todas las cuevas subterráneas de América están habitadas por gentes antiguas que han desaparecido bajo el suelo. Aún se encuentran rastros de ellos sobre la superficie de la tierra. Estos espacios y gentes subterráneas están gobernados por gobernantes que deben lealtad al "Rey del Mundo". No hay en ello tanto de maravillosos [sic]. Tú sabes que en los dos mayores océanos del Oriente y el Occidente hubo antiguamente dos continentes. Desaparecieron bajo el agua, pero sus pueblos fueron al reino subterráneo. En las cuevas del subsuelo existe una luz peculiar que permite crecer a los cereales y vegetales y da larga vida sin enfermedad a las gentes. Hay muchos pueblos diferentes y muchas tribus diversas. Un viejo brahmán budista del Nepal estaba realizando la voluntad de los dioses haciendo una visita al antiguo reino de Jenghiz (Siam), y encontró allí a un pescador que le ordenó subir a su barco y zarpar con él por el mar. Al tercer día llegaron a una isla en donde encontraron a una persona que tenía dos lenguas con las que podía hablar separadamente en diferentes lenguajes. Le enseñaron animales peculiares y poco familiares, tortugas con dieciséis pies y un ojo, enormes serpientes con una carne muy sabrosa y pájaros con dientes que cogían pescado para sus dueños en el mar. Esas gentes le dijeron que habían salido del reino subterráneo y le describieron algunas partes del país del subsuelo."

Comprensiblemente, a Ossendowski le pareció que en aquellos dos relatos había mucho de sorprendente y confuso. Sin em-

bargo, estaba completamente convencido de que había dado con algo más que una simple leyenda o incluso un ejemplo de hipnosis o visión de masas, y que probablemente se trataba de una poderosa "fuerza" evidentemente capaz de influir en el curso de la vida en aquella parte del mundo. Puede que incluso se extendiera más allá de aquella zona, si es que podía aceptar todo lo que el príncipe Chultun Beyli le había dicho.

Para entonces, conforme el camino del fugitivo a lo largo del viaje a Mongolia se acercaba a China, empezó a hacer planes para cruzar la frontera y viajar luego por tren hasta Pekín. Tenía la esperanza de que desde allí le fuera posible llegar a Occidente, donde podría empezar una nueva vida si, como tristemente sospechaba, la revolución bolchevique tenía éxito.

Pero antes de alcanzar el final de su vuelo a la libertad, Ossendowski tuvo su mayor sorpresa, pues en la ciudad de Urga encontró a un anciano Lama, quien, casi sin habérselo pedido, completó sus conocimientos sobre el misterio de Agharti. No había sido, sin embargo, un encuentro que empezara muy favorablemente, tal como Ossendowski relata en *Beasts, Men and Gods*:

"Durante mi estancia en Urga traté de encontrar una explicación sobre la leyenda del "Rey del Mundo". Desde luego, el buda vivo podría decirme más de todo ello, y, por tanto traté de obtener de él alguna historia. En una conversación le mencioné el nombre del "Rey del Mundo". El anciano pontífice volvió abruptamente su cabeza hacia mí y fijó en mi persona sus ojos inmóviles y ciegos. Involuntariamente, me quedé silencioso. Nuestro silencio fue largo, y tras él el pontífice siguió la conversación de tal modo que entendí que no deseaba aceptar la sugerencia de mi referencia. En los rostros de los otros presentes observé las expresiones de asombro y miedo producidas por mis palabras, y ello fue así especialmente en el custodio de la biblioteca de Bogdo Khan. Es fácil entender que todo ello sólo consiguió acrecentar más mi ansiedad de proseguir la búsqueda."

Ossendowski se sentía bastante alicaído cuando abandonó la habitación donde había sido recibido por el lama principal. A su lado estaba el bibliotecario, que le había mirado con tanto temor cuando mencionó el nombre del "Rey del Mundo". Ossendowski decidió intentar una vez más obtener información sobre Agharti y su gobernante. Se volvió al anciano bibliotecario y le preguntó

si le dejaría ver la colección de libros de la lamasería. Empleó también lo que él llamó "un truco muy simple y sencillo".

"Ya sabe usted, mi querido Lama —dijo Ossendowski—, que una vez cabalgué por la llanura en la hora en que el 'Rey del Mundo' hablaba con Dios y sentí la impresionante majestad de ese momento."

Con gran asombro por mi parte, el anciano lama respondió al instante:

"No está bien que los budistas y nuestra fe amarilla lo oculten —dijo casi en un susurro—. El conocimiento de la existencia del hombre más santo y más poderoso del reino bendito, del gran templo de la ciencia sagrada, es un consuelo tan grande para nuestros corazones pecadores y nuestras vidas corruptas que ocultarlo de la humanidad es un pecado."

Aprovechando su oportunidad, Ossendowski preguntó rápidamente al bibliotecario sobre los poderes del "Rey del Mundo".

"El está en contacto con el pensamiento de todos los hombres que influyen en la vida de toda la humanidad —contestó—. Con los reyes, zares, khanes, jefes guerreros, sumos sacerdotes, científicos y otros hombres poderosos. El comprende todos sus pensamientos y planes. Si éstos son agradables ante Dios, el 'Rey del Mundo' les ayuda invisiblemente; si son desagradables a la vista de Dios, el rey les llevará a la destrucción. Este poder le es concedido a Agharti por la ciencia misteriosa del "Om", con el que empezamos todas nuestras oraciones. "Om" es el nombre de un antiguo santo, el primer Goro, que vivió hace trescientos treinta mil años. Fue el primer hombre que conoció a Dios y que enseñó a la humanidad a creer, a esperar y a luchar contra el mal. Entonces Dios le dio poder sobre todas las fuerzas que gobiernan el mundo visible."

Ossendowski presionó rápidamente con su pregunta al viejo lama conforme ambos caminaban hacia el salón lleno de libros que albergaba la biblioteca.

"¿Ha visto alguien al 'Rey del Mundo'?", preguntó.

"¡Oh sí! —contestó el lama—. Durante las fiestas solemnes del antiguo budismo en Siam y la India, el 'Rey del Mundo' apareció cinco veces. Cabalgó en un espléndido carro conducido por elefantes

blancos y adornado con oro, piedras preciosas y las telas más finas; estaba vestido con un manto blanco y una tiara roja con cintas de diamantes ocultándole el rostro. Bendijo al pueblo con una manzana de oro con la figura de un cordero sobre ella. El ciego recuperó la vista, el mudo habló, el sordo oyó, el lisiado se movió libremente y el muerto resucitó allá donde los ojos del "Rey del Mundo" descansaron. También apareció hace quinientos cuarenta años en Erdeni Dzu, estuvo en el antiguo monasterio Sakkai y en Narabanchi Kure.

"Uno de nuestros budas vivientes y uno de los Tashi Lamas recibió un mensaje de él, escrito con signos desconocidos sobre tablillas de oro. Nadie pudo leer esos signos. El Tashi Lama entró en el templo, colocó la tablilla de oro sobre su cabeza y empezó a rezar. Con ello los pensamientos del "Rey del Mundo" penetraron en su cerebro y, sin haber leído los signos enigmáticos, entendió y cumplió el mensaje del rey."

Ossendowski sentía cómo su corazón palpitaba de excitación, y le hizo la siguiente pregunta.

"¿Cuántas personas han visto Agharti?"

"Muchas —respondió el lama—; pero todas ellas han mantenido el secreto de lo que vieron allí. Cuando los olets destruyeron Lhasa, uno de sus destacamentos de las montañas del suroeste penetraron hasta los alrededores de Agharti. Aprendieron allí una de las ciencias menos misteriosas y la trajeron a la superficie de la tierra. Por eso los olets y los kalmucos son buenos brujos y profetas. También desde el país oriental algunas tribus de gentes negras penetraron en Agharti y vivieron allí muchos siglos. Después fueron arrojados del reino y devueltos a la tierra, llevando con ellos el misterio de las predicciones de acuerdo con las cartas, las hierbas y las líneas de las manos. Son los gitanos... En alguna parte del norte de Asia existe una tribu que ahora está muriendo y que procede de la cueva de Agharti. Es habilidosa en llamar a los espíritus de los muertos cuando flotan en el aire."

Durante unos instantes, Ossendowski calló. Un profundo silencio se apoderó del salón de altos techos. El anciano ya había hablado demasiado, y de seguir su relato lo haría por su propia voluntad. El instinto de Ossendowski fue acertado.

"En varias ocasiones, los pontífices de Lhasa y Urga han enviado mensajeros al "Rey del Mundo" —dijo el lama bibliotecario pasado un

rato—. Pero no pudieron encontrarle. Sólo un dirigente tibetano, después de una batalla con los olets, encontró la cueva con la siguiente inscripción: 'Esta es la puerta de Agharti'. De la cueva salió un hombre de hermosa apariencia, le regaló una tablilla de oro que tenía escrito misteriosos signos y le dijo: El 'Rey del Mundo' aparecerá ante todos los pueblos cuando, para él haya llegado el tiempo de conducir a todas las buenas gentes del mundo contra los malos; pero este tiempo no ha llegado aún. El más maligno entre la humanidad no ha nacido todavía."

Apenas había terminado de hablar el anciano, cuando entraron otros dos lamas en la biblioteca. Antes de que Ossendowski pudiera hacer otra pregunta, o incluso dar las gracias al bibliotecario, el hombre se movió en silencio y desapareció. El viajero no pudo nunca volver a ver o hablar con aquel lama que tanto había iluminado su mente sobre el misterio de Agharti.

Sólo hay otras dos cuestiones relevantes en nuestra historia que precisan ser mencionadas en relación con Ferdinand Ossendowski y su libro, *Beasts, Men and Gods*, que él completó y vio publicado un año después desde su exilio en París. La primera es que el libro apareció al mismo tiempo que otra obra que iba a tener una importancia crucial en un área muy diferente; aunque posteriormente ambos libros resultaron estar vinculados por una extraña e intangible hebra. Este era el *Mein Kampf*, de un joven alemán llamado Adolf Hitler, que había tenido sueños de ser "un rey" del mundo él mismo. Volveremos al estudio de esta extraña asociación en un capítulo posterior.

La segunda cuestión concierne a otra afirmación de Ossendowski sobre los enormes poderes del pueblo de Agharti; poderes que él decía podían utilizar para destruir áreas enteras de nuestro planeta, pero que podían servir igualmente como medios de propulsión de los vehículos de transporte más sorprendentes. Se ha sugerido que podría ser una predicción de la energía nuclear y los platillos volantes. (*Beasts, Men and Gods* se publicó en 1923, mucho antes de que esos temas hubieran sido incluso tratados.) La otra posibilidad es que se tratara de una referencia a la fuerza misteriosa conocida como *Poder Vril*. Estudiaremos esta fascinante e intrigante posibilidad más adelante.

Pero lo que ahora más de inmediato nos interesa son los descubrimientos del segundo hombre que buscó Agharti; era el mun-

dialmente famoso viajero y artista Nicholas Roerich, quien también recorrió las salvajes y desoladas regiones de Asia como su compañero y compatriota Ossendowski, penetrando aún más en el corazón del misterio.

5. LA BUSQUEDA DE SHAMBALLAH

Constantine Nicholas Roerich era un personaje extraordinario cuyo nombre figura de modo notable en la historia del misticismo. Pero igualmente, como consecuencia de la profundidad de su filosofía, sus notables capacidades como adivino y profeta y su innegable habilidad como artista tiene también un lugar importante en las biografías de las figuras mundiales del siglo XX. Aunque murió hace más de treinta años, muchas de sus obras siguen imprimiéndose, sus pinturas se exhiben en las galerías de todo el mundo y su filosofía ha inspirado a varias generaciones de pensadores. En Nueva York, un museo que lleva su nombre rinde homenaje a su indudable genio.

Las influencias de este sobresaliente hombre que nació en San Petersburgo (Rusia), en 1874, son numerosas y variadas, pero aquí nos concentraremos simplemente en aquellas que están relacionadas con la leyenda de Agharti: un tema que, como veremos, le absorbió y fascinó.

Roerich procedía de una distinguida familia rusa cuyos antecedentes se retrotraen hasta los vikingos nórdicos del siglo X. Eran un clan valiente y aventurero, hombres de inteligencia y de acción, y es evidente que su deseo de exploración corría por la sangre del joven Nicholas desde una edad temprana. Debido quizá a estos antecedentes, se sintió fascinado por la arqueología, en particular por la de los vikingos. Según una monografía de K. P. Tamy, *Nicholas Roerich* (1935): "Cuando sólo tenía diez años, Roerich excavó en algunos montes antiguos que databan de los vikingos. Regaló los objetos descubiertos a la sociedad arqueológica, orgulloso por la gloria conseguida." Tamy nos dice también que

estaba "poseído de un ardiente deseo de lograr lo hermoso y hacer uso de él en beneficio de sus hermanos". Ello le llevó a desarrollar lo que ha demostrado ser un notable talento artístico, y a la edad de quince años su obra era ya públicamente exhibida, además de ser reproducida en varias revistas de arte.

A pesar de sus tendencias artísticas, Roerich fue enviado a estudiar leyes en la universidad de San Petersburgo, pero cuando resultó evidente que sus habilidades naturales estaban en otra parte, sus padres le permitieron pasar a la academia de Bellas Artes. Tras graduarse, prosiguió su formación en París, volviendo a Rusia para convertirse en conferenciante y escritor de temas artísticos. En 1906 ganó un premio muy codiciado, ofrecido por el zar, por el diseño de una nueva iglesia, y fue designado también director de la academia para el fomento de las Bellas Artes en Rusia. Su vida siguió estando llena de logros y aclamaciones hasta que las nubes oscuras de la revolución rusa se extendieron por la tierra. Roerich, que en aquel tiempo estaba visitando América como invitado, comprendió que las puertas de su país se le habían cerrado irrevocablemente. La realidad es que nunca volvió a pisar la tierra que le vio nacer.

En América, Roerich desarrolló más su interés por el budismo y el mundo místico de Asia, que había empezado a estudiar cuando se encontraba aún en Rusia. El tema captó de modo tan profundo su imaginación, que en 1923 propuso una expedición para explorar la India, Mongolia y el Tibet. Posiblemente lo que más le excitó fue el Himalaya, cuya influencia iba a colorear el resto de su vida y obra. (Roerich se estableció en la India a finales de los años veinte y murió allí en 1947.)

La expedición, que se componía de Roerich, otros ocho europeos y algunos guías locales, partió en 1924 de Sikkim, cruzó el Punjab y luego Cachemira, Khotan, Urumchi, las montañas Altai, la región de Oyrot, Mongolia, el Gobi central y Tsaidam, terminando en el Tibet. Como dice un informe de la época, el pequeño grupo erró "durante cinco años por remotas, peligrosas y raramente visitadas zonas de Asia", encontrando "frustración y hostilidad" en numerosos lugares. La dirección de aquel grupo requería de toda la habilidad, valor e inteligencia de Roerich, y además de dibujar los escenarios y a las personas, llevó un diario de sus movimientos escrito literalmente "sobre la silla de montar".

En el mundo exterior se supo muy poco de Roerich, hasta que en el mes de mayo de 1928 llegó a la India un extenso cable procedente del Tibet. Los siguientes extractos revelan gráficamente el tipo de experiencia que sufrieron:

"Atacados en territorio tibetano por ladrones armados... Detenidos a la fuerza por las autoridades tibetanas el 6 de octubre, a dos días al norte de Nagchu. Con crueldad inhumana la expedición ha sido detenida durante cinco meses a una altitud de 4.500 metros en tiendas de verano entre fuertes fríos de 40 grados bajo cero... La expedición sufrió por la falta de combustible y alimento. Durante la estancia en el Tibet murieron cinco hombres, mongoles, buriatos y tibetanos, y noventa animales de la caravana perecieron... Por órdenes superiores fueron interceptadas todas las cartas y cables dirigidos al gobierno de Lhasa y las autoridades británicas de Calcuta. Prohibido hablar con las caravanas que pasaban. Prohibido comprar alimentos a la población. El dinero y las medicinas se terminaron..."

Roerich explicaría posteriormente que abundaban las historias sobre el grupo mientras éste viajaba:

"Durante estos años los rumores me convirtieron en un 'rey francés y americano', 'jefe de un cuerpo expedicionario ruso', y en 'rey de todos los budistas'. Conseguí morir dos veces. Conseguí estar simultáneamente en Siberia, América y el Tibet. Según las palabras de los mongoles de Tsaidam, llevé a cabo una guerra con el Amban de Sining. Y según las palabras del taotai de Ghotan, llevaba conmigo un pequeño cañón que en diez minutos podría destruir todo Khotan con sus 100.000 habitantes. Nos acostumbramos a todo esto y ya no nos asombrábamos de los rumores 'auténticos'. Los mongoles recuerdan bien al 'Khan Ameri': Así había sido visualizado el americano, como un tipo de guerrero. Nos contaban relatos que corrían en Lhasa sobre nosotros en los que difícilmente podíamos identificarnos con nosotros mismos."

A pesar de todas las durezas y tribulaciones, Roerich encontró amigos e información durante su viaje, con los que enriqueció su conocimiento de las personas y sus tradiciones. A las pocas semanas de iniciar la expedición, la leyenda de Agharti, que llegaría a convertirse en un absorbente tema de estudio para él, ya había llamado su atención.

Mientras cabalgaba, anotó sus primeros pensamientos sobre el reino subterráneo, y esas notas fueron publicadas posteriormente en un notable documento sobre la expedición, titulado *Altai Himalaya: A Travel diary* (1930). Esto es lo que escribió:

“Una leyenda del Asia Central nos habla de la nación misteriosa de habitantes subterráneos: el Agharti. Al aproximarse a las puertas de este bendito reino, todos los seres vivos se vuelven silenciosos, deteniendo reverentemente su curso. Recuerdo ahora la leyenda rusa sobre el misterioso ‘Tchud’ que penetró en la tierra para escapar a la persecución de fuerzas malignas. También conduce a este lugar secreto la leyenda sagrada del Kitege subterráneo.

“¡En todo el mundo se cuentan historias de ciudades subterráneas, cuevas con tesoros, templos sumergidos bajo el agua! El campesino ruso y normando hablan de ello con igual seguridad. También el habitante de los desiertos sabe de tesoros que a veces brillan bajo la arena y que luego, hasta que llegue el tiempo ordenado, vuelven a esconderse bajo la tierra.

“Alrededor del fuego se reúnen aquellos que recuerdan las fechas predestinadas. No hablamos de supersticiones, sino de conocimiento; conocimiento revelado en hermosos símbolos. ¿Por qué inventar, cuando la verdad es tan múltiple? En La Mancha aún se ve la ciudad que se ha ‘sumergido’ bajo el agua.

“Muchas fuentes hablan de habitantes subterráneos en el distrito de Lhasa y Koko-Nor. Un lama de Mongolia recuerda la siguiente leyenda: Cuando se construyeron los cimientos del monasterio Genden durante el tiempo del maestro Tsong-kha-pa, en el siglo XIV, se observó que por los agujeros de las rocas subía el humo del incienso. Se abrió un pasadizo y se encontró una cueva en la que, inmóvil, estaba sentado un anciano. Tsong-kha-pa le despertó de su éxtasis y el anciano le pidió una taza de leche. Le preguntó luego sobre las enseñanzas que existían ahora sobre la tierra. A continuación desapareció. También se dice que el Potala, el palacio del Dalai-Lama, tiene lugares ocultos de la mayor antigüedad. No se puede descubrir nada por las expresiones faciales de los lamas. Hay que buscar por otros caminos.

“Si todo eso se halla bajo tierra, es mucho más lo que está tras el velo del silencio. Es una ingenuidad insistir, tras haber recibido la primera respuesta precavida. Un autorizado astrólogo nos asegura que no sabe nada; sólo ha oído rumores. Otro que está versado en las costumbres de la antigüedad insiste en que ni siquiera ha oído nada de esas cosas. ¿Y por qué iban a responder de otro modo? No deben traicionar. Lo más horrible es la traición; y allí hay muchos traidores. Nos

damos cuenta de la verdadera devoción y descubriremos tras ella la estructura del futuro.”

Al igual que Ossendowski, Roerich se dedicó pronto a buscar más información, más pistas, sobre el misterioso mundo subterráneo. En Lamayuru-Hemis encontró a un lama buriato que, aunque bastante reticente sobre el tema, le reveló que sobre el corazón de Agharti había una gran ciudad llamada Shamballah, en donde vivía el “Rey del Mundo”.

“Hay varios caminos a ese lugar prohibido —le dijo el lama a Roerich, enigmáticamente—. Y los que son llevados son conducidos por un pasadizo subterráneo. Ese pasadizo se hace a veces tan estrecho que apenas es posible cruzarlo. Todas las entradas están guardadas por los lamas.”

Si ese hombre le contó algo más a Roerich, éste no menciona nada más en su diario, y es evidente que al explorador le resultó bastante frustrante aquella conversación, salvo por la importante nueva información sobre la ciudad llamada Shamballah. Otro incidente, registrado en su diario unos días más tarde, debió resultarle igualmente tentador:

“Por la noche llegó alguien que mencionó algo acerca de un manuscrito de Shamballah. Le pedimos que lo trajera.

“¡Hay que estar en esos lugares para entender lo que sucede! Hay que mirar en los ojos de los que llegan con el fin de comprender la importancia vital que tiene para ellos el significado de Shamballah. Para ellos los datos sobre acontecimientos no son una extraña curiosidad, sino que están relacionados con la estructura del futuro. Aunque estas estructuras se encuentran a veces pervertidas y ocultas por el polvo, su sustancia es vital y remueve el pensamiento. Siguiendo el desarrollo del pensamiento, se entienden los sueños y las esperanzas. ¡Y a partir de esos fragmentos se ha unido la nueva tela del mundo!”

A pesar de cualquier sentimiento de frustración, es evidente que Roerich se estaba sintiendo cautivado por el misticismo del tema, y quizá se volviera deliberadamente enigmático él mismo en sus notas. Cuando el grupo llega a Tourfan, sin embargo, y le enseñan unas cuevas que decían conducían a Agharti, es un poco más específico en su diario:

"En los riscos que hay sobre Kurlyk surgen oscuras las entradas de las cuevas. Estas cuevas penetran profundamente: su profundidad no ha sido averiguada. Hay también pasadizos secretos; desde el Tibet, a través de Kuen Lun, a través de Altyntag, a través de Tourfan; la Oreja Larga sabe de pasadizos secretos. ¡Cuántas personas se han salvado en estas cuevas y pasadizos! La realidad se ha convertido en un cuento de hadas. Del mismo modo que el negro acónito del Himalaya se ha convertido en la Flor de Fuego."

El explorador y exiliado ruso indica que se está convenciendo de que existe un centro con el que están vinculadas las naciones del mundo por medio de túneles, en cuyo corazón hay una ciudad de oro llamada Shamballah. Mientras el grupo descansa durante unos días en Mongolia, Roerich toma sus pinceles y pinta "El gobernante de Shamballah", una colorida interpretación del "Rey del Mundo" en su dominio. (Más tarde Roerich regalaría ese lienzo al gobierno de Mongolia.)

El resto del diario de Roerich está punteado de referencias similares a Shamballah, indicativas de que aprovechó todas las oportunidades para discutir sobre la leyenda. Sospecha que "los lamas de Mongolia saben mucho", y que "otras muchas naciones vecinas entienden también toda la realidad del significado de Shamballah". Pero añade: "No es fácil ganarse su confianza en asuntos espirituales."

Confirmando ese pensamiento, cuando el grupo se acerca a la frontera con el Tibet, llegan más conversaciones a sus oídos. Nos habla de ello en una curiosa nota de su diario:

"Escuchamos leyendas. Lo que se nos dice sobre la visita del "gobernante de Shamballah" a los monasterios de Narabanchi y Erdeni Dzo es confirmado en diversos palacios. Yum-Beise es un lugar desagradable y barrido por el viento. El monasterio mismo no resulta tentador y los lamas no son agradables. Más allá, y por encima del monasterio, sobre la montaña, se erige un tremendo falo..."

Cuando el grupo entra en el Tibet, Roerich confía a su diario que sólo un alto lama puede responder a todas sus preguntas; si pudiera encontrar a uno dispuesto a hacerlo. Anota: "Los tibetanos relatan que durante la huida del Dalai Lama en 1904, al

cruzar el Chang-thang, los hombres y caballos sintieron un grave temblor. El Dalai Lama les explicó que se encontraban en la frontera santificada de Shamballah. ¿Sabe mucho el Dalai Lama acerca del Shamballah?", se pregunta.

El fascinante relato que hace Roerich de su viaje por Asia se cierra con su llegada a la ciudad santa de Lhasa, dejando al lector intrigado por sus referencias a Agharti y Shamballah, y tan frustrado como el autor mismo se debió sentir. Pero Roerich no se ha enfrentado en vano a todas aquellas durezas y privaciones, ni ha buscado diligentemente información por nada, pues en Lhasa, en el verano de 1928, encontró a un alto lama llamado Tsa-Rinpoche que por fin respondió a sus preguntas más apremiantes. Roerich registró su conversación en un segundo volumen, que tituló *Shamballah*, publicado en 1930.

Roerich tuvo que convencer primero al alto lama de que tenía un gran interés por el tema y no era un simple curioso. Evidentemente, las respuestas del explorador no convencieron inmediatamente al santo, pues describió a Shamballah como un lugar que estaba "más allá del Océano". Y a esto, Tsa-Rinpoche añadió: "Es un poderoso dominio celestial. No tiene relación alguna con nuestra tierra. ¿Por qué va a interesarse entonces la gente terrestre por ello?"

Durante un momento hubo un silencio completo en la habitación mientras los dos hombres se miraban el uno al otro. Roerich se daba cuenta de que le estaban desviando de su camino, pero tampoco deseaba ofender al alto lama y llevar la conversación a un prematuro final. Cuando comenzó a hablar de nuevo, escogió muy cuidadosamente sus palabras:

"Lama, conocemos la grandeza de Shamballah. Conocemos la realidad de este reino indescriptible. Pero también conocemos la realidad de la Shamballah terrestre. Sabemos cuántos altos lamas fueron a Shamballah, y cómo en su viaje vieron las cosas físicas habituales. Conocemos las historias del lama Buriat, de cómo fue acompañado a través de un pasadizo secreto muy estrecho. Sabemos que otro visitante vio una caravana de gente de la montaña con sal de los lagos en las fronteras mismas de Shamballah. Además, nosotros mismos hemos visto un poste blanco fronterizo de uno de los tres postes exteriores de Shamballah. Por tanto, no me hables sólo de la Shamballah celestial,

sino también de la que hay en la tierra: porque tú sabes tan bien como yo que la Shamballah terrestre está conectada con la celeste. De este modo, se unifican los dos mundos."

El lama guardó silencio. Con los ojos medio ocultos por los párpados, examinó el rostro de Roerich. Y entonces, en el atardecer, comenzó a hablar:

"Verdaderamente, está llegando el tiempo en el que la enseñanza del bendito vendrá de nuevo desde el Norte hasta el Sur. La palabra de la verdad, que empezó su gran camino desde Bodhgaya, de nuevo volverá a los mismos lugares. Debemos aceptarlo simplemente, pues así es: el hecho de que las verdaderas enseñanzas abandonarán el Tibet, y aparecerán de nuevo en el Sur. Realmente grandes cosas van a suceder. Tú procedes del Oeste, y sin embargo traes noticias de Shamballah. Probablemente el rayo de la torre de *Rigden-Jyepo*, el 'Rey del Mundo', ha llegado a todos los países.

"La luz de la torre de Shamballah brilla como un diamante. El está allí: *Rydggen-Jyepo*, infatigable, siempre vigilante de la causa de la humanidad. Nunca cierra sus ojos. Y en su espejo mágico ve todos los acontecimientos de la tierra. Y el poder de su pensamiento penetra en tierras lejanas. La distancia no existe para él; puede ayudar al instante a aquellos que lo merecen. Su luz poderosa es capaz de destruir toda la oscuridad. Sus inmensas riquezas están dispuestas a ayudar a todos los necesitados que ofrezcan servir la causa de la verdad. Puede cambiar incluso el karma de los seres humanos..."

Dándose cuenta de que había roto la reticencia de su anfitrión, Roerich preguntó si era cierto que muchas personas vivían en el reino subterráneo y poseían grandes poderes.

"Son incontables los habitantes de Shamballah —replicó el anciano, vestido con hermosas prendas—. Numerosas son las espléndidas fuerzas y consecuciones que están siendo preparadas para la humanidad."

"¿Pero cómo se guardan los secretos de Shamballah? —preguntó Roerich—. Se dice que muchos de los que participan de Shamballah, muchos mensajeros, recorren el mundo. ¿Cómo pueden guardar los secretos que se les ha confiado?"

De nuevo Tsa-Rinpoche horadó con su mirada la de su huésped.

"Los grandes vigilantes de los misterios observan cuidadosamente a todos aquellos a quienes han confiado su obra y les han dado altas misiones. Si se enfrentan a un mal inesperado, les ayudan inmediatamente. Y el tesoro confiado será guardado. Hace unos cuarenta años, un gran secreto fue confiado a un hombre que vivía en el Gobi de la gran Mongolia. Se le dijo que podía utilizar este secreto para un fin especial, pero que cuando sintiera que se aproximaba su partida de esta tierra debería encontrar alguien digno a quien confiar este tesoro. Muchos años pasaron. Finalmente, este hombre enfermó, y durante su enfermedad una fuerza maligna se le aproximó y le volvió inconsciente. En tal estado no podía encontrar a nadie digno a quien confiar su tesoro. Pero los grandes vigilantes están siempre atentos y alerta. Uno de ellos, desde el Alto Ashram, corrió rápidamente a través del Gobi, permaneciendo más de sesenta horas sin descansar sobre la silla de su cabalgadura. Llegó junto al hombre enfermo a punto para revivirlo, y durante un breve período de tiempo le permitió encontrar a alguien a quien pudiera transmitir el mensaje."

Ansiosamente, Roerich hizo otra pregunta que no había estado nunca apartada de su pensamiento.

"Lama, en Tourfan y en Turkestán nos enseñaron cuevas con largos e inexplorados pasadizos. ¿Se puede llegar a Shamballah por esas rutas? Nos dijeron que en algunas ocasiones salieron extranjeros de esas cuevas y fueron a las ciudades. Deseaban pagar las cosas con monedas extrañas y antiguas que ya no se usan."

Una ligera sonrisa se adivinó en los ojos y la boca del viejo lama. Tardó unos momentos antes de contestar:

"Verdaderamente, te digo que la gente de Shamballah sale en ocasiones al mundo. Se encuentran con los colaboradores terrestres de Shamballah. En bien de la humanidad, envían preciosos bienes y notables reliquias. Puedo contarte muchas historias sobre maravillosos regalos recibidos. Incluso el mismo *Rigden-Jyepo* aparece a veces con cuerpo humano. De pronto se muestra en lugares santos, en monasterios y en momentos predestinados, y pronuncia sus profecías."

No totalmente satisfecho con la respuesta, Roerich prosiguió en la misma línea de preguntas.

"Lama, ¿cómo es posible que el Shamballah de la tierra aún no haya sido descubierto por los viajeros? En los mapas se pueden ver muchas rutas de expediciones. Parece que todas las alturas están ya marcadas y que todos los valles y ríos han sido explorados."

Ante esto, el viejo rostro del lama esbozó una amplia sonrisa; Roerich pensó que era el tipo de sonrisa que podía mostrar una persona más sabia a alguien de menor talla, incapaz de comprender una verdad simple.

"Verdaderamente, hay mucho oro en la tierra, y muchos diamantes y rubíes en las montañas, y todo el mundo está ansioso de poseerlos. Y muchas personas tratan de encontrarlos. Pero hasta ahora esas personas no lo han encontrado todo. ¿Cómo va a encontrar Shamballah un hombre que no ha sido llamado? Has oído hablar de las corrientes venenosas que circundan las tierras superiores. Quizá has visto a personas que mueren por esos gases. Quizá has visto animales y personas que empiezan a temblar cuando se acercan a determinados lugares. Muchas personas tratan de llegar a Shamballah sin haber sido llamados. Algunas de ellas desaparecen para siempre. Sólo unas cuantas alcanzan el lugar sagrado, y si su karma está dispuesto..."

"Es peligroso jugar con fuego; sin embargo, el fuego puede ser muy útil para la humanidad. Probablemente habrás oído que algunos viajeros trataron de penetrar en territorio prohibido y que los guías se negaron a seguirles. Decían: 'Preferimos que nos matéis.' Incluso esas gentes simples entendían que materias tan nobles sólo podían ser tocadas con la máxima reverencia."

A pesar de una sensación de ligero embarazo, Roerich insistió en el tema de la localización de Agharti y Shamballah.

"Lama, ¿puedes decirme algo de los tres monasterios cercanos a Lhasa: Sera, Ganden y Depung? ¿Hay bajo ellos algunos pasadizos escondidos? ¿Y hay un lago subterráneo bajo el templo principal?"

De nuevo sonrió Tsa-Rinpoche.

"Sabes tantas cosas que parece que hayas estado en Lhasa. No sé cuándo habrás estado allí. Pero si has visto ese lago subterráneo, quizá

hayas sido un lama muy grande, o un siervo que llevara una antorcha. Pero como siervo no podrías conocer todas las cosas que me has dicho."

Sintiendo que el viejo lama no estaba preparado para contestar a la pregunta de los túneles que hay bajo el monasterio, Roerich preguntó si sabía algo de los azaras y los kuthumpas, hombres santos que la tradición supone conocen los secretos de Shamballah. Una vez más, Tsa-Rinpoche inició evasivamente su respuesta:

"Si estás familiarizado con tantos incidentes, debes tener éxito en tu trabajo. Saber tanto de Shamballah es en sí mismo una corriente de purificación. Muchas personas han encontrado durante sus vidas a los azaras y a los kuthumpas, y a la gente de la nieve que los sirve. Sólo recientemente dejaron de ser vistos los azaras en las ciudades. Todos están reunidos en las montañas. Muy altos, con largos cabellos y barbas, externamente se asemejan a los hindúes. En una ocasión, caminando al lado del Brahmaputra, vi a un azara. Me esforcé por alcanzarlo, pero desapareció rápidamente por detrás de unas rocas. Sin embargo, no encontré allí ninguna cueva; todo lo que vi fue una pequeña grieta. Probablemente, a aquel hombre no le gustaba ser molestado.

"Los kuthumpas ya no se ven hoy día. Antes aparecían abiertamente en el distrito de Tsang y en Manasarowar, cuando los peregrinos iban al santo Kailasa. Hoy día es incluso raro ver a la gente de la nieve. La gente ordinaria, en su ignorancia, los toma por aparecidos..."

La voz del viejo lama se desvaneció y con un movimiento de cansancio se arrebujó su vestido rojo. Roerich se daba cuenta de que su anfitrión se encontraba fatigado y se preguntaba si estaría dispuesto a hablar durante mucho tiempo. Sin embargo, un extraño episodio que le sucedió durante su viaje por Asia seguía perturbándole, y sabía que debía preguntar al santo sobre él antes de despedirse.

"Lama —dijo suavemente—, no lejos de Ulan-Davan vimos a un enorme buitres negro que volaba muy bajo, cerca de nuestro campamento. Lo cruzó en dirección a algo brillante y hermoso, que volaba al sur de nuestro campamento y que brillaba con los rayos del sol."

A pesar de la media luz, Roerich vio que los ojos del lama chispeaban de repente. Entonces, con una débil voz, el anciano le preguntó: "¿Sentiste un perfume como de incienso en el desierto?"

Entonces fue Roerich quien se sorprendió. "Ah... sí —dijo lentamente—. Lo sentimos. En aquel desierto pedregoso, a varios días de cualquier lugar habitado, muchos de nosotros nos dimos cuenta al mismo tiempo de un exquisito olor a perfume. Sucedió así varias veces. Nunca habíamos oído un perfume tan maravilloso. Me recordaba al de cierto incienso que un amigo mío me dio un día en la India; pero no sé dónde lo había conseguido."

Cuando Tsa-Rinpoche volvió a hablar, dio a Nicholas Roerich la mayor sorpresa de aquella notable noche. Posteriormente, el gran explorador pensó que las palabras de aquel hombre eran lo más sorprendente que había oído durante todos aquellos extraordinarios años que pasara en Asia.

El anciano dijo elevando la voz:

"¡Entonces tú estás siendo guardado por Shamballah! El gran buitre negro es tu enemigo, quien está ansioso de destruir tu obra, pero la fuerza protectora de Shamballah te sigue en esta forma radiante de materia. Esa fuerza se halla en todo momento cerca de ti, pero no siempre puedes percibirla. Sólo a veces se manifiesta para reforzarte y dirigirte. ¡Es, en verdad, el mayor misterio de Shamballah!"

Actualmente, como ya mencioné, el finado Nicholas Roerich goza de amplia fama mundial como filósofo y artista. Sin embargo, aunque una gran parte de lo que escribió y pintó es fácilmente accesible, su contribución a nuestro conocimiento de la leyenda de Agharti, y de Shamballah en particular, suele ser subestimado. Nadie se ha dado cuenta de que lo que Roerich experimentó en realidad en el desierto de Ulan-Davan era con toda probabilidad la fuerza misteriosa que llamamos *Poder Vril*.

Tras expresar nuestro agradecimiento a Roerich y a su compañero explorador, Ferdinand Ossendowski, por haber ampliado nuestro conocimiento del reino secreto subterráneo, seguramente ha llegado el momento de examinar con mayor detalle el *Poder Vril*; y en primer lugar al autor inglés que lo describió, Edward George Bulwer Lytton, en una obra de gran rareza, única y fascinante: *The Coming Race*.

6. EL ENIGMA DEL MUNDO SUBTERRANEO DE LORD LYTTON

Uno de los libros de misticismo más difíciles de encontrar es un pequeño y curioso volumen llamado *The Coming Race*, que fue publicado en 1871. En la portada, el nombre del autor aparece como "El honorable Lord Lytton". Novelista y escritor de historias cortas, fue muy popular en la época victoriana. Hoy día se sigue recordando, aunque no se lea mucho, su novela histórica *The Last Days of Pompeii (Los últimos días de Pompeya)* (1834); y su novela *The Haunted and the Haunters* (1859), que tantas veces ha aparecido en antologías, ha sido descrita por una autoridad como H. P. Lovecraft como "uno de los mejores relatos de casas de fantasmas".

Pero *The Coming Race* está relegada a un olvido que nada tiene que ver con el resto de las obras de Lord Lytton. Sólo las bibliotecas más importantes del mundo poseen algún ejemplar del libro, y personalmente tuve que emplear varios años en buscar una edición antes de que localizara un volumen curiosamente encuadernado en una librería de viejo en un callejón de Londres. La encuadernación la considero curiosa porque tiene una extraña textura de cuero y no hay título ni autor en el lomo. Imagino que lo habría dejado entre otros volúmenes polvorientos del montón si no hubiera sido por una palabra escrita en tinta y letras mayúsculas en la parte superior del lomo: VRIL.

En aquel tiempo, esa palabra significaba poco para mí, pero me intrigó lo suficiente para coger el libro de la estantería. Imagínese mi sorpresa y placer al abrirlo por la página del título y encontrar aquel que tanto había buscado, *The Coming Race*. Como los libros de Ferdinand Ossendowski y Nicholas Roerich, que ya

he tratado en los capítulos anteriores, éste llegaría a ser una obra de crucial importancia para mi estudio de la leyenda de Agharti.

Recuerdo también que cuando lo ojeaba al azar, éste se abrió por una página que parecía haber sido muy estudiada por el propietario anterior. Esa página era también la explicación de por qué habían escrito esa palabra en el lomo. Mientras me hallaba de pie ojeándolo en la penumbra de la tiendecita (la página en cuestión formaba parte de los párrafos de conclusión del capítulo VII), llegó a mi mente el pensamiento de que quizá había encontrado el *motivo* de que esta obra, una novela sobre una raza subterránea bendecida con poderes sobrenaturales, se hubiera convertido en tal rareza. ¿Contenía secretos que debían permanecer ocultos? ¿Tenía el autor algún conocimiento especial que ni siquiera disfrazado de ficción debía ser hecho público?

Estos pensamientos no estuvieron nunca apartados de mi mente en los años siguientes, cuando inicié mi investigación primero sobre la vida de Lord Lytton, y posteriormente sobre la leyenda de Agharti. Me llevarían por un extraño camino que iría desde el alba de los tiempos hasta el alza y la caída de Adolf Hitler. Explicaré ahora cómo se forjó ese vínculo, comenzando con una cita de la fascinante página del volumen que había captado mi atención en la librería:

“Entonces, volviéndose hacia su hija, mi huésped subterráneo dijo: ‘Y tú, Zee, no repetirás a nadie lo que ha dicho el extranjero, ni hablarás, salvo para ti o para mí, de otro mundo que el nuestro.’ Zee se levantó y besó a su padre en las sienes, diciendo con una sonrisa: ‘Una lengua de Gy es caprichosa, mas el amor puede ponerle grilletas. Pero no tengo miedo, padre mío, de que una palabra al azar tuya o mía pueda exponer a la comunidad al peligro por un deseo de explorar un mundo que está más allá del nuestro. ¿pues acaso una ola de *Vril* apropiadamente impulsada no borrará incluso de nuestro cerebro el recuerdo de lo que hemos oído decir al extranjero?’”

“¿Qué es el *Vril*?”, pregunté.

“Entonces Zee empezó una explicación de la que entendía muy poco, pues no hay palabra alguna en ningún lenguaje que yo conozca que sea un sinónimo exacto de *Vril*. Podría llamarlo electricidad, si no fuera porque incluye en sus múltiples ramas otras fuerzas de la naturaleza, a las cuales, en nuestra nomenclatura científica, les asignamos nombres diferentes, tales como magnetismo, galvanismo, etc. Esas gen-

tes consideran que en el *Vril* ha llegado a la unidad de las fuerzas energéticas naturales, que habían sido conjeturadas por muchos filósofos, y a las que Faraday da el término más precavido de correlación:

“Hace tiempo que sostengo una opinión —decía aquel ilustre experimentador—, que llega casi a una convicción, creo que en común con otros muchos amantes del conocimiento natural, de que las diversas formas bajo las que las fuerzas de la materia se manifiestan tienen un origen común; o, dicho de otro modo, están tan directamente relacionadas, y son tan mutuamente dependientes, que son convertibles, por así decirlo, la una en la otra, y poseen equivalentes de poder en su acción.”

“Estos filósofos subterráneos afirman que, mediante una actuación del *Vril*, al que Faraday quizá llamaría “magnetismo atmosférico”, pueden influir en las variaciones de temperatura; dicho de otro modo, en el clima; que por otras actuaciones, semejantes a las adscritas al mesmerismo, electrobiología, fuerza óptica, etc., pero aplicadas científicamente mediante conductores *Vril*, pueden ejercer influencia sobre las mentes y cuerpos animales y vegetales, hasta un punto no sobrepasado por las historias de nuestros místicos. A todas esas potencias les dan el nombre común de *Vril*.”

“Zee me preguntó si en mi mundo no se sabía que todas las facultades de la mente podían acelerarse hasta un grado desconocido en el estado de vigilia, mediante trance, en el que los pensamientos de un cerebro podían ser transmitidos a otro, y así se podía intercambiar rápidamente el conocimiento. Contesté que había entre nosotros historias que hablaban de trances o visiones, y que había oído mucho y visto algo del modo en que eran artificialmente afectados, como en la clarividencia mesmérica; pero que esas prácticas habían caído en gran desuso o desprecio, en parte por las graves imposturas a que fueron sometidas, y en parte porque, incluso cuando se producían efectos auténticos de determinadas constituciones anormales, dichos efectos resultaban muy insatisfactorios cuando eran bien examinados y analizados; por lo que no se confiaba en que tuvieran una verdad sistemática o un propósito práctico, y las personas crédulas se volvían maliciosas por las supersticiones que tendían a producir.”

“Zee recibió mis respuestas con una atención benigna, y dijo que similares casos de abuso y credulidad habían sido familiares a su propia experiencia científica en la infancia de su conocimiento, en cuya época las propiedades del *Vril* eran mal aprehendidas, pero que se reservaba la posterior discusión de este tema hasta que yo estuviera más preparado para entrar en él. Se contentó con añadir que mediante la actuación del *Vril* yo había sido colocado en estado de trance y ha-

bía podido conocer los rudimentos de su lenguaje; y que ella y su padre, únicos miembros de su familia que se tomaron el trabajo de vigilar el experimento, habían adquirido un mayor conocimiento de mi lenguaje que yo del suyo; en parte porque mi lenguaje era mucho más simple y comprendía ideas mucho menos complejas; y en parte porque su organización era, por cultura hereditaria, mucho más dúctil y más capaz de adquirir conocimiento que la mía.

“Objeté secretamente a esto; pues habiendo tenido que agudizar mis talentos en el curso de una vida práctica, tanto en casa como estando de viaje, no podía permitir que mi organización cerebral fuera más oscura que la de personas que habían vivido toda su vida a la luz de una lámpara. Sin embargo, mientras estaba pensando así, Zee señaló con su dedo índice a mi frente y me hizo dormir.”

Antes de intentar una valoración de la importancia de esta extraña obra, y de la probabilidad de que contenga hechos presentados como ficción, por no mencionar su influencia de largo alcance, es importante conocer algo del hombre que la escribió. Y la verdad simple y llana es que Edward George Earle Bulwer Lytton (1803-1873) era un hombre con dos personalidades muy distintas: novelista prolífico y ocultista secreto y experimentado.

Bulwer Lytton había nacido en una familia rica y privilegiada que se enorgullecía de su educación y posición en la sociedad. De joven fue educado privadamente en su casa hasta que tuvo la edad suficiente para ir a Cambridge. Sus amigos estaban cuidadosamente elegidos, sus lecturas supervisadas y sus responsabilidades, como Lytton, rigurosamente forzadas.

Sin embargo, a pesar de esta supervisión de sus padres, hay muchas evidencias de que antes de cumplir los diez años era ya un niño introvertido y atraído por el misticismo. En una biografía de su hijo Earl of Lytton (1913), titulada *The Life of Edward Bulwer, First Lord Lytton*, se nos dice que cuando sólo tenía ocho años anunció un día a su aturdida madre: “Mamá, ¿no te sientes sobrecogida a veces por el sentido de tu propia identidad?” También planteaba persistentemente preguntas sobre el retrato de uno de sus antepasados que colgaba en el hogar familiar de Knebworth. Se trataba del doctor John Bolwer, quien, le dijeron sus padres, se había dedicado a buscar un modo de comunicarse con los sordos y los mudos, y había publicado en 1644 un trata-

do sobre sus teorías titulado *Chirología; Or, The Natural Language of the Hand*.

Lo que los Lytton no habían querido contar a su hijo era que el doctor Bulwer había pasado la mayor parte de su vida investigando el misticismo, y que se decía había hecho un estudio especial de la alquimia. Existía incluso una leyenda familiar según la cual había encontrado un medio de prolongar la vida, y actualmente vivía muy bien a sus noventa años, edad excepcional para el siglo XVII. El interés del joven por aquel antepasado permaneció en él durante toda su vida, y el doctor John Bulwer figura disfrazado de Glyndon el ocultista en la novela de Bulwer Lytton sobre una sociedad oculta secreta francesa, *Zanoni*, que escribió en 1842.

Es fácil ver, por tanto, que de muy joven se sintió fascinado por lo sobrenatural, así como el motivo de que se interesara por el mesmerismo cuando estaba en el colegio, y que prosiguiera su interés por lo oculto cuando hizo un gran viaje por Europa en 1825.

Sin embargo, dos años después, Bulwer Lytton contrajo un desaconsejable matrimonio y perdió con ello cualquier forma de apoyo financiero de su madre. Obligado a enfrentarse al aspecto práctico de la vida, se puso a escribir para sustentarse a sí mismo y a su esposa, y comenzó a producir una larga serie de novelas históricas que le hicieron popular entre los lectores victorianos. Pero las presiones de este trabajo, más las extravagancias de su esposa, arruinaron el matrimonio, y en 1836 la pareja se separó.

Dos años más tarde, con la muerte de la madre y su acceso al baronazgo, Bulwer Lytton pudo retornar a su pasión secreta por el misticismo. Se encerró para investigar todos los aspectos de la magia y la adivinación y se unió también a los rosacruces, una orden mística que afirmaba poseer una importante y arcana sabiduría que se había ido transmitiendo de miembro a miembro. Se creía que la organización había sido fundada por un místico alemán del siglo XVII, Christian Rosenkreuz (literalmente traducido como “Rosacruz”), quien se suponía que había penetrado en una “cámara secreta” bajo la tierra, donde encontró una biblioteca de libros llenos de conocimientos secretos. En su estudio definitivo, *Histoire de la Rose-Croix* (1923), Serge Hutin nos dice:

“Los hermanos rosacruces tenían fama de poseer los siguientes secretos: la transmutación de los metales, la prolongación de la vida, el

Cámara
algo para
mejor con
una coliga

conocimiento de lo que está sucediendo en lugares distantes y la aplicación de las ciencias ocultas al descubrimiento de los objetos más profundamente escondidos... Representaban a un grupo de seres humanos que habían alcanzado un estado superior al de la mayoría de la humanidad."

En su libro *El retorno de los brujos* (1960), Louis Pauwels y Jacques Bergier sugieren que los "rosacruces eran los herederos de las civilizaciones desaparecidas".

Aunque es mucho lo que se puede discutir sobre los rosacruces, es evidente que Bulwer Lytton se interesó apasionadamente por la historia de la orden y por su cúmulo de sabiduría antigua. Probablemente nunca se sabrá qué parte de ésta asimiló, ni en qué medida intentó realizar sus rituales mágicos secretos; aunque sabemos que trató de evocar a algunos espíritus elementales sobre el tejado de una construcción de Londres en una noche del verano de 1853. (Para mí, su poder como adepto de la ciencia arcana ha quedado más que substanciado en la obra de C. N. Stewart, *Bulwer Lytton as Occultist*, publicada en 1927.)

Lo que resulta indiscutible es la habilidad de Bulwer Lytton en la astrología y sus poderes telequinésicos. Utilizó este conocimiento, duramente adquirido, para compilar predicciones precisas sobre personas y dar demostraciones notables de su capacidad de mover objetos a distancia; exhibiciones que sorprendían a todos aquellos que las presenciaban. Sin embargo, estos logros se cobraron su precio, pues hacia el final de su vida se volvió muy excéntrico, tenía un gran miedo a que le dejaran solo y le aterrizaba la idea de ser quemado vivo. Años antes de su muerte había dejado instrucciones escritas específicas sobre ciertas pruebas que tenían que realizar en su cadáver para asegurarse de que no se encontraba en estado de trance o en coma.

Con toda probabilidad fue esta excentricidad la que pesó en la mente de los que escribieron a su muerte en 1873. Para los remilgados victorianos, esa conducta era indudablemente el resultado directo de haber jugado con lo oculto y haber escrito extraños libros sobre lo sobrenatural. Las esquelas mortuorias expresaban la convicción de que sería recordado por sus romances y novelas históricas. Se equivocaban totalmente.

Pero una vez establecidos estos hechos, ¿en qué medida su extraña vida y sus discutibles consecuciones nos pueden ayudar a saber si *The Coming Race* es realidad o ficción?

Aparte de la evidencia del libro mismo, Bulwer Lytton hizo dos importantes declaraciones. Como ya mencioné, el conocimiento secreto que poseían los rosacruces se pensaba había sido obtenido en algún lugar "bajo tierra". Nuestro autor aceptó claramente que ello era cierto, pues como confió a su amigo y compañero Hargrave Jennings en 1854: "Rosenkreuz encontró su sabiduría en una cámara secreta. Así lo haremos todos. Hay mucho que aprender en los substratos de nuestro planeta."

Bulwer Lytton creía también en el pentáculo, o estrella de cinco puntas, como medio de comunicación. En su libro *A Strange Story* (1861) expresa claramente una convicción personal cuando dice: "El pentáculo mismo tiene un significado inteligible, pertenece al único lenguaje universal del símbolo, en el que todas las razas que piensan —alrededor, y por encima y por debajo— pueden establecer la comunicación de pensamiento." Si Bulwer Lytton no encontró realmente el camino al mundo subterráneo que describe en *The Coming Race* —y no hay evidencia de que lo hiciera—, ¿no pudo haber aprendido algo de ello por su acceso al conocimiento antiguo, sus poderes místicos y el uso de su pantáculo?

Es innegable que el enigma rodeó a la obra y a su autor. Pero ¿es irrazonable sugerir que hay elementos en el libro que son ciertos; o al menos muy cercanos a la verdad y simplemente embellecidos como cabía esperar del miembro de una organización secreta con el fin de proteger esas verdades? Otros lo han pensado antes que yo, y algunos lo hacen hoy; véase Nadine Smyth, quien se preguntaba en su artículo, "UFOs and the Mystery of Agharti", publicado en la revista *Prediction* en enero de 1979: "¿Está basada la historia de Agharti simplemente en la novela imaginativa de Bulwer Lytton? ¿O es a la inversa, y Lytton presentó bajo el disfraz de la ficción una versión de hechos ocultos ciertos?" El Dr. Raymond Bernard va más allá en su libro *The Hollow Earth* (1969): "Lytton era un rosacruz y probablemente basó su novela en información oculta concerniente a ciudades subterráneas existentes."

Pero ya hablaremos de estos creyentes y sus opiniones. En primer lugar, creo que deberíamos examinar más de cerca los detalles contenidos en la única "novela" de Bulwer Lytton.

En esencia, *The Coming Race* trata de una sociedad de seres avanzados que viven en túneles y cuevas bajo la superficie terrestre, y que poseen una inteligencia y poderes muy adelantados con respecto a los de la humanidad. Su objetivo último es salir de este submundo y tomar el control del resto del planeta.

El narrador es un hombre anónimo, quien, aunque descrito como un "nativo de los Estados Unidos de América", tiene una apariencia y unos antecedentes que permiten imaginar se trata del joven Bulwer Lytton. En un año no especificado de principios del siglo XIX, el joven llega a Inglaterra y es conducido a una excursión por unas minas, donde se entera de una leyenda, según la cual uno de los túneles conduce a un misterioso mundo subterráneo. (Es mi opinión, dicho sea de paso, que aunque no da nombre a esas minas se trata en realidad de las del West Riding of Yorkshire, zona en que Bulwer Lytton vivió un tiempo. Y como ya mencioné antes en este libro, algunos creen que un túnel estrechamente vinculado con Agharti se encuentra bajo las viejas minas de Wharfedale (Yorkshire); es otro factor a considerar en la argumentación sobre los antecedentes factuales del libro. El propio Bulwer Lytton excusa el anonimato que da a la localidad. "El lector comprenderá, ahora que cierro esta narración, mis motivos para ocultar toda indicación referente a la zona a que me refiero, y quizá me agradezca evitar cualquier descripción que pueda llevar a su descubrimiento".)

El narrador toma tanto interés por esta leyenda que pasa varias semanas explorando las minas, hasta que, de repente y sin esperarlo, descubre un túnel que conduce al submundo. Su progreso es posible gracias a "una luz difusa y atmosférica, no como la de un fuego, sino suave y plateada, como la de una estrella del Norte". En una enorme cueva descubre una edificación construida según una mezcla de estilos oriental y egipcio, y encuentra a un hombre vestido con una túnica que lleva sobre su cabeza una deslumbrante tiara, y en su mano una pequeña vara de metal brillante como acero pulido. Pero es el rostro del hombre lo que fascina a nuestro narrador:

"Era el rostro de un hombre, pero un tipo de hombre distinto al de las razas existentes conocidas. Lo que más se asemejaba a él en perfil y expresión era el rostro de la esfinge esculpida..., tan regular en su

calma e intelectual belleza... Pensé que aquella imagen humanoide estaba dotada de fuerzas perjudiciales para el hombre."

Dice que aquella figura impresionante pero benévola es Aph-Lin, un miembro principal de la gente subterránea, que son conocidos como los *Vril-ya*. El y su hermosa hija Zee, son quienes conducen al narrador a través de los misterios de su mundo, tras concederle subconscientemente la capacidad de entender su lengua. Sin embargo, cuando él les ha hablado de su vida en el mundo de la superficie, ellos le ruegan que mantenga el silencio, como ya supo el lector por el extracto del libro antes citado. Durante esta conversación, se familiariza con el extraordinario poder que da su nombre a la raza. El entendimiento de ese poder se convierte en la obsesión impulsora durante el resto del libro.

Al narrador de *The Coming Race* le dicen sus anfitriones que sus antepasados remotos habían "habitado una vez un mundo que estaba sobre la superficie del que habitaban ahora". Se habían visto obligados a buscar refugio bajo tierra como consecuencia de "muchas violentas revoluciones de la naturaleza", que habían sido la causa de que grandes masas de tierra quedaran destruidas o sumergidas. Sigue diciendo la historia:

"Mientras subían las aguas, un grupo de hombres pertenecientes a la malhadada raza invadida por el diluvio buscó refugio en las cavernas, y mientras erraban por aquellas oquedades dejaron de ver el mundo superior para siempre... Me informaron de que en las tripas de la tierra podían descubrirse incluso ahora los restos del hábitat humano; hábitats que no estaban en chozas ni carávanas, sino en grandes ciudades cuyas ruinas atestiguan la civilización de las razas que florecieron antes de la época de Noé."

Los *Vril-ya* lucharon desesperadamente durante algún tiempo por restablecer su civilización y cultura; finalmente lo consiguieron mediante "el descubrimiento gradual de los poderes almacenados en el fluido que todo lo penetra, que ellos denominan *Vril*". Nuestro narrador sigue diciendo:

"De acuerdo con el relato que me contó Zee, quien como profesora erudita del colegio de sabios había estudiado esas materias con mayor diligencia que cualquier otro miembro de la familia de mis an-

fitriones, ese líquido es capaz de alzarse y ser disciplinado para convertirse en el más poderoso instrumento sobre todas las formas de materia, tanto animada como inanimada. Puede destruir como el rayo; pero aplicado de modo diferente es capaz de restaurar o vigorizar la vida, curar y conservar, y en él confían principalmente para la curación de las enfermedades, o más bien para permitir a la organización física que restablezca el debido equilibrio de sus facultades naturales, y se cure a sí misma por tanto. Con ese poder se abren camino a través de las sustancias más sólidas y abren valles para el cultivo a través de las rocas de su mundo subterráneo. De él extraen la luz que ilumina sus lámparas, pues es más uniforme, más suave y más saludable que los otros materiales inflamables que habían utilizado anteriormente.

“Pero los efectos del supuesto descubrimiento de los medios de dirigir la fuerza más terrible del *Vril* fueron principalmente notables en su influencia sobre la política social. Conforme se fueron familiarizando con esos efectos y aprendieron a administrarlos habilidosamente, cesó la guerra entre los descubridores del *Vril*, pues llevaron el arte de la destrucción a tal perfección que podían anular toda superioridad de número, disciplina o habilidad militar. El fuego alojado en una vara hueca dirigida por la mano de un niño podía arrasar la más poderosa fortaleza, o abrirse ardiente camino desde la vanguardia hasta la retaguardia de un ejército enemigo. Si un ejército se hubiera encontrado con otro, y ambos fueran dueños de ese poder, el resultado seguro hubiera sido la aniquilación de ambos. Desapareció por tanto la época de la guerra, pero con el cese de la misma hicieron aparición otros efectos sobre el estado social. El hombre estaba de modo tan completo a merced del hombre, pues cada uno podía si así lo deseaba acabar al instante con el otro, que todas las ideas de gobierno por la fuerza desaparecieron gradualmente de los sistemas políticos y las formas legales.”

Por Zee se entera el narrador de que los pueblos subterráneos por un único y supremo magistrado llamado el *Tur*: “Nominalmente recibe este puesto de por vida, pero es difícil inducirle a retenerlo cuando empieza a aproximarse a la vejez.” Cualquier disputa que surge entre los miembros masculinos y femeninos de los *Vril-ya* —los masculinos reciben el nombre de *Ana* y los femeninos de *Gyei*— es remitida al consejo de sabios, al que pertenece la propia Zee. Ambos sexos reciben igual consideración y comparten todas las artes y vocaciones, aunque, según Zee, “las *Gyei* suelen ser superiores a los *Ana* en fuerza física —un importante elemento en la consideración y mantenimiento de los derechos

femeninos—. Alcanzan una estatura más elevada, y bajo sus proporciones más redondeadas hay tendones y músculos tan duros como los del otro sexo”. Los matrimonios sólo duran tres años, al final de los cuales las parejas quedan en libertad de elegir nuevos compañeros.

Cuando nuestro narrador pregunta a su guía cómo es posible que se sostenga la vida bajo tierra sin la energía del sol:

“Ella conjeturó que nuestros filósofos no habían prestado suficiente atención a la extrema porosidad del interior de la tierra, a la vastedad de sus cavidades e irregularidades, que servían para crear corrientes frías de aire y vientos frecuentes, y a los diversos modos en que el calor se evapora y desaparece. Sin embargo, admitió que a determinada profundidad el calor era intolerable para una vida tan organizada como la de los *Vril-ya*. Dijo también que como la luz *Vril* había acelerado a todos los otros cuerpos vivos, los colores de las flores y el follaje se volvieron más brillantes y la vegetación había adquirido un mayor crecimiento.”

Decía Zee que los propios *Vril-ya* revigorizaban sus cuerpos tomando baños cargados de *Vril*. “Consideran que este fluido, utilizado con cuidado, es un gran sostenedor de la vida —dice ella—. Pero utilizado en exceso, cuando se halla uno en un estado normal de salud, tiende más bien a la reacción inversa y agota la vitalidad. Sin embargo, para casi todas sus enfermedades recurren a él como principal ayudante de la naturaleza para arrojar la dolencia del cuerpo.” (En una interesante nota a pie de página de este párrafo, el “autor” —que podría ser el propio Bulwer Lytton— dice: “Probé en una ocasión el efecto de un baño *Vril*. Era muy similar en sus facultades vigorizantes a los baños de Gastein, cuyas virtudes son adscritas por muchos médicos a la electricidad; pero aunque similar, el efecto del baño *Vril* era más duradero.”)

Las vidas de las gentes subterráneas son pacíficas en todo momento y necesitan utilizar muy poco esfuerzo físico, explica Zee. “En todos los servicios hacemos un gran uso de nuestras figuras de automatón, que son muy ingeniosas, y con el funcionamiento del *Vril* resultan tan manejables que realmente parecen dotadas de razón.” Al ver uno de esos robots, el joven narrador se ve obligado a admitir que: “Era muy difícil distinguir a las for-

mas humanas dotadas de pensamiento de aquellas figuras que parecían guiar los movimientos rápidos de grandes motores."

La joven cuenta también a su atento huésped que hay comunidades de *Vril-ya* separadas por grandes distancias bajo tierra, todas vinculadas por túneles y cavernas a través de los cuales pueden viajar. "Oí decir a mi padre que, de acuerdo con el último informe, hay un millón y medio de comunidades. Todas las tribus de *Vril-ya* se hallan en constante comunicación mutua. La dura vida que llevamos de niños nos hace aceptar alegremente el viaje y la aventura."

En un momento un poco posterior de la narración, después que el narrador se ha establecido ya con la gente subterránea, le hacen dos sorprendentes demostraciones del poder *Vril*: primero en la forma del "bastón *Vril*" llevado por los habitantes, y en segundo lugar como el medio de motivar a las "alas voladoras" que permiten a los *Vril-ya* viajar fácilmente por sus dominios.

El narrador nos cuenta que aunque vio con frecuencia que la gente llevaba las pequeñas y brillantes varas, a él no le permitieron manejar una "por miedo a que ocasionara algún terrible accidente por mi ignorancia en su uso". Continúa describiendo entonces el bastón *Vril* con detalle:

"Es hueco, y en su asidero tiene varios puntos, claves o cuerdas mediante los cuales su fuerza puede ser alterada, modificada o dirigida—de modo que mediante un proceso destruye, con otro cura, con uno abre la roca, con otro dispersa el vapor, con uno afecta a los cuerpos, con otro puede ejercer una cierta influencia sobre las mentes—. Usualmente tiene el tamaño conveniente de un bastón de paseo, pero posee unas ranuras que permiten alargarlo o acortarlo a voluntad. Cuando es utilizado con propósitos especiales, la parte superior descansa en el hueco de la palma de la mano haciendo sobresalir los dedos índice y corazón.

"Me aseguraron que su poder no era igual en todas las ocasiones, sino que se hallaba en proporción con la cantidad de ciertas propiedades *Vril* de quienes lo llevaban, y en afinidad o *rapport* con los propósitos para los que era utilizado. Algunos eran más potentes para la destrucción, otros para la curación; muchos dependían de la calma y la voluntad del que los manipulaba. Afirman que el manejo completo del *Vril* sólo puede ser adquirido por temperamento constitucional; es decir, por una organización hereditariamente transmitida. Y afirman

también que una niña de cuatro años perteneciente a las razas *Vril-ya* es capaz de conseguir hazañas con la vara colocada por primera vez en su mano que no podría lograr el más fuerte y habilidoso mecánico tras pasar una vida entera practicando.

"No todas esas varas son de igual complicación; las que se confían a los niños son mucho más simples que las que llevan los sabios de ambos sexos, y se construyen pensando en los objetivos especiales en que los utilizan los niños, y como ya dije antes, entre los niños más jóvenes resulta más destructiva. En las varas de las esposas y madres la fuerza destructora correlativa suele abstraerse y se carga plenamente la facultad curativa. Desearía poder hablar con más detalle de este singular conductor del fluido *Vril*, pero su maquinaria es tan compleja como maravillosos sus efectos."

El joven observa con asombro a Zee cuando ésta le demuestra el poder de su vara metálica. "Pude ver cómo sólo tocando algunas partes de su vara *Vril*—mientras ella se mantenía de pie y a distancia— puso en movimiento sustancias grandes y pesadas. Daba la impresión de que las dotaba de inteligencia y les hacía comprender sus órdenes y obedecerlas."

Nuevamente podemos trazar aquí un paralelismo entre la ficción y los hechos. En la descripción de la facultad de Zee de mover objetos a distancia con el poder de su mente, Bulwer Lytton está describiendo exactamente sus facultades reconocidas de telequinesia.

La segunda sorpresa del narrador se produce cuando ve algunos de los *Vril-ya* volando por el aire con alas. Observa que éstas se pueden poner y quitar a voluntad y que son muy grandes, llegando hasta la rodilla de los que las usan. Sigue diciendo:

"Están atadas a los hombros con alambres de acero ligeros pero fuertes; al abrirse, los brazos pasan por lazos puestos a ese fin, formando una robusta membrana central. Al levantar los brazos, mediante un ingenio mecánico, un revestimiento tubular que hay bajo la túnica se llena de aire, aumentando o disminuyendo a voluntad con el movimiento de los brazos, lo que sirve para mantener a flote toda la forma como si estuviera sobre vejigas de aire. Las alas y el aparato en forma de balón están muy cargadas de *Vril*; y cuando el cuerpo se eleva da la impresión de verse singularmente aligerado de su peso.

"Me pareció muy sencillo remontarse del suelo; en realidad, cuando las alas están extendidas apenas es posible no remontarse, pero

entonces se produce la dificultad y el peligro. Me resultó totalmente imposible utilizar y dirigir las alas, aunque entre los miembros de mi propia raza se me considera especialmente alerta y dispuesto para los ejercicios corporales y tengo una gran experiencia en natación. En el vuelo sólo podía hacer los esfuerzos más confusos y erróneos. Yo era el siervo de las alas; y no al revés: las alas estaban más allá de mi control; y cuando con una violenta tensión muscular, con esa fuerza anormal que da el miedo excesivo, extremé los giros y llevé las alas cerca del cuerpo, me dio la impresión de que perdía el poder sustentador que había en las alas y en las vejigas conectoras, como cuando se sale el aire de un globo, y me vi precipitado de nuevo sobre la tierra; gracias a unos aleteos espasmódicos pude salvarme de hacerme pedazos, pero no evitar las magulladuras ni quedar aturdido por la grave caída.

"Hubiera persistido, sin embargo, en mis intentos de no ser por el consejo o las órdenes de la científica Zee, quien me había acompañado benévolamente en mis revoloteos, y, en la última ocasión, al volar precisamente debajo de mí, recibió mi cuerpo sobre sus alas extendidas y evitó que me abriera la cabeza sobre el tejado de la pirámide desde la que había ascendido."

De nuevo encontramos en una descripción de los *Vril-ya* volantes una notable similitud entre su aspecto y el extraño fenómeno aéreo del que informó Nicholas Roerich en el desierto de Ulan-Davan. ¿Es posible que se tratara de un miembro de la raza subterránea en vuelo, en lugar de un buitre, un pájaro desconocido en aquellas zonas?

Aunque nuestro narrador se siente profundamente entristecido por su fracaso en el vuelo, el episodio ha despertado en él otra emoción: un deseo de volver a casa. Así lo expresa: "Trataba ahora de escapar al mundo superior, pero buscaba en vano en mi cerebro el medio de realizarlo. Nunca se me permitía errar a solas, por lo que ni siquiera podía visitar el punto en el que había caído para ver si era posible volver a subir por la mina."

Mientras trata de encontrar alguna solución práctica a ese dilema, formaliza también sus opiniones sobre la auténtica naturaleza de los *Vril-ya*:

"Llegué a la conclusión de que este pueblo no sólo tenía su origen en la raza humana, sino que, como me pareció evidente por las raíces de su lenguaje, descendía de los mismos antepasados que había tenido la gran familia aria, de la que en variadas corrientes ha fluído la

civilización dominante del mundo; y comprendí también, por sus mitos y por su historia, que había pasado por fases de sociedad familiares a las nuestras, se había desarrollado ahora en una especie distinta con la que era imposible que cualquier comunidad del mundo superior se amalgamase. Y que si alguna vez emergían de sus cavidades a la luz del día, por la creencia tradicional que tenían en su destino último destruirían y reemplazarían a nuestras variedades existentes de hombre."

Tras llegar a este escalofriante veredicto sobre las intenciones de los *Vril-ya*, nuestro narrador se sorprende cuando la persona más inesperada le ofrece una posibilidad de escapar; nada menos que la hija de su anfitrión y miembro del consejo, Zee. Parece ser que se había encariñado con el joven, pero consciente de que cualquier unión entre ellos era imposible, y sintiendo el deseo de éste de volver a su casa, le ofrece ayuda. Unos días más tarde, en las horas de descanso, lo lleva de nuevo hasta el pozo del túnel, que él consigue escalar hasta la superficie. ¡Allí se da cuenta de que ha salido de un túnel muy diferente a aquel por el que entró! (También en este caso Bulwer Lytton es fiel a la leyenda sobre una red mundial de túneles unidos con el mundo subterráneo.)

Tras una oración de agradecimiento por su liberación, el joven narrador concluye su historia:

"Cuanto más pienso en un pueblo que se desarrolla en paz, en regiones excluidas de nuestra vista y consideradas inhabitables por nuestros sabios, con poderes que sobrepasan a nuestros más disciplinados tipos de fuerza, y con unas virtudes con las que antagoniza nuestra vida social y política en relación directa con los progresos de nuestra civilización, con mayor devoción rezo para que pasen muchas eras antes de que emerjan a la luz del sol nuestros inevitables destructores. Sin embargo, como mi médico me ha dicho con franqueza que estoy aquejado de una dolencia que, aunque produce poco dolor y apenas es perceptible, puede resultar fatal en cualquier momento, he pensado que era mi deber ante mis compañeros los hombres registrar por escrito estas advertencias sobre *The Coming Race*."

Por dos cosas me ha parecido extrañamente profético este último párrafo de un libro que considero una obra impresionante, escrito más en forma de tratado que de novela, y conteniendo una riqueza de detalles que aquí sólo he podido sugerir.

En primer lugar, Bulwer Lytton, de quien sabemos se encontraba ya bajo vigilancia médica, murió menos de tres años después de finalizar el libro.

Y en segundo lugar, surgiría un líder que no sólo creía en la existencia real de los *Vril-ya*, sino que trató de establecer un tipo de sociedad muy similar a la que había descrito Bulwer Lytton.

El nombre de ese hombre aún puede producir un estremecimiento de inquietud cuando se pronuncia: Adolf Hitler. Y sus actividades proporcionan el próximo capítulo, quizá el más extraordinario, en nuestra búsqueda de Agharti.

7. ADOLF HITLER Y LA "SUPER-RAZA"

En la mañana del 25 de abril de 1945, un grupo de soldados rusos, que se abría camino precavidamente por entre los escombros del Berlín desgarrado por la guerra, hizo uno de los descubrimientos más sorprendentes de la Segunda Guerra Mundial. Los hombres que habían llegado el día anterior a la devastada capital de la Alemania nazi, y se encontraban ahora a pocos días de poner fin al terrible y sangriento conflicto de seis años, buscaban constantemente las patéticas y pequeñas bolsas de resistencia que aún ofrecían grupos de soldados alemanes, en su mayor parte ancianos y adolescentes, quienes trataban en vano de salvar el "Reich de los mil años" de Adolf Hitler.

Los rusos pasaban cuidadosamente de un edificio en ruinas a otro, buscando metódicamente cualquier signo de vida en los sótanos y habitaciones llenos de escombros. Tenían que confiar en su instinto, agudizado por la batalla, para abrirse camino por entre los escombros producidos por las bombas, y era tal la destrucción que resultaba imposible decir dónde terminaba una calle y empezaba otra. Sólo podían decir que se encontraban en algún lugar del sector oriental de Berlín.

Los soldados hicieron el descubrimiento entre las ruinas de lo que en otro tiempo había sido un edificio de tres pisos. En una de las habitaciones de la planta baja encontraron los cadáveres de seis hombres tumbados en forma de un pequeño círculo. En el centro del círculo había otro cuerpo tumbado de espaldas, con las manos fuertemente agarradas, casi como si estuviera rezando.

A primera vista, los cadáveres no parecían muy diferentes de los otros muchos que los rusos habían encontrado en esta fantas-

mal ciudad de la muerte. Pero al examinarlos más de cerca resultaron ser algo muy distinto; pues aunque estaban secos y llevaban uniformes militares alemanes, sus rostros parecían orientales. En realidad eran tibetanos, como señaló rápidamente uno de los soldados rusos, un joven que procedía del área cercana a Mongolia. Y también fue él quien observó que la figura del centro del círculo de muertos llevaba agarrados en sus manos unos guantes de color verde brillante.

¿Qué estaban haciendo allí esas personas, a miles de kilómetros de su patria y en medio de una batalla en la que su país no tomaba parte?

Aunque un repentino y cercano fuego de ametralladoras distrajo rápidamente a los rusos, ninguno de ellos dudó de que habían dado con algo extraordinario; pues aparte de su aspecto, todo indicaba que los tibetanos no murieron en acción, sino que probablemente habían tomado parte en algún tipo de ritual suicida, quizá bajo las órdenes del extraño hombre de los guantes verdes que estaba en el centro.

Antes de que los rusos se encontraran con los aliados, que entraban en Berlín desde el oeste, y la ciudad cayó el 2 de mayo, se hallaron en circunstancias similares los cuerpos de varios cientos más de tibetanos —algunas fuentes han sugerido que eran miles—. Parece ser que un número importante de ellos se había suicidado, pero era evidente que otros murieron a causa de las bombas y los disparos que redujeron a un montón de ruinas la ciudad en otro tiempo magnífica. Los cadáveres planteaban un misterio que se tardó algún tiempo en desvelar, pero una vez laboriosamente reunidos los hechos concernientes a los muertos, constituyeron un asombroso vínculo con el reino subterráneo de Agharti, Adolf Hitler, y el extraordinario libro de Bulwer Lytton, *The Coming Race*. Podía decirse que, en cierto grado, el libro era responsable tanto de la presencia de aquellos hombres en la ciudad como, en menor grado, de la carnicería en que el Führer del Tercer Reich convirtió a Europa y gran parte del mundo durante los años 1939-1945.

Como ya indiqué en el capítulo anterior, hubo algunas personas que, desde la publicación de *The Coming Race* en 1871, han creído que era literalmente cierto; que consistía en la descripción de una raza verdadera de personas que viven bajo la su-

perficie del mundo. Pero, entre esos creyentes, pocos hubo más apasionados en su convicción que Adolf Hitler, el antiguo pintor y cabo del ejército que marcó a la mitad de las naciones del globo con su terrible sueño de dominación mundial.

Es un hecho extraordinario que, aparte de las páginas de *The Coming Race*, Bulwer Lytton no haya dejado indicaciones sobre la naturaleza exacta de su enigmática obra. ¿Es sólo una novela o tiene más hechos que ficción? Y si es así, ¿de dónde obtuvo su información? El libro pasó sin pena ni gloria en el momento de su publicación: los pocos críticos que lo analizaron lo consideraron una obra menor, y todos ellos se hicieron eco del anónimo escritor del *Times* de Londres, que deseaba que "el autor vuelva a los temas históricos para los que su talento está mejor dotado". Quizá si la obra hubiera excitado algún tipo de controversia, Bulwer Lytton hubiera podido sentirse presionado para dar esos detalles; pero tuvo una acogida indiferente, y al margen de las emociones que pudiera sentir a ese respecto, las disfrazó poniéndose a trabajar en su siguiente obra. Claro está que incluso pudo haber esperado y deseado esa reacción, por miedo a haber revelado despreocupadamente una gran parte de su "conocimiento secreto".

Pero dejando aparte tal conjetura, no cabe dudar que Adolf Hitler creyó que la historia era cierta. No sólo basó en ella una parte de su filosofía, sino que envió realmente expediciones a lo largo y ancho de Europa y Asia para encontrar el camino al mundo subterráneo. Si examinamos brevemente la filosofía del pueblo en el libro de Bulwer Lytton, podemos identificar fácilmente la influencia que ejerció sobre Hitler y cómo surgieron sus planes para un Reich de los mil años gobernado por una raza de señores compuesta por arios de sangre pura.

Por ejemplo, nos dice que los *Vril-ya*, el pueblo del submundo, "descendían de los mismos antepasados que la gran familia aria, de la que en varias corrientes ha fluido la civilización dominante del mundo". Se consideraban a sí mismos como una raza superior que miraba a otras naciones "con más desdén que los ciudadanos de Nueva York consideran a los negros". Creían en la supervivencia de los más aptos, el triunfo de los débiles sobre los fuertes, y la dominación de la raza aria. Los *Vril-ya* consideraban la democracia, las instituciones liberales y un gobierno tipo repu-

blicano como "uno de los toscos e ignorantes experimentos pertenecientes a la infancia de la ciencia política". Estaban dirigidos por un gobernante supremo, el Tur, que se hallaba investido de toda la autoridad, un hombre que poseía el secreto del Poder *Vril*, la fuerza misteriosa capaz de controlar todas las fuerzas del hombre y la naturaleza. Y a todo ello se podía añadir el objetivo último del pueblo subterráneo: "alcanzar la pureza de nuestra especie... y suplantarlo a todas las razas inferiores que ahora existen".

Para un hombre como Adolf Hitler, fascinado por el misticismo y la pureza racial y obsesionado por el poder, *The Coming Race* expresaba sus deseos más profundos.

Ha resultado cada vez más evidente en años recientes que, aunque se ha estudiado considerablemente a Hitler y su ascensión al poder, no se ha prestado la atención debida a su interés por el misticismo y las ciencias ocultas; pues sin duda alguna él estaba fascinado por el antiguo saber germánico y se sentía atraído por los poderes sobrenaturales. También estaba dotado de poderes casi hipnóticos, como ha observado su biógrafo, el profesor Alan Bullock, en *Hitler: A Study in Tyranny*: "El poder de Hitler para embrujar a un público se ha vinculado con las artes ocultas de los hechiceros africanos y con los chamanes asiáticos; otros lo han comparado con la sensibilidad de un medium y el magnetismo de un hipnotizador."

Aunque hay pruebas de que Hitler mostró un determinado interés por el hipnotismo cuando era joven —pues leyó algunas de las obras habituales sobre el tema—, su fascinación por el ocultismo puede rastrearse a su relación con una figura misteriosa pero inefablemente siniestra, el profesor Karl Haushofer, quien fue llamado el "mago maestro del partido nazi". Y la persona que los unió no fue otra que Rudolf Hess, el "adjunto" de Hitler, el hombre que voló a Inglaterra en su fracasado intento de detener la guerra entre Inglaterra y Alemania, y que actualmente es el único superviviente de entre los miembros superiores del partido nazi.

Karl Haushofer había nacido en Baviera en 1869 y aparece pasajeramente en la mayor parte de las obras sobre la vida de Adolf Hitler; sin embargo, al examinar con detalle esa relación es evidente que tuvo una influencia importante, si no decisiva, sobre el aspirante a demagogo. Está claro que se trataba de un hombre de vigorosa inteligencia, de conocimientos profundos sobre el

misticismo oriental y obsesionado por los orígenes y destino último del pueblo alemán.

Haushofer, procedente de una familia rica con antecedentes militares, tras educarse en la universidad de Munich inició la carrera militar, como era de esperar, en el ejército alemán. Su evidente capacidad le supuso una rápida ascensión, y su interés por el Lejano Oriente —que había empezado a desarrollarse cuando estaba aún en la universidad— le llevó a varios destinos en Oriente, sirviendo en el Estado Mayor. Sus deberes le llevaron a la India, donde dedicó todo su tiempo libre al estudio del misticismo indio, en particular las tradiciones antiguas, y más tarde fue enviado a Japón. Con respecto a aquellos años, Louis Pauwels y Jacques Bergier han escrito en *El retorno de los brujos*:

"Hizo varias visitas a la India y el Lejano Oriente y fue enviado a Japón, donde aprendió la lengua. Creía que el pueblo alemán tenía su origen en Asia central, y que la raza indo-germánica era la que garantizaba la permanencia, nobleza y grandeza del mundo. Se dice que en Japón fue iniciado en una de las más importantes sociedades budistas secretas y que juró, en caso de fracasar en su "misión", suicidarse de acuerdo con el ceremonial clásico."

En aquel tiempo, Haushofer comenzó a demostrar también otro notable talento: la capacidad profética. Y cuando durante la Primera Guerra Mundial puso en práctica esta habilidad prediciendo el momento preciso en que atacaría el enemigo y los lugares donde las bombas explotarían —sus predicciones resultarían luego certeras—, creció enormemente su fama entre sus hombres y superiores. Se convirtió en uno de los generales más jóvenes del ejército alemán, y sólo la derrota final de su país le impidió alcanzar puestos superiores.

Después de la guerra, Haushofer no tuvo dificultad para encontrar otra ocupación para sus diversos talentos. Volvió a su anterior fascinación por la geografía política y obtuvo el doctorado en la universidad de Munich. Una vez en poder de ese título, se dedicó de todo corazón a enseñar al joven pueblo de su derrotada nación que la guerra había sido sólo un contratiempo en las ambiciones finales del pueblo alemán. Era su destino gobernar un día sobre Europa y Asia (la patria del pueblo ario) y ejercer un

control sobre el mundo que sólo ellos estaban preparados para administrar.

Haushofer también llevó a letra impresa su campaña, escribiendo varios libros y fundando la *Revista Geopolítica*, en la que de modo interminable expuso sus creencias sobre la supremacía aria. Hizo, asimismo, varias revelaciones interesantes sobre lo que había aprendido durante su estancia en la India en los primeros años del siglo. Decía que mientras viajaba por Asia central en 1905 oyó hablar de un vasto campamento subterráneo bajo el Himalaya, donde habitaba una raza de superhombres. El nombre de ese lugar era Agharti y su capital se llamaba Shamballah.

Según Haushofer, Agharti era "un lugar de meditación, una ciudad escondida de la divinidad, un templo de no participación en las cosas del mundo". Sin embargo, Shamballah era "una ciudad de violencia y poder cuyas fuerzas mandan sobre los elementos y las masas de la humanidad, y precipitan la llegada de la raza humana al 'punto decisivo del tiempo' ". (Resulta interesante el hecho de que Haushofer es el único autor que se refiere a Shamballah como lugar de violencia y poder. Se ha sugerido, creo que con alguna justificación, que esta idea de Haushofer era la que apoyaba su creencia de que la dominación mundial sólo podía conseguirse por la fuerza: en el apoyo de los poderosos habitantes de la ciudad subterránea vio un modo de asegurarlo, y les atribuyó poderes que hacían más deseable una asociación con ellos.)

Haushofer creía que Agharti estaba en el centro del "corazón de la tierra", de donde había salido la raza aria, y que cualquiera que controlara ese "corazón de la tierra" —en conjunción, claro está, con la todopoderosa raza subterránea— dominaría el mundo. Trevor Ravenscroft ha resumido espléndidamente esta filosofía en *The Spear of Destiny* (1972):

"Cubrió la geografía con un velo de misticismo racial, proporcionando a los alemanes una razón para volver a aquellas zonas del interior de Asia que se creía habían sido origen de la raza aria. De este modo sutil incitó a la nación alemana a la conquista de toda la Europa oriental y a extenderse más allá de la gran área interior de Asia, que tiene 4.000 kilómetros de oeste a este entre los ríos Volga y Yangtsé, e incluye en su lado más meridional las montañas del Tibet. Hausho-

fer opinaba que quien obtuviera un control completo de este corazón de la tierra, desarrollara sus recursos económicos y organizara sus defensas militares, lograría una inexpugnable supremacía mundial."

Entre los jóvenes que aceptaron ansiosamente las ideas del profesor Haushofer, y devoraron la filosofía ensalzada en las páginas de su revista, se encontraba un tal Rudolf Hess, quien durante algún tiempo sirvió como ayudante suyo en la universidad de Munich. El, serviría de nexo entre Haushofer y Adolf Hitler. De hecho, tenemos que agradecer a Rudolf Hess gran parte de lo que sabemos de Haushofer, pues como ha dicho Jack Fishman en *The Seven Men of Spandau* (1954), fue el antiguo representante del Führer quien reveló que su profesor de otro tiempo había sido el "secreto 'mago maestro del Reich', el poder tras el que iba Hitler". (Fishman nos informa también de que su malhadado vuelo a Inglaterra lo realizó porque Haushofer había tenido un sueño en el que vio a Hess "andando por los salones llenos de tapices de los castillos ingleses, llevando la paz entre las dos grandes naciones nórdicas". Y con los antecedentes de profeta que tenía Haushofer, no es sorprendente que Hess obedeciera con exactitud la premonición.)

El primer encuentro entre el viejo profesor y el joven y fanático revolucionario tuvo lugar en la prisión de Landsberg en 1924, cuando Hitler fue encarcelado tras el fracaso del *Putsch* de Munich. Hess lo arregló desde su propia celda, donde cumplía condena por su participación en la conspiración para derrocar al gobierno bávaro. Estaba convencido de que los dos hombres tenían mucho en común respecto a sus creencias sobre el futuro del pueblo alemán. Como nos dicen Pauwels y Bergier:

"Introducido por Hess, el general Karl Haushofer visitó a Hitler todos los días y pasó con él varias horas exponiendo sus teorías y deduciendo de ellas todos los argumentos posibles en favor de la conquista política. Cuando estaba a solas con Hess, Hitler, con propósitos propagandísticos, amalgamó las teorías de Haushofer y formó con ellas la base del *Mein Kampf*."

La influencia del profesor de Munich sobre el libro de Hitler ha sido subrayada también por Edmund A. Walsh en su *Total Power* (1953), donde dice:

"Aunque estaba escrito por Hess al dictado de Hitler, casi se siente la presencia de Haushofer. Lo que hizo Haushofer fue entregar la espada envainada de la conquista, sacada de su arsenal de investigación erudita. Hitler desenvainó la hoja, la afiló y desechó la vaina."

Entre los libros que Haushofer prestó a su entusiasta oyente estaba *The Coming Race*, de Bulwer Lytton. El profesor le explicó, al igual que el autor, que él mismo había sido miembro de una logia alemana de los rosacruces, y que el libro contenía muchos secretos de esa orden disfrazados de ficción. Haushofer le dijo que la obra era detallada en sus descripciones de la super-raza subterránea y que corroboraba una gran parte de las evidencias que él mismo había reunido de primera mano en Asia acerca del mundo de Agharti.

Para Haushofer, *The Coming Race* era simplemente un ladrillo de su argumentación. Pero cuando Hitler lo leyó tuvo para él una influencia mucho mayor sobre su visión del futuro. No parece haber duda de que mientras leía las páginas de la extraña historia de Bulwer Lytton en su reclusión de la celda, comenzó a ansiar el día en que pudiera establecer por sí mismo la realidad de la civilización secreta que había bajo las nieves del Tibet...

Aunque en aquel tiempo Haushofer ya había sembrado las semillas de lo que se convertiría en la más importante obsesión de Hitler —la necesidad del surgimiento del "superhombre" que dominara el mundo—, su importancia en nuestra historia aún no ha terminado; pues al año siguiente, 1925, se produjeron tres importantes acontecimientos, todos los cuales proporcionan nuevas hebras de este rico tapiz.

En primer lugar, se publicó *Mein Kampf*, de Adolf Hitler; en segundo lugar, apareció *Beasts, Men and Gods*, de Ferdinand Ossendowski, y el público fue consciente en general de las leyendas de Agharti y Shamballah; y en tercer lugar se formó una sociedad secreta, con el improbable nombre de "Logia Luminosa de la Sociedad Vril".

Como sabemos, Haushofer tuvo influencias sobre el libro de Hitler, y como es natural se sintió fascinado por la obra de Ossendowski, que confirmaba muchos hechos que él mismo había recogido sobre el mundo subterráneo de Asia. Y en cuanto a la

sociedad secreta, fue una de las personas que actuaron como instrumento para establecerla.

Hasta la fecha, los hechos concernientes a esa sociedad han sido difíciles de encontrar, y la mejor información la hemos obtenido del Dr. Willy Ley, el brillante científico investigador de cohetes que se encontraba en Berlín en aquel tiempo y que huyó de Alemania en 1933. En un ensayo publicado en 1947, titulado "Las pseudociencias bajo el régimen nazi", describe la formación cuidadosamente encubierta de la sociedad, cuya filosofía está basada totalmente en el libro de Bulwer Lytton, *The Coming Race*. Dice Ley que el grupo invitó a miembros selectos de todo el mundo a que ayudaran a investigar y crear una super-raza aria. Entre estos miembros había un gran contingente de lamas tibetanos que habían sido citados por su relación con Agharti. También decía Ley que los miembros de la logia creían tener el conocimiento secreto de un mundo llamado Vril (de

su, perrns, sersa-
 caída un, oma del
 bien por sí, gimen nazi
 que la nación, dice Rausch-
 Hay eviden, as Rauschning no
 La Logia Luminosa, llama "el maestro en-
 y también de que el, terios religiosos del Nazi-
 guantes verdes a que vier, momento bien temprano de su
 ciado por la astrología, y p, chning como un confidente, y dis-
 regularmente, según cuenta Ert, no tendrían acceso los miembros
Hollow Earth (1972). "Este tibe, quía. Le habló, en particular, de su fas-
 Norman—. Estas incluían el número, y Rauschning registra:
 serían elegidos para el Reichstag. La pro, gía.
 también que el lama "conocía el secreto de la, gía.
 Parece razonable suponer que fue la inf, gía.
 de todos esos factores lo que convenció aún más, gía.
 Me encantaban las conversaciones místicas. No se pue-
 sar en él como en un medium. Durante la mayor parte del

P
ciada
of De

sonal en la doctrina secreta. No tenía idea de que este libro, en el que describe la aparición de una nueva raza con elevadas facultades espirituales y poderes sobrehumanos, se convertiría en la maligna inspiración de un pequeño grupo de nazis en su intento de crear una raza de dueños con el fin de esclavizar el mundo."

Otra opinión expresada por Gunther Rosenberg, de la sociedad europea de investigación de lo oculto, citada en la revista *Fate* (julio de 1972), expone las intenciones del grupo de un modo algo más simple: "Creían que los creadores del universo vivían en el centro de la tierra. Los hombres de la superficie deben convertirse en semejantes a dioses y hacer una alianza con la raza del interior; de no ser así, serán esclavizados y deberán construir nuevas ciudades para la raza que ha de venir."

Debido al profundo conocimiento que tenía Haushofer del misticismo en Asia y en el Lejano Oriente, fue un miembro dirigente —si no el director— de la Logia Luminosa. Se ha sugerido que el profesor llegó a dominar el uso del Poder *Vril*; y no cabe duda de que mantenía íntimas relaciones con varios de los altos lamas tibetanos que vivían en Berlín, que es de esperar conocieran sus secretos. Estas figuras misteriosas, dirigidas por un lama supremo identificado como "el hombre de los guantes verdes", permanecerían en el centro del Reich durante sus triunfos y en su caída última. Por lo que podemos saber, todos ellos murieron, bien por su propia mano o por el fuego, en los días anteriores a que la nación alemana se rindiera finalmente ante los aliados.

Hay evidencias de que Haushofer informó a Hitler acerca de la Logia Luminosa —aunque el Führer nunca se unió a sus filas—, y también de que en varias ocasiones llevó al tibetano de los guantes verdes a que viera al líder nazi. Hitler estaba muy influenciado por la astrología, y parece ser que consultó con este lama regularmente, según cuenta Eric Norman en su curioso libro, *This Hollow Earth* (1972). "Este tibetano también hizo varias predicciones públicas que fueron impresas en los periódicos nazis —dice Norman—. Estas incluían el número de diputados de Hitler que serían elegidos para el Reichstag. La propaganda nazi informaba también que el lama "conocía el secreto de las entradas a Agharti".

Parece razonable suponer que fue la influencia combinada de todos esos factores lo que convenció aún más a Hitler de la

realidad de Agharti y redobló su determinación de emplear tiempo y poder humano en su descubrimiento. Por las leyendas se había enterado de que recorría Europa una red de túneles que conducía finalmente al hogar de la super-raza, y tras su subida al poder comenzó la búsqueda que proseguiría durante el resto de su vida. Las primeras expediciones fueron enviadas simplemente bajo los auspicios de la Logia Luminosa, a partir de 1926; pero posteriormente, tras su llegada al poder, el propio Hitler tomó un interés más directo y vigiló personalmente la organización de la búsqueda.

Su implicación se vio estimulada sin duda por la convicción de que algunos representantes de la super-raza subterránea estaban ya en el mundo exterior; convicción ésta que había sido gráficamente registrada por Hermann Rauschning, el *Gauleiter* de Danzig, cuyas conversaciones íntimas con el líder alemán han sido la causa de que se le considere "el único biógrafo auténtico de Hitler".

El libro de Rauschning, *Hitler Speaks: A Series of Political Conversations with Adolf Hitler on his Real Aims*, fue publicado en 1939 y despertó un amplio interés. Sin embargo, sólo más adelante se apreciaría plenamente la importancia de algunas de sus afirmaciones.

Rauschning describe en el libro cómo registró las conversaciones de un período que va desde el año anterior a la toma del poder por Hitler, hasta los dos primeros años del régimen nazi (1932-1934). "En el curso de estas discusiones —dice Rauschning—, Hitler habla abiertamente de sus ideas más íntimas; ideas que ha mantenido en secreto ante las masas." Rauschning no mantiene en secreto su miedo a Hitler y le llama "el maestro encantador y el sumo sacerdote de los misterios religiosos del Nazidom".

Parece evidente que desde un momento bien temprano de su relación, Hitler consideró a Rauschning como un confidente, y discutiría con él cosas a las que no tendrían acceso los miembros muy superiores de su jerarquía. Le habló, en particular, de su fascinación por el misticismo, y Rauschning registra:

"A Hitler le encantaban las conversaciones místicas. No se puede evitar pensar en él como en un medium. Durante la mayor parte del

tiempo, los mediums son personas ordinarias e insignificantes. Estos poderes son algo exterior a su personalidad; visitantes de otro planeta, por así decirlo. El medium es poseído. Cuando pasa la crisis es devuelto de nuevo a la mediocridad. Sin duda alguna, Hitler era poseído de este modo por fuerzas externas a sí mismo."

Rauschning apreció las cualidades místicas de Hitler, lo que fue la causa de que surgieran finalmente las discusiones sobre el superhombre que había soñado el Führer. Rauschning registra en particular dos casos que, tomados literalmente, parecen probar que Hitler vio realmente a uno de esos seres. De hecho, es más probable que sean fantasías transformadas —a las que desde luego el Führer era muy proclive—, pero subrayan la profundidad de su fe en esta idea particular.

En la primera ocasión, tras una larga conversación sobre el superhombre del futuro, Hitler confió de repente a su oyente: "El nuevo hombre está entre nosotros. ¡Está aquí! ¿Estás satisfecho ahora? Te diré un secreto. He tenido la visión de un hombre nuevo, sin miedo y formidable. Me acobardé ante él."

Luego, en un momento más espectacular, durante un encuentro en su "nido de águilas", el edificio de paredes de cristal que tenía en las montañas bávaras, en forma de panal de miel con túneles, como un extraño facsímil del lugar llamado Shamballah que tan desesperadamente buscaban, Hitler le reveló otro encuentro con uno de esos hombres. Rauschning describe así el incidente:

"Mi informante me describió con gran detalle una notable escena; no hubiera creído la historia de no haber procedido de tal fuente. Hitler se encontraba de pie en su habitación, oscilante, mirando atónito a su alrededor. "¡E! ¡E! ¡E! ha estado aquí!", dijo jadeante. Tenía los labios azulados. El sudor descendía por su rostro. De pronto empezó a soltar cifras, extrañas palabras y frases cortadas, totalmente desprovistas de sentido. Sonaban de un modo horrible. Utilizaba formaciones de palabras de extraña composición que no eran en absoluto alemanas. Luego se quedó de pie y muy quieto; sólo sus labios se movían. Le dieron un masaje y le ofrecieron algo de beber. De pronto gritó:

"¡Allí, allí! ¡En la esquina! ¿Quién es ése?"

Pateaba y chillaba del modo familiar. Se le demostró que no había nada en la habitación y, entonces, gradualmente se calmó."

Se ha sugerido que las extrañas formaciones de palabras que utilizó Hitler en esta ocasión pudieron haber sido el lenguaje de los *Vril-ya* que Bulwer Lytton describe en *The Coming Race*, y que Hitler había recurrido a ellas en un intento de comunicarse con su visitante. Pero, desde luego, esto no pasa de ser una mera especulación.

Los detalles de las diversas expediciones que envió Hitler al Tibet para buscar Agharti y Shamballah son concluyentes, aunque algo decepcionantes. Eric Norman escribe en *This Hollow Earth*:

"Los documentos nazis capturados tras la caída del Tercer Reich indican que Hitler y sus partidarios lanzaron varias expediciones fracasadas... Frustrados geógrafos y científicos alemanes recibieron el orden de encontrar entradas de túneles que condujeran a los *Vril-ya*. Se revisaron los planos de minas alemanas, suizas e italianas para buscar posibles pozos que condujeran a la tierra interior de las cavernas. Hitler ordenó incluso a un coronel de inclinaciones intelectuales que investigara la vida de Bulwer Lytton con la esperanza de encontrar dónde y cuándo, el autor había visitado las cavernas del *Vril-ya*... Desde 1936 en adelante, los nazis enviaron con regularidad equipos de soldados de élite a las cuevas y minas de Europa. Grupos completos de *spelunkers* rondaron las cuevas buscando al hombre nuevo."

Después de un fallo tras otro —cada uno de los cuales produjo ataques de rabia en Hitler y una insistencia de que había que esforzarse aún más en el proyecto—, sólo un descubrimiento de verdadero significado ha llegado posteriormente al conocimiento público; se hizo en Checoslovaquia en 1939. Antes de la invasión de ese país los investigadores de Hitler habían revisado también los archivos del Reich buscando relatos populares europeos que hablaran de cuevas, túneles o minas asociados de algún modo con la idea de un mundo subterráneo. De esta investigación surgió el hecho de que existían algunos lugares en Checoslovaquia donde las viejas leyendas mencionaban a seres superiores que vivían bajo tierra.

Dos grupos distintos fueron enviados a buscar esos lugares, pero no han sobrevivido documentos que hablen de sus resultados. Toda la operación de Checoslovaquia pudo haber sido olvidada de no ser por el accidental descubrimiento de un misterioso

túnel que en octubre de 1944 hizo un miembro del alzamiento eslovaco. Estaba relacionado con un lugar que los alemanes habían explorado. El nombre de aquel hombre era Dr. Antonin Horak, capitán de un grupo de la resistencia, que era también espeleólogo experto. Sin embargo, su extraordinario descubrimiento no se conoció hasta 1965, cuando publicó un relato detallado en la revista *Noticias de la Sociedad Espeleológica Nacional*.

El Dr. Horak describe en ese informe cómo él y otros dos hombres —todos ellos pertenecientes a un grupo de la resistencia— hallaron el túnel cerca de los asentamientos de Plavince y Lubocna, en un lugar a 49,2 grados norte y 20,7 grados este. Los tres hombres huían tras una escaramuza con los alemanes. Uno de ellos estaba mal herido y los otros dos a punto de desfallecer. Por suerte pudieron encontrar a un campesino que les condujo a una gran gruta subterránea donde pudieran esconderse y descansar.

El campesino advirtió al Dr. Horak que no debía adentrarse mucho en la cueva. "Está llena de agujeros, bolsas de gas venenoso, y además está encantada", le dijo. Tan cansados estaban el capitán y su compañero, Jurek, que sólo tuvieron tiempo para vendar a su compatriota herido, Martin, antes de caer profundamente dormidos.

Sin embargo, al día siguiente, mientras Horak esperaba que el herido recuperara sus fuerzas, decidió ignorar lo que consideró un consejo supersticioso del viejo campesino y exploró el túnel. Durante algún tiempo caminó a lo largo de un pasadizo hasta que de repente se encontró con una sección totalmente nueva que tenía todos los indicios de haber sido hecha por el hombre. "Encendiendo unas antorchas, me di cuenta de que me encontraba en un pozo espacioso, curvado y negro formado por las paredes escarpadas. El suelo de la pendiente era un sólido pavimento de cal."

El Dr. Horak se sintió sorprendido ante aquel misterioso túnel, que seguía mucho más allá de la luz parpadeante de sus antorchas. Decidió tomar algunas muestras, pero como no consiguió clavar su pico en la cal sólida del "pavimento", trató de soltar algún material de las paredes disparando su pistola.

"La bala dio en la sustancia de las paredes produciendo un impacto ensordecedor —escribía en su artículo—. Saltaron chispas, hubo un sonido ensordecedor, pero sólo unos pequeños fragmentos se separaron de las sustancias. Sólo encontré un pequeño frag-

mento del tamaño del largo de la mitad de mi dedo, y producía un olor acre."

Frustrado en sus intentos de obtener una muestra, el Dr. Horak regresó adonde estaban sus dos compañeros y habló con Jurek de lo que había encontrado. Cuando ambos habían inspeccionado el túnel —sin que averiguaran nada más que pudiera solucionar el misterio—, el Dr. Horak comenzó a considerar sus impresiones:

"Permanecí sentado junto al fuego especulando. Me preguntaba por su extensión entre las rocas. ¿Quién, o qué, lo había hecho en la montaña? ¿Estaba hecho por el hombre? ¿Y era por fin una prueba de la verdad de las leyendas, "como la de Platón", sobre civilizaciones que hace mucho tiempo perdidas con tecnologías mágicas que nuestra racionalidad no puede captar o creer?"

Por desgracia, nadie ha tratado de responder a las preguntas planteadas por el Dr. Horak, y el túnel ha seguido sin explorar desde que los alemanes estuvieron allí en 1939 —si es cierto que así fue—, y con toda seguridad desde que estuvo el Dr. Horak en 1944.

A pesar de la enfebrecida energía puesta en la localización de Agharti, los esfuerzos de Hitler estuvieron tan condenados como su Reich de los mil años. Aunque Karl Haushofer y sus compañeros de la Logia Luminosa siguieron alimentando el interés de su Führer hasta el final, en 1945 no estaba más cerca de una solución que cuando su interés se había despertado por vez primera. Fue sólo otra ambición que murió frustrada con él, según creemos, en el bunker de Berlín. Y como ya he descrito antes, su destino fue también compartido por los tibetanos que habían alimentado su fascinación. Si uno solo de los miembros de ese extraordinario grupo hubiera sobrevivido para contar su historia, nuestro conocimiento de la búsqueda nazi de Agharti seguramente no tendría tantas preguntas sin respuesta.

Karl Haushofer, el hombre que había jugado un papel tan decisivo en este capítulo de nuestra historia, sobrevivió brevemente a la guerra, y es evidente que el grado de su participación no fue apreciado por sus captores. Pero lo que sí está claro es que el fracaso de todo aquello por lo que había trabajado cayó pesadamente sobre él; pues el 14 de marzo de 1946, aparentemente

en cumplimiento de la promesa que había hecho años atrás cuando fue admitido por la sociedad secreta japonesa, mató a su esposa Marta y luego se suicidó. Había jurado quitarse la vida si fracasaba en su "misión"; y así lo hizo al modo clásico japonés del *hara-kiri*, metiéndole un cuchillo en el abdomen.

Con su muerte terminó el último resto del interés nazi por Agharti. Bien pronto la historia era poco más que una nota a pie de página en un gran relato del mal que Adolf Hitler había arrojado sobre el mundo. Se conservó, sin embargo, un rumor persistente que había emanado de esta obsesión; y ha persistido ciertamente en determinados lugares hasta esta fecha. Dicho rumor nos conduce de modo conveniente a nuestra siguiente área de discusión.

El rumor era, y es, que ciertos miembros de la jerarquía nazi —entre los que había personas tan importantes como Martin Bormann y el propio Hitler— escaparon realmente de la pira funeraria de Berlín mediante túneles secretos y llegaron hasta América del Sur, donde siguen viviendo hoy en día.

Como veremos, es un hecho que hay túneles secretos en América del Sur, y que las tradiciones antiguas los vinculan con Europa y Asia, y en última instancia, con la propia Agharti. Si hay algo de verdad en esos rumores, podemos conjeturar que la búsqueda nazi del reino secreto subterráneo no fue en vano. Quizá no encontraran una ruta de escape del infierno que ellos mismos habían hecho, hasta un Shangri-la en donde pudieron vivir el resto de sus vidas.

Claro está que esto no es más que una hipótesis de la mayor improbabilidad. Sin embargo, veremos que hay muchas evidencias convincentes sobre los túneles secretos existentes en América del Sur y del Norte, y que existe bastante documentación de la idea de un pasadizo que conecta los continentes de América y Europa por medio del "Continente Perdido" de la Atlántida. Nuestra historia se une a hechos aún más sorprendentes que han salido a la luz...

8. LOS PASADIZOS SECRETOS DE AMERICA DEL SUR

En marzo de 1942, tres meses después de que los Estados Unidos hubieran entrado en la Segunda Guerra Mundial por el ataque de los aviones japoneses sobre la base naval de Pearl Harbor, el presidente Franklin D. Roosevelt hizo un hueco en su apretado plan de trabajo para recibir a una joven pareja bastante inusual en la Casa Blanca, en Washington. Se llamaban David y Patricia Lamb, y acababan de regresar a su casa de Los Angeles, California, tras haber estado casi un año viajando por el estado fronterizo mexicano de Chiapas. Su regreso a Estados Unidos estuvo precedido por los notables rumores de que habían descubierto una tribu de indios peligrosos, casi enanos, de piel blanca, que eran los guardianes de una inmensa red de túneles subterráneos.

El presidente Roosevelt había expresado tanto interés en la historia como cualquier otro estadounidense, quizá incluso más que la mayoría, pues su primo lejano, el fallecido presidente Theodore Roosevelt, había sido un estimable explorador del continente americano, antes, y después, del año que pasó en su alto cargo, y parte de ese interés lo heredó Franklin D. Roosevelt, al leer los libros y diarios de viajes del otro. Ciertamente, el presidente sabía que su predecesor había dirigido una expedición por América del Sur en 1914, en el curso de la cual pudo recoger historias sobre una red de túneles existentes bajo el continente, y en los cuales se decía había escondidas grandes cantidades de oro.

Un viejo guía le había dicho a Theodore Roosevelt que esos túneles se suponía estaban guardados por una extraña raza de indios blancos que se comportaban con gran ferocidad con cualquiera que se acercara a ellos. Cabía la posibilidad de que pudieran

ser los mismos "guardianes" que habían encontrado los Lamb y que intrigaron a Franklin D. Roosevelt, lo que hizo que les invitara a la Casa Blanca.

La hora que pasaron reunidos los tres resultó ser fascinante. Los Lamb le dijeron al presidente que habían estado viajando por la densa jungla del país de Chiapas, donde de pronto se vieron rodeados por un grupo de hombres pequeños y de piel clara cuyos rasgos eran similares a los de los nativos indios, pero de un tono casi rosado. Los guías de los Lamb, aunque les sacaban la cabeza y los hombros a los emboscados, se sintieron aterrorizados ante éstos.

David y su esposa admitieron en seguida que también ellos se sintieron atemorizados, aunque resultó evidente que los extraños hombrecillos no tenían pensado matarles: sólo querían que se fueran por donde habían venido, y pronto.

El grupo había estado deambulando por aquella zona buscando lo que David Lamb estaba dispuesto a admitir que era probablemente la búsqueda de un loco. Había historias sobre una perdida ciudad maya que se encontraba en la zona, bajo una red de túneles llenos de un tesoro inapreciable. Mientras miraba a los fieros hombrecillos que les rodeaban, por la mente de David Lamb cruzó el pensamiento de que quizá hubiera alguna verdad en la leyenda.

Durante unos momentos nadie se movió, mientras el terrible sol caía sobre los dos distintos grupos enfrentados uno a otro: los dos americanos de una de las ciudades más modernas de la tierra y los indios de piel blanca, cuyo modo primitivo de vida había permanecido probablemente sin cambios durante siglos. Finalmente, David Lamb reunió el valor suficiente para susurrar un mensaje a su guía principal. Le dijo que preguntara a los indios quiénes eran y qué querían. Tras un momento de vacilación, el guía murmuró nerviosamente la pregunta.

Hubo de repetir varias veces las palabras, y en dialectos diferentes, antes de recibir alguna respuesta; e incluso ese sistema estaba lejos de resultar perfecto. Sin embargo, los Lamb pudieron formarse una idea aproximada de quiénes eran los indios cuando les tradujeron la respuesta.

Por lo visto los hombres eran miembros de la tribu de los lancandones, un grupo degenerado de indios que habían vivido en

la jungla durante generaciones. Decían ser los guardianes de un "gran templo" en donde habitaban los "antiguos", a quien ellos veneraban. A ningún extranjero se le había permitido nunca aproximarse a ese santo lugar y matarían a cualquiera que lo intentara.

David Lamb, que era casi un experto en leyendas sobre América del Sur, escuchó esa conversación con creciente interés. Había oído mencionar a los lancandones antes; se decía que eran los supervivientes de una antigua civilización que había florecido en otro tiempo en América Central. Recordó haber leído algo sobre ellos en las notas de un geógrafo y erudito francés, el abade Charles-Etienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874), quien había sido el administrador eclesiástico de los chiapas en la década de 1850 y había tratado sin éxito de descifrar el lenguaje de signos maya. (Su trabajo más importante en ese campo, *Voyage sur l'Isthme de Tehautepec*, 1861, aún no había sido traducido.) De Bourbourg decía que estos nativos de pequeña estatura y de piel blanca aparecían de vez en cuando en las ciudades y pueblos fronterizos de Chiapas y Guatemala Occidental, y que hacían trueques con los nativos. Sin embargo, siempre que se intentó seguirles hasta "la gran ciudad de piedra", en donde decían vivir, respondieron matando a sus perseguidores.*

Aunque David Lamb llegó a saber que aquellos hombres eran realmente lancandones, no pudo averiguar nada más sobre ellos. Y según dijo al presidente, él y su grupo tuvieron que retroceder por donde habían venido. En su viaje de vuelta a la civilización, los Lamb consiguieron recopilar algunos detalles más de información sobre los pequeños hombres.

* Harold Wilkins, en sus *Mysteries of Ancient South America* (1946), nos dice un poco más sobre estos nativos. Habla de que cada cuarenta años corren rumores sobre la existencia de los hombres de una perdida raza maya o azteca, y que de vez en cuando extraños y esquivos indios aparecen en los mercados de las aldeas alejadas de esta zona. "Sólo entran en contacto con indios, truecan mercancías y desaparecen tan rápidamente como llegaron, y los funcionarios mexicanos o guatemaltecos no son nunca más prudentes que ellos. Son emisarios de una ciudad perdida de una antigua raza civilizada que gobernó en otro tiempo México. Ningún hombre blanco ha penetrado nunca en la región salvaje donde, según los rumores, estos hombres del mundo perdido viven como lo hicieron sus padres, eligen o mantienen las mismas edificaciones mayestáticas de piedra, palacios y templos, grandes patios y torres elevadas con altas terrazas de piedra en escalera, y aún esculpen en piedra los misteriosos jeroglíficos que ningún erudito moderno ha podido descifrar en las ruinas del viejo Yucatán."

Por lo visto, en los túneles que hay bajo la ciudad que guardan los lancandones, se supone están almacenadas unas hojas de oro sólido sobre las que se escribió en jeroglíficos una historia de los pueblos antiguos del mundo. Esas hojas hablan también de un gran diluvio y se dice que predecían con precisión la Segunda Guerra Mundial, "que implicaría a todas las naciones más poderosas de la Tierra".

Evidentemente, el presidente Roosevelt estaban tan fascinado por el encuentro como los mismos Lamb, pero ni la Cabeza del Estado ni la pareja podían estar seguros de si la ciudad perdida existía realmente o si las historias sobre los túneles subterráneos eran ciertas.

En los años siguientes hemos llegado a saber un poco más sobre la ciudad perdida, y mucho más sobre los pasadizos subterráneos.

Harold T. Wilkins, el antiguo maestro de escuela convertido en periodista que se hizo un experimentado investigador de las leyendas de América del Sur, ha reunido más pruebas sobre una ciudad perdida en esa misma zona, así como una información muy útil sobre las viejas tradiciones de pasadizos subterráneos. Su investigación proporciona una base útil a partir de la cual empezar una encuesta.

Wilkins menciona brevemente la reunión entre el presidente Roosevelt y los Lamb en sus *Mysteries of Ancient South America*, que apareció poco después, en 1946. Aporta también una extraña evidencia de apoyo que llegó a sus manos al mismo tiempo:

"Un ingeniero inglés que pasó muchos años de su vida en México y Argentina, y que murió en Gloucester Royal Infirmary en 1938, me dijo que en el estado de Jalisco, en alguna zona de la poco conocida extensión meridional de la gran cadena de Sierra Madre, a unos 121 kilómetros al este de Cabo Corrientes, hay unas ruinas prehistóricas que conocen los peones indios. Esa región nunca ha sido visitada por los mexicanos, salvo en la época de la insurrección, en que una banda de revolucionarios tuvo que escapar de las tropas del gobierno huyendo a las cuevas de las salvajes montañas. Jalisco es una provincia bien conocida como uno de los centros de la raza azteca, al igual que el valle de Anahuac en el territorio que rodea la capital.

"Los indios aztecas de Jalisco afirman que esas antiguas ruinas fueron en otro tiempo el hogar de un pueblo que era civilizado y bene-

volente. Sólo la exploración de competentes trabajadores del campo puede decidir si eran de una raza maya o de algún pueblo incluso más antiguo con conexiones atlanteanas derivadas del pionero Hy-Brazilian y civilizador Quetzalcoatl. La ciudad muerta está sobre una mesa, y desde ella, en determinadas horas del día, o al anochecer, llega el sonido de un extraño y vibrante tamborileo. El sonido se escucha desde lejos, incluso desde el Pacífico. Los indios afirman que el tamborileo emana de los espíritus, y sale de las cámaras de piedra de un gran templo en donde en otro tiempo fue venerado "el gobernante del universo". Dicen los indios que un día la rueda de la vida o el ciclo de acontecimientos se completará, y el antiguo pueblo regresará y reintroducirá una edad de oro."

Nada más empezar nuestra investigación sobre los túneles subterráneos de América del Sur, descubrimos que existe allí una rica y antigua tradición semejante a la que ya conocíamos sobre Asia en general y el Tibet en particular. Y quizá haya aún mayores pruebas físicas —en forma de túneles que pueden localizarse realmente—, así como incluso informes más notables sobre ellos, en este continente que ha sido descrito como "la cuna de la antigua y oscura primera civilización del mundo". Y también hay notables evidencias de que estos túneles, aunque aparentemente separados por el Océano Atlántico del centro de Agharti, reconocido en Asia, estaban vinculados, sin embargo, con él y en otro tiempo formaron parte de los grandes dominios del mundo subterráneo.

Al buscar evidencias podemos retroceder al mismo amanecer de la historia escrita, pues hay una antigua leyenda sudamericana según la cual el poderoso imperio inca fue fundado por un grupo de pueblos que salió de un túnel en Perú. El origen de esta historia se ha perdido ahora en las nieblas del tiempo, y apenas algunos detalles han llegado hasta nosotros en forma de relatos populares. Según esos relatos, cuatro hermanos y cuatro hermanas salieron de un túnel en Pacari-Tambo, que está al este de Cuzco. Entonces el hermano mayor subió a una montaña y con poderosos impulsos lanzó cuatro rocas a cada uno de los cuatro puntos cardinales. Reivindicó entonces la posesión de toda la tierra hasta los lugares donde habían caído las piedras: un poderoso imperio según la leyenda.

Sin embargo, pronto crecieron las disensiones entre los her-

manos con respecto a quién debería gobernar el imperio, y el hermano más joven y más cruel, Ayar Uchu Topa, preparó la muerte de sus tres hermanos mayores. Se dedicó entonces a subyugar todos los pueblos y reforzó su mando sobre el reino casándose con sus cuatro hermanas. Su acto final de conquista fue la fundación de varias ciudades dentro de ese reino, incluyendo la sede de su imperio, Cuzco. De acuerdo con la leyenda, esta ciudad se convirtió más tarde en la capital del imperio inca.

Aunque por desgracia esta historia está desprovista de más detalles sobre el túnel del que salieron los cuatro hermanos y hermanas, hay indicios de que todos eran de piel blanca, de una altura superior a la media y afirmaban ser los miembros de una familia gobernante del mundo subterráneo. Algunos de los más exaltados seguidores de la leyenda de Agharti han afirmado que eran los hijos del "Rey del Mundo" que fueron enviados por él para que fundaran un gran imperio a su imagen. Es una afirmación difícil de demostrar, fuera del hecho de que sabemos que los incas eran una nación gentil y amante de la paz que desconocían los delitos y la guerra hasta la llegada de los españoles.* Contra esto, desde luego, está el hecho innegable de que los incas incurrieron en los más sangrientos sacrificios humanos, práctica extraña a todo lo conocido de Agharti o Shamballah.

En los documentos de la conquista española del Perú se puede encontrar información más concreta sobre los túneles subterráneos en América del Sur. En 1526, un grupo de conquistadores españoles dirigidos por Francisco Pizarro (h. 1475-1541), arribó a la costa noroeste de América del Sur y procedió a explorar y saquear la tierra y acosar a las gentes. En los años siguientes, Pizarro y su grupo de 180 seguidores iniciaron la destrucción casi lite-

* El conquistador e historiador español, don Mancio Serra de Leguisamo, escribió lo siguiente en sus *Comentarios de los incas* (1589) acerca del carácter de éstos: "Los incas peruanos estaban a menudo libres de crímenes y excesos, los hombres tanto como las mujeres, de modo que el indio que tenía en su casa cien mil pesos de oro y plata la dejaba abierta, colocando un simple palo cruzado sobre la puerta como signo de que el dueño estaba fuera, y nadie podía entrar ni tomar nada de lo que había en el interior. Cuando vieron que nosotros poníamos candados y llaves en nuestras puertas, supusieron que era porque teníamos miedo a que ellos nos mataran, no porque creyeran que nadie pudiera robar la propiedad de otro. Por tanto, cuando se enteraron de que había ladrones entre nosotros y hombres que trataban de que sus hijos cometieran pecado, nos despreciaron."

teral de la civilización inca en su búsqueda de los sorprendentes objetos en que habían convertido los artesanos el enorme suministro de oro del país. Aunque es imposible llegar a cifras precisas, se ha sugerido que había más de diez millones de incas cuando llegaron los españoles, y que en 1571, sólo cuarenta años más tarde, la población había sido reducida a poco más de un millón. (En su libro, *This Hollow Earth*, Eric Norman hace la extraña diferencia de que muchos de estos incas no murieron, sino que desaparecieron bajo el suelo. Escribe lo siguiente: "Los que creen en la teoría de la tierra hueca afirman que los incas llevaron a un gran número de su pueblo, y la mayor parte de sus tesoros, a un túnel gigantesco que conducía al interior de la tierra".

No es necesario repetir aquí la historia de las actividades bélicas de Pizarro y sus hombres, salvo en los detalles que guardan relación con nuestro tema. Cabe pensar que la naturaleza rapaz de los españoles laboró en última instancia en contra de ellos, pues si hubieran mostrado hacia los incas la misma amistad que los nativos les ofrecieron a ellos, bien podrían haber recibido las grandes cantidades de oro que tomaron por la fuerza; pues los incas sólo daban un valor relativamente pequeño a un bien que era tan abundante. Pero cuando los incas comprendieron el verdadero propósito de los españoles, escondieron una gran parte de sus enormes tesoros; y escondidos han permanecido hasta hoy.

Durante la conquista, el acto culminante de violencia fue la captura del jefe de los incas, Atahualpa, y la petición de rescate de Pizarro a sus súbditos, quienes debían llenar una sala con oro para asegurar su liberación. (De acuerdo con los cronistas españoles contemporáneos que vieron llena la sala del tesoro, éste estaría formado por unas seiscientas o seiscientas cincuenta toneladas de oro, equivalentes a 384 millones de pesos de oro de aquella época, y de valor probablemente incalculable hoy día.) La reina inca, deseosa de salvar la vida de su esposo, cumplió la petición, pero el codicioso Pizarro quedó tan sorprendido ante la vista de todo el oro apilado en la habitación que se negó a liberar a su prisionero diciendo que le "mataré si no me dicen de dónde proceden todos estos tesoros". Parece ser que entre tanto Pizarro había oído algo acerca de que los incas poseían un depósito secreto e inagotable que se hallaba en un "enorme túnel subterráneo, o camino, que recorría muchos kilómetros por el subsuelo del reino".

La infortunada reina suplicó un retraso para cumplir esta nueva petición y fue a consultar a su adivino. El oráculo de rostro triste miró en su espejo mágico y dijo a la dama que de nada serviría todo lo que hiciera, pues, en cualquier caso, los españoles tenían la intención de matar a Atahualpa.

Entonces, la horrorizada reina dio órdenes para que el tesoro inca fuera distribuido en lugares ocultos por todo el imperio para que no cayera en manos de los traidores invasores. Cuando esta tarea fue realizada en secreto, la triste reina se quitó la vida. Según Harold Wilkins, este tesoro sigue enterrado actualmente bajo los claros de la jungla y en los pequeños lagos de montañas, así como en

“... cuevas cerradas que únicamente pueden abrirse con jeroglíficos místicos cuya clave sólo posee en cada momento y cada generación un único descendiente del inca; y en extraños “subterráneos” de miles de años de antigüedad, que debieron ser construidos por una misteriosa y civilizada raza desaparecida de América del Sur en una época en que los antiguos peruanos eran una simple tribu errante de bárbaros, si no salvajes, que erraban por las cordilleras y los altos pasos, o todavía vivían en algún continente del Pacífico desaparecido hace mucho tiempo, desde donde vinieron en barcos.

Desde ese día, la esperanza de descubrir el inapreciable tesoro de los incas atrajo a los cazadores de fortuna de todo el mundo a las selvas de América del Sur. Pero a todos les ha sido denegado por el acto de traición de Pizarro, pues como escribió unos años después del acontecimiento el sacerdote-soldado Pedro Cieza de León:

“Si cuando los españoles entraron en Cuzco no hubieran cometido otras traiciones y no hubieran manifestado tan pronto su crueldad condenando a muerte a Atahualpa, no sé cuántos barcos hubieran hecho falta para llevar los tesoros a la vieja España, que ahora están perdidos en el interior de la tierra, y así permanecerán, pues quienes los enterraron ya han muerto.”

Pasarían más de cien años antes de que el tema de los túneles subterráneos volviera a aparecer en los comentarios sobre América del Sur. En esta ocasión el lugar era Guatemala, y nada

sugiere de inmediato que pudiera estar relacionado de algún modo —literal o figuradamente con los que según los informes recorrían el subsuelo de Cuzco. Esto se produciría más tarde. El cronista de este nuevo túnel fue otro español, un sacerdote misionero con el impresionante nombre de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán. Sirvió algunos años en el país y en 1689 escribió una historia de Guatemala que se ha conservado hasta hoy en forma de manuscrito.

En el curso de su diálogo, Fuentes —como es más familiarmente conocido el sacerdote— describe varios asentamientos en ruinas en Guatemala que cree estuvieron habitados por una raza de indios desaparecida hace tiempo. Incluso pudiera tratarse de los mismos degenerados lancandones antes mencionados. Bajo estos asentamientos hay túneles, y uno de ellos atrajo particularmente su interés. Escribe Fuentes:

“La maravillosa estructura de los túneles del pueblo de Puchuta, hechos con el más firme y sólido cemento, sigue recorriendo el interior de la tierra, por una distancia de nueve leguas hasta el pueblo de Tecpan, en Guatemala. Es una prueba del poder de aquellos antiguos reyes y sus vasallos.”

Tan sorprendente afirmación aún es más notable si comprendemos que “las nueve leguas” de longitud del túnel equivalen a unos cincuenta kilómetros. Por desgracia, Fuentes no nos dice mucho más sobre los túneles de Guatemala, pues evidentemente esas cosas no le interesaban demasiado. Quizá esa indiferencia sea la causa de que en otros ciento cincuenta años nadie vuelva a mencionar los túneles de Guatemala; o de América del Sur, que lo mismo da. Sin embargo, el siguiente comentarista, un americano llamado John Lloyd Stephens, proporcionaría un libro de informes e ilustraciones de suprema importancia.

Stephens era un abogado de éxito y un trotamundos que ya había realizado grandes viajes por Europa y Oriente Próximo antes de sentirse atraído por América Central. Estaba particularmente interesado por las ciudades y recuerdos mayas. Con este fin consiguió que le encomendaran una misión diplomática en el país y llevó consigo a su amigo íntimo Frederick Catherwood, habilidoso artista inglés que había realizado algunas notables ilustraciones

de antigüedades egipcias mientras viajaba por ese país vestido de nativo. Del viaje conjunto vio la luz un destacado libro: *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (1838-39), al que Stephens contribuyó con informes de lo que había visto y Catherwood con grabados maravillosamente detallados. Como los ejemplares de la obra son ahora de considerable rareza, es un placer incluir ejemplos de ambos talentos en este volumen.

En la primera parte del libro, Stephens describe su lento progreso por América Central, mientras recogía información sobre el pueblo y compilaba dosieres sobre las ruinas. En Santa Cruz del Quiché, un pueblo del occidente de Guatemala, le presentaron a un viejo sacerdote español que encendió repentinamente su entusiasmo con relatos de una misteriosa ciudad perdida. El sacerdote le dijo que no se trataba de una leyenda carente de apoyo, pues él mismo había visto el lugar con sus propios ojos. Stephens escribe en su libro:

"Lo que realmente nos estimuló fue la afirmación del padre de que, a cuatro días por la carretera que lleva a México, al otro lado de la gran sierra, había, una ciudad viva, grande y populosa, ocupada por indios que se hallaban en el mismo estado que antes del descubrimiento de América. Había oído hablar de ello muchos años antes en el pueblo de Chajul, donde los aldeanos le dijeron que desde la parte más alta del borde de la sierra se podía ver claramente esa ciudad. El era joven entonces, y con grandes esfuerzos escaló hasta la cima desnuda de la sierra, desde la cual, a una altura de 3.000 ó 3.600 metros, contemplo una inmensa llanura que se extendía hasta el Yucatán y el Golfo de México, y vio a gran distancia una enorme ciudad que ocupaba un gran espacio y tenía unas torres blancas que relumbraban bajo el sol. Según el relato tradicional de los indios de Chajul, ningún hombre blanco ha llegado jamás a esa ciudad; los habitantes hablan en lenguaje maya, saben que una raza de extranjeros ha conquistado todo lo que les rodea y matan a cualquier blanco que intente entrar en su territorio. No tienen moneda ni otro medio de cálculo; carecen de caballos, ganado, mulas u otros animales domésticos, salvo aves de corral que guardan bajo tierra para impedir que se oigan sus cacareos."

Aunque era evidente que Stephens ardía en deseos de ver la misteriosa ciudad —"una sola mirada valdría por diez años de una vida cotidiana", escribió—, llegó a la conclusión de que dicha mi-

¿EL REY DEL MUNDO?

¿Existe una ciudad subterránea llamada Agharti gobernada por un venusino en quien están nuestras esperanzas de futuro?

Hay actualmente en el mundo miles de personas que afirman conocer una ciudad subterránea llamada Agharti o Shamballah, no localizada específicamente en algún punto, aunque generalmente se supone que está en el Tibet. Dicen que en esta ciudad hay una civilización muy desarrollada dominada por un "Antiguo" o un "Grande", que tiene el título, entre otros, de "Rey del Mundo". Algunos afirman haberle visto, y también que hizo al menos una visita a la superficie. También se dice que cuando la humanidad esté dispuesta para recibir los beneficios que él nos puede traer, saldrá a la superficie y establecerá una nueva civilización de paz y abundancia.

Citemos las palabras de un "testigo": "Vino aquí hace eras desde el planeta Venus para ser instructor y guía del amanecer de nuestra humanidad. Aunque tiene miles de años, parece un joven bello y excepcionalmente bien desarrollado de dieciséis. Pero no hay nada juvenil en la luz de amor, sabiduría y poder infinitos que brota de sus ojos. Es ligeramente más grande que el hombre medio, pero no hay ninguna diferencia radical en cuanto a la raza."

Por lo visto el gobernante de Agharti es un hombre; parece poseer una gran ciencia y poder, incluyendo máquinas de energía atómica. Parece dedicado a traernos grandes beneficios. Tiene poder para terminar a voluntad las guerras en la superficie.





C. J. Cutcliffe Hyne (izquierda), el espeleólogo y autor cuya obra inspiró este libro.



Ilustración de *Niels Klim's Journey Underground* (1741), la novela más famosa sobre un mundo subterráneo.



Louis Jaccoliot, el escritor francés que habló primero sobre la existencia de Agharti.



Derecha: la mística rusa, Madame Helena Blavatsky, que popularizó la leyenda sobre el mundo perdido.



Ferdinand Ossendowski, que trajo de las selvas asiáticas la información sobre Agharti.

Nicholas Roerich,
artista y místico que
fue en busca de
Shamballah.



Christian Rosen-
kruez, fundador de
los rosacruces, que
se dice descubrió
un conocimiento
secreto subterráneo.

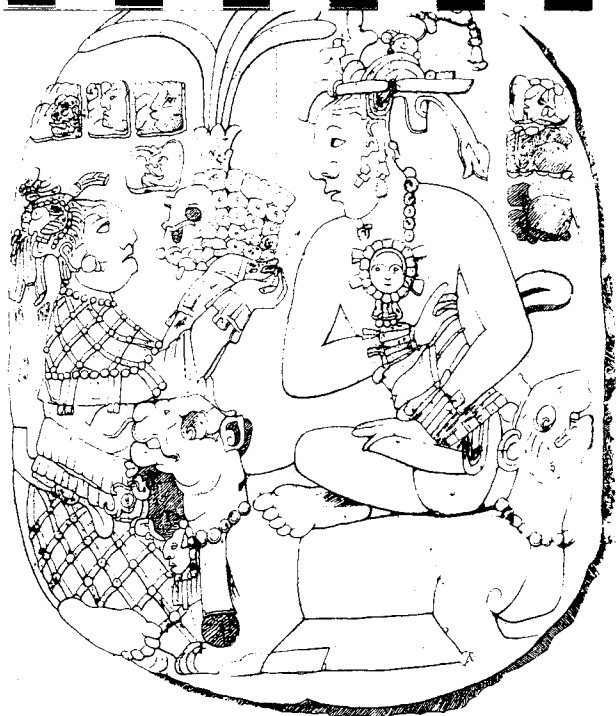
N. Roerich





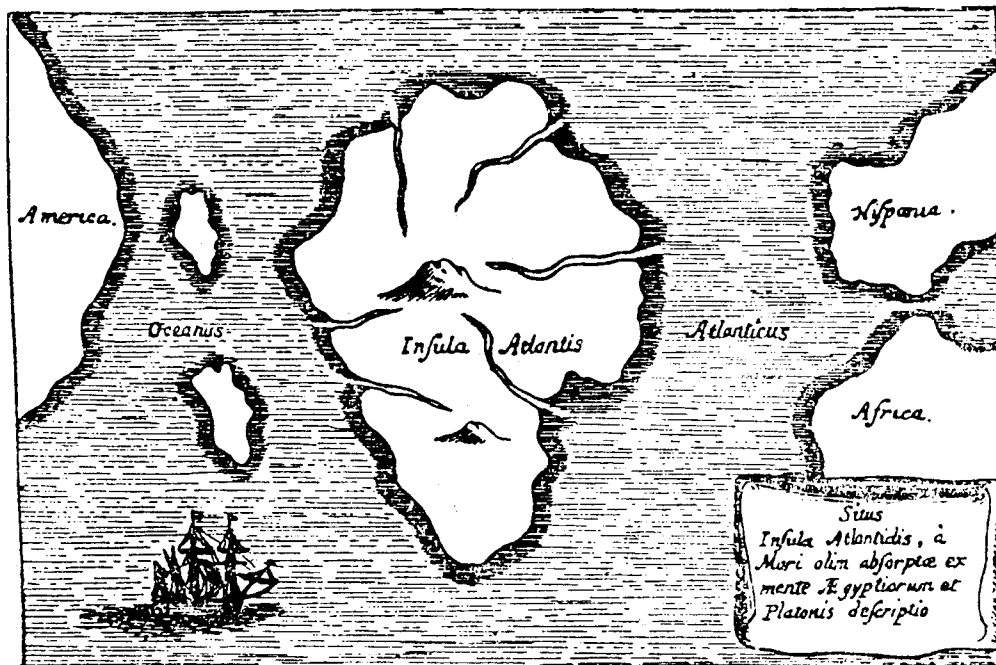
El enigmático Lord Lytton, quien describió un mundo subterráneo en su extraño libro titulado *The Coming Race* (1871).
La cueva de Borodla en Aggtelek, Hungría, que exploró Adolf Hitler buscando un túnel que le condujera a Agharti.





Un relieve en piedra de Palenque, México. ¿Representa al "Rey del Mundo" en uno de los pasadizos que conducen a su reino?

La antigua sede de la Atlántida, según un grabado del siglo diecisiete.

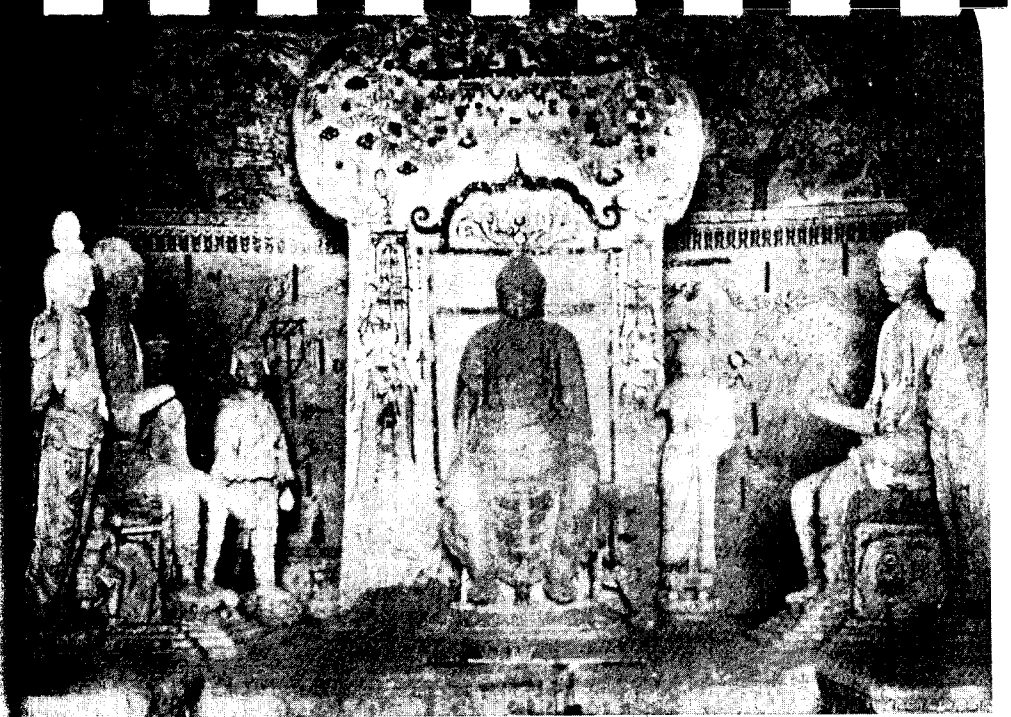


Estatua de piedra de un atlante, según el historiador Lewis Spence.

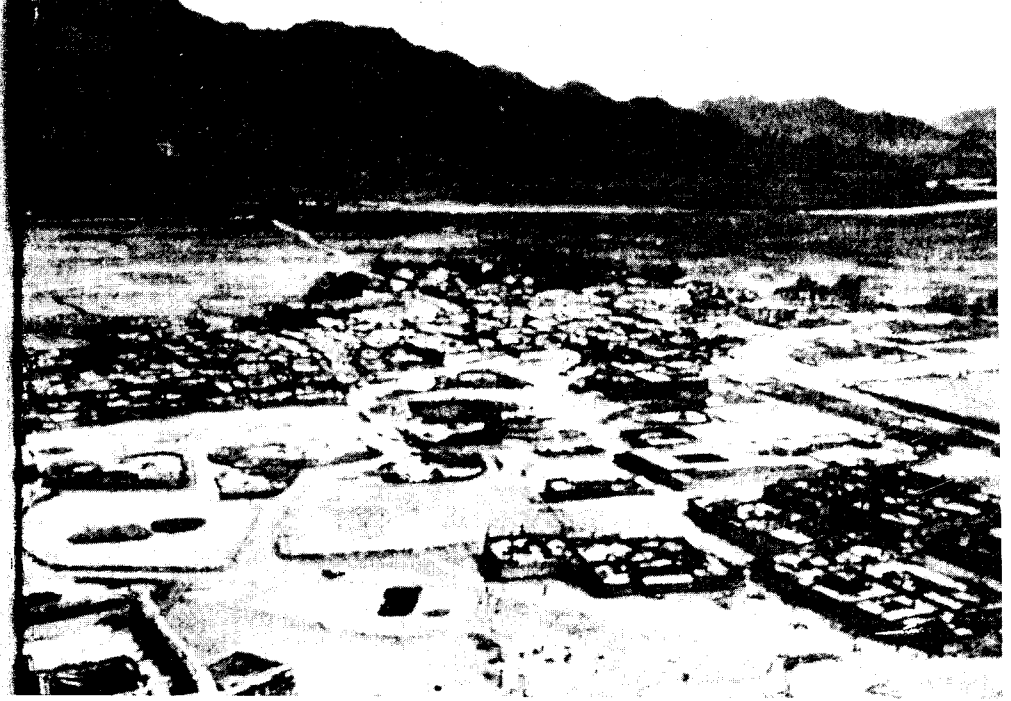


Un grabado muy antiguo de Quetzalcoatl, representándole en el túnel que utilizaba para viajar entre la Atlántida y América del Sur.

Un misterioso sistema de túneles descubierto en los montes Chandore, India. ¿Conducen al reino secreto de Agharti?



Las misteriosas "Cuevas de los Mil Budas" en China; tras los cuales, según los expertos, puede encontrarse un pasadizo a Agharti. La notable ciudad tibetana de Shigatze, bajo la que está la ciudad oculta de Shamballah.

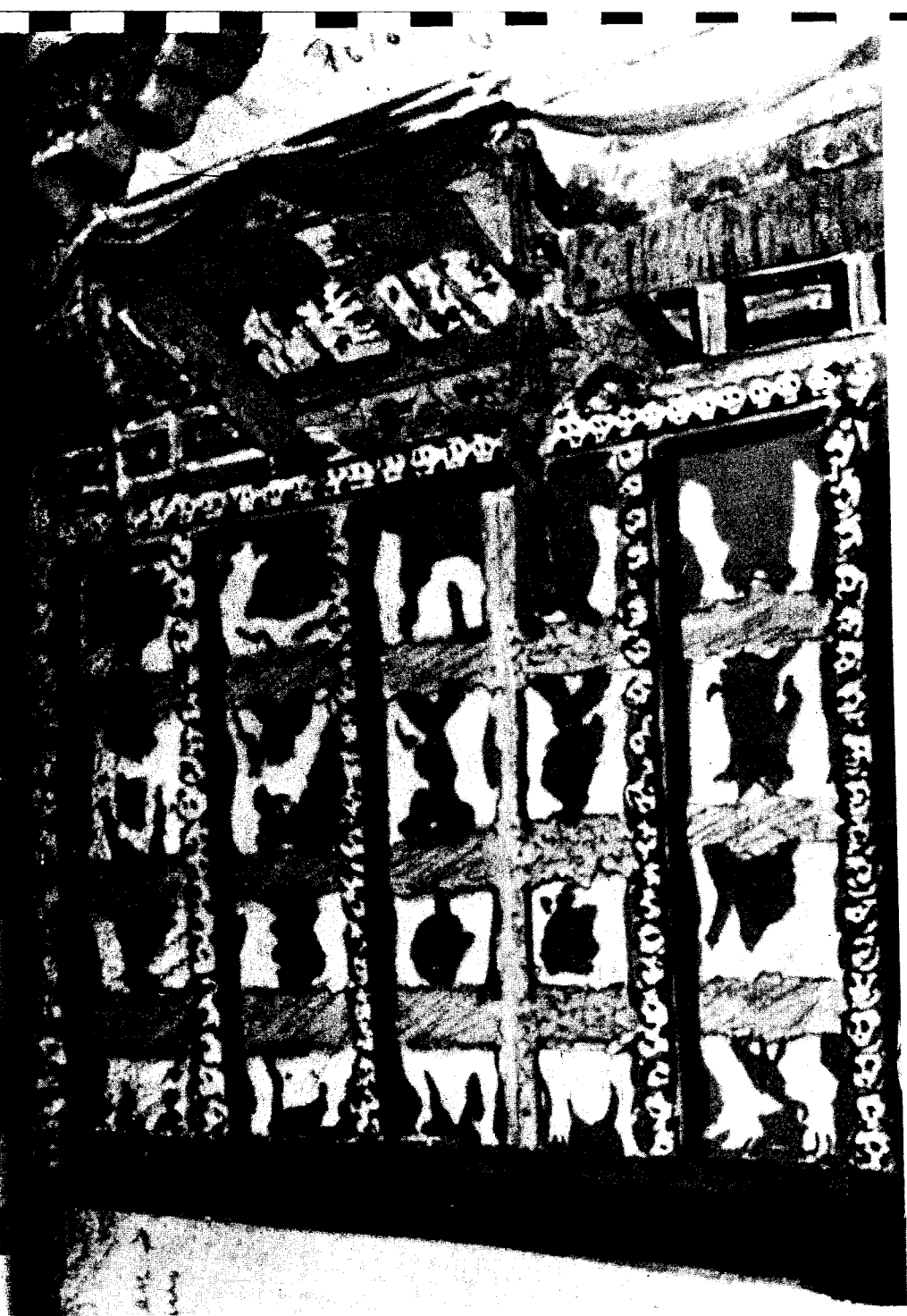




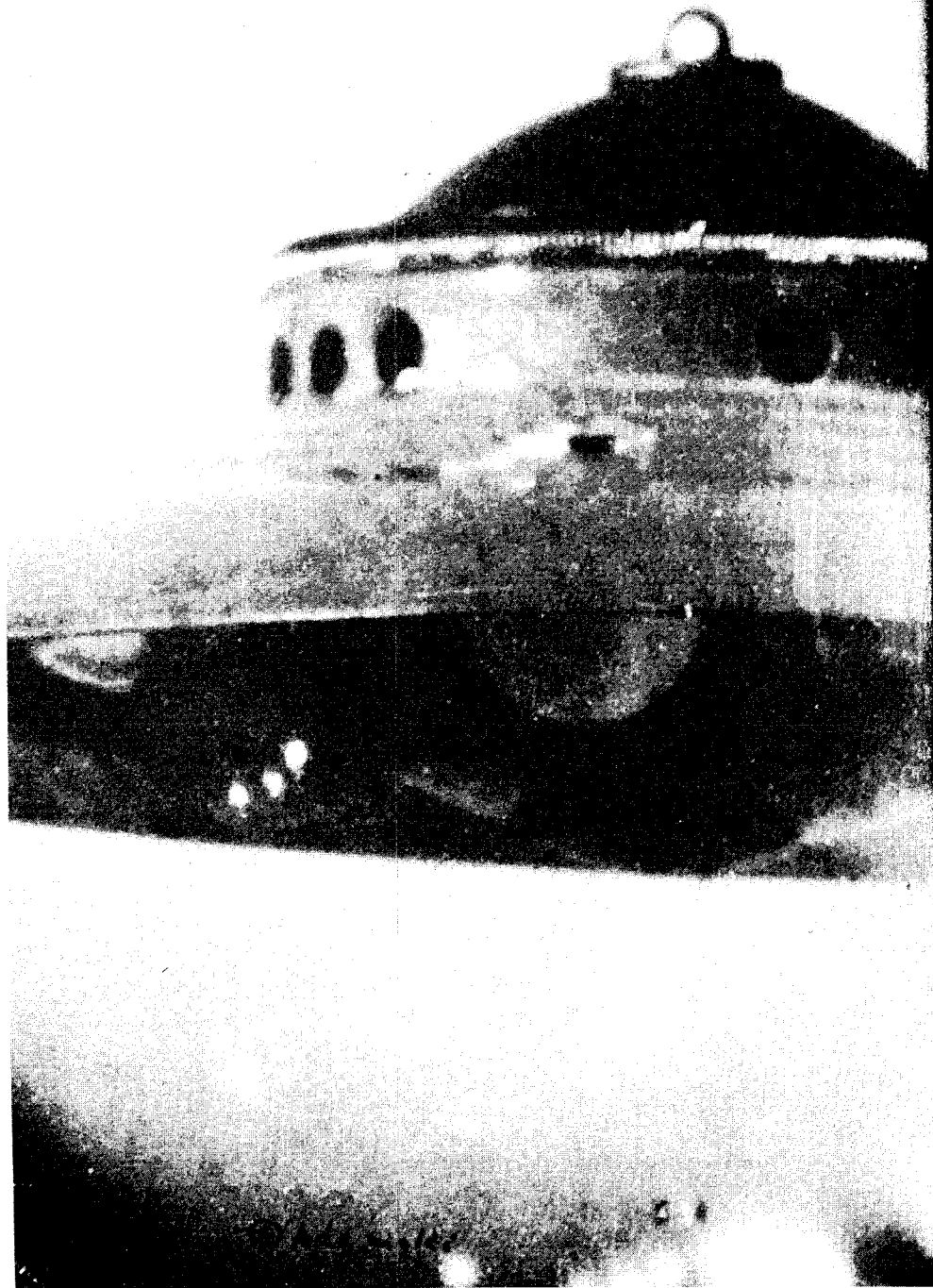
Una extraña pintura del lago Manasarowar, que para los tibetanos es sagrado, y se cree está cerca del corazón de Agharti.



Visión de Shamballah del pintor místico Nicholas Roerich.



La Puerta Roja de Potola, Lhasa. ¿Conduce a Agharti?



¿Proceden los OVNIS, como éste, del Mundo Subterráneo, y no de la Galaxia?

sión resultaría demasiado peligrosa y difícil. "Ningún hombre —dice en su libro—, incluso aceptando poner su vida en peligro, podría realizar la empresa con alguna esperanza de éxito, sin quedarse uno o dos años en las fronteras del país estudiando el lenguaje y el carácter de los indios vecinos, y trabando conocimiento con algunos de los nativos."

Sin embargo, durante el resto de su estancia en América Central, Stephens siguió recabando información sobre la ciudad misteriosa. De ese modo conoció algunos nuevos detalles fascinantes que reveló en una conferencia de prensa en Nueva York cuando su libro estaba ya publicado.

Cuando le preguntaron cómo era posible que los nativos de ese lugar hubieran permanecido ocultos durante tantos años, Stephens respondió: "Se escondieron bajo tierra, tuvieron que hacerlo para salvarse de los invasores españoles."

Pero ¿cómo era eso posible?, le preguntó otro periodista. Difícilmente podrían ser capaces de sobrevivir sin la luz del sol.

"No es así, según lo que me dijo un guía indio —contestó Stephens—. Poseen una gran luz que brilla en su mundo subterráneo, cuyo secreto parece ser les fue concedido hace mucho tiempo por los dioses que hay bajo la tierra."

Los periodistas neoyorquinos, duros de roer, debieron pensar que dicho relato era un poco fantástico, pues no siguieron haciendo preguntas en ese sentido, aparte de algunas nuevas preguntas para saber si Stephens había visto alguno de los túneles subterráneos que mencionaba. Contestó que había estado bajo las ruinas de Santa Cruz del Quiché. Remitió a su audiencia a un pasaje de su libro en el que se refería al incidente:

"Debajo de uno de los edificios había una abertura a la que los indios llamaban cueva, y por la que decían se podía llegar a México en una hora. Entré allí y encontré un tejado de arco puntiagudo formado por piedras superpuestas unas sobre otras; pero no lo exploré por falta de luz y porque el padre me gritó que era la estación de los terremotos. En aquel momento no pude ni siquiera conjeturar cuál era su longitud y cuál su destino último. Evidentemente, se trataba de otro de los misterios profundos de las Américas."

No es sorprendente el hecho de que la publicidad que dio John Lloyd Stephens a la ciudad misteriosa de América Central,

y a los túneles subterráneos, reavivara de nuevo el interés por los tesoros perdidos de los incas que la esposa de Atahualpa había escondido varios siglos antes. Las autoridades peruanas, en particular, decidieron reiniciar la búsqueda de las entradas a los túneles secretos tras un incidente bastante curioso que se produjo en 1844. Este, relatado por Harold Wilkins en su libro, *Mysteries of Ancient South America*, estaba relacionado con las palabras que pronunció al morir un indio quechua (descendiente directo de los incas peruanos) y el secreto que confesó a un viejo sacerdote católico:

“La historia trataba de un misterioso laberinto y de una serie de sorprendentes túneles que se retrotraían más allá de los días de los emperadores incas del sol. Fue contado bajo el sello inviolable del secreto de confesión y no podía ser revelado por el sacerdote sin incurrir en el castigo del fuego del infierno; y probablemente habría permanecido como secreto si el viejo sacerdote, en un viaje por las montañas, no encontrara la compañía de un siniestro italiano que viajaba hacia Lima. Este italiano, de ojos muy oscuros, muy penetrantes y mirada hipnótica, habló al viejo sacerdote, quien sin darse cuenta dejó caer una sugerencia sobre el tesoro antiguo que durante tanto tiempo había sido buscado. El siniestro caballero, que decía venir de Nápoles, consiguió hipnotizar al viejo sacerdote para que le contara la historia que conocía, por secreto de confesión, del moribundo campesino peruano. Este último le había dicho que su extraño secreto lo conocían muchos indios quechuas de pura sangre, descendientes de los antiguos incas, pero no los mestizos de media casta, quienes eran considerados poco dignos de confianza.”

Lo que se suponía había revelado el indio moribundo era el lugar donde podía encontrarse una entrada a los sorprendentes laberintos de túneles, y cuando el siniestro italiano reveló esta confesión a las autoridades —es innecesario decir que a cambio de una parte de lo que se descubriera—, los peruanos iniciaron una búsqueda a gran escala de la oculta abertura. Aunque los detalles de esta busca son escasos, parece ser que los buscadores se disfrazaron de científicos y arqueólogos para ocultar la verdadera naturaleza de su misión ante los sospechosos indios quechuas. Fuera cierta o no la confesión, el hecho es que los hombres buscaron en vano durante dos años y luego volvieron a Lima sin saber más de

lo que conocían al partir. El tesoro de Atahualpa permaneció inviolado.

Hay una curiosa secuela en esta historia que implica a Madame Blavatsky, la notable dama a quien antes nos referimos en este libro. También nos hace dar otro importante paso hacia delante en nuestra busca de detalles concretos sobre los túneles subterráneos de América del Sur. Parece ser que Madame Blavatsky conocía al misterioso italiano que había hipnotizado al anciano sacerdote. El encuentro se produjo en Lima y el italiano le dijo a Madame Blavatsky que aunque las autoridades habían abandonado la búsqueda, él creía haber encontrado una entrada al laberinto de túneles. Sin embargo, le dijo que no tenía ni tiempo ni dinero para proseguir la búsqueda.

Como Madame Blavatsky tenía que ir adonde el hombre decía se hallaba situada la entrada —Arica, lugar próximo a la frontera chilena— decidió investigar por sí misma. He aquí lo que descubrió, tal como lo relata en su libro *Isis Unveiled* (1877):

“Yendo hacia el sur por agua desde Lima, llegamos a un punto cercano a Arica con la puesta de sol, y nos sobrecogió el aspecto de una enorme roca, casi perpendicular, que se encontraba erguida en una triste soledad sobre la costa, alejada de la cadena de los Andes. Era la tumba de los incas. Cuando los últimos rayos de sol dieron sobre la faz de la roca, con unos prismáticos ordinarios de teatro se podían ver unos curiosos jeroglíficos inscritos sobre la superficie volcánica.

“Cuando Cuzco era la capital del Perú, tenía un templo del sol, famoso en lugares próximos y lejanos por su magnificencia. Estaba techado con gruesas planchas de oro y sus muros cubiertos con el mismo precioso metal; también los aleros eran de oro sólido. En el muro occidental los arquitectos habían hecho una abertura de modo que cuando la alcanzaban los rayos del sol se centraban en el interior del edificio. Extendiéndose como una cadena de oro desde un punto brillante a otro, circundaban los muros, iluminando a los severos ídolos y revelando determinados signos místicos que eran invisibles en otros momentos. Sólo con el entendimiento de estos jeroglíficos —idénticos a los que podían verse hoy en la tumba de los incas— era posible develar el secreto del túnel y sus puntos de entrada. Entre estos últimos había uno cercano a Cuzco, ahora cubierto e imposible de descubrir. Este conducía directamente a un túnel inmenso que va desde Cuzco a Lima, y luego, dando la vuelta hacia el sur, se extiende hasta Bolivia. En un determinado punto está cruzado por una tumba real. Dentro de

esta cámara sepulcral hay dos puertas astutamente dispuestas; o más bien dos bloques enormes que giran sobre pivotes y cierran tan fuertemente que sólo son distinguibles de las otras partes de los muros esculpidos por los signos secretos, cuya clave está en posesión de los fieles custodios. Uno de esos bloques giratorios cubre la boca meridional del túnel de Lima, el otro la septentrional del corredor de Bolivia. Este último, dirigiéndose hacia el sur, pasa por Trapaca y Cobijo, pues Arica no está lejos del pequeño río llamado Payaquina, que sirve de frontera entre Perú y Bolivia."

Al revelar la existencia de este túnel a su modo factual, Madame Blavatsky oculta casi al lector su verdadero alcance, pues si miramos a un mapa, podemos ver que la distancia desde Cuzco hasta Lima es aproximadamente de 608 kilómetros, y luego, tras el giro hacia el sur, el túnel llega hasta Bolivia, lo que equivale a una distancia de casi 1.400 kilómetros. (Varias autoridades han sugerido que tras pasar bajo Tarapaca y Cobijo —ahora en Chile— el túnel gira hacia el este, avanzando hacia la cordillera, y termina, o más probablemente se pierde, en algún lugar del misterioso desierto salado de Atacama. En este contexto, Harold Wilkins se ha preguntado si acaso termina allí; "Puede que cuando el misterioso túnel fuera hecho, quizá hace miles de años, el clima fuera muy distinto del de hoy y el paisaje fuera bello y fértil".) Esto podría ser, por fin, la confirmación de una antigua tradición sobre un túnel subterráneo que recorre por debajo una gran parte del continente de América del Sur. Pero la dama no terminaba así sus revelaciones:

"No lejos de ese punto [la frontera de Perú y Bolivia] hay tres cimas separadas que forman un curioso triángulo; están incluidas en la cadena de los Andes. De acuerdo con la tradición, la única entrada practicable al corredor que conduce hacia el norte está en una de esas cimas; pero sin conocer el secreto de sus señales, un regimiento de titanes podría rebuscar en vano por las rocas en un intento de encontrarlo. Mas incluso, aunque alguien encontrara la entrada y se abriera camino hacia el bloque giratorio del muro del sepulcro, y tratara de volarlo, las rocas están dispuestas de tal modo que enterrarían la tumba, sus tesoros y —como un misterioso peruano nos expresó— "a mil guerreros" en una ruina común. No hay otro acceso a la cámara de Arica salvo por la puerta de la montaña cercana a Payaquina. A lo largo de todo el corredor, desde Bolivia a Lima y Cuzco, hay pequeños

lugares ocultos llenos de tesoros de oro y piedras preciosas, la acumulación de muchas generaciones de incas, cuyo valor resulta incalculable".

A cualquier lector que se muestre escéptico ante estas notables afirmaciones, Madame Blavatsky ofrece lo que ella espera sea considerado como prueba de sus afirmaciones: la existencia de un mapa del túnel. (Este existe aún y se encuentra en los archivos de la Sociedad Teosófica, cerca del río Adyar, en Madrás, la India.) Al escribir acerca de este mapa en *Isis Unveiled*, dice Madame Blavatsky:

"Poseemos un plano preciso del túnel, del sepulcro y las puertas, que nos dio en un tiempo un anciano. Si alguna vez pensáramos en aprovecharnos del secreto, hubiéramos necesitado de la cooperación a gran escala de los gobiernos peruano y boliviano. Por no decir nada de los obstáculos físicos, ningún individuo o grupo pequeño podría llevar a cabo dicha exploración sin encontrarse con el ejército de bandidos de que está infectada la costa; y que, en realidad, incluye a la casi totalidad de la población. La simple tarea de purificar el aire pestilente del túnel, en el que nadie ha entrado durante siglos, sería ya bastante grave. Allí está el tesoro, sin embargo, y allí dice la tradición que estará hasta que el último vestigio del dominio español desaparezca de toda América del Norte y del Sur."

Madame Blavatsky nos habla también de su encuentro con un anciano sacerdote peruano —un indio quechua—, que realmente había viajado por el túnel. Un hombre extraño y amargado que había pasado su vida ocultando su odio hacia los oficiales peruanos y los conquistadores españoles. Este le dijo:

"Mantengo amistad con ellos, con estos bandidos, y con sus misioneros católicos, en el bien de mi propio pueblo. Pero venero al sol tanto como si hubiera vivido en los tiempos de nuestro emperador asesinado, el inca Atahualpa. Ahora, como nativo converso y misionero, realicé un viaje a Santa Cruz del Quiché (en el oeste de Guatemala), y cuando estuve allí fui a ver a algunas de mis gentes por un pasadizo subterráneo que conducía a una ciudad misteriosa más allá de las cordilleras. ¡Cualquier hombre blanco que los traspase encontrará su muerte!"

Madame Blavatsky confirma su creencia en la historia y cita la evidencia ofrecida por John Lloyd Stephens en su obra sobre el

túnel secreto cercano a Santa Cruz del Quiché. Y añade: "Además, un hombre que va a morir raramente se detiene a inventar historias tontas."

Yo mismo he podido encontrar otras pruebas que apoyan la historia del túnel; y también que es depositario de un rico tesoro. Esta evidencia toma la forma de un viejo documento en pergamino escrito por un español llamado Felipe de Pomares en los primeros años del siglo XVII, y que ahora se encuentra en los archivos de Cuzco. El documento habla de una española que se había casado con un descendiente del emperador inca asesinado y, creyendo que él sabía dónde estaba enterrado el gran tesoro, lo acosó para que se lo enseñara.

La dama, doña María Esquivel, insistió en que su marido, llamado Carlos Inca, no le tenía la deferencia que ella merecía por su rango y que debería permitírsele tener algo del rico tesoro del que Carlos era heredero. A pesar de la infortunada insistencia del hombre de que el tesoro no debía tocarse, doña María insistió con tal vehemencia que, finalmente, él aceptó llevarla, con los ojos vendados, a la cámara del tesoro. Lo hizo así por miedo al "guardián" que decía vigilaba la entrada del túnel.

Y por tanto, una noche, encubierto por la oscuridad y temeroso aún de que pudiera ser cogido y castigado por su audacia, Carlos llevó a doña María al túnel secreto. Tras caminar un trecho le quitó la venda a la dama y ésta se encontró en una cámara de tesoros de sorprendente esplendor. El lugar se hallaba lleno de lingotes de oro y plata, así como de ornamentos del templo y estatuas, de tamaño natural de los reyes incas muertos hacía mucho tiempo, hechas con oro sólido. Carlos Inca sólo permitió a su codiciosa esposa coger un puñado de objetos preciosos antes de obligarla a salir precipitadamente, vendada como antes. Posteriormente, cuando ella empezó a importunarle de nuevo para obtener más tesoros de la cámara secreta, sin ceremonia alguna la devolvió a España.

Esta poco edificante historia de codicia es citada siempre que se menciona un rumor persistente de que aún existe un grupo secreto de "guardianes" que vigilan la entrada más allá de la fortaleza de Cuzco. Como Harold Wilkins ha escrito: "Carlos era el guardián del secreto, y de él pasó a un sucesor... Incluso hoy el secreto de esa cámara puede estar encerrado en el pecho de algún descen-

diente del inca." Durante 300 años no sucedió nada que borrara la idea de que un enorme tesoro descansa sobre un pasadizo subterráneo bajo la antigua capital inca.

Recientemente, el escritor Erich Von Daniken ha encontrado algunas pruebas fascinantes sobre un largo túnel en un país vecino del Perú, Ecuador. En su libro, *The Gold of the Gods* (1972), describe la visita a un túnel subterráneo en el que se penetra por una entrada secreta cercana a la ciudad de Gualaquiza. Dice que formaba parte de un "sistema gigantesco de miles de kilómetros de longitud hecho por constructores desconocidos en una fecha desconocida, que se encuentra bajo el continente de América del Sur". Von Daniken cree que los túneles del Ecuador están relacionados con los del Perú y describe aquel por el que entró como de muros lisos y pulidos, con un techado plano que da la impresión de que estuviera cubierto por algún tipo de cristal. "Evidentemente —dice—, estos pasadizos no tienen su origen en causas naturales."

Dice Von Daniken que una gran parte del tesoro de oro se ha encontrado en este túnel y que su entrada está guardada por una tribu de indios salvajes; hechos extrañamente similares a los que ya habíamos dicho de México, Guatemala y Perú. Por lo visto, sólo obtuvo acceso al túnel porque su guía, el hombre que descubrió el túnel, Juan Moricz, "había sido aceptado como amigo por el jefe de los guardianes de la cueva". Por lo visto, estos indios sólo entran en la cueva una vez al año para ofrecer oraciones rituales a los "espíritus del mundo subterráneo".

Como resultado de su inspección, Von Daniken llegó a la conclusión de que el sistema de túneles había sido construido miles de años antes de que se iniciara el reinado inca. Y se pregunta: "¿Cómo y con qué herramientas se supone que los incas iban a construir cientos de kilómetros de pasadizos bajo la tierra? El túnel del Canal de la Mancha ha sido planificado por los ingenieros de nuestro siglo, técnicamente desarrollado, durante cincuenta años, pero aún no han decidido qué método deben utilizar para construir este túnel comparativamente menor." Von Daniken llega también a la correcta conclusión de que el sistema lo conocían los gobernantes incas y era utilizado por ellos para depositar y esconder sus tesoros frente a los rapaces conquistadores españoles. En una parte posterior del libro tratará del modo en que pudie-

ron ser planificados estos sorprendentes túneles y de quiénes pudieron hacerlo.

Con esta evidencia del Ecuador hemos examinado ya todas las informaciones importantes concernientes a pasadizos subterráneos de América del Sur; con una importante excepción, Brasil. Por estas pruebas creo que es posible afirmar que existe un túnel gigantesco que puede tener hasta 4.000 kilómetros y que va desde México, en el norte, a Perú y Bolivia, en el sur. (De acuerdo con una antigua tradición sudamericana, este túnel tiene incluso un nombre: "el Camino de los Incas".) Y como veremos en el siguiente capítulo, hay un ramal del túnel que se dirige hacia el este bajo el Brasil, hasta el Océano Atlántico. Espero demostrar que el túnel estuvo en otro tiempo relacionado con el continente perdido de la Atlántida.

En una sección posterior del libro examinaré también las evidencias de que este mismo túnel de América del Sur se halla también relacionado con otra red similar de pasadizos de los Estados Unidos, de la que se afirma hay un punto terminal bajo la ciudad de Nueva York. Y establecida esta red del continente americano, espero ser capaz de demostrar que es sólo una parte de un sistema aún más gigantesco que vincula América con Europa y Asia; siendo el destino último de todos estos pasadizos fabulosos el mundo subterráneo de Agharti.

9. BRASIL Y LA CONEXION CON LA ATLANTIDA

Brasil es el cuarto país más grande del mundo, y ocupa casi la mitad del área total de América del Sur. Su gran capital, Brasilia, y los dos magníficos puertos de Río de Janeiro y São Paulo, son internacionalmente famosos y presentan un aire de sofisticación y cultura que ha llevado a muchas personas a sugerir que, finalmente, esta nación se convertirá en una de las primeras del mundo.

Sin embargo, más allá de las tierras bajas costeras que hay delante del Océano Atlántico se encuentran algunas de las junglas más impenetrables y entornos más hostiles que puedan hallarse; así como quizá la zona más misteriosa del mundo, la cuenca amazónica. En la frontera septentrional de Brasil se halla también la meseta cubierta de nubes de Monte Roraima, "el mundo perdido", inmortalizado en la gran novela de Sir Arthur Conan Doyle.

Es, realmente, un país misterioso, gran parte del cual espera ser explorado, que alberga las más sorprendentes y controvertidas leyendas. Lo que es ya evidente es que existen signos claros de que una civilización increíblemente antigua —que se remonta por lo menos a 30.000 años, y posiblemente hasta 60.000— floreció en un tiempo aquí, y de que hay muchas pruebas de que hombres blancos cultos de una raza desconocida caminaron sobre el país en compañía de sus hermanos de piel oscura. También es innegable que en el tiempo comparativamente breve que Brasil ha sido conocida por el resto del mundo —el primer europeo, el portugués Pedro Cabral, no llegó a sus costas hasta el año 1500— apenas hemos empezado a penetrar en las esferas exteriores de todo

este misterio. Sin embargo, trataremos de reunir la mayor cantidad posible de material sobre el doble misterio y la red de túneles subterráneos con que está inexplicablemente relacionada. En ninguno de los casos es una tradición muerta o moribunda.

Por ejemplo, Harold Wilkins observa en *Mysteries of Ancient South America*: "Es probable que los descendientes de este imperio blanco existan hoy, en más de una zona del Brasil inexplorado, y en los remotos Andes, en regiones ricas en oro en los confines de las fuentes del Amazonas." Y añade más tarde: "Hay muchas historias que hablan sobre la existencia actual de un extraño pueblo blanco —hermosos hombres barbudos y hermosas y desnudas mujeres blancas con simétricos rasgos griegos en el desconocido *sertão* del Mato Grosso central y de las sierras altas brasileñas, y hacia el norte y el noroeste en las montañas que hay más allá de las fuentes del Amazonas y sus afluentes." Igualmente, en su libro *The Hollow Earth*, el Dr. Raymond Bernard, un residente en el Brasil, nos asegura que "túneles misteriosos, un enigma para los arqueólogos, existen en gran número bajo Brasil, donde se abren a la superficie en diversos lugares. El más famoso está en las montañas de Roncador, al noroeste de Mato Grosso, en dirección a las cuales se vio por última vez al coronel Fawcett". En un momento posterior de este capítulo investigaremos la información existente sobre estos dos temas —así como el misterio del coronel Fawcett—, mientras proseguimos con nuestra investigación sobre el secreto de Agharti.

Brasil tiene muchas leyendas sobre ciudades antiguas ahora en ruinas, escondidas todas en el vasto interior del país. Desde que el país fue reivindicado por Portugal en el año 1500 y se establecieron colonias costeras en el 1532, han partido muchas expediciones que trataban de encontrarlas. Desde el principio, los exploradores se sentían estimulados por las historias que contaban los nativos sobre ciudades perdidas con enormes cantidades de oro y plata que estaban esperando el descubrimiento. El clima terrible, los nativos hostiles de la jungla y la naturaleza enigmática de muchos de esos informes condenaron al fracaso expedición tras expedición. Desde los primeros intentos de pequeños grupos de cazadores de fortuna ingleses, pasando por los *bandeiristas* brasileños del siglo XVII, hasta las expediciones equipadas con altos costos de la Krup Armament Works de Alemania en los

primeros años de este siglo* —de tan mal destino como la mayor parte de sus predecesores—, las ruinas y vastas riquezas dejadas por las gentes hace mucho tiempo desaparecidas de la memoria han demostrado ser singularmente esquivas. Pero de todos esos esfuerzos nos ha llegado una información que, con el paso del tiempo, nos permitió una explicación de alguno de los misterios del Brasil.

Basándonos en la evidencia geológica que poseemos, parecen existir pocas dudas acerca de que la América del Sur tropical incluye algunas de las más antiguas tierras de la superficie del planeta y nunca estuvo bajo el océano ni bajo los tremendos glaciares de las glaciaciones. Ello ha llevado a los arqueólogos a especular que ésta, ahora misteriosa tierra, bien pudo ser la cuna de la civilización del planeta a partir de la cual se extendiera luego hacia Europa y Africa, por un lado, y a Asia, por otro. (Por comparación, hace unos 60.000 años, nuestros antepasados europeos vivían en cuevas en las regiones de lo que ahora es la Francia pirenaica, la España cantábrica y la Suiza lacustre.)

El ser una zona de tal antigüedad ha sido la causa, inevitablemente, de que se halla vinculado al continente sudamericano con la antigua y poderosa tierra perdida de la Atlántida. Y muchos eruditos y arqueólogos, yo incluido, creen que la Atlántida formó en otro tiempo un vínculo de tierra entre los continentes vecinos de Europa, al este, y Sudamérica, al oeste. Tal creencia explica las singularidades de cultura y recuerdos encontrados a ambos lados de lo que es ahora el Océano Atlántico, y ayuda a demostrar cómo fue posible que los túneles de América del Sur se vincularan con los pasadizos subterráneos de Europa y Asia, todos los cuales convergen en última instancia en Agharti. Analicemos la evidencia.

* La expedición Krupp de primeros del siglo XX partió en busca de una antigua ciudad que se creía estaba localizada en alguna zona de la provincia occidental del Mato Grosso. El grupo fue financiado con 100.000 libras y con un moderno equipo, hombres armados, guías indios y robustos animales de carga, constituyeron quizá la mejor expedición que partió nunca hacia el desconocido corazón del Brasil. Sin embargo, los guías desertaron pronto, los indios salvajes empezaron a atacarlos constantemente y los exploradores y sus animales fueron víctimas del terrible calor de la jungla y las difícilísimas condiciones. Ellos, al igual que sus predecesores, menos preparados, tuvieron finalmente que dar la vuelta y regresar a la civilización.

En el *Popul Vuh*, un antiguo manuscrito maya cuyo título significa "La colección de hojas escritas", y que ha sido descrito como "la gran colección de leyendas e historias míticas mayas y de América Central", se habla mucho de "una tierra al este sobre las costas del mar". Dicha localización cuadra muy bien con lo que sabemos sobre la posición de la Atlántida. Esta misma obra nos dice "que los padres de los pueblos" procedían de esta tierra y que también ellos soportaron una "gran catástrofe" tras la cual la tierra del este desapareció. Y habiendo dicho esto, ¿pueden ser las siguientes palabras del *Popul Vuh* otra cosa que una descripción de la destrucción de la Atlántida y sus efectos sobre las tierras vecinas?

"Se produjo una gran inundación seguida de una gran y fuerte lluvia de betún y resina, y los hombres corrían de aquí para allá desesperados y enloquecidos. Aterrorizados, trataban de subir a los tejados de las casas, que se derrumbaban y los hacían caer a tierra. Trataban de subir a los árboles, que los arrojaban lejos. Trataban de entrar en cuevas y grutas, cuyas entradas se cerraban inmediatamente del exterior. La tierra se oscureció y llovió noche y día. Esto fue la ruina de la raza de hombres, que fue entregada a la destrucción."

Con precaución, basándose en la evidencia del *Popul Vuh* y en sus propias investigaciones, nuestro arqueólogo Harold Wilkins estrecha aún más los lazos entre la Atlántida y América del Sur. Escribe en *Mysteries of Ancient South America*:

"Probablemente, una de las colonias sudamericanas de la Atlántida pudo haber sido la tierra llamada Brasil; y Brasil fue realmente el nombre antiguo de esa tierra, que mantuvo desde hace miles de años antes de la llegada a Río de Janeiro del anciano Pedro Cabral, el navegante portugués. Eso sucedió en el año 1500, y ha dado lugar a la extraña leyenda de que el rey Emanuel de Portugal dio a esa tierra el nombre de Brasil porque se encontró allí el árbol Brasil (*Biancaea sappan*). Es curioso que el nombre de Brasil fuera conocido por los antiguos celtas irlandeses como *Hy-Brasil*."

También hay en toda América del Sur un número de tradiciones bien conocidas sobre un grupo de hombres de ropajes largos, negros y fluidos, de pieles blancas y cabellos dorados, que

aparecieron como misioneros antes del diluvio en el año 11.000 antes de nuestra era. El principal de ellos recibía el nombre de Quetzalcoalt, y aunque usualmente se le representó posteriormente como un dios, en realidad era un hombre santo. Se decía que vino de un túnel desde una isla al este de Brasil*. El marqués de Nadaillac, en su *Pre-Historic America* (1885), considera curioso el tema:

"Un hecho singular de todas las leyendas recogidas es el que informa de la llegada de extranjeros blancos y barbudos que llevaban ropas negras, que fueron absurdamente identificados como misioneros budistas... No hay información cierta sobre estos extranjeros, de los que lo único concreto es que su jefe se llamaba Quetzalcoalt, o "la serpiente cubierta de plumas". Los primeros autores españoles prefirieron ver en Quetzalcoalt a Santo Tomás, quien pasó de la India a América. Las leyendas sobre él son numerosas y su variedad justifica que supongamos que se le atribuyeran a él las acciones reales o imaginarias de varios de los dioses mayas y nahuas."

Harold Wilkins, sin embargo, no duda de cuál era el origen y el propósito de Quetzalcoalt: "Provenía del Brasil atlántico en una misión civilizadora de una bárbara y salvaje América Central..., advirtiendo también de la destrucción que se aproximaba."

Wilkins sigue describiendo entonces "la gran catástrofe que hundió a la Atlántida, el continente isla, hasta las profundidades del océano". Dice que se acompañó de simultáneas erupciones volcánicas en América, África y en la cadena montañosa de Asia Central, así como en lugares mucho más lejanos del Pacífico. Su descripción es tan vívida que me gustaría citarla completa aquí:

"En la tierra de Hy-Brasil, y en las tierras muertas por las que andarían los *bandeiristas* 10.000 años más tarde, el día no se podía diferenciar de la noche. Los cielos se habían oscurecido. De la tierra subían densas nubes de ceniza espesa y de vapores, asfixiantes y mefíticos, que envenenaban toda la zona. Terribles relámpagos eléctricos abrían la negrura interminable, haciéndola más sorprendente y oscura.

* Esta opinión está demostrada en *Historia de cielo*, de Ordóñez de Aguilar, escrita a finales del siglo XVI, donde el autor dice que Quetzalcoalt hizo varias visitas a Brasil desde su hogar en la Atlántida y "se le permitió llegar "a la roca del cielo" [la Atlántida] gracias a un pasadizo subterráneo".

En el poderoso Golfo de Marañon-Amazonas, el mar enloquecido se elevaba y rugiendo se metía en la cuenca del Amazonas, precipitándose sobre las ciudades amuralladas con sus inmensos rompeaguas de piedra.

"En las tierras altas de esta gran colonia de la Atlántida —la nueva Atlántida de la vieja América—, la ruina la produjeron el fuego del cielo y de la tierra. Cuando la tierra tembló y el día se convirtió en noche, en estas ciudades muertas del inexplorado Mato Grosso de hoy ascendieron gases venenosos de las grandes grietas sin fondo abiertas en el suelo, en las carreteras pavimentadas, junto a sus espléndidos templos y palacios. Cegados, asfixiados, enloquecidos más allá de la resistencia humana, las terribles condiciones de la catástrofe cósmica enloquecieron a hombres y mujeres, de piel blanca, hermosos, algunos de cabellos rojizos como Berenice la Dorada, otros rubios como la diosa griega Afrodita, y huyeron de las ciudades dejándolo todo tras ellos. Algunas partes de las ciudades se hundieron en la tierra tragadas por los terribles terremotos. Posiblemente grandes fuegos barrieron algunos de los edificios; pues los antiguos *bandeiristas* se asombraron de la ausencia del menor vestigio de muebles y utensilios. Los grandes palacios y templos se estremecieron hasta sus cimientos. Las gentes de Brasil de la Atlántida que lograron escapar a las montañas de alrededor, así como por las carreteras espléndidamente pavimentadas, que ahora estaban llenas de grietas y fisuras y cubiertas de grandes rocas que los terribles terremotos y el diluvio torrencial habían lanzado desde las cimas hasta las gargantas, quedaron quemadas y calcinadas, o fueron tragadas por el bostezo de la tierra. Lo que no fue incinerado fue destruido por las bestias salvajes, que, durante muchos miles de años, habitarían solas estas ciudades del viejo Hy-Brasil, barrido por la destrucción."

Wilkins, al igual que el otro gran experto en historia antigua de América del Sur, Lewis Spence (ver sus libros *The Problem of Atlantis*, 1924, y *The History of Atlantis*, 1926), dice que hubo supervivientes a este terrible holocausto y que con los años han ido apareciendo pruebas de ellos. Por las junglas de Brasil han corrido historias de tribus perdidas y de pueblos blancos —informes de guardianes, extraños y de piel blanca, de las ciudades secretas de Perú y Guatemala—, todos ellos, evidentemente, descendientes de los atlanteanos que colonizaron Brasil.

Por ejemplo, hay una raza poco conocida de indios blancos llamados paria, y viven en un asentamiento denominado significativamente Atlan, en los densos bosques que hay entre el río Apure y el Orinoco. Este pueblo tiene una tradición oral sobre el ca-

taclismo que destruyó su antigua madre patria, el Brasil, así como una gran isla del Océano Oriental en donde habitaba "una raza rica y civilizada". ¡Sin duda alguna la Atlántida!

Lewis Spence nos habla también de una de las razas nativas del Brasil, los tapuya, a quienes cree descendientes de una raza blanca que sirvió a la raza dueña de los antiguos Hy-brasileños, y que huyó también con ellos del diluvio que se tragó a la Atlántida. Escribe así en *The Problem of Atlantis*: "Estos tapuyas son blancos como los ingleses, tienen pies y manos pequeños, rasgos delicados de gran belleza, y un cabello blanco, dorado y rojizo. Eran habilidosos trabajadores de las piedras preciosas y llevaban ornamentos de jade y diamantes."

En el capítulo anterior me he referido a los indios blancos que, según los informes, guardaban las ciudades secretas frente a los intrusos, por lo que quizá sólo necesitaré citar otro ejemplo de prueba física de la relación de la Atlántida y América del Sur antes de pasar a la cuestión más específica de los pasadizos subterráneos del Brasil.

Esta interesante observación procece también de Harold Wilkins, y está registrada en sus *Mysteries of Ancient South America*:

"Hay una tradición del Oriente místico, derivada quizá de los atlanteanos que abandonaron su patria antes del momento del terrible cataclismo, según la cual el templo catedral central de la antigua capital de la Atlántida, la ciudad colina, "Sardegón", estaba cerrada por una bóveda en la que llameaba un magnífico sol central de oro. Los últimos herederos de los restos de la civilización de la colonia imperial atlanteana de Hy-Brasil, en Sudamérica, los incas del Perú —Perú, como se ha dicho, deriva de una palabra (que no se encuentra en el quechua, o lengua peruana nativa), *Vira*, que significa el dios del sol—, tenían un sol glorioso del más puro oro que brillaba con verdadera refulgencia en las paredes del gran templo del Sol, en Cuzco. Allí fue donde, en 1530, las quillas de las carabelas y galeones de Don Francisco Pizarro tocaron las orillas de la costa peruana. Su brillo producía dolor en los ojos de quienes lo contemplaban.

"Pero cuando los conquistadores de Pizarro pusieron sus manos sobre esta civilización antigua, al igual que habían hecho antes que ellos los carian-colloans, con lo que había quedado de las comunidades de los antiguos, blancos y barbudos atlanteanos de Hy-Brasil en las islas del lago Titicaca, Perú, ese glorioso sol de oro desapareció. Durante

cuatro siglos su paradero ha sido un misterio, el guardado secreto de uno o dos incas en la posteridad. Con toda seguridad que sigue existiendo aún en uno de los valles de las cordilleras peruanas algún peruano que, sin sospecharlo sus compañeros, sabe dónde está enterrado este tesoro."

Cualquier estudio de los misterios del Brasil, y en particular de su raza perdida y sus antiguas y arruinadas ciudades, debe prestar invariablemente alguna atención al famoso trabajo de exploración del coronel Percy Harrison Fawcett (1867-1925), quien se convirtió, él mismo, en el centro de un misterio sin explicar; pues desapareció en el Mato Grosso en 1925 y desde entonces no se ha vuelto a saber de él.

Nos interesa particularmente ahora porque la intención de su exploración era encontrar "la cuna de la civilización brasileña", y porque se ha adelantado la teoría de que no murió en la jungla, sino que encontró el camino a unos pasadizos subterráneos y ha permanecido allí desde entonces.

Sólo necesitamos mencionar brevemente los hechos de la exploración del coronel Fawcett, pues su hijo menor, Brian, ha editado un hermoso relato de los acontecimientos en *Exploration Fawcett* (1953). En su última expedición, Fawcett era ya bien conocido en América del Sur por su trabajo de delineación en las fronteras de Perú, Ecuador, Bolivia y Brasil durante el auge del caucho. En esos años se obsesionó por la leyenda de una ciudad perdida que se encontraba en algún lugar del Mato Grosso y se suponía estaba habitada por una raza muy civilizada de hombres blancos. (Antes de partir en su expedición, dijo simplemente: "Sólo tengo un objetivo: desvelar los misterios que la jungla de América del Sur ha ocultado durante tantos siglos. Nos sentimos estimulados en nuestra esperanza de encontrar las ruinas de una antigua civilización blanca y a los descendientes degenerados de una raza cultivada").

Fawcett se sintió impulsado por dos hechos particulares; el primero de ellos era que se sabía de la existencia de varias ruinas increíblemente antiguas en las junglas. "Estas sorprendentes ruinas de ciudades antiguas son incomparablemente más viejas que las de Egipto", dijo. Y en segundo lugar por la historia contada en un documento histórico desenterrado de los archivos de Río

de Janeiro que describía el descubrimiento de una civilización perdida en el Mato Grosso en 1734. Este documento —que aún puede verse hoy en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro— describe que una expedición portuguesa descubrió un pequeño pasadizo en una de las montañas y que, arrastrándose por él, encontró las ruinas de una ciudad que, evidentemente, fue devastada por algún enorme cataclismo. Había tesoros y monedas de oro por todas partes. Pero los exploradores se sintieron aún más sorprendidos al encontrarse con dos hombres de piel clara y cabellos rubios. Como los portugueses se asentaron para documentar su descubrimiento, enviaron a un corredor nativo de vuelta a Río de Janeiro con noticias de lo que habían hallado. Sin embargo, los exploradores no regresaron nunca a la civilización y jamás se supo más de ellos. La única solución para explicar su desaparición fue que habían sido detenidos, muertos, por aquellos extraños blancos...

Antes de partir en su viaje con su hijo mayor, Jack, y su compañero Raleigh Rimell, el coronel Fawcett había hecho un estudio intensivo de las leyendas y saberes populares del Brasil. Había oído hablar de ciudades que se suponía tenían una antigüedad de 60.000 años, todas ellas con indios blancos de ojos azules, y todas con fabulosos tesoros esperando en las ciudades en ruinas. En una carta que escribió a Lewis Spence en 1924 le reveló que sospechaba pudieran ser los restos de una antigua raza de la Atlántida. En esa misma carta mostraba una creciente convicción de que existía un vínculo entre el antiguo pueblo de América del Sur y aquel del otro lado del Atlántico; pues había observado una similitud entre las inscripciones encontradas en pórticos y pilares de algunas ruinas brasileñas y las que había visto treinta años antes en algunos trabajos antiguos de piedra en Ceilán (ahora Sri Lanka).

Fawcett le decía en su carta a Lewis Spence:

"Tengo buenas razones para pensar que esas gentes originales [los atlanteanos blancos] todavía existen en un estado degenerado... Utilizan la escritura y también las llamas, un animal relacionado con las alturas andinas superiores a 3.000 metros, pero que en su origen era un animal híbrido de tierras bajas. Los restos aún existentes revelan el uso de piedras de diferentes colores en las escaleras que conducían a los edificios de los templos, así como muchas esculturas en bajo relieve."

Por tanto, el grupo de Fawcett partió con un gran espíritu. El coronel se despidió de sus amigos convencido de que sabía lo que estaba buscando y dónde tenía que encontrarlo; pero les negó cualquier detalle preciso. Sólo llegaría un mensaje final antes de que los tres hombres se adentraran en lo desconocido, crearan la leyenda que les rodea y se entregaran hasta hoy a su destino. Sólo eran unas cuantas líneas del coronel Fawcett, pero estaban llenas de misterio y sugerían que se hallaban al borde de algún descubrimiento sorprendente:

"Si alguien quiere intentar mandar una expedición detrás de nosotros para descubrir nuestro destino o fortuna —y esperamos estar alejados de la civilización durante dos o más años—, en nombre de Dios, detenedle. Inglaterra no tiene nada que ver con esta búsqueda. Es un asunto que concierne enteramente a Brasil."

Después todo fue silencio, y en las extrañas y densas junglas sólo ha habido rumores desde entonces referentes a lo que les sucedió a aquellos tres ingleses; quizá el más extraordinario sea el que dijo radio Moscú, según el cual Fawcett se había convertido en "un agente secreto británico en Brasil, que envía regularmente informes de radio al Foreign Office en Londres".

Mrs. Nina Fawcett, la esposa del coronel, se convenció con el paso del tiempo de que su esposo no había muerto en las manos de los indios salvajes de la jungla, sino que estaba cautivo; con toda probabilidad por haber dado con algún gran secreto, como les pasó a los exploradores portugueses del documento de 1734 que tanto le había intrigado.

Esta cuestión la recoge uno de los mayores expertos de hoy en leyendas sobre subterráneos, el Dr. Raymond Bernard, filósofo y arqueólogo americano que ahora vive en Brasil. Escribe lo siguiente en su monografía titulada *The Subterranean World* (1960):

"Muchos estudiantes brasileños de lo oculto comparten con la esposa del coronel Fawcett la creencia de que éste sigue viviendo con su hijo Jack como residentes de una ciudad subterránea a la que se entra por un túnel de la montaña Roncador, al noroeste del Mato Grosso, adonde se dirigía cuando fue visto por última vez tras abandonar Cuiaba. El autor encontró en Cuiaba a un nativo que afirmaba que su padre fue guía de Fawcett y que se ofreció a llevarle a una abertura que

conducía al mundo subterráneo en la región de Roncador, lo que indicaría que el guía de Fawcett creía en la existencia de ciudades subterráneas y le llevó a una, en donde fue hecho prisionero para que no revelara el secreto de su localización, lo que podría verse obligado a hacer a su regreso tanto si quisiera como si no."

El Dr. Bernard cree que la ciudad perdida que estaba buscando Fawcett era de origen atlanteano, pero que actualmente estaba situada bajo tierra. Dice así: "Se afirmaba que la ciudad atlanteana que estaba buscando no eran las ruinas de una ciudad muerta en la superficie, sino una ciudad subterránea que sigue estando habitada por atlanteanos."

La abertura del túnel de Roncador estaba guardada por fieros indios murcego —o murciélago—, según decían varias autoridades en la materia, incluyendo al naturalista americano Carl Hurni, quien los años en que residió en la zona del Mato Grosso hizo un estudio especial sobre la tribu y sobre sus relaciones con las leyendas de túneles. Cito de su ensayo, "The Mysterious Tunnels and Subterranean Cities of South America" (1960):

"La entrada a las cavernas está guardada por los indios murciélago, que son de piel oscura, y constituyen una raza de pequeño tamaño y gran fuerza física. Su sentido del olfato está más desarrollado que el de los mejores sabuesos. Incluso aunque aprueben tu presencia y te permitan entrar en las cuevas, me temo que te perderás para el mundo presente, pues guardan el secreto muy cuidadosamente y no pueden dejar salir a los que han entrado.

"Los indios murciélago viven también en cuevas, y salen por la noche a las junglas de alrededor, pero no tienen contacto con las gentes de las cavernas inferiores, quienes forman una comunidad propia y tienen una población considerable. Se cree que las ciudades subterráneas que habitan derivan de los atlanteanos, quienes las construyeron originalmente, pero no se puede saber con certeza. El nombre de la cadena montañosa en donde están las ciudades subterráneas atlanteanas es Roncador, al noroeste de Mato Grosso. Quien vaya a buscar esas cavernas pone su vida en sus propias manos y es posible que no se vuelva a saber nada de él, como le sucedió a Fawcett.

"Cuando estaba en Brasil oía hablar mucho acerca de cavernas y ciudades subterráneas. Pero sin embargo se hallan a mucha distancia de Cuiaba. Están cerca del río Araguaya, que desemboca en el Amazonas. Están al noroeste de Cuiaba al pie de una cadena montañosa de

gran longitud llamada Roncador. Desistí de investigar más porque oí que las entradas a los túneles se hallaban celosamente guardadas.

“Sé que una buena parte de los inmigrantes que ayudaron en el levantamiento del general Isidoro López en 1928 desaparecieron en esas montañas y nunca se volvió a saber de ellos. Sucedió así bajo el gobierno del Dr. Benavides, quien bombardeó São Paulo durante cuatro semanas. Finalmente se hizo una tregua de tres días para que pudieran salir de la ciudad los 4.000 soldados, sobre todo alemanes y húngaros. Unos 3.000 de ellos fueron a Acre, al noroeste del Brasil, y otros 1.000 desaparecieron en las cavernas. La historia que he oído es coherente. Recuerdo que fue en el extremo sur de la isla Bananal (cerca de las montañas Roncador).

“También hay cavernas en Asia, y muchos viajeros tibetanos las mencionan. Pero por lo que sé, las mayores están en Brasil y existen en tres niveles diferentes. Estoy seguro de que obtendría permiso si quisiera unirme a ellos y que me aceptarían como a uno de los suyos. Sé que no utilizan dinero y que su sociedad está basada sobre una base estrictamente democrática. El pueblo no envejece y vive en una permanente armonía.”

La descripción de esta “utopía” subterránea provocó al Dr. Raymond Bernard, a quien acabamos de mencionar, a comentar que parece muy similar a la sociedad que Bulwer Lytton describe en su obra, *The Coming Race*. Bernard comparte la opinión de que Bulwer Lytton basó su “novela” en información oculta que había aprendido como miembro de los rosacruces.

El Dr. Bernard es una figura muy notable, que vivió varios años en la ciudad de Joinville, en Santa Catarina, Brasil. Estableció allí una pequeña comunidad conocida con el nombre de *New California Subtropical Settlement*, que según él está idealmente situada para posteriores investigaciones de los túneles subterráneos, además de hallarse alejada de cualquier catástrofe nuclear en el caso de que se produjera una guerra entre América y Rusia, tema que le absorbe profundamente.

Joinville, dice él, está situado en la “zona de seguridad radiactiva”, pues:

“Es un hecho de la meteorología el que los vientos que llevan polvo radiactivo desde el hemisferio norte, cuando alcanzan el Ecuador, se encuentran con vientos contrarios que proceden del sur y les

hacen elevarse y regresar en dirección norte. Ello protege al hemisferio sur contra la lluvia radiactiva del norte, que será la parte del mundo donde se librará la tercera guerra mundial.”

Teniendo esto en mente, el Dr. Bernard ha urgido a los lectores de sus obras a una acción inmediata:

“Una nueva migración debe ponerse en marcha desde el hemisferio norte hacia la parte interior del hemisferio sur, la mejor parte del cual es la nueva tierra prometida de la primavera permanente y los frutos tropicales, que encontré en el subtropical Santa Catarina del sur del Brasil tras veintiséis años de búsqueda de un paraíso terrestre en los países de América Latina. Aquí estoy estableciendo un asentamiento de vegetarianos americanos, cultivadores orgánicos y pensadores avanzados deseosos de vivir en una parte del mundo en la que sólo puede surgir una nueva era.”

Quizá no sea sorprendente el hecho de que el Dr. Bernard crea que el desastre que destruyó la Atlántida no estuviera provocado simplemente por el fuego y las inundaciones, sino que fuera “una catástrofe radiactiva, provocada probablemente por una guerra nuclear, la legendaria guerra de los Titanes, que hizo que la Tierra girara sobre su eje y se produjera un diluvio mundial”.

Pero el interés del Dr. Bernard por lo nuclear no le impidió, sin embargo, continuar con la investigación de los pasadizos subterráneos de su país de adopción, y algunos de los que se han asentado en su comunidad le han ayudado en el trabajo. Sus descubrimientos le llevaron a creer que puede existir una entrada a esta red de túneles en alguna zona próxima a Joinville, aunque su localización real sigue siendo aún esquiva. Dice así:

“He dedicado años a investigar y estudiar los misteriosos túneles que hay bajo Santa Catarina, evidentemente construidos por una raza antigua como caminos a ciudades subterráneas. La investigación aún está en marcha. En una montaña cercana a Joinville se ha oído repetidamente el canto coral de los hombres y mujeres atlanteanos; también el “canto del gallo”, que es la indicación habitual de la existencia de una abertura de túnel conducente a una ciudad subterránea. Probablemente el canto del gallo no esté producido por un animal vivo, sino por alguna máquina.”

Bernard comparte también la creencia de Harold Wilkins de que Brasil fue en otro tiempo una colonia de la Atlántida. Recientemente ha dicho:

"Se ha afirmado que Brasil fue una colonia de la Atlántida. Un informe posterior afirma que una ciudad de la Atlántida, con sofisticadas edificaciones, calles, etc., se encontró en medio de la jungla del Amazonas. La radio y la prensa brasileña informaron también sobre el descubrimiento de una ciudad subterránea realizado por un grupo de científicos que entraron en un túnel abierto sobre una montaña cercana a los límites del río Paraná y Santa Catarina y descendieron por él hasta encontrarse con la ciudad. Todo el grupo se vio sobrecogido por un extraño temor, y en lugar de estudiarla huyeron. ¿Qué es lo que vieron? Probablemente a los habitantes de esa ciudad subterránea. Dos rancheros que vivían cerca de la frontera del Paraná y Santa Catarina vinieron a ver al autor afirmando que habían entrado en un túnel de la zona y viajado por él durante tres días, descendiendo finalmente y llegando a una ciudad iluminada en la que vieron a hombres, mujeres y niños. Un miembro de su grupo se asustó y todos ellos regresaron."

Aunque el Dr. Bernard trata esas historias con comprensible escepticismo, cree que los atlanteanos construyeron ciudades en el Amazonas y en el Mato Grosso, y que bien pudieran haber construido algunos de los túneles para "migrar al mundo subterráneo de Agharti" cuando el holocausto sacudió a su patria. Otros, desde luego, establecieron colonias en América del Sur. Sigue escribiendo:

"Se ha dicho que el interior de la Tierra lo recorre una red de túneles, que abundan especialmente en América del Sur, y que estos túneles conducen a ciudades subterráneas en las inmensas cavidades de la tierra. El más famoso de estos túneles es el "Camino de los incas", que según se dice se extiende por varios cientos de kilómetros hacia el sur de Lima, a Perú y a Cuzco, a Tiahuanaco y las tres cimas, dirigiéndose hacia el desierto de Atacama, donde se pierden todos los vestigios. Otro ramal se dirige al Brasil, donde está conectado por túneles a la costa. Ahí los túneles se sumergen bajo el fondo del océano en dirección a la perdida Atlántida. De este modo la Atlántida tuvo en otro tiempo una conexión directa con sus colonias de Brasil y Perú, por medio de túneles que recorren por debajo al Océano Atlántico y luego el Brasil, pasando a través de Paraná y Santa Catarina al Mato Grosso y desde allí al Perú. Luego pasan bajo los Andes y llegan a Chile."

En *The Subterranean World*, la monografía que mencioné antes, el Dr. Bernard dice que entre los antiguos residentes del área de Santa Catarina en donde él vive hay rumores persistentes sobre la existencia de una raza subterránea. También hay rumores sobre "vehículos subterráneos" que viajan por los túneles y se cree son similares a los mencionados por Ferdinand Ossendowski en el Tíbet. Hay quienes creen que estos vehículos son los "platillos volantes" que tanto han estimulado la imaginación pública en años recientes. En una parte posterior del libro volveremos a este controvertido tema.

Dice el Dr. Bernard que cuando visitó a un grupo de teósofos en São Lourenço escuchó la historia de uno de sus miembros —por desgracia actualmente muerto— que había encontrado la entrada a un túnel y viajado desde Perú a Brasil por un pasadizo subterráneo. También oyó decir que en los días de la esclavitud los esclavos escapados solían entrar en un túnel situado en Ponte Grosse, Paraná, por el que viajaban por el subsuelo hasta el Mato Grosso, regresando posteriormente por la misma ruta cuando la esclavitud fue abolida.

En el curso de la monografía, Bernard cita una serie de relatos conocidos y supuestamente auténticos, debidos a brasileños, en los que afirman haber hecho viajes por túneles subterráneos. Un ejemplo típico bastará como muestra de todos ellos, y se incluye aquí por las pertinentes observaciones que hace el doctor al final:

"Otro brasileño vino a ver al autor diciendo que había bajado durante tres días por un túnel iluminado y bien recortado, durante veinte horas cada día, acompañado por dos hombres subterráneos que encontró en la entrada, hasta llegar a un espacio inmenso e iluminado lleno de edificios y a un huerto de frutas en donde vivían hombres, mujeres y niños, así como diversos animales, incluyendo leones y tigres, que estaban tan domesticados como gatos y perros. Los dos sexos vivían separados y todas las mujeres parecían adolescentes, aunque algunas de ellas habían vivido varios siglos. Todas estas gentes eran una copia exacta las unas de las otras, sin variación individual. Las mujeres producían hijos por partenogénesis, y eran todas madres virginales.

"Uno de los niños corrió hacia él sin miedo alguno, y cuando él trató de cogerlo —lo que está prohibido entre esas gentes—, una avalancha de piedras le cayó encima, pero no le dañaron, lo que le hizo

creer que eran en realidad imágenes proyectadas en lugar de piedras auténticas. Escapó al exterior por un túnel de salida. Encontró allí un hombre que le dijo que visitaba a menudo esa ciudad, en donde era bien recibido, y viajaba con un vehículo subterráneo desde ella a otras ciudades. El túnel central iluminado que conducía a esta ciudad estaba conectado por cincuenta o más túneles radiales con otras ciudades subterráneas de diversas partes del Brasil.

"Con respecto a este y otros anteriores informes brasileños, el autor no puede garantizar la autenticidad, pues las personas que los vieron estaban impulsadas en la mayor parte de los casos por motivos monetarios. Sin embargo, en lo principal están de acuerdo entre sí en que: 1) todas estas ciudades subterráneas estaban iluminadas; 2) habitadas por una super-raza; 3) conectadas entre sí por una red de túneles. Donde hay humo hay fuego, aunque estos informes puedan ser ficticios, hay absoluta certeza de que en aquellas cavidades viven personas, pues hay determinados túneles en los que se han oído voces de hombres y que el autor espera investigar."

Espero que la investigación de Harold Wilkins, Lewis Spence, el Dr. Raymond Bernard y otros haya sustanciado la relación entre Brasil y la Atlántida, que no haya dejado dudas sobre el alcance y la importancia de los antiguos túneles que vincularon en otro tiempo al continente perdido con sus "colonias" de América del Sur. Si fueron o no los atlanteanos quienes construyeron los túneles es una cuestión discutible y que incluso parece improbable, pues los pasadizos parecen estar hechos en un período anterior a aquel en que floreció el imperio de la Atlántida. En una parte posterior del libro volveremos, por tanto, a este absorbente misterio.

Entretanto, el Dr. Bernard nos ha abierto un misterioso y nuevo campo de investigación con sus comentarios sobre la "iluminación" de los túneles; pues en un pequeño librito titulado *Agharti*, y publicado en Boston en 1951, encontramos que el autor Robert Ernest Dickhoff, un maestro budista que se llama a sí mismo "Sungma Red Lama", confirma esta afirmación. Dice que los lamas tibetanos le habían enseñado que "estas cavernas están iluminadas por una luminiscencia verde que ayuda a la vida vegetal subterránea y alarga la vida humana".

Quizá sea aún más importante para nuestro estudio de que el Dr. Dickhoff nos diga que los túneles subterráneos

se habían descubierto en Asia y América del Sur se han encontrado ya en América del Norte. Y lo que es más extraordinario aún, que los túneles se relacionan con los de América del Sur y llegan finalmente a Agharti, creando así una gigantesca red subterránea que literalmente relaciona a los Estados Unidos con el resto del mundo.

Escribe el Dr. Dickhoff: "Los lamas tibetanos son de la opinión de que en América viven, en cuevas de enormes proporciones, los supervivientes de una catástrofe que hundió a la Atlántida..., y que estas cavernas están conectadas por túneles con el resto del continente americano y con Asia".

Cuando empezamos a considerar los hechos, encontramos, ciertamente, que en la mayor parte de los Estados Unidos existe una tradición de pasadizos subterráneos tan antigua y fascinante como las que ya hemos descubierto...

10. EL "MUNDO SUBTERRANEO" DE NUEVA YORK

Frank White era un viejo explorador que había pasado muchos años de su vida errando por las regiones más remotas de California. Nieto de uno de los famosos "cuarenta y nueve" que se hicieron ricos en la gran fiebre del oro de 1848 —y dilapidando luego la fortuna en vino, mujeres y malas inversiones—, Frank era un solitario que nunca había sido capaz de abandonar la búsqueda de la esquivada mina de oro que él sabía estaba esperándole en algún lugar de la región.

Pero en la primavera de 1935, Frank hizo por fin un descubrimiento; aunque no se trataba del metal precioso que tanto deseaba. Era un túnel subterráneo que contenía algunos de los artefactos más extraordinarios que hayan visto ojos modernos.

Su descubrimiento se hizo del dominio público cuando llegó a la ciudad de Brawley, no lejos del río Colorado y la frontera mexicana. Había estado errando por las montañas y desiertos de California hasta el Valle de la Muerte por el norte y las montañas Gila por el sur. Durante ese tiempo había dado accidentalmente con una pequeña grieta en las rocas y, al investigar, descubrió que *aquella daba acceso a un pasadizo subterráneo.*

Equipado sólo con una pequeña lámpara de explorador, había caminado media hora, aproximadamente, por el túnel, que *tenía unos 2,40 metros de altura y unas paredes cuidadosamente trabajadas. De pronto observó una extraña luz más adelante.*

"Era verde..., una especie de siniestra luz verde —dijo—. Se hizo más brillante conforme me acercaba, y luego el túnel dio paso a una gran cueva."

En la cueva, Frank White vio una serie de cuerpos momifi-

cados tendidos sobre el suelo o apoyados contra la pared. La luz fluorescente daba a los cuerpos un carácter aún más horripilante, y por sus posiciones distorsionadas Frank tuvo la impresión de que la muerte les había llegado inesperadamente. El viejo explorador se estremeció y observó rápidamente la cámara de la muerte. En una pared había una serie de estatuas que parecían brillar débilmente bajo la luz verde, como si estuvieran hechas de oro. Los rostros parecían extrañamente similares a los de los antiguos dioses incas, que había visto una vez. Frank observó también que los cadáveres estaban vestidos con extrañas prendas que parecían ser de oro. Se dijo a sí mismo que nunca había visto nada semejante. Su único pensamiento era que pudiera haber un tipo de tesoro. "Tenía la sensación de haber entrado en algún lugar muy antiguo —dijo más tarde—. Y esa gente había estado allí sin cambiar desde tiempos muy antiguos. Pero no podía ni siquiera sospechar cuánto."

A pesar de su obsesión por encontrar oro, Frank se sentía demasiado nervioso para permanecer mucho tiempo en aquella sala de luz verde. No pudo ver la fuente de aquella extraña luz. Por otro parte, varios de los cuerpos se agrupaban alrededor de un agujero en la pared más alejada de la cueva, que parecía como una continuación del túnel. Aunque no podía estar seguro, tenía la incómoda sensación de que aquellos cadáveres podían haber sido sus guardianes, así como los guardianes de las estatuas de oro, cuando aún estaban vivos...

Esa es, en esencia, la historia que Frank White contó a unos cuantos escépticos oyentes en Brawley en abril de 1935, aunque tuvo cuidado en no ser demasiado específico con respecto a la localización del túnel. El "descubrimiento" del extraño pasadizo subterráneo recibió un breve tratamiento en algunos periódicos de California —en particular los de localidades cercanas a San Diego— y luego fue olvidado. Posteriormente, otro pequeño grupo de buscadores de oro partió con Frank para tratar de redescubrir la cueva secreta y quizá hacer su fortuna recuperando las estatuas de oro, pero no hay ninguna indicación de que ni siquiera consiguieran encontrar nuevamente el lugar.

¿Es una historia auténtica, o se trata de otro de los coloridos misterios que han salido de la vieja California? Hoy en día sigue siendo un enigma, y probablemente no merecería la pena

volver a contarlo en este libro si no fuera por una serie de hechos importantes. En primer lugar, el conocimiento de que hay realmente un número de túneles subterráneos que recorren el subsuelo de California y los estados que la rodean. Que ha habido historias sobre lugares subterráneos tanto en el siglo XX como desde los días en que las grandes tribus de indios pieles rojas vivían en el continente, antes de la llegada de los hombres blancos desde los océanos. Y en tercer lugar, que la descripción del túnel, las estatuas de oro en la "cámara del tesoro" y la extraña luz verde se corresponde con los hechos que ya hemos reunido sobre el camino subterráneo a Agharti.

En mi opinión, Frank White encontró otra de las entradas a esta gran red de túneles, y si hubiera tenido el valor de seguir adelante y cruzar el lugar de la muerte podría haber descubierto un conocimiento antiguo más precioso que el oro. Me estimula en esta opinión el famoso Harold Wilkins, quien, en sus *Mysteries of Ancient South America*, hace un comentario específico sobre esta zona de California:

"Hay algunos lugares a lo largo del cañón del río Colorado en donde con determinadas luces y con la incidencia de los rayos solares se pueden ver cortes profundos en la faz de las extrañas paredes. Los vagabundos que van a la caza del tesoro hacia el oeste a lo largo del desierto de Gila, y por la despoblada, sedienta y calurosa Arizona, creen que esas grietas en forma de flechas señalan los antiguos escondites de unas razas desconocidas y extremadamente viejas, y podrían ser restos de la raza desconocida cuyos templos enterrados, elevadas pirámides de piedra, siete de ellas dentro de unos 1.600 metros cuadrado, y enormes anillos y habitáculos de granito, con paredes circulares alrededor de árboles venerables y bosques de jeroglíficos, hablan de las ruinas de un Egipto muy antiguo, o la Fenicia de la región silvestre, en la cabeza del Golfo de California, "a un día de marcha desde San Diego", en 1850, cuando fueron descubiertas."

Tampoco tenemos que quedarnos satisfechos con sólo esta observación, pues si examinamos las viejas leyendas e informes de la América prehistórica encontraremos muchas referencias a cuevas y túneles subterráneos que nos ayudaron a reconstruir nuestro propio cuadro.

Una de las más antiguas leyendas norteamericanas nos dice

que la humanidad emergió en realidad a la superficie de la tierra desde un "mundo subterráneo". Como ha escrito Sabine Baring-Gould en su *Cliff Castle and Cave Dwellings* (1911): "Según una leyenda india, los primeros hombres fueron criados como gusanos en el corazón de la tierra, pero impulsados por alguna fibra profunda salieron a la luz del día."

Los indios americanos suelen ser considerados como los primeros habitantes de lo que es ahora los Estados Unidos de América. Según ese gran investigador pionero, llamado Henry R. Schoolcraft, dice en su *Historical and Statistical Information Respecting Indian Tribes of the United States* (1851-57):

"A finales del siglo xv, las tribus del área actual de los Estados Unidos se dividían generalmente en siete grupos principales, o familias genéricas de tribus; bandas o grandes círculos étnicos. Cada una de ellas hablaba una lengua diferente en algún aspecto de las otras. Cada círculo tenía algunas peculiaridades de costumbres o maneras. Estos grupos eran los apaches, achalaques, chicoreas, algonquinos, iroqueses, dacotas y shoshones."

No es sorprendente saber que en cuanto el "Nuevo Mundo" fue descubierto por los marinos europeos, se desarrolló un gran interés por los "hombres rojos" que vivían allí. Se les dio, equivocadamente, el nombre de indios, pues Colón creyó en un principio que había llegado a las Indias. Lo que no es tema de argumentación era el hecho de que parecían en todos los aspectos una raza única que había habitado en un continente místico aislado del resto de la humanidad durante innumerables siglos.

La investigación posterior demostró que los indios americanos eran, con toda probabilidad, una rama de las tribus del continente asiático y habían alcanzado originalmente su "continente místico" cruzando por el estrecho de Bering. Dice el marqués de Nadaillac en su obra clásica, *Pre-Historic America* (1885):

"Está generalmente admitido que las características físicas de los aborígenes americanos tienen afinidades con pueblos pertenecientes a la región septentrional de Asia. La proximidad de Asia y América por el estrecho de Bering presta probabilidad a la hipótesis de la migración. Se ha demostrado que la ruta de América por el estrecho de Bering es factible, y si, como hay razones para suponer, en las épo-

cas glaciales las aguas superficiales cercanas al estrecho estuvieran llenas de hielo, no hay razón para que los esquimales actuales, o pueblos incluso inferiores en la escala, no pudieran haberse abierto camino a lo largo de este puente temporal y subsistir de los animales marinos que probablemente abundaban en la zona."

Tal es la opinión del erudito sobre la población de América. Pero, como decía Baring-Gould en la cita, los indios hablan de haber tenido su origen en un mundo subterráneo, o, alternativamente y quizá de modo aún más sorprendente, en un continente perdido que pudiera argumentarse fuera la Atlántida. Veamos esas leyendas.

De acuerdo con lo que dice Lewis Spence en *Myths of the North American Indians* (1914), las mitologías de los "hombres rojos" son infinitamente más ricas en los mitos de la creación y el diluvio que las de cualquier otra raza del mundo. Dice que los relatos que tratan del origen del hombre son muy frecuentes, y muchos de ellos sorprendentemente similares a los mitos europeos y asiáticos del mismo tipo.

"En algunos de los mitos sobre la creación de varias tribus indias —nos dice—, encontramos a los grandes dioses dando forma al universo, y en otros los encontramos simplemente descubriéndolo. Otros conducen a su pueblo desde las profundidades subterráneas a la superficie de la tierra." En este contexto, Mr. Spence cita entonces el relato que hace F. H. Cushing de una leyenda de los indios Zuni, y que aparece en su *Outlines of Zuni Creation Myths* (1896):

"Entonces, en lo más recóndito de las cuatro cuevas del mundo las semillas de los hombres y criaturas tomaron forma y crecieron; al igual que con los huevos en lugares cálidos, los gusanos rápidamente se forman y aparecen, y creciendo rompen pronto sus cáscaras y emergen, como puede suceder con los pájaros, renacuajos o serpientes; así el hombre y todas las criaturas se multiplicaron de muchas formas. Así se llenarían las cuevas inferiores con cosas vivas, llenas de criaturas sin terminar, que se arrastraban como reptiles una sobre otra en la negra oscuridad, afinadas y reptando unas sobre otras, escupiéndose entre ellas y haciendo otras indecencias, de tal modo que los mummulos y lamentaciones eran altos; y entre la creciente confusión muchos trataron de escapar, se hicieron más sabios y más humanos. Entonces,

P-Shai-and-K'ia, el más antiguo y más sabio de los hombres, surgiendo desde lo más bajo del mar, fue entre los hombres y las cosas vivas, y apiadándose de ellos, obtuvo la salida de ese primer mundo cueva a través de un sendero tan estrecho y oscuro que los que veían algo, apiñándose detrás, no pudieron seguirle, pues con tanta ansia se arrebujaban unos contra otros. Sólo entonces, P-Shai-and-K'ia pasó de una cueva a otra hasta este mundo, entonces en forma de isla, que estaba entre las aguas del mundo, y era vasto, húmedo e irrespetable. Buscó y encontró al padre sol y le pidió que librara a los hombres y a las criaturas del mundo más bajo."

En la colección de mitos de la creación, Mr. Spence relata la leyenda más específica de los indios mandan (una tribu de rama lingüística sioux que vivían en la región de Missouri), quienes creían haber salido originalmente de un mundo subterráneo. Merece la pena citarlo también completo, pues demuestra que lo que se nos dice era una "creencia extendida" entre los primeros habitantes de América del Norte, y porque es, evidentemente, la fuente de la cita de Baring-Gould:

"Las tribus mandan de los sioux poseen un tipo de mito de creación que es común a varios pueblos americanos. Suponen que su nación vivía en una aldea subterránea cercana a un gran lago. Con dificultades, por entre las raíces de una gran parra penetraron desde la tierra hasta la superficie y, subiendo por ella, varios pudieron ver el mundo superior, que encontraron era rico y abundante en animales y alimentos vegetales. Aquellos que habían visto el mundo recién descubierto arriba volvieron a su hogar llevando brillantes relatos de su riqueza y agrado, con lo que los otros resolvieron cambiar su terrible habitáculo subterráneo por los placeres exteriores de la esfera soleada. Toda la población salió y comenzó a escalar por las raíces de la parra, pero cuando sólo había ascendido la mitad de la tribu la planta se rompió por el peso de una mujer corpulenta. Los mandan imaginaron que después de morir volverán al mundo subterráneo en el que habitaron originalmente, y que los dignos alcanzarán el pueblo por medio del lago, y los malos tendrán que abandonar por culpa del peso de sus pecados."

Sin necesidad de esforzar la imaginación, podría argumentarse que este mito fantástico no hace otra cosa que subrayar la creencia en un mundo subterráneo. Los sioux habitaban en lo que son ahora los estados de Dakota del Norte y del Sur. Y como

veremos más adelante, hay una larga tradición de pasadizos subterráneos en esa región.

La historia, una versión de la cual es relatada en el libro de Spence *Myths of the North American Indians*, habla de un jefe de una de las tribus sioux que perdió a su hijo en un pasadizo subterráneo. El muchacho había estado cazando un búfalo con otros bravos y había acorralado a un animal, que se metió entonces en una cueva. Sin pensarlo dos veces, el muchacho fue tras él.

La cueva recibía un supersticioso respeto de la tribu, y los otros bravos tuvieron miedo de seguir al hijo del jefe. Al cabo de algún tiempo, al no reaparecer éste, volvieron al campamento y contaron allí lo sucedido. Encolerizado, el jefe regresó con los bravos para descubrir por qué su hijo no había regresado.

Al principio ninguno de los bravos quería entrar en la cueva, pero cuando el jefe ofreció la mano de su hija en matrimonio a cualquiera que entrara en el pasadizo para saber lo que había sido de su hijo, un joven se adelantó. Dijo que iría, y sin decir nada más entró en el oscuro pasadizo, que tenía una aguda pendiente. Con el corazón sobresaltado, el bravo caminó un tiempo hasta que tropezó con algo que había en el suelo. En la oscuridad, sólo pudo darse cuenta de que era el hijo del jefe, y de que estaba evidentemente muerto.

Algo estrastecido, el indio cargó el cuerpo muerto a la espalda y lo llevó hasta la entrada del túnel. Entonces llamó al jefe y a los otros bravos y dijo que había encontrado el hijo perdido. Sin embargo, no esperó a que llegaran, sino que regresó por el mismo camino. Algo del túnel le había fascinado y decidió explorarlo más.

Tras recorrer cierta distancia, el bravo se encontró de repente en una caverna brillantemente iluminada, donde un hombre de piel blanca y una mujer de cabellos dorados estaban sentados en el suelo. Era evidente que se hallaban muy tristes.

Con precaución, el bravo se aproximó a la pareja, quienes no levantaron la cabeza hasta que estuvo casi junto a ellos. En cuanto lo vieron, ambos empezaron a llorar. Cuando el bravo quiso saber que les pasaba, el hombre y la mujer dijeron que su único hijo acababa de morir.

Se produjo una breve conversación en la que el bravo explicó el motivo de que estuviera en el túnel. La pareja escuchó con tranquilidad y luego dijo que eran los habitantes de este mundo

subterráneo, y que aunque sabían todo sobre el pueblo que vivía en la superficie, él era la única persona de arriba que habían encontrado realmente.

El indio hizo todo lo que pudo por alegrar a la pareja y finalmente, les hizo sonreír con historias de su vida en el campamento sioux. Después preguntó si le ayudarían a volver a la superficie, pues el túnel había dado tantas vueltas y giros que no sabía dónde estaba.

La pareja aceptó hacerlo, y como gesto de gratitud dio dos regalos al indio: un caballo blanco y un talismán hecho de hierro que decían tenía el poder de satisfacer todos sus deseos; incluso podía fundir las rocas y facilitar así su regreso a la superficie.

Poco después, sigue diciendo la leyenda, el bravo apareció de nuevo arriba y contó la aventura. El jefe, fiel a su palabra, permitió al joven casarse con su hija y también le hizo jefe a su vez.

Bien pronto, su fama y la historia de su viaje en el submundo se extendió por toda la nación sioux, y su reputación quedó asegurada cuando utilizó su trozo mágico de hierro para encantar a los búfalos y matar así más que cualquier otro. Se dispuso a vivir el resto de su vida en América. Pero no iba a ser así, tal como cuenta Lewis Spence al concluir esta versión de la leyenda:

“Ocurrió entonces que el otro hijo del jefe sintió envidia de su cuñado. Pensó que su padre debería haberle dado a él la jefatura y que los honores concedidos por el pueblo a su joven pariente le resultaban muy mortificantes. Por tanto, decidió matar al joven y destruir su hermoso caballo blanco.

“Con ocasión de otra gran cacería de búfalos tuvo oportunidad de llevar a cabo su perverso plan. Hondeando la ropa, espantó los búfalos y los hizo acercarse adonde estaba el joven bravo, con la idea de que lo mataran. Pero cuando la manada se esparció y se alejó, no había rastro del bravo ni de su corcel blanco. Habían regresado al mundo subterráneo.”

Hay otras leyendas similares a ésta sobre indios que entraron en el mundo subterráneo, pero no tiene sentido repetirlas aquí. En lugar de ello preferiría centrarme en lo que estos mitos nos dicen sobre la raza de hombres que habitan bajo la superficie de la tierra.

De acuerdo con Lewis Spence, su dominio es conocido como

la “Tierra del Pueblo Sobrenatural”. Han habitado en sus túneles y cuevas desde tiempo inmemorial y se dice que son “una raza espiritual varios grados superior a la humanidad”. Estas gentes comen, beben, cazan y se divierten del mismo modo que los que están en la superficie del mundo, y en modo alguno son invulnerables o inmortales. Sin embargo, la principal diferencia con respecto a los indios es que eran de piel blanca y cabellos rubios.

La raza más famosa de los indios, los apaches, quienes se opusieron tan fieramente a la intrusión de los colonos en sus territorios de Arizona y norte de México, tiene una poderosa tradición sobre una raza de piel blanca que habita en los túneles bajo sus reservas. Esto pone de relieve los modernos informes que tenemos sobre túneles en la zona de Phoenix, Arizona, de los que hablaremos con mayor detalle más adelante.

Los apaches llamaban a estas gentes los *Numunghake*, y decían que originalmente procedían de otra gran isla antes de asentarse en los túneles subterráneos. ¿Se trataba de la Atlántida y de los atlanteanos, los que, como ya hemos leído, colonizaron una gran parte de América del Sur? Harold Wilkins piensa que lo eran, como afirma en otro de sus libros, *Secret Cities of Old South America* (1950).

“Los indios apaches dicen que sus antepasados remotos procedían de una gran isla de fuego en el océano oriental, donde había un gran puerto con una entrada arquitectónica en que las naves tenían que ser guiadas por pilotos. Se levantó el dragón de fuego e hizo a sus antepasados huir de esa isla, que no puede ser otra que la vieja Atlántida de Platón, mencionada por el último y antiguo historiador púnico, Procleo. Finalmente, los apaches llegaron a las montañas de Tiahuanacu, donde se vieron obligados a buscar refugios en inmensos y antiguos túneles a través de los cuales erraron durante años llevando semillas y plantas de frutas.”

Wilkins dice que la tribu mandan —una rama de la familia sioux antes mencionada— afirma que los primeros hombres que salieron de esos viejos túneles americanos fueron los histopa o tatuados. Percieron en el diluvio, pues habían salido demasiado pronto para ver cómo estaban las cosas; el resto permaneció bajo tierra. Y añade: “Hay antiguas tradiciones norteamericanas que afirman que esos misteriosos túneles fueron construidos o taladra-

dos por una antigua raza de hombres blancos, que habían muerto hacía mucho tiempo y habían causado un antiguo cataclismo.

Tal evidencia de los atlanteanos en América del Norte es fascinante, aunque no concluyente. Como ha escrito el marqués de Nadaillac en su estudio, *Pre-Historic America*:

“Encontramos mitos similares en diversas tribus indias; la leyenda de un diluvio y de un salvador y benefactor de la raza humana se extiende hasta las tribus de Alaska, y es en realidad mundial entre todo tipo de hombres de una forma u otra. La extensión de las ideas cristianas desde la conquista no basta para explicar estos mitos... Que América estuvo poblada en diferentes épocas por diferentes razas es muy probable, por las diferencias físicas que pueden observarse entre los restos de los hombres prehistóricos y por la tez y los rasgos que han pasado a sus descendientes históricos.”

Lo que sugiere que en realidad la evidencia es que una raza de hombres blancos estaba en América antes que los indios y que después fue responsable de la destrucción de muchos artefactos, en particular del gran sistema de túneles de América del Norte y del Sur.

Nadaillac, el erudito francés, apoya esta argumentación con la evidencia de los indios diciendo cómo:

“Se dice que los shawnees han afirmado que los antiguos habitantes de Florida eran blancos, y que cuando llegaron al país encontraron allí edificaciones y costumbres, con una civilización muy diferente a la suya. Los tuscaroras, se dice, poseen una cronología legendaria que se retrotrae hasta 3.000 años; de acuerdo con ellos, sus padres eran originarios del extremo norte, de zonas que estaban más allá de los grandes lagos, y vinieron por túneles para establecerse sobre el San Lorenzo.”

Aún más enfáticas son las palabras de W. S. Blacket en su *Lost Histories of America* (1883), cuando dice:

“Es parte de la teoría deducible de esta obra que América, en tiempos antiguos, había sido residencia de una gran raza de hombres, frecuentemente mencionada en la literatura europea como los oceánidas; es decir, que vivían en el océano. Los habitantes de esta tierra no

estaban aislados ni solos, sino que sostenían frecuentemente relación con el resto del mundo.”

En mi opinión, esta “relación con el resto del mundo” —Europa, Africa y Asia— se lograba mediante un sistema de túneles que atravesaba todo el continente americano y luego se vinculaba por medio de la Atlántida en un extremo y por el Estrecho de Bering en el otro. Más adelante resultará clara la evidencia concluyente de esto.

Así pues, éstos son los hechos de la antigua tradición de túneles subterráneos en América del Norte. ¿Qué evidencias modernas hay que apoyen su existencia hoy en día? Mis investigaciones han revelado que hay poderosas evidencias en cada una de las cuatro localidades mencionadas en las anteriores leyendas indias: California, la región de Dakota, el área del Estrecho de Bering y, quizá lo más importante de todo, Arizona, donde está teniendo lugar actualmente una investigación.

Empecemos, sin embargo, con California, pues es la tierra de “los sorprendentes hallazgos antediluvianos”, de acuerdo con Harold Wilkins, quien cita varios casos que incluyen “el cráneo de un hombre que parece ser de la edad terciaria que se encontró a unos 390 metros de profundidad en una mina, recubierto de lava, una imagen de un hombre de un tipo muy arcaico con letras desconocidas esculpidas en los lados, una misteriosa calzada a cinco metros y medio de profundidad bajo un desierto, y tabletas de granito en un pasadizo con signos de minería antediluviana”. Tales son los signos de los túneles y habitantes subterráneos que se retrotraen por lo menos a la era de la Atlántida.

También ha contado una notable historia Tom Wilson, un viejo guía indio que fue famoso en toda la California del Sur hasta su muerte en 1968. Tom fue miembro de la tribu cahroc, cuyas leyendas hablan de un hombre llamado Chareya, una figura venerable que tenía largos cabellos blancos y llevaba una túnica ajustada. Aparecía entre los cahroc de tiempo en tiempo y desaparecía cuando había completado su misión por un profundo pasadizo que, según Tom Wilson, llevaba a “no se sabe dónde”.

Aunque la mayor parte de los miembros de la tribu cahroc creían que sólo los fantasmas de los muertos vivían en el submundo, Tom estaba convencido de que había allí una raza real de

hombres y mujeres bajo la superficie de California. Su creencia estaba fundamentada en una experiencia extraordinaria que había tenido su abuelo a principios de siglo. El anciano indio había descubierto un túnel de varios kilómetros que finalmente daba acceso a una caverna donde habitaba una comunidad de hombres de piel blanca. Según cuenta el viejo guía:

“Mi abuelo me dijo que esas gentes le dieron la bienvenida, y aunque no podía entender su lenguaje vivió con ellos durante algún tiempo. Esas gentes vestían ropas que parecían cuero, pero que mi abuelo me dijo no lo eran. Su caverna estaba iluminada por una luz clara amarillo verdosa cuya fuente era desconocida.”

Finalmente, el indio volvió al mundo superficial, donde su historia fue recibida con el lógico escepticismo. Cuando el joven Tom Wilson oyó la historia de su abuelo, se sintió impresionado por la sinceridad del viejo y pasó gran parte del resto de su vida buscando una entrada del extraño mundo subterráneo. Estuvo convencido de su realidad hasta el día de su muerte, creyendo que el punto de entrada se hallaba en alguna zona de las regiones donde el desierto de Mojave se encuentra en la cadena de Sierra Nevada.

Si nos dirigimos hacia la costa oeste de América, hasta el estado de Oregón, encontramos la historia de otro lugar subterráneo habitado al que según se dice se puede llegar por varios pasadizos secretos. Varios expertos, entre ellos Eric Norman, el autor de *This Hollow Earth* (1972), creen que esta historia está relacionada con las leyendas de los indios sioux y mandan, que hablan de túneles misteriosos en la zona de Dakota que llevan a un túnel subterráneo. Esta teoría no es fácil de demostrar, pero creo que confirma la probabilidad de que existan túneles en esta zona de los Estados Unidos, los cuales forman parte de una red mayor que se extiende por el norte hasta Canadá, por el sur hasta México y más allá de América del Sur.

Recientemente se habló de la “antigua metrópoli subterránea” de Oregón en un artículo fascinante, “About Caves and Other Secret Hiding Places in the World”, de George Wagner Jr., publicado en el número de enero de 1967 de *Search*. Al discutir los diversos informes que había recogido sobre el misterioso lugar, Mr. Wagner menciona algunos detalles específicos “que me

comunicó por escrito recientemente uno de mis corresponsales, Mr. Azerland”:

“Afirmaba que a unos 120 kilómetros al noroeste de Portland, Oregón, entre Portland y Seattle, la tierra se abre, y abajo, en donde en una ocasión la tierra fue inundada, se hallan los restos de una espléndida ciudad. Dice que la ciudad tiene de 12 a 16 kilómetros y que se llega a ella por una serie de túneles que irradian desde su centro en varias direcciones.”

El artículo de Mr. Wagner da la impresión de que cree que la ciudad subterránea es de origen atlanteano —al citar la referencia a la inundación— y quizá similar a otras habitaciones subterráneas de las que se ha hablado en América del Sur y Asia. Ello reforzaría el argumento de que forma parte de la red mundial.

Siguiendo aún más al norte, hasta Alaska y la región del Estrecho de Bering, encontramos más pruebas de túneles subterráneos entre las gentes que allí viven, en particular la raza étnica de los indios. En su fascinante libro *Arctic Adventure — My life in the Frozen North* (1935), el intrépido aventurero Peter Freuchen hace varias referencias a historias que oyó entre los indios sobre los *equidleet*, o gente de tierra adentro, quienes viven bajo la superficie. En el corazón de Alaska, no lejos de la ciudad de Tanana, vio varias grietas en las montañas, donde, según le dijo su guía Asayuk, habían desaparecido hombres durante años para ir a unirse a los *equidleet*. Freuchen escribe:

“Las grietas eran profundas y anchas, pero Asayuk encontró un modo de entrar y salir de ellas, parecía conocer instintivamente dónde estaban, y nos llevó con seguridad a la tierra que buscábamos. Asayuk me habló de los hombres desesperados que habían huido de su hogar y entrado en las montañas para alejarse de sus compatriotas. Se habían convertido en fantasmas o habían sido apresados por los *equidleet*.”

Los esquimales que habitan en el extremo norte del continente tienen también un número de leyendas concernientes a una raza de personas que viven bajo la corteza terrestre. Esas gentes subterráneas poseen un sistema de túneles a través del cual pueden viajar hasta el mundo superficial. Según William F. Warren, en su libro *Paradise Found, or The Cradle of the Human Race*

(1911), los esquimales creen que sus antepasados pueden haber venido de este mundo subterráneo, que está iluminado por una luz perpetua. Sabían casi con seguridad el lugar donde se encontraban los pasadizos, aunque ahora probablemente habrán sido olvidados.

Aunque estos informes sean fascinantes, la evidencia y conclusiones más importantes proceden del sur de los Estados Unidos, en Arizona para ser más exactos, donde un fervoroso investigador llamado Charles A. Marcoux ha pasado el último cuarto del siglo investigando las leyendas de un mundo subterráneo. Para formalizar su obra, Marcoux ha creado el Subsurface Research Center, en Phoenix, Arizona, habiendo elegido esa localidad particular porque está convencido de que existe una entrada a los túneles subterráneos en una cadena de montañas del lugar, curiosamente llamada Montes Supersticiosos.

Marcoux ha realizado un intenso estudio de todos los relatos de pasadizos subterráneos del mundo, y está convencido de que "existe una red de túneles que van de Canadá a América del Sur, especialmente bajo Brasil, los cuales se hallan conectados por otros túneles con el resto del mundo". Sin embargo, la red de túneles que le interesa particularmente es "la que se abre en diversos puntos de América Central y del Sur, con una entrada en los Montes Supersticiosos de Arizona".

De acuerdo con el Dr. Raymond Bernard, quien conoce bien al tímido Marcoux: "Ha estado buscando durante veinte años esa entrada, y aunque aún no la ha encontrado afirma haber tomado contacto con las gentes subterráneas. Prosigue su búsqueda, pues cree que al hallar esa entrada se hallará la última esperanza de supervivencia de la humanidad."

En otra parte de este libro examinaremos la afirmación de Marcoux de haber entrado en contacto con las gentes subterráneas, y diremos aquí unas palabras sobre sus planes en caso de encontrar la entrada en los Montes Supersticiosos. Cree que la atmósfera está siendo rápidamente contaminada por la radiactividad:

"Sé que la humanidad no puede sobrevivir sobre la superficie de la tierra y que finalmente tendrá que meterse bajo ella. Algunos creen que los platillos volantes les alejarán de la tierra cuando llegue el momento, pero mis pruebas sobre este asunto me demuestran que esto no

es posible. De acuerdo con Heffling, en la última ocasión en que la tierra se enfrentó al mismo problema que hoy nos acosa, los dioses de la Atlántida socavaron la Madre Tierra y establecieron reinos subsuperficiales o subterráneos, y sus restos aún se pueden encontrar allí, junto con sus descendientes. Lo mismo tendrá que hacer la presente humanidad con el fin de sobrevivir.

"Mi propósito es comenzar una colonia y reunir a un grupo que abandone el mundo exterior y comience una nueva vida, que no será fácil, pero sí mejor de la que llevarán aquellos que queden atrás. Con este fin deseo entrar en el mundo subterráneo, donde los que allí viven me dirigirán con respecto a lo que debo hacer."

Como ya dije, volveremos más adelante a lo que dice Marcoux sobre la gente subterránea y su estilo de vida. Pero antes de abandonar América del Norte tenemos que examinar una información más extraordinaria: se refiere a la afirmación de que un túnel subterráneo, vinculado con la red de Agharti, existe actualmente bajo la ciudad de Nueva York.

La información la proporciona Robert Ernst Dickhoff en su libro *Agharta* (1951), al examinar las diversas localidades de América, Europa y Asia, en la que hay informes sobre túneles subterráneos.* "Incluso Nueva York", escribe, "puede hablar de túneles que se extienden varias millas bajo Central Park, de los que la mayor parte de los neoyorkinos son inconscientes, salvo que se admite que estos túneles fueron cavados por medios desconocidos y son muy antiguos".

Esa es, en su totalidad, la afirmación de Dickhoff. Aunque bajo Nueva York hay túneles innumerables a través de los cuales viajan los metros, y otros en desuso, no he podido encontrar evidencias que apoyen la afirmación de que en algún modo estén conectados con la leyenda de Agharti. Como verá el lector, cuando en una parte posterior del libro llegue a mi tesis actual sobre la auténtica localización de la red de Agharti, ésta se halla bastante alejada de Nueva York.

* Otro autor americano sobre el tema de los habitantes subterráneos, el Dr. M. Do-real, cree que existen también pasadizos a un mundo subterráneo bajo el Monte Shasta, en California; en Sulphur Spring, Oklahoma, y bajo la famosa Mammoth Cave, en Kentucky. Por desgracia, no cita detalles específicos con respecto adonde pueda estar la entrada, aunque hay una persistente creencia de que entre los 226 pasadizos que parten de las Mammoth Caves —y que se dice se extienden durante 256 kilómetros— pueda haber uno que finalmente contacte con un camino al mundo subterráneo.

Creo, sin embargo, que existe una explicación a las sugerencias de un pasadizo subterráneo bajo Nueva York, y que dicha explicación está basada en una extraordinaria serie de historias, presentadas ostensiblemente como basadas en la verdad, pero que en su mayor parte son ficción, serie que ha sido conocida con el nombre de "The Shaver Hoax".

Desde 1945 comenzaron a aparecer en una revista barata americana, llamada *Amazing Stories*, una serie de relatos que adelantaban la teoría de que en el alba de los tiempos la tierra fue el hogar de varias razas que incluían a los titanes y a los atlantes. El autor de la serie, Richar S. Shaver (1907-1975), afirmaba que su información estaba basada en un lenguaje secreto, el *mantong*, que descubrió en unas rocas cubiertas de inscripciones que habían sido dejadas por los atlantes y titanes antes de abandonar este planeta.

Según la historia, los atlantes y los titanes eran inmortales, como los dioses que crearon poderosas civilizaciones; pero cuando el sol comenzó a emitir una radiación nociva construyeron túneles y cavernas para escapar de los rayos. Sin embargo, éstos no les proporcionaban la suficiente protección, y los inmortales se vieron obligados a abandonar la Tierra, hace unos 12.000 años, dejando detrás los restos de sus túneles. Los exiliados se dividieron en dos grupos: Los *teros*, una especie pacífica y muy inteligente, y los *deros*, criaturas pequeñas y malignas inclinadas hacia el mal. Dice Shaver que fueron estos *deros* los responsables de todos los males del mundo, las guerras, desastres y accidentes que han asolado la humanidad en todos los tiempos. También sugiere el autor que todas las antiguas ruinas del mundo, sin olvidar los túneles y cavernas, que parecían estar más allá de las capacidades creativas de los pueblos de los períodos en que fueron construidos, eran en realidad la obra de los atlantes.

La aparición de la obra produjo gran sensación. Aumentó considerablemente la circulación de la revista e hizo que se recibieran más de 2.500 cartas de lectores, cuyas reacciones iban desde la creencia apasionada en las teorías de Shaver hasta el rechazo por lo ridículo. Algunos autores afirmaron, incluso, haber tenido encuentros reales con los *deros* y *teros*. Durante los años siguientes prosiguió la controversia sobre la serie, y durante todo ese tiempo Shaver mantuvo que los hechos eran correctos, mientras

que los científicos y los geógrafos denunciaban su carencia de sentido. Actualmente, en general la extraordinaria saga es considerada como un puro y simple fraude, y por los lectores de ciencia ficción como un engaño que hizo mucho daño al género embrión de la ciencia ficción, que estaba tratando entonces de ser tomado en serio como una forma literaria. En toda su vida, Shaver no se retractó de una sola palabra de lo que había dicho, y se ha llegado a aceptar que pudo creer sinceramente en lo que escribió. Desde un punto de vista objetivo, sólo se puede decir que hay unos fragmentos de verdad verosímil entre una gran cantidad de fantasía imaginativa.

Como correspondía a una serie que apareció en una revista de ciencia ficción, la mayor parte de las historias de la saga de Shaver tienen lugar en el espacio y describen las actividades de los atlantes y los titanes, quienes se mueven ahora de un lugar a otro en los platillos volantes que ocasionalmente visitan la Tierra; para vigilar un poco nuestro planeta, desde luego. Pero en uno de los relatos más importantes de la serie, "The masked world" (*Amazing stories*, mayo 1946), se presenta "una increíble revelación del mundo de horror escondido bajo el moderno Nueva York: las cavernas de los *deros*. En el curso de su relato épico de 50.000 palabras, aparece la siguiente declaración de Shaver:

"Bajo el moderno basalto que sostiene nuestra moderna superficie estadounidense —a gran profundidad bajo la solidez de la oscura roca por la que no puede penetrar el agua— hay una ciudad. No es tan conocida como la moderna Nueva York de la superficie, pero tiene sus amigos, sus enemigos y sus barrios bajos: sus señores y plutócratas. Forma parte de un antiguo y olvidado submundo, no totalmente desconocido del hombre de la superficie, aunque no es reconocido como una verdad terrible, un factor nocivo de su vida. Ontal es una parte de la civilización que hay bajo nuestro pies y que es llamada "el mundo enmascarado" por aquellos que lo conocen.

"El submundo es un intrincado laberinto de muchos niveles de cavernas titánicas desde las que se puede llegar a cualquier lugar de nuestro mundo superficial. Pero bajo Nueva York, los antiguos pasadizos, que son en realidad parte de un viejo y enorme planeta-ciudad que fue la Tierra antes de tener un sol, convergen en una ciudad mucho mayor que cualquier otra del Oriente... El mundo subterráneo es tan inmenso que poco de él contiene vida, y no es mucho más lo que ha

sido completamente explorado. Todo él es obra de razas antiguas que abandonaron la superficie terrestre hace miles de años."

Shaver habla también misteriosamente de una "puerta de entrada" existente en Nueva York, a través de la cual "los favorecidos" pueden entrar al "mundo enmascarado"; pero no da la mínima indicación de dónde pueda estar. Cuando los lectores de *Amazing* le pidieron que demostrara su afirmación "llevando a un grupo a las cuevas", éste les respondió: "Ese es mi deseo, pero ¿qué entrada se abrirá a un lugar seguro donde las cosas no estén esperándonos para tragarnos? Como es natural, no puedo llevar a nadie a un lugar donde podría convertirse en esclavo."

Opino que en las públicas y controvertidas historias de Richard S. Shaver podemos encontrar los orígenes de los rumores sobre túneles misteriosos bajo Nueva York. Creo también que es indudable que encontró su inspiración en los libros de Bulwer Lytton, Madame Blavatsky, Ferdinand Ossendowski, Nicholas Roerich y otros mencionados en este libro. Shaver no guardó en secreto el hecho de que era un lector voraz, y libros de misterios como los de los reinos subterráneos y pasadizos secretos llenaban los anaqueles de su biblioteca. En realidad, sólo estaba siguiendo los honorables pasos de escritores como Robert Paltock, autor de *The Life and Adventures of Peter Wilkins* (1751), Ludvig Baron von Holberd, autor de *Niels Klim's Journey Underground* (1741), y Julio Verne, creador del clásico *Viaje al centro de la Tierra* (1864), así como toda una serie de escritores menos conocidos del siglo XX, como Edgar Rice Burroughs con su novela sobre el pueblo que vive en el interior del globo, como *At the Earth's Core* (1923) y su continuación *Pellucidar* (1924). Lo que en última instancia disminuyó su obra fue la interminable afirmación de Shaver de que cuanto había escrito era cierto.

Quizá uno de los elementos de las historias de Shaver de más difícil aceptación en los lectores fue el poder de los *deros* para perpetrar todo el mal que había acaecido sobre la superficie terrestre; pues para lograr esto decía que tenían a su disposición terribles poderes, que ciertamente se pondrían fuera de control en sus manos destructivas y acabarían terminando con el mundo. Fue una pena que Shaver no se resistiese a elucubrar sobre el miedo a lo nuclear, entonces en desarrollo, pues de haber examinado

más atentamente las obras de Blavatsky, Ossendowski, Roerich, y en particular la historia de Bulwer Lytton *The Coming Race*, de la que evidentemente extrajo varias de las facetas de la suya, habría encontrado una fuente de mucha más credibilidad, y en casi todos los aspectos igual de poderosa: la fuerza conocida con el nombre de *Poder Vril*.

Hasta este punto de mi estudio sólo hemos considerado el *Poder Vril* en términos generales; pero ha llegado el momento de examinar más específicamente sus misterios...

11. EL MISTERIO DEL PODER VRIL

Es indudable que el factor más curioso asociado con la leyenda de Agharti es la extraña fuerza conocida como poder *vril*. Desde que este misterioso elemento fue descrito por primera vez en la novela de Bulwer Lytton, *The Coming Race*, y la posibilidad de su existencia citada en informes posteriores sobre el reino subterráneo secreto, ha crecido la confusión con respecto a lo que pueda ser; y más particularmente sobre si existe realmente o fue sólo una invención de aquel ingenioso novelista victoriano.

Quizá resultara conveniente que antes de estudiar los hechos que poseemos sobre el poder *vril* recordáramos algunas de las cosas que nos dijo Bulwer Lytton sobre sus capacidades. Es mencionado por primera vez después de que el narrador llega al mundo subterráneo y conoce algunos de sus habitantes, conocidos como los *vril-ya*; ellos no le dejan ninguna duda respecto a la importancia del poder *vril* en sus vidas.

Dice nuestro narrador:

“No hay ninguna palabra en lenguaje alguno que yo conozca que sea un sinónimo exacto de *vril*. Le podría llamar electricidad, salvo porque comprende en sus múltiples ramas otras fuerzas de la naturaleza a las que, en nuestra nomenclatura científica, se les asignan diferentes nombres, como magnetismo, galvanismo, etc. Estas gentes consideran que en el *vril* han llegado a la unidad de las agencias energéticas naturales, que han sido conjeturadas por muchos filósofos de la superficie, y a las que Faraday da el nombre más precabido de correlación:

“He sostenido desde hace tiempo la opinión —dice el ilustre experimentador—, que casi llega a una convicción, creo que en común

con muchos otros amantes del reino natural, de que las diversas formas bajo las que las fuerzas de la materia se manifiestan tienen un origen en común; o dicho de otro modo, están tan directamente relacionadas y son tan mutuamente dependientes que son convertibles, por así decirlo, la una en la otra, y poseen equivalentes de poder en su acción."

"Estos filósofos subterráneos afirman que, mediante el funcionamiento del *vril*, al que quizá Faraday llamaría magnetismo atmosférico, pueden influir en las variaciones de temperatura; dicho en palabras llanas, en el clima; que mediante otros funcionamientos, semejantes a los adscritos al mesmerismo, electrobiología, fuerza ódica, etc., pero aplicadas científicamente mediante los conductores del *vril*, pueden influir en las mentes y cuerpos de los animales y vegetales, en un grado no sobrepasado en los relatos místicos. A todas esas fuerzas ellos les dan el nombre común de *vril*."

Por medio de su narrador, Bulwer Lytton explica entonces más específicamente los poderes del *vril*. Dice que puede ser utilizado para ampliar la conciencia de la mente, y permitir la transferencia de pensamiento de una persona a otra por medio del trance o visión. Dice que por intermedio del *vril*, "mientras había sido colocado en el estado de trance me hicieron aprender los rudimentos del lenguaje *vril-ya*". (En este contexto no debe olvidarse, desde luego, que Bulwer Lytton estaba fascinado por el mesmerismo y había desarrollado poderes telequinésicos.)

Luego, al describir el surgimiento de la civilización *vril-ya*, describe cómo lo lograron utilizando todos los poderes latentes de este "líquido que en todo penetra". Dice que puede "elevarse y disciplinarse hasta convertirse en el mayor poder sobre todas las formas de la materia, ya sea ésta animada o inanimada. Puede destruir con la velocidad del rayo; pero aplicado de modo diferente es capaz de recuperar o vigorizar la vida, curar y conservar". El narrador explica que el pueblo subterráneo depende de él para curar la enfermedad, o más bien, tal como él lo dice, "para permitir a la organización física que restablezca el debido equilibrio de sus poderes naturales, y por tanto se cure."

Al joven Bulwer Lytton le dicen que la fuerza puede utilizarse para cortar la roca sólida así como dirigirse como poder destructivo contra los enemigos. Le enseñan una vara *vril* y aprende que el fuego alojado en el hueco de la vara dirigido por la mano de un niño podría echar abajo la fortaleza más poderosa o

abrirse un camino ardiente desde la vanguardia a la retaguardia de un ejército enemigo. (Puede o no atribuirse en última instancia esa fuerza al poder *vril*, ¿no es una descripción notablemente profética del moderno láser, casi un siglo antes de que se desarrollara plenamente?)

Otros usos de la fuerza son el poder motor para los robots, la propusieron de vehículos de tierra e ingenios volantes, y para suministrar la luz que ilumina el mundo subterráneo y nutre a todas las formas vitales allí existentes, según dice el narrador. En su totalidad, el *vril* es visto como una enorme reserva de poder universal, algunas partes del cual se pueden concentrar en el cuerpo humano.

¿Es sorprendente, entonces, que el mundo se haya preguntado desde entonces qué hay de verdad en ese sorprendente poder *vril*?

Estoy convencido de que algunos de esos atributos son invenciones del fértil cerebro de Bulwer Lytton. Pero según la mayor parte de los comentaristas, parece haber una verdad subyacente, una sensación de que existe una fuerza como la que él describe, y que podría no estar necesariamente limitada a las regiones más remotas de la Tierra.

Creo haber establecido antes en este libro, en el capítulo dedicado a Bulwer Lytton y *The Coming Race*, que el autor era un hombre de profundo conocimiento místico que puso esa información secreta en su obra. Sin embargo, reveló muy poco de sus fuentes y fue muy enigmático cuando le presionaron para que explicara qué era el poder *vril*. En una carta a un amigo íntimo que le escribió poco después de la publicación del libro, en su único comentario conocido sobre el tema, decía: "No tomo *vril* por mesmerismo, que para mí es una mera rama de ese gran líquido que penetra en toda la naturaleza."

Esta explicación me intriga, aunque es abstrusa, como si fuera precisa. Bulwer Lytton se lamentaba ya de haber revelado demasiado. La hermandad de los rosacruces, a la que él pertenecía, tenía a gran orgullo sus votos de secreto, y me parece probable que el autor de *The Coming Race*, en tensas circunstancias en aquel momento y con una urgente necesidad de dinero, empleara una información que tenía fácilmente a mano con el fin de completar su historia rápidamente y darle también la autenticidad

que marcaba toda su obra. Aunque no vuelve a discutir el libro más adelante, nos dejó la convicción de que oculta algunas verdades básicas; convicción que, como he demostrado, obtuvo el mayor apoyo en los años en que Hitler estuvo en el poder.

En un interesante artículo titulado "UFO's and the Mystery of Agharti", que confirma mi creencia sobre Bulwer Lytton, Nadine Smyth ha escrito:

"Algunos miembros muy bien situados del Tercer Reich creían en Agharti y en el poder *vril*, y su interés es el que ha dado a este tema una connotación siniestra en gran parte inmerecida. Es indudable que el ocultismo jugó un gran papel en el movimiento nazi; pero Hitler y sus seguidores más cercanos lo pervirtieron para que sirviera a sus propios fines, y puede que en última instancia se volviera contra ellos y los destruyera."

Sin embargo, los nazis no fueron los primeros en creer en el poder *vril* o en tratar de aprender sus secretos. Esa credibilidad pertenece a Madame Blavatsky, la emigrada rusa y teósofa, que, sin duda alguna, leyó *The Coming Race* y se vio muy influida por él, pues lo menciona en su primer libro, *Isis Unveiled*, publicado seis años después en 1877. En una sección que trata de la "fuerza que mueve los átomos", en la que expone una de sus obsesiones persistentes según la cual "todo esfuerzo de la voluntad produce una fuerza", escribe:

"Existe una fuerza con cuyos poderes secretos estaban muy familiarizados los antiguos teúrgos, pero que es negada por los escépticos de hoy. Los niños antediluvianos —quienes quizá jugaran con ella, utilizándola como los niños de *The Coming Race* de Bulwer Lytton utilizan el trémosto *vril*— la llamaban el 'Agua de Phtha'; sus descendientes le dieron el nombre de *Anima Mundi*, el alma del universo; y después los herméticos medievales le dieron el nombre de 'luz sideral', o la leche de la Virgen Celestial, el 'Magnes' y otros muchos términos. Pero los hombres ilustrados modernos no aceptarán ni reconocerán esa fuerza con esas apelaciones, pues pertenece a lo mágico; y la magia, en su concepción, es una lamentable superstición."

Habiendo afirmado su convicción, Madame Blavatsky sigue ampliando su información:

"Ha habido una infinita confusión de nombres para expresar la misma cosa. El caos de los antiguos; el fuego sagrado de Zoroastro, o el *Antuabyrum* del Perseo; el fuego de Elmes de los antiguos alemanes; el rayo de Cibeles; la antorcha ardiente de Apolo; la llama sobre el altar de Pan; el fuego inextinguible en el templo de la Acrópolis y en el de Vesta; la llama del casco de Plutón; las chispas brillantes de los sombreros de Dioscuro, en la cabeza de la Gorgona, el casco de Palas, y la vara de Mercurio; el Phtha egipcio, o Ra; el *Zeus Cataibates* griego (el descendiente); las lenguas de fuego pentecostales; el matorral ardiente de Moisés; la columna de fuego del Exodo, y 'la lámpara ardiente' de Abraham; el fuego eterno del 'pozo sin fondo', los vapores oraculares delficos; la luz sideral de los Rosacruces; el *Akasa* de los adeptos indúes; la luz astral de Eliphaz Levi; el nervio-aura y el líquido de los magnetizadores; el *od* de Reichenbach; el globo de fuego o *gato-meteoro*, de Babinet; el *Psychod* y la fuerza ecténica de Thury; el magnetismo atmosférico de algunos naturalistas; el galvanismo, y, finalmente, la electricidad, no son sino diversos nombres para diferentes manifestaciones, o efectos de la misma causa misteriosa que todo lo invade: el *Archeus* griego. Sir E. Bulwer Lytton, en su *The Coming Race*, lo describe como el *vril*, utilizado por las poblaciones subterráneas, y deja que su lector lo tome por una ficción. 'Estas gentes —dice— consideran que en el *vril* ha llegado a la unidad de los poderes energéticos naturales'; y procede a demostrar que Faraday los llamó 'bajo el nombre más precavido de correlación'."

Deteniéndose brevemente para dar la cita de Faraday que he repetido al principio de este capítulo, la autora especula que Bulwer Lytton "acuñó sus curiosos nombres contrayendo palabras del lenguaje clásico. *Gy* vendría de *gune*; *vril* procedería de *virile*". Luego sigue diciendo:

"Por absurda y poco científica que pueda parecer nuestra comparación de un *vril* ficticio inventado por el gran novelista y la fuerza primordial del experimentador igualmente grande, con la luz astral cabalística, es sin embargo la auténtica definición de esta fuerza. Constantemente se están haciendo descubrimientos que corroboran la afirmación tan audazmente planteada.

Su convicción sobre la existencia del poder *vril* apareció de nuevo en su segundo libro, *La doctrina secreta* (1888). Allí escribió sobre los otros poderes de la destrucción en un capítulo titulado "La fuerza que viene":

"Hay una terrible fuerza sideral que conocían los atlantes con el nombre de *Mash-Mak*, y los rishis arios en su *Ashtar Vidya* con un nombre que no nos gusta dar. Es el *vril* del 'Coming Race' de Bulwer Lytton, y de las próximas razas de nuestra humanidad. El nombre *vril* puede ser una ficción; pero de la propia fuerza se duda tan poco en la India como la existencia misma de sus rishis, pues es mencionada en todas las obras secretas.

"Esta fuerza vibratoria, que cuando apunta a un ejército desde un *Agni Rath* fijado sobre un vaso volante, desde un globo, de acuerdo con las intrucciones encontradas en el *Ashtar Vidya*, reduce a cenizas a 100.000 hombres y elefantes con la misma facilidad que mataría a una rata. Es alegorizado en el *Vishny Purana*, en el *Ramayana* y en otras obras, en la fábula sobre el sabio Kapilla, cuya mirada convirtió en un montón de cenizas a los 60.000 hijos del rey Sagara, y que es explicada en las obras esotéricas, donde se refieren a ella como la *Kapilaksha*: 'Ojo de Kapila'.

"¿Y es esta fuerza satánica la que nuestra generación se permitirá añadir a su serie de juguetes anarquistas, conocidos como melenitas, relojes con dinamita, naranjas explosivas, 'cestas de flores', y otros nombres inocentes? ¿Es éste el poder destructivo, que una vez en las manos de algunos modernos Atilas, como algún anarquista sediento de sangre, reduciría Europa en unos días a su primitivo estado caótico sin que quedara ningún hombre vivo para contarlo? ¿Esta fuerza va a convertirse en la propiedad común de todos los hombres?"

Como suele suceder en gran parte de la obra de Madame Blavatsky, todo es alusión y sugerencia. Da detalles exactos, pero cita fuentes suficientes en este caso para que lo consideremos razonablemente factual, aunque demasiado sensacionalista en ocasiones. Sin embargo, no puede negarse lo proféticas que son estas palabras finales de la doctrina secreta. Pues ¿qué epíteto más adecuado podría haber que el de "un Atila moderno" para el hombre que poco después comenzaría a buscar ansiosamente los secretos del poder *vril*, Adolf Hitler?

Ya hemos contado todos los detalles de la fascinación de Hitler por lo oculto y el misticismo, y su creencia personal en un mundo subterráneo habitado por una raza de "superhombres". Este tema es tratado ya con detalles fascinantes en la obra de J. H. Brennan *Occult Reich* (1974), en la que habla de la "logia luminosa de la ciudad *vril*" alemana y del modo en que interesaron al Fuhrer en sus creencias sobre el poder *vril*.

Brennan nos dice que Hitler fue instruido en tres importantes secretos ocultos, todos los cuales hicieron más profunda su creencia en esa fuerza misteriosa:

"1. El control de una energía sutil, como el *vril* de Lytton o el 'magnetismo animal de Mesmer'. Una vez controla conscientemente, esta fuerza se puede utilizar como una ayuda de iluminación mística, como un agente curativo o como un medio de dominar a los otros, dependiendo del temperamento del iniciado.

"2. El control de los acontecimientos y la creación de situaciones deseables en el plano físico. Esto se hace entrenando los poderes de concentración del iniciado hasta que es capaz de centrarlos a su voluntad como un láser. El poder de voluntad preternaturalmente mejorado se dirige entonces mediante una vívida visualización, usualmente de la situación que el mago desea producir. La fuerza impulsora que hay tras este funcionamiento es la elevación de la emoción. También en este caso el tipo de acontecimientos y situaciones creados dependerá del temperamento del iniciado.

"3. El establecimiento de líneas de comunicación con lo sobrehumano, y en ocasiones con entidades ajenas con el fin de operar en niveles distintos al físico —al que ahora se suelen referir los ocultistas como los 'planos interiores'—. Pero el neófito descubre pronto que las técnicas creadas para ponerle en contacto, por así decirlo, con los cielos se pueden utilizar igualmente para entrar en contacto con las regiones infernales."

"Con la evidencia ante nosotros", dice Mr. Brennan:

"Resulta cada vez más probable que Hitler aprendió los tres secretos, y que se concentró en los aspectos negativos de cada uno. Hemos visto que su control de la energía sutil fue de un orden muy elevado y que sobrevivió incluso a la pérdida de su salud hacia el final de su vida. Evidentemente, son más difíciles de obtener las pruebas sobre su experiencia en el segundo aspecto del entrenamiento oculto, más auténticamente 'mágico'. Pero es cierto que pensaba como un mago; sus instintos y reacciones eran los de un hombre que había pasado por esas disciplinas. Su fe en el poder de la voluntad es bien conocido. Una y otra vez expresó la creencia de que todos los individuos y todas las situaciones se someterían a una voluntad superior. No es necesario señalar que se trata de una creencia mágica; pero muchos historiadores han pasado por alto estos hechos.

"No hay duda alguna de que Hitler dominó la tercera ciencia

oculta. Sus líneas de comunicación con los planos exteriores estaban bien establecidas; aunque los psicólogos están en absoluta libertad para concluir que las entidades que alcanzó eran personificaciones de las fuerzas de su inconsciente profundo."

Como apoyo a esta tercera afirmación, Brennan cita correctamente la evidencia que ya hemos discutido, de Hermann Rauschning, el *Gauleiter* de Danzig, quien oyó de los propios labios de Hitler sus experiencias con los "superhombres".

Algunos han sugerido que Hitler no sólo conocía el poder *vril*, sino que sabía realmente cómo utilizarlo. Se ha dicho que su capacidad para hipnotizar a grandes masas de gente, para manipular a aquellos que estaban en su presencia, y de "nutrirse mentalmente" de los miembros de su personal como una especie de "vampiro psíquico", es la prueba de que sabía utilizar esta fuerza. Aunque es cierto que poseía esas cualidades, el que derivaran de la utilización del poder *vril* es una teoría que personalmente no puedo aceptar. Es más probable que esas capacidades se originaran por el terrible aura de poder incontrolado y de miedo que le rodeaba.

Francis King ha explicado quizá mejor este fenómeno en su libro *Satan and the Swastika* (1976):

"En términos psicológicos, Hitler fue uno de esos raros individuos que han desarrollado la capacidad de llenarse con la energía extraída de los otros, de expandir la fuerza emocional convirtiéndola en una experiencia física —una aparición pública en su caso— y terminar, sin embargo, con una mayor carga emocional que la que poseían al principio de la experiencia.

"Tal expresión psicológica de los efectos de una audiencia con Hitler es más una descripción de ese aspecto particular de su carácter que una explicación de él. En realidad, ninguna teoría psicológica es capaz de proporcionar actualmente dicha explicación, y hasta que ésta exista al menos deberemos considerar la interpretación que dan algunos ocultistas a la energización por el público que llevaba a cabo Hitler."

Resulta evidente que el Führer, al igual que otros muchos antes que él, se vio frustrado en su deseo de desvelar los secretos sobre el poder *vril*, aunque recientemente he podido examinar

ejemplares de algunos extraños documentos que pertenecieron en otros tiempos a los iniciados de la Sociedad Vril alemana. Según estos documentos, los miembros habían profundizado en el misterio. Los documentos afirman que una vez que una persona ha aprendido a controlar el poder *vril* tendrán la capacidad de adquirir todos los otros poderes. Y este "control" puede hacerse, aparentemente, de dos modos.

El primero de ellos es descrito como "el método científico". Este exige que la persona que busque el poder *vril* aísle químicamente las partículas de protón A1 contenidas en el plomo. Luego, dicen las instrucciones, deben ser "capturadas en el magnetismo protónico de Saturno o en la lava que haya salido de un volcán en actividad." A continuación, bajo el efecto de las radiaciones obtenidas con este proceso, "las glándulas sexuales masculinas activan todos los *Korlos*, y confirman al ego en su centro físico de gravedad". El poder *vril* se halla entonces al alcance del adepto, según dicen los documentos.

El segundo método, descrito como "método místico", es igualmente peculiar y sorprendente. Aparentemente, deriva de un "ritual mágico superior" ejecutado ante un *mandala* (o símbolo) que representa a Shamballah como centro mundial de Agharti. El adepto debe bañarse en una luz de color violeta hecha por una amatista con "las vibraciones sonoras de la letra K repetidas ininterrumpidamente". Los documentos indican que el poder se puede obtener más fácilmente si está presente el signo de Saturno así como el *Ankh*, la cruz ansada egipcia —una cruz en forma de T con un lazo sobre la barra horizontal— simbolizando a la vida. Durante el ritual el iniciado "efectuará una regresión simbólica de la vida", antes de encontrarse a sí mismo en posesión de los poderes milagrosos del *vril*, según termina diciendo el documento.

Si estos "métodos" le pueden sonar al lector como un galimatías asociado con la brujería medieval, el autor comparte su opinión. Sin embargo, como no soy un místico practicante —ni puedo afirmar un profundo conocimiento de los secretos del misticismo—, no me precipitaré en denunciar los documentos o los "secretos" que describen como un completo absurdo. Más bien pienso que contienen elementos de verdad presentados de un modo disfrazado para producir interés en el lector causal al tiempo que retienen el sacrosanto secreto original, por si los documentos

llegaran a ser conocidos alguna vez. Es una estratagema muy típica que se encuentra en documentos místicos y de ocultismo, supuestamente secretos similares, que de algún modo han llegado a conocimiento público.

Mi creencia se apoya además en el hecho de que la explicación de lo que es el poder *vril*, y cómo puede obtenerse, es más fácil de encontrar y menos elaborada de conseguir, al menos sin todas las capacidades que Bulwer Lytton y otros autores más imaginativos han sugerido que posee.

Mis investigaciones han demostrado que el *vril* es realmente un antiguo nombre indio para los tremendos recursos de la energía que pueden utilizarse tras haber dominado el cuerpo etérico (u organización del tiempo) y del control de las fuerzas de la vida en el cuerpo humano. En esencia, es el control de lo que Bulwer Lytton llamó "el único gran líquido que invade toda la naturaleza", y al que los místicos indúes llaman Kundalini. Si explico lo más concisamente que pueda la definición y complejidades del Kundalini pienso que el lector verá enseguida que el *vril* es simplemente conseguir desarrollar al máximo nivel esta fuerza de poder interior personal. También entenderá el motivo de que Bulwer Lytton lo describiera como el mejor atributo de su raza subterránea superior y de que haya sido tan buscado después por la humanidad.

Como sabrá quien haya hecho el menor estudio del misticismo indio y en particular de sus filosofías tántricas, tratar de definir cualquier elemento resulta extremadamente difícil, por la exigencia de un gran estudio y concentración bajo la enseñanza de un gurú para poder alcanzar el estado de mente o cuerpo en cuestión. Tal es en gran medida el caso del Kundalini, que de modo muy simple puede ser descrito como una fuente potencial de gran poder que está dormido en el hombre, y es representado por una pequeña serpiente enroscada, que puede utilizarse para hacer un gran bien, pero ser extremadamente peligrosa si se despierta sin los debidos cuidados y atenciones. Posiblemente, la mejor definición que pueda encontrarse es la que dan Ajit Mookerjee y Madhu Khanna en *The Tantric Way* (1977), donde escriben:

"El Kundalini es la forma microcósmica de energía universal; o dicho más simplemente, el gran almacén de energía estática y psíquica

potencial que existe en forma latente en todo ser. Es la manifestación más poderosa de fuerza creativa que hay en el cuerpo humano. El concepto de Kundalini no es peculiar de los tantras, sino que constituye la base de todas las prácticas del yoga, y toda auténtica experiencia espiritual se considera como un ascenso de este poder. El Kundalini es descrito como 'enrollado', 'inactivo' o 'sueño de trance', situado en la base de la espina, técnicamente llamado el Chakra Muladhara o centro raíz, bloqueando la abertura del pasadizo que conduce a la conciencia cósmica del centro cerebral. En la mayor parte de los casos, el Kundalini yace dormido durante toda la vida, y un individuo puede ser inconsciente de su existencia."

De acuerdo con Mookerjee y Khanna, el más cercano paralelo a este concepto, en términos modernos, es lo que los científicos conductistas denominan el vacío "entre nuestro ser potencial y nuestro ser real". Los descubrimientos de estos científicos han demostrado que el individuo medio utiliza sólo el 10 por 100 de su capacidad, mientras que la mayor parte de sus potencialidades, talentos y habilidades permanecen sin realizar. Sin embargo, los autores dicen que Kundalini no debe confundirse simplemente con las capacidades creativas de una persona, sino que debe ser concebido como una "fuerza que tiene la potencia de despertar un innegable poder psíquico inherente a todos nosotros". Añaden entonces:

"No bastará ninguna descripción tangible del Kundalini en términos psicológicos o simbólicos, pues es una vibración ultrasutil de altísimo potencial que elude el "bisturí del cirujano". Pero aunque su naturaleza sea esquivia, su eficacia sólo se puede fundamentar experimentándola a ella y al efecto que su despertar produce en el cuerpo humano."

Muchas autoridades occidentales en la materia han tratado de describir la consecución del poder, pero pocas mejor que Sir John Woodroffe en sus varias obras sobre los tantras, incluyendo *Shakti and Shakta* (1920), que dedica toda una sección al tema, y de la que he extraído mi amplio esbozo, con los debidos reconocimientos. Sir John empieza por explicar que los hindúes creen que el hombre es un microcosmos: "Todo lo que existe en el universo exterior existe también en él". Sigue diciendo:

"El cuerpo se puede dividir en dos partes principales: el tronco y la cabeza, por una parte, y las piernas por la otra. El centro del cuerpo está entre esas dos partes en la base de la columna vertebral, donde comienzan las piernas. Apoyando el tronco, y en todo el cuerpo, se halla la médula espinal. Es el eje del cuerpo, así como el monte Meru es el eje de la Tierra. De ahí que la médula del hombre reciba el nombre de Merudanda, el Meru o eje."

En relación con esta médula espinal hay una serie de ganglios invisibles parecidos a venas que irradian a todas las partes del cuerpo. Estas vetas se acercan a determinados puntos, conocidos como *Chakras* o "ruedas", que conectan también con el cuerpo físico. Explicados de modo simple, se cree que estos *Chakras* son los centros de la energía superfísica, dice Sir John, y se puede pensar en ellos como "unas dinamos psíquicas". Aunque estas "ruedas" no tienen una existencia tangible, se dice que son siete y están situadas del modo siguiente: una cerca de la base de la columna; una cerca de los órganos sexuales; otra en la región del plexo solar; la siguiente junto al corazón; la quinta en la garganta; la sexta en la frente, sobre el puente de la nariz, y la última en la corona de la cabeza.

Todos los *Chakras* están dispuestos a lo largo de un eje que podemos imaginar que va desde la base de la columna a la parte superior de la cabeza. Este eje recibe el nombre de "Vara de Brahmá". (¿Puede ser éste el origen de la "Vara Vril" de Bulwer-Lytton?) En la base de la columna está el Kundalini, la pequeña serpiente enroscada tal como la describen los tantras, que cuando se hace manifiesta libera grandes poderes. Lo que sucede en las circunstancias equivocadas ha sido descrito gráficamente por Benjamin Walker en su obra *Hindu World* (1968):

"En el cuerpo astral de la persona media el Kundalini se halla dormido, y su cabeza obtura el canal central, el *sushumna* de la 'Vara de Brahmá'; la 'puerta de la ascensión'; el hombre no se siente perturbado por su presencia y es inconsciente de su existencia. Esto es todo, en caso de que la situación sea buena. En el hombre ordinario es importante que la serpiente permanezca dormida, pues cuando despierta tiene un tremendo poder. Si es perturbada por accidente o recurriendo a técnicas ignorantemente aplicadas para despertarla, dicha fuerza puede resultar muy peligrosa. Entonces el Kundalini eleva s

cabeza y empieza a moverse de una manera desorganizada, recorriendo sin limitaciones los *Chakras* inferiores y produciendo una excitación anormal de las pasiones e instintos más bajos."

Sin embargo, cuando el despertar del Kundalini se consigue mediante la disciplina y práctica necesaria, de acuerdo con Mookerjee y Khanna se produce una transformación y reorientación del poder supremo del cuerpo humano:

"Al activar su ascensión trasciende nuestras limitaciones. Cuando Kundalini duerme el hombre es consciente tan sólo de sus circunstancias terrestres inmediatas. Cuando despierta a un plano espiritual superior, el individuo no está limitado a su propia percepción, sino que participa de la fuente de la luz. Por tanto, en su ascenso, Kundalini absorbe dentro de sí mismo toda la energía cinética con que están cargados los diferentes centros psíquicos. Al despertar la fuerza dormida de Kundalini, de otro modo absorbida en el inconsciente y en las funciones puramente corporales, y dirigirla a los centros superiores, la energía así liberada es transformada y sublimada hasta que se consigue su perfecto desplegamiento y realización consciente."

Explicado en sus términos más simples, este desplegamiento abre las grandes zonas dormidas del cerebro —pues es un hecho neurológico que sólo utilizamos un porcentaje de la capacidad total de nuestro cerebro—, y con él se logran poderes sobrenaturales, que los hindúes llaman *Siddhis*. Se dice que hay ocho grandes *Siddhis*, y en mi opinión se hallan estrechamente relacionados con los "poderes" o "fuerzas" adjudicadas al poder *vril*. Mookerjee y Khanna hacen la siguiente lista: dominio de los elementos; poder de abandonar y reentrar en el cuerpo a voluntad; audición supranormal; falta de peso; el poder de ver las cosas de tamaño más diminuto, así como de agrandar las concepciones para que uno pueda entender las funciones del sistema solar y el universo; el control de la mente sobre la materia; y, quizá, lo más significativo de todo, el poder de generar grandes fuerzas motoras.

En un libro como éste no me propongo siquiera intentar describir las complejas técnicas necesarias para despertar esta "serpiente enrollada", sino simplemente indicar que requiere gran aprendizaje, superconcentración, control corporal —que incluye, especialmente, la respiración y el enfocamiento ocular— y una estricta disciplina. Pues como ha escrito Benjamin Walker:

"Quienes deseen mejorar su conocimiento del Kundalini mediante la experiencia práctica, o quienes deseen alcanzar los poderes que el Kundalini despierto engendra, habrán de someterse a un largo período de preparación, pues la capacidad de controlar la fuerza liberada exige muchos años de arduo entrenamiento."

A quien lea estas páginas y sienta ese deseo sólo puedo recomendarle los textos sobre las doctrinas tántrica y yoga como punto de partida.

¿No es razonable, sin embargo, suponer que los atributos que he mencionado pertenecieran naturalmente a los iniciados de un orden superior, o a los miembros de una super-raza muy adelantada en su civilización? Si tal raza existe bajo la superficie de nuestro mundo, ¿no está dentro de lo probable que hubieran conseguido hace mucho tiempo ese estado del ser, al no haberse visto distraídos por los problemas de guerras numerosas, sistemas políticos conflictivos e inquietud social que han perturbado a las naciones de la superficie del mundo durante siglos?

Como conclusión, pues, creo que en la práctica del Kundalini no puede estar la clave del poder *vril*. Guarda, ciertamente, sorprendentes similitudes con lo que conocemos de la extraña fuerza que Bulwer Lytton mencionó de modo tan espectacular. Si es tanto que iniciado ocultó y disfrazó alguno de sus atributos, ello es comprensible y creo que no debe restar validez a mis suposiciones. Dejo, por tanto, al lector que llegue a sus propias conclusiones, pues es el momento de tratar de nuevo y de solucionar los restantes misterios sobre el mundo mucho más tangible de Agharti y sus túneles subterráneos. De nuevo descubriremos algunos hechos notables que nos conducirán a conclusiones aún más sorprendentes...

12. ¡EL DESCUBRIMIENTO DE SHANGRI-LA!

Estamos ahora cerca del fin de nuestro viaje en busca del mundo perdido de Agharti. Espero que en las páginas anteriores haya destacado a satisfacción las antiguas tradiciones plenamente relacionadas con el reino subterráneo, además de haber contado los acontecimientos modernos de su historia y presentado al mismo tiempo un abundante material sobre la existencia de pasadizos subterráneos que se cree están vinculados con ella. Una gran parte de lo que he escrito está basada en hechos que considero irrefutables, mientras que el resto es ante todo el resultado de una especulación experta y cuidadosamente argumentada. Creo que tanto la realidad de Agharti como la de la red de túneles es convincente. Pero aún quedan sin respuesta una serie importante de preguntas.

En primer lugar, si los túneles existen y, como dicen las leyendas, unen los mayores continentes del mundo, ¿cómo pueden vincular el continente americano y los de Africa, Europa y Asia a lo largo de la enorme inmensidad del Océano Atlántico? En segundo lugar, ¿podemos señalar la localización real del mundo subterráneo, la mágica ciudad de Shangri-la conocida como Shamballah? En tercer lugar, ¿hay alguna evidencia en nuestra ciencia moderna de que sea factible que tal mundo subterráneo haya sido construido en una edad del pasado y permita la existencia de personas en condiciones tan diferentes a las que vivimos en la superficie?

En las siguientes páginas trataré de ofrecerle las respuestas a todas estas preguntas

Para empezar, me gustaría tratar de desvelar el misterio de la

red de túneles. Como verá el lector en el mapa de las páginas 8 y 9 de este libro, en mis investigaciones he llegado a la conclusión de que estos pasadizos existieron y que las principales arterias seguían la ruta que he señalado. (Mencionaré también la posibilidad de la existencia de algunas desviaciones para conectar con otros países en el punto apropiado.) El lector se dará cuenta inmediatamente de que creo que en primer lugar los pasadizos proporcionaron una comunicación entre América del Norte y Asia bajo la estrecha franja de más de 80 kilómetros de anchura conocida con el nombre de Estrecho de Bering. Creo que es una información perfectamente factible y que está apoyada por las tradiciones de los esquimales que allí viven. A este respecto ha escrito Robert Ernest Dickhoff:

“Nadie debe subestimar la importancia, el valor, la existencia de estos túneles, especialmente de los que siguen abiertos para la utilización de quienes conocen su paradero... Por ello los esquimales viajaron desde Asia a Alaska y Canadá. Afirmaron no haber utilizado un método superficial de inmigración tal como desearían los historiadores, y los esquimales insisten en que los pasadizos subterráneos que conectan Asia y el continente americano por debajo del Estrecho de Bering fueron utilizados en las olas de migración.”

Sin embargo, aunque esto pueda ser una explicación perfectamente aceptable por lo que concierne al Estrecho de Bering, el extremo sur es un asunto completamente distinto, pues aquí la distancia entre América del Sur y la masa de tierra más cercana es de 3.200 kilómetros. Sin embargo, creo que la red de túneles vinculó en otro tiempo a dos poderosos continentes por medio del continente perdido de la Atlántida.

Estoy convencido que de hecho estos túneles no tenían que recorrer bajo el mar una distancia superior a la existente bajo el Estrecho de Bering, cubriendo sólo unas cuantas docenas de kilómetros antes de alcanzar la masa de tierra de la Atlántida, desde donde continuaba en condiciones semejantes a las existentes en otras partes del mundo. Desde luego, ésta es la parte de mi hipótesis más difícil de demostrar, pues evidentemente la destrucción de la Atlántida provocó la desaparición de esta parte del sistema. Pero sin decir nada más, permítaseme contar cómo llegué a esta conclusión, sin duda sorprendente.

La primera sugerencia sobre la que basar mi teoría la obtuve bastante por azar hace años, al leer el libro de historia antigua *Oera Linda Boek*. Escrito durante un período de casi 500 años, pero sobre todo por un frisio llamado Opira Linda en el año 803 de nuestra era, el libro es un compendio de hechos y registros históricos recogidos en toda Europa y reunidos por tradición oral y manuscritos antiguos. En una de las últimas secciones, escrita con toda evidencia por un descendiente del primer autor, un hombre llamado Hiddo Oera Linda, se pide al lector que “guarde estos libros en su cuerpo y su alma”. Y mientras ojeaba las páginas, algo captó mi atención y me hizo leer con creciente interés:

“En estos libros están las historias de todo nuestro pueblo y de nuestros antepasados. El último año los salvé de la inundación... Pero se humedecieron y empezaron a perecer. Para que no desaparecieran los copié sobre un papel extraño. Cuando lo heredes debes copiarlos también, y tus hijos deberán hacerlo del mismo modo. De tal forma, nunca se perderán.”

Por fascinantes que fueran estas palabras, fue en realidad el postescrito lo que excitó mi interés: “Escrito en Ljuwert en el año 3499 después del hundimiento de Atland (Atlántida), ó 1256 de la era cristiana.” Habiendo estado mucho tiempo intrigado por la leyenda de la Atlántida, seguí pasando las páginas y leyendo cómo el pueblo frisio había sido explotado, y también acerca de su contacto con el resto de Europa.

Un poco después encontré otra referencia a la Atlántida, pero en esta ocasión era aún más excitante. El autor de *Oera Linda Boek* decía aquí que Atland (o Atlántida) fue destruida cuando “la tierra tembló”, los cielos se oscurecieron y hubo grandes explosiones y reverberaciones de truenos”. Ante esto, el rey de la Atlántida “condujo a los miembros de su pueblo que no habían sido destruidos por *tremendos y muy antiguos túneles* hasta la tierra de Votan” [la cursiva es mía].

En la edición de *Oera Linda Boek* que estaba leyendo (una traducción de William R. Sandbach en 1876) había una nota a pie de página que explicaba que la “tierra de Votan” era en realidad América Central. Por tanto, había ahí una primera mención de un vínculo entre la Atlántida y América del Sur —hecho que creo refuerza mi anterior capítulo sobre el tema—; pero era más

importante la clara indicación de que los dos continentes habían estado conectados por "tremendos y antiquísimos túneles". Este descubrimiento nunca estuvo muy alejado de mi mente cuando procedí a investigar la leyenda de Agharti.

La segunda evidencia que encontré apareció en un notable volumen de Harold Bayley *Archaic England* (1919), que salió a la luz cuando yo estaba trabajando ya en este libro. Aunque aún no había empezado a formular mi teoría, en uno de sus párrafos había algo que hizo que me detuviera. Decía así:

"Es ahora bien conocido que había comunicación entre el Este y el Oeste mucho antes de que América fuera descubierta por Colón, y por tanto no hay nada improbable en la tradición chiapense de que su Votan, tras arreglar algunos asuntos en el Oeste, visitó España y Roma. La leyenda refiere que Votan 'fue por el camino que habían abierto sus hermanos los culebres'."

Era una afirmación ciertamente notable. Con toda claridad, el camino que los culebres habían "abierto" sólo podía ser una referencia a un túnel, y cualquier túnel que permitiera a una persona de América del Sur visitar España y Roma debe atravesar evidentemente el Océano Atlántico. En mi mente relampagueó la referencia de *Oera Linda Boek*, que hablaba de que la Atlántida estaba conectada por túneles con la tierra de Votan. ¿Había encontrado la respuesta a un antiguo misterio? ¿Era ése el motivo de que existieran extrañas similitudes en las culturas de pueblos que vivían en lados opuestos del Atlántico?

En su libro, Harold Bayley seguía explicando que aunque era difícil establecer quiénes eran los culebres de esta tradición mexicana, ello no debería disminuir la probabilidad de que los túneles hubieran sido construido en otro tiempo por pueblos que vivieran temporal o permanentemente en Africa. Dice así:

"La alusión a un camino que habían abierto los culebres podía haber sido considerada una ficción de no ser por el curioso hecho mencionado por Livingstone de que algunas tribus vivían bajo tierra en Rua: 'Se dice que algunas excavaciones tienen 48 kilómetros de longitud y que por ellas corren riachuelos; los habitantes de toda una zona podían resistir un asedio en ellas el tiempo que necesitaran'."

Bayley también nos cuenta que está totalmente convencido de la existencia de la Atlántida:

"Me inclino a opinar que la historia de Platón estaba bien fundamentada, y que las identidades encontradas entre Perú y México, Gran Bretaña, la Península Ibérica y el Norte de Africa se deben a que estos países, como las islas del Mediterráneo, están situados al alcance de la influencia atlanteana."

Un tercer libro en el que encontré nueva información de mi creencia, ya intensa, en el sistema de túneles atlanteanos fue el de Harol Wilkins, *Mysteries of Ancient South America* (1946), ya citado. Dice lo siguiente:

"Una curiosa tradición de la vieja Asia es que los antiguos atlantes tenían una red de túneles y pasadizos laberínticos que corrían en todas direcciones, en los tiempos en que la tierra puente entre la tierra desaparecida y Africa, por una parte, y el antiguo Brasil, por otra, aún existía. En la Atlántida, los túneles eran utilizados para cultos nigrómanes y de magia negra."

No he podido averiguar en qué se basó Wilkins para hacer su deducción final, pero me parece indudable la existencia del sistema intercontinental de túneles.

Aunque no es mi intención entrar en detalles sobre los diversos signos y artefactos similares encontrados en los lados opuestos del Atlántico y que señalan a una fuente común de inspiración —Las obras de Ignatius Donnelly, el coronel A. Braghine y H. S. Bellamy ya han cubierto este tema en profundidad—, me gustaría hacer algunos comentarios sobre el continente de la Atlántida para apoyar mi creencia de que proporcionaba una tierra puente, práctica entre América y Africa. Desde luego, los autores antiguos han situado a esta isla en partes muy diferentes del Atlántico, pero creo que Platón, la primera gran autoridad, es más digno de confianza. Escribía así en *Critias*:

"En aquel tiempo era posible cruzar el mar. Había una isla más allá de la isla que, según me dicen, llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era mayor que Libia y Asia juntas, y los viajeros de aquellos días podían pasar desde allí hasta otras islas, y por tanto al otro lado del mar, hasta un continente."

Evidentemente, las Columnas de Hércules son el Estrecho de Gibraltar, y el tamaño que da a la Atlántida —“más grande que Libia y Asia”— ocuparía una gran parte del océano entre las costas de Africa y América del Sur. El continente que hay “al otro lado del mar” es sin duda alguna América: así estaba formada la tierra puente.

Mi teoría del contacto con América y Africa es compartida por ese formidable escritor sobre misterios antiguos, el Dr. Lewis Spence, quien ha escrito varios volúmenes sobre el continente perdido, como *The Problem of Atlantis* (1924), *The History of Atlantis* (1926) y *Will Europe Follow Atlantis?* (1942). Uno de sus otros libros sobre el tema, *Atlantis in America* (1925) se refiere particularmente a la relación sobre el continente perdido y las Américas, y él nos dice:

“Sostengo que la existencia a ambos lados del Atlántico de una civilización con determinadas características culturales similares demuestra que Africa y Europa, por una parte, y América, por otra, debieron recibirlas de una fuente común: la Atlántida. Los principales componentes de este complejo cultural son una tradición de cataclismo, momificación, brujería y unas ciertas formas artísticas y costumbres concretas.”

Spence cita la evidencia de otro experto para apoyar esta teoría:

“También existe igual abundancia de evidencias biológicas respecto a una conexión terrestre entre el suelo europeo y americano. Los animales carnívoros europeos de la era terciaria muestran una notable afinidad con los de América. Las sesenta y cuatro especies de *Amphisbaenidae*, o serpiente lagarto, se limitan a América, Africa y la zona mediterránea. Kobelt demuestra de modo concluyente que los cascarones encontrados en los dos lados opuestos del Atlántico significan que una antigua conexión había subsistido entre el viejo y el nuevo mundo, y que se rompió sólo durante la época del mioceno, en el período terciario. Ciertas hormigas se encuentran tanto en las Azores como en América. El 60 por 100 de las mariposas y polillas encontradas en las Canarias son de origen Mediterráneo, y el 20 por 100 de las mismas se encuentran en América. Algunos crustáceos ofrecen la mejor prueba de una antigua conexión entre Europa y América:”

Sobre las similitudes que se pueden encontrar en las características humanas, dijo Robert Ernst Dickhoff:

“Consideremos la enorme distancia entre la antigua Babilonia hasta México y empezaremos a preguntarnos cómo era posible que dos pueblos tan separados que vivían en continentes separados tuvieran creencias semejantes y representaran esas creencias cuando hacían pinturas esculpidas en la piedra, que hablaban de dioses de aspecto físico humanoide, mitad hombre, mitad pájaro, o mitad hombre y el resto una serpiente. El hecho de que el espiritual pueblo mexicano entendiera el valor de los símbolos queda bien expresado en su emblema nacional, que muestra a un águila sosteniendo a una serpiente en el pico y que en una de sus garras la serpiente queda indefensa. Babilonia y México, el dios Ashur de cabeza de águila, sosteniendo al dios serpiente Quetzalcoatl en su pico y volviéndolo indefenso, en una tierra llamada México [*sic*]... La solución lógica a este enigma parece señalar al uso de túneles para explicar la inusual manifestación de un acontecimiento simbólico que bordea los poderes espirituales extraños, llamado fenómeno.” [*sic*.]

Tras haber establecido, espero, esta tierra puente en el Atlántico, examinemos ahora la propia isla del Atlántico, con la que estaban conectados los pasadizos. No creo que necesite decir mucho sobre la historia de la Atlántida, pues la historia de la destrucción de esta civilización en otro tiempo poderosa y avanzada por un holocausto hacia el año 9600 a. de C. es conocida por todos los escolares. Según el relato de Platón, el continente debía cubrir un área de aproximadamente 6.784.000 kilómetros cuadrados, o algo menos que el continente australiano.

En su *The History of Atlantis* (1926), el Dr. Spence nos presenta un espléndido cuadro del continente tal como él cree debió ser.

“Debemos imaginarnos la Atlántida, una isla que tenía casi el tamaño de Australia, como la sede de una gran civilización de pretensiones muy considerables. Una raza de finos psíquicos —y con un físico como el mundo no ha contemplado desde entonces— la habita. Celebran ceremonias religiosas en grandes cuevas decoradas con pinturas elaboradas... Su vida pública circula y florece alrededor de esos templos-cuevas, y desarrolla clases sociales, prototipos de las del tiempo actual.”

Spence presenta luego dos puntos de vista de la localización

precisa del mundo perdido: uno, el suyo, y otro el de un autor anterior, situándolo ambos en el Atlántico entre las costas de América del Sur y el norte de África. El primer autor, M. Pierre Termier, un geólogo francés, es citado extensamente, y ésta es la frase decisiva: "Hubo un Atlántico sur, o continente africano-brasileño, que se extendía desde el norte hasta la frontera sur del Atlas, al este hasta el Golfo Pérsico y el Canal de Mozambique, al oeste hasta la frontera oriental de los Andes y a las sierras de Colombia y Venezuela." M. Termier añade, a modo de confirmación: "Geológicamente hablando, la teoría de Platón sobre la Atlántida es muy probable."

Spence examina entonces la evidencia y llega a la siguiente conclusión:

"Suponiendo, como dice Platón, que estuviera directamente delante de las costas hispano-africanas, y a no mucha distancia de ellas, debemos pensar entonces en una masa de tierra que se extendía hacia el oeste por lo menos hasta el paralelo 45 de longitud, y desde el norte hasta el sur casi desde el paralelo 45 de latitud hasta el paralelo 22 de latitud. Este área abarca no sólo las Azores y las islas Canarias, sino gran parte del mar de los Sargazos, aunque no su zona más ancha, y cae directamente encima de los grandes bancos que rodean las Azores y las Canarias. Si consideramos las Canarias como su extremidad sudeste —y no podía estar mucho más lejos en esta dirección sin tocar la costa africana—, y a las Azores como el límite este de la masa de tierra atlanteana, y la prolongamos hacia el oeste hasta el paralelo 45 de longitud, no sólo tenemos un área medida como la que mencionó Platón, sino también con aquellos rasgos naturales que de modo notable demuestran su anterior presencia."

En una interesante nota a pie de página a esta argumentación, el Dr. Spence busca autoridades aún más antiguas que apoyen su afirmación y escribe:

"Engel y el conde de Corli insistieron ilustradamente en que los límites atlanteanos habían tocado Europa y África, por un lado, y América, por el otro. De acuerdo con ellos, el hombre había pasado del viejo mundo al nuevo por una tierra puente atlanteana, que al sumergirse había destruido la antigua comunicación entre los dos continentes."

Por tanto, tenemos ahora la evidencia de la masa de tierra que habría hecho posible un sistema de túneles que sirviera de puente en la vasta zona del Océano Atlántico. Pero ¿hay alguna evidencia de que esos túneles fueran construidos?

En sus dos obras que se refieren a la Atlántida, Timeo y Critias, Platón nos informa de que, utilizando sus recursos naturales, "los atlanteanos construyeron templos, palacios, puentes y túneles, dirigiendo también las aguas, que fluían en un círculo triple, alrededor de su metrópoli, de un modo útil". El hecho de que fueran capaces de construir enormes pasadizos subterráneos queda evidenciado seguramente porque, como dice Platón, fueran capaces de construir un canal de más de 1.600 kilómetros de longitud, que en muchas partes estaba techado.

La afirmación de que esos túneles fueron hechos realmente ha sido documentada por un autor anónimo en la revista de historia antigua, *Papyrus*, en marzo de 1921. Afirmaba que eran esos pasadizos los que permitieron a los atlanteanos huir del holocausto y poblar así una gran parte del resto del mundo. En su artículo, "Some Notes on the Lost Atlantis", escribe lo siguiente:

"La Atlántida envió a sus hijos por todo el mundo. Muchos de ellos viven hoy como indios pieles rojas en Canadá y en los Estados Unidos de América. Colonizaron Egipto y construyeron uno de los poderosos imperios egipcios. Se extendieron por el norte de Asia como turanos y mongoles: fue una raza tremenda y prolífica, que sigue constituyendo una gran mayoría de la población de la Tierra."

Sin embargo, posiblemente la evidencia más convincente de la red de túneles la encontramos al estudiar las pruebas sobre pasadizos subterráneos que recorren los continentes más importantes del mundo, los cuales conducen inequívocamente a la sede de la Atlántida, al igual que lo hacen al mundo perdido de Agharti. Pienso que ello resulta evidente con el mapa, pero me gustaría ampliar la ruta con algunos detalles específicos.

Ya hemos trazado la ruta a través de América del Norte y del Sur, donde el túnel, en su punto más septentrional, cruza por debajo del Estrecho de Bering hasta Rusia. Volveremos a él en un momento. En el extremo sur se pierde en Brasil, y desde allí, como ya he demostrado, atraviesa lo que antes era la Atlántida para emerger en África. Continuemos la ruta desde ese punto. Natural-

mente, no hay evidencias de todos los tramos de este viaje — en otro caso el misterio no hubiera persistido durante tantas eras! —; sin embargo, lo que poseemos nos permite trazar una auténtica ruta.

La tradición más fuerte de pasadizos subterráneos en Africa se encuentra en el norte, tal como ha escrito Harold Bayley:

“Se ha supuesto generalmente que los atlanteanos colonizaron el norte de Africa, por lo que es probable que las maravillosas excavaciones de Rua estuvieran relacionadas con la veneración a la serpiente Rhea. Estas son mencionadas por Livingstone, quien escribe: ‘En Rua hay tribus que viven en casas subterráneas. Se dice que algunas excavaciones tienen 48 kilómetros de longitud, y en ellas corren riachuelos: los habitantes de toda una zona pueden aguantar en ellas un asedio.’”

También hay historias sobre antiguos túneles que fueron utilizados en otro tiempo como escondrijos por los nativos, y que se encuentran en Nigeria, en el distrito de Wama: un nombre apropiado que algunas autoridades en la materia creen ha derivado de la palabra *womb*, que significa útero. De acuerdo con una vieja leyenda, hay allí un túnel que se extiende durante cientos de kilómetros “hasta el mar”. Como el mar más cercano es el Océano Atlántico, ello indica con toda probabilidad que el punto en que el túnel de Africa se cruza con la Atlántida se hallaba en algún lugar a lo largo de la costa oeste en el continente, cerca de Guinea.

Pero no se acaban ahí las evidencias de túneles en Africa, pues como dice también Harold Bayley:

“La existencia de caminos subterráneos no parece ser infrecuente en Africa, pues el capitán Grant, que acompañó al capitán Speke cuando éste exploró la fuente del Nilo, nos habla de un túnel colosal excavado bajo el río Kaoma. Grant preguntó a su guía nativo si había visto alguna vez algo semejante en otras zonas, y el guía contestó: ‘Este país me recuerda a lo que vi en el país del sur de Tanganika’; describió entonces un túnel o camino subterráneo bajo otro río llamado también Kaoma, un túnel tan extenso que una caravana tardaba desde el amanecer hasta la medianoche en pasarlo. Se decía que era tan elevado que si se montaba en camellos no se podía tocar la parte superior: ‘Crecían en el interior altos juncos del espesor de un bastón

de paseo; el camino estaba cubierto de guijarros blancos y era tan ancho —400 metros— que se podía ver el interior bastante bien al tras-pasarlo. Las rocas parecían haber sido colocadas por medios artificiales.”

Esta evidencia no deja dudas respecto a un único y extremadamente largo pasadizo que atraviesa Africa y que no fue obra de la población indígena.

El siguiente tramo nos lleva hasta Egipto y a esa colección de maravillas del antiguo mundo, las pirámides que rodean El Cairo. Pues aquí en El Giza, se dice que existe un túnel con una entrada oculta en los sótanos de una de las pirámides. Cuando se encuentra, esta puerta lleva “a túnel con el que se puede alcanzar el Tibet”, de acuerdo con una vieja tradición. La creencia en un mundo subterráneo está firmemente enraizada en el saber popular egipcio, y una de las principales panoplias de dioses era Osiris, señor del submundo. También hay una referencia a este sistema de túneles en el antiguo *Libro de los Muertos*: “Soy el descendiente del ayer; los túneles de la tierra me han dado nacimiento y soy revelado en mi tiempo designado.”

El Dr. Raymond Bernard, experto sobre Agharti que citamos antes, ha realizado un estudio especial sobre los túneles de Egipto y cree firmemente que están vinculados con el reino subterráneo y con la perdida Atlántida. Ha escrito lo siguiente:

“Un túnel que se abre en la base de las pirámides de Egipto se dice que va en dirección a Africa del Sur durante una distancia de 900 kilómetros. Otro túnel que se abría en la costa oeste de Africa se afirmaba hacía su camino bajo el agua hasta el lugar de la desaparecida Atlántida. Ese mismo túnel va también en la dirección opuesta hasta otra ciudad, que se decía era la capital de una red de pasadizos subterráneos.

“Es probable que las gigantescas estatuas que se creía pertenecían a los primeros reyes egipcios fueran en realidad las de los dioses atlanteanos o los superhombres que habitan en el mundo subterráneo, con quienes los primeros reyes egipcios se hallaban en contacto. Un túnel conectado con la cámara subterránea de la pirámide de Gizeh enlazaba a la Atlántida con su colonia egipcia, y por medio de este túnel los dioses-reyes de la Atlántida aparecieron entre los egipcios en sus inmensos templos.”

Dentro todavía del contexto egipcio, Harold Wilkins relata una curiosa historia sobre un explorador francés llamado Monsieur Frot, quien en 1938 afirmó que se podían encontrar evidencias en Bolivia de antiguas excursiones egipcias a América del Sur. M. Frot dijo que había descubierto una piedra inscrita en un antiguo camino cartaginés que "demostraba que los antepasados de los egipcios, mucho antes de haber pasado a Africa y el Nilo, habían establecido un antiguo imperio sudamericano, que se extendía desde lo que ahora es Bolivia hasta Bahía". Parece ser que el francés desapareció en algún lugar del Mato Grosso poco más tarde, sin añadir ningún dato a esta historia; la cual, si estamos dispuestos a aceptarla, parece añadir más pruebas de la relación entre Africa y Sudamérica por medio de gentes que con toda seguridad debieron ser atlanteanas.

Más adelante daremos detalles sobre el sistema de túneles de la India, donde, como relaté en una sección muy anterior de este libro, el orientalista francés Louis Jacolliot consiguió por primera vez información sobre el reino de Agharta y la presentó a los lectores occidentales. Como no deseo repetir lo que ya se ha dicho antes, permítaseme citar del libro de Eric Norman, *The Hollow Earth*, que resume la tradición india:

"Entre los hindúes de la India hay una antigua leyenda que habla de una civilización de inmensa belleza que vive bajo Asia Central. Dicen que hay varias ciudades subterráneas situadas al norte de las montañas Himalayas, posiblemente en Afganistán, o bajo el Hindu-Kus. Este Shangri-la subterráneo está habitado por una raza de gentes doradas que raramente se comunican con el mundo de la superficie. De vez en cuando, viajan a nuestra tierra por medio de túneles que se extienden en muchas direcciones. Se cree que hay entradas a los túneles escondidas en varias ciudades de Oriente. Se dice que hay entradas a túneles en Ellora y en las cavernas de Ajanta, en la cadena montañosa de Chandore, en la India."

Ya hemos llegado casi hasta el corazón de los pasadizos subterráneos, la ciudad de Shamballah, pero antes de penetrar debemos rastrear también la parte restante del sistema de túneles, la que va desde el Estrecho de Bering y cruza Rusia, Siberia, Mongolia y China.

Ferdinand Ossendowski y Nicholas Roerich ya nos han pin-

tado un cuadro claro del conocimiento existente en la U.R.S.S. sobre Agharti, y por tanto podemos pasar inmediatamente a una de las dos sedes más importantes del país, que se haya en Kilyma, cerca de la cadena montañosa de Cherskiy. Allí, a varios cientos de kilómetros del Estrecho de Bering, hay una red de túneles que apenas ha sido explorada desde que fue descubierta en el último siglo. Los pasadizos han sido conocidos desde hace cientos de años, pero siempre fueron considerados como simples cuevas grandes hasta que los exploradores descubrieron que se extendían interminablemente bajo las montañas en una dirección general hacia el suroeste.

La inspección de una considerable distancia de los túneles evidenció que aunque algunos de los tramos se habían formado claramente de modo natural, había otras partes que recibieron atención de manos humanas. Donde era así, la superficie de la pared estaba casi lisa, como si hubiera sido taladrada por algún tipo de maquinaria.

Estos túneles, que creo conducen hasta Mongolia y aún más allá, son muy similares a los de otro sistema descubierto hace menos de un cuarto de siglo en Azerbaijón. Allí, ruidos y luces extrañas que parecían salir de un pozo sin fondo estimularon la investigación de los científicos soviéticos, quienes encontraron "una red completa de túneles que resultaron estar enlazados con otros de Georgia y de todo el Cáucaso", según cuenta Peter Kolosimo en su libro *Timeless Earth* (1968). Escribe lo siguiente de este descubrimiento:

"Al principio se pensó que eran cuevas prehistóricas: cerca de sus rocas se encontraron escritos y restos humanos, pero una inspección más detallada reveló que los huesos eran de una fecha muy posterior a la de los dibujos. También se descubrió que la mayor parte de las cuevas conducían a túneles excavados en las laderas de la montaña... Un gran túnel, que podía recorrerse durante una considerable distancia, conducía a una espaciosa plaza o salón subterráneo de más de 20 metros de altura. Evidentemente, era obra de seres inteligentes. Pero ¿con qué finalidad? No se ha encontrado aún ninguna pista; la respuesta al misterio puede estar más allá, en la parte bloqueada de los túneles."

Creo que Kolosimo tiene razón en sus suposiciones, y aún más

razón, aunque quizá no se haya dado cuenta, en lo que escribe después en su libro. "Las entradas principales a estos túneles son de forma regular, con hermosas paredes rectas y arcos estrechos. Lo más curioso de ellas es que son casi idénticas a las de túneles similares de América Central".

Y así debía ser, pues forman parte de la misma red general.

Kolosimo nos dice que algunos arqueólogos soviéticos creen que los túneles forman parte de una inmensa red que se extiende hacia Irán y que quizá estén vinculados con los descubiertos cerca de Amu Darya en Turkmenistán y en la frontera ruso-afgana. Y añade: "...o incluso con los laberintos subterráneos de China Central y Occidental, de Siberia y de Mongolia".

En Siberia hay historias sobre pasadizos subterráneos situados en la zona de las montañas Altai, con sus pasos peligrosos y cerrados por la nieve. Algo más cerca, en un lugar llamado Ergor, dice que existe una entrada que la gente del lugar llama *Belovodye*, la tierra bendita, su interpretación de Agharti; según un artículo de T. Beloshinov, "The History of Belovodye", aparecido en 1916 en la *Revista de la Sociedad Geográfica Siberiana Occidental*, la gente de la zona cree en la leyenda y dice que el reino subterráneo es un "paraíso terrestre en donde no hay persecuciones". Un anciano le dijo al autor: "Si a pesar de todos los peligros tu espíritu está dispuesto a alcanzar ese punto, las gentes de *Belovodye* te darán la bienvenida e incluso te permitirán quedarte con ellos si piensan que eres digno. Sin embargo, esto ocurre raras veces, y fueron muchos los que intentaron llegar a *Belovodye*."

Comentando estas observaciones, Beloshinov dice: "Estos viejos creyentes hacen grandes esfuerzos por encontrar esa tierra de hadas; durante algún tiempo, Altai vino a ser considerado como *Belovodye*, pero gradualmente la espera legendaria comenzó a moverse en dirección al Himalaya."

Moviéndonos en dirección sur hasta Mongolia, encontramos que la tradición de "paraíso terrenal" es aún mayor. Robert Dickhoff dice lo siguiente:

"Las tribus interiores de Mongolia creen que Agharti es una creación de una civilización antediluviana, increíblemente antigua y situada en una hoquedad de Afganistán, y que esta ciudad misteriosa

está conectada por medio de túneles que proceden de las diferentes partes del mundo."

Nicholas Roerich estaba convencido de que no sólo las gentes del lugar y los lamas ilustrados conocían este reino misterioso, sino que también era del dominio de los miembros del gobierno, aunque éstos no tuvieran muchos deseos de hablar del tema con extraños. Roerich recogió también en Ulan Bator un relato popular sobre unos extraños círculos de piedra que se suponía indicaban una de las aberturas de Agharti. Un anciano le dijo señalando a las piedras:

"Aquí entró el Chud bajo la tierra. Cuando el zar blanco vino a nuestro Altai, y cuando en nuestra región el abedul blanco empezó a florecer, el Chud no deseó quedarse bajo el imperio del zar blanco. Entraron bajo tierra y cerraron el pasadizo con poderosas piedras... Allí, ¿puede verlas? Pero el Chud no se fue para siempre. Cuando llegó una nueva era, cuando el pueblo de *Belovodye* regresó y dejó al pueblo de la superficie un nuevo conocimiento, entonces el Chud regresó con todos los tesoros adquiridos."

Roerich nos dice que el desierto de Gobi ha estado relacionado desde hace tiempo con la leyenda de Agharti, y hay quienes piensan que la capital, Shamballah, se encuentra bajo su arena. Añade lo siguiente: "No nos asombramos de encontrar en Mongolia muchos indicios de Shamballah, pues en estos países las facultades psíquicas están muy desarrolladas."

Sin embargo, en el extremo sudeste de Gobi, en territorio chino, hay evidencias concretas de pasadizos subterráneos. El lugar en cuestión se llama Tunhwang, y se asienta en las mismas fronteras del Tibet.

Localizada en un terreno rocoso a unos dieciséis kilómetros al norte de la ciudad, hay una serie artificial de grutas conocidas como "Las Cuevas de los Mil Budas". Fueron construidas en algún momento entre los años 357 y 384 de nuestra era, cuando el budismo llegó a China, para servir como monumento a la religión. Lo que hace que estas cuevas sean fascinantes desde nuestro punto de vista es que una oculta escalera conduce desde una de las grutas a un laberinto de túneles que desaparecen en una oscuridad estigia en una apropiada dirección sur. Este hecho fascinó

a Peter Kolosimo, a quien he citado antes, pues en otro de sus libros, *No of The World* (1969), escribe:

“Se dice que las primeras cavernas no fueron construidas en realidad por monjes budistas, sino por alguien que les había precedido en miles de años; y esas estructuras deben haber escondido la entrada a los laberintos que se extienden bajo vastas zonas de Asia Central. Son los túneles de los reinos legendarios de Agharti y Shamballah. También se cuenta que la primera sección de las galerías fue bloqueada por los sacerdotes para evitar que entraran los bandidos y les robaran sus tesoros escondidos.

“Pero hay una cosa cierta sobre Tunhwang: en la gruta que los arqueólogos dieron el número 58 hay un altar que muestra un buda durmiente, detrás del cual hay masas de fieles, con genios buenos y malos. Podemos ignorar a los últimos por ser desconocidos o simplemente debidos a los caprichos del artista; pero hay algunos que claramente muestran, por sus ropas y rasgos faciales, que son semejantes a los indios americanos.”

¿Se trata de otra extraordinaria prueba entre el continente americano y el remoto corazón de Asia? Es difícil encontrar otra explicación.

Con esos detalles de China, nuestra circunnavegación de la Tierra por el sistema subterráneo no se ha completado. Lo hemos rastreado por América, vía Atlántida, hasta el sur y a lo largo de Africa, Egipto y la India hasta el Himalaya; y por el norte mediante el Estrecho de Bering, a lo largo de Rusia, Mongolia, Siberia y China. Encontramos ahora un país en la unión de esas arterias: la misteriosa tierra del Tibet. Y es bajo ese remoto país suspendido sobre una llanura desnuda donde creo converjen los túneles sobre el reino subterráneo de Agharti, encontrándose en el lugar llamado Shamballah, la fabulosa y buscada ciudad capital, la legendaria Shangri-la.

El Tibet es con seguridad uno de los lugares más misteriosos de la Tierra, y ha estado separado del resto del mundo durante generaciones. Aunque se ha hallado dominado bajo una soberanía china desde aproximadamente el 1700 hasta el siglo actual, esa reivindicación fue hecha efectiva en 1951, cuando el gobernante histórico, el Dalai Lama, fue conducido fuera del país y los monjes, un gran porcentaje de la población fueron obligados a aban-

donar sus monasterios. En 1965, el control chino se hizo absoluto y el Tibet fue declarado región autónoma de China. El velo del secreto que pende sobre los 1.205.760 kilómetros cuadrados del país es ahora aún más impenetrable que nunca.

Muchos de los expertos citados en este libro han sugerido ya, dónde podría estar Shamballah. Algunos han dicho que se encuentra en la vastedad del Hindu-Kush, otros que bajo las arenas hostiles del gran desierto de Gobi. Otro ha elegido al pobre Afganistán, recientemente tomado por fuerzas rusas, y han sido propuestas no menos de dos sedes chinas. Robert Dickhoff no duda que “está situado en el valle del Sangpo, en China”, aunque no da hechos que apoyen su afirmación, mientras que Eric Norman cita a un explorador americano llamado “Doc” Anderson, quien afirma que la entrada está bajo “las siete pirámides (?) cerca de Sian-fu, la capital de la provincia de Shensi”. Por lo visto, un viejo lama chino le dijo a Anderson que los secretos de Agharti se ocultaban en esas misteriosas estructuras. “Dijo que había entradas a los túneles bajo las pirámides. Los túneles conectan con las pirámides de Egipto, los más altos monasterios, y recorren los océanos por debajo para enlazar todas las tierras.”

Aunque la mayor parte de todas esas sugerencias puedan ser razonables, estoy convencido, por mis propias investigaciones, que Shamballah se encuentra sin duda bajo el Tibet. Más específicamente, está bajo un área de la cabeza del valle del río Brahmaputra, uno de los pocos lugares del país en que el aire y el agua, primeras necesidades de cualquier asentamiento subterráneo, pueden obtenerse fácilmente y sin obstrucciones.

Mi convicción se basa en un detallado estudio de la obra clásica tibetana, *El camino a Shamballah*, escrita por el Tashi Lama III hace unos trescientos años. Sólo se ha hecho una traducción del tibetano, del gran erudito germano oriental Albert Grunwendel, en 1915. Grunwendel, experto en China y el Tibet, y autor de dos obras clásicas sobre las creencias místicas de estos países, *Mythologie du Buddhismes au Tibet et en Mongolie* (1900) y *Alt-buddhist: Kultstätten in Chinesisch-Turkestan* (1912), fue una persona ideal para realizar la traducción del libro de Tashi Lama; pues la combinación de indicaciones geográficas y alusiones simbólicas lo convertían en una obra de difícil lectura y aún más difícil interpretación, pero las útiles notas de Grunwendel nos per-

miten extraer conclusiones positivas. Nicholas Roerich, que también estudió el libro, ha escrito la siguiente cita sobre las complejidades a que se enfrentó el buscador de Shamballah:

“En el este saben que hay dos Shamballah: uno terrestre y otro invisible. Se han hecho muchas especulaciones sobre la localización del Shamballah terrestre. Algunas indicaciones sitúan este lugar en el extremo norte, explicando que los rayos de la aurora boreal son los rayos de la Shamballah invisible. Esta atribución al norte es fácilmente comprensible: el nombre antiguo de Shamballah era Chang-Shamballah, que significa Shamballah del norte. El epíteto de este nombre se explica como sigue: la enseñanza se manifestó originalmente en la India, donde todo lo que procede de más allá del Himalaya recibe el nombre de Norte.

“Varias indicaciones, mezcladas con símbolos, han situado la posición de Shamballah el Pamir, en Turkestán o en el Gobi Central... Esta relatividad, y las numerosas localizaciones geográficas de Shamballah, tienen razones muy naturales. En todos los libros sobre Shamballah, en todas las leyendas verbales, aunque hablan del mismo lugar, la localización se describe en un lenguaje en su mayor parte simbólico, casi indescifrable para el no iniciado. Sólo el gran conocimiento de los viejos lugares budistas y de los nombres locales pueden ayudarle a desentrañar algo de esta complicada tela de araña.”

Sin embargo, sin desanimarme por los errores, trabajé metódicamente la traducción alemana y finalmente descubrí lo que creo son las pistas importantes de la localización de Shamballah.

En primer lugar, el Tashi Lama es muy específico en su libro sobre que el reino subterráneo se encuentra “en un valle al oeste de Lhasa”, y hace numerosas referencias enigmáticas a una gran comunidad llamada “Monte Sumeru”, que se encuentra en algún lugar cercano. Mirando un mapa del Tibet no resulta difícil encontrar el valle que corre hacia el oeste de la ciudad capital, el del río Brahmaputra. En las orillas de este pintoresco río, a unos 240 kilómetros de Lhasa, está Shigatze, la segunda ciudad en importancia del Tibet, con el inmenso fortín que se extiende sobre el magnífico monasterio de Tashi Lhunpo. Una pequeña investigación establece que el nombre de Shigatze significa “una masa gloriosa” o “Monte Sumeru”. ¿No es ésta la explicación de la referencia del Tashi Lama? Por lo visto, el “Monte Sumeru” era una montaña legendaria en las escrituras budistas.

En segundo lugar, el Tashi Lama declara que Shamballah está “limitado en su lado más lejano por un lago sagrado”. Rastreando el valle del Brahmaputra más allá de Shigatze encontramos de nuevo el “lago sagrado” que él describe: el lago Manasarowar. Esta extensión de agua de forma octogonal, que cubre una zona de unas 160 kilómetros cuadrados, se considera como el cuerpo superior del agua fresca del mundo, siendo su elevación de unos 4.650 metros sobre el nivel del mar. Los tibetanos le llaman *Tso Rinpoche* (Lago Sagrado), y ocupa un lugar especial en la mitología hindú, porque en un radio de unos 2.400 kilómetros se elevan cuatro de los mayores ríos de la India: el Indo, el Sutlej, el Ganges y, claro está, el Brahmaputra. Si me quedaba alguna duda de que éste era el lago, quedó despejada por las nuevas referencias de Tashi Lama a una “montaña santa en cuya sombra está”. Pues en la esquina noroeste del Manasarowar se halla Kailas Parbat, o Cima, estimada por los lamas, y que se alza sobre las otras montañas que se encuentran al norte del lago. Se eleva unos 2.100 metros por encima de la llanura circundante, su cima está cubierta de nieve y se cree que tiene muchas cuevas y gargantas en su base.

En tercer lugar, y posiblemente el primero en importancia, el Tashi Lama dice que fue por las aberturas de una montaña sagrada que “algunos lamas se encontraron con los hombres santos de Shamballah en días pasados”. De nuevo, mediante una diligente investigación, encontré la confirmación de que no me había equivocado en mis cálculos. En el estudio clásico que hace del lugar el capitán C. G. Rawling, *The Great Plateau* (1905), había una descripción de Kailas Parbat que decía: “Los hindúes y mahometanos creen que este punto es el hogar de todos los dioses, que beben de las aguas de su lago y habitan en sus cavernas inexploradas; para ellos es la Montaña Santa.”

Todas las pistas que había desenterrado parecían coincidir perfectamente con las palabras del santo lama, y estaba seguro de haber encontrado la localización de Shamballah: más allá del valle del Brahmaputra, limitando con Shigatze al este y con el lago Manasarowar al oeste. Todo parecía indicar, también, que había un lugar de entrada a la ciudad subterránea, Kailas Parbat. En un segundo libro, consultado como resultado de mi cuidadoso examen de la traducción de Grunwendel, encontré otra referencia

que reforzó aún más mi creencia. La obra era *Three Years in Tibet*, del teósofo japonés Ekai Kawaguchi, publicada en 1909. Al describir Manasarowar y sus entornos, decía:

“Es el único paraíso auténtico de la tierra, con un buda vivo y quinientos santos que habitan Monte Kailsa en el noroeste, y quinientos inmortales que tienen su hogar en Man-ri, que se eleva en la parte del sur, todos ellos gozando de beatitud eterna... Creo que cualquiera desearía ver ese lugar; pero las cosas mencionadas en las escrituras no pueden ser vistas por nuestros ojos mortales. Lo auténtico es la región en su carácter maravillosamente inspirador, en donde se siente una inexplicable santa elevación.”

Con lo que sabemos de los teósofos y de su creencia en Agharti, Shamballah y el “Rey del Mundo”, ¿no parece esto otra clara indicación de que alguien más comparte mi convicción?

Creo que el lector estará de acuerdo en que tales hechos presentan una gran posibilidad de que el corazón del mundo subterráneo de Agharti esté directamente bajo esta zona del Tibet. Sólo es de lamentar que hasta que el país vuelva a estar abierto a los visitantes del oeste, ni yo ni ningún otro podrá poner a prueba esta teoría.

Sin embargo, tanto si esta solución es la respuesta al misterio como si no, aún tenemos algunas cuestiones sin resolver concernientes al submundo..., en particular los túneles que convergen en Agharti. ¿Es posible que los seres humanos pudieran haber utilizado unos pasadizos que cubren tan enormes distancias? Y ¿con qué medios de transporte en ese caso? Y aún hay otra cuestión más importante: ¿quiénes pudieron ser esos seres, y qué evidencia actual podría haber de la continuación de su existencia? Y finalmente, ¿quién es el misterioso gobernante del reino conocido con el nombre del “Rey del Mundo”?

Estos son los puntos que me propongo examinar en el capítulo final de nuestra extraña historia.

13. EL REINO DEL “REY DEL MUNDO”

En los años que estuve haciendo investigaciones para este libro me encontré ocasionalmente con referencias a pasadizos subterráneos en relación con Agharti que, al mismo tiempo, parecían estar muy alejados de la recta final que tracé en el capítulo anterior. Hubiera resultado conveniente, desde luego, ignorar estas historias, asumir que no estaban en modo alguno relacionadas con el tema que yo investigaba, pero algunas de ellas me hicieron pensar que sería menos honesto si así lo hacía. Por tanto, archivé esas informaciones y decidí volver a ellas al final de mi investigación.

Ahora que he tenido la oportunidad de volver a las referencias concernientes a estos túneles alejados del camino, que parece probable una conclusión sorprendente: el sistema de túneles hasta Agharti puede tener algunas subdivisiones que den acceso a un área aún más amplia de la superficie terrestre. Creo que estas variaciones pueden haber sido construidas partiendo de la red principal para vincular a un mayor número de países de los continentes más importantes con el “camino dorado”, tal como una leyenda sudamericana describe el sistema principal de túneles hasta Agharti. Y establecido este hecho, no veo la razón para que Gran Bretaña, así como sus vecinos europeos Francia y Alemania, no están también conectados con el reino subterráneo mediante una ruta secreta. Pueden encontrarse evidencias, además de la extraordinaria experiencia que me sucedió y que conté al comienzo de este libro. Examinaremos, pues, algunas de esas referencias.

Una de las primeras en llamar mi atención la encontré en un libro titulado *The Mysterious Unknown*, del periodista y arqueó-

logo francés Robert Charroux, publicado en 1969. Era una fascinante colección de hechos secretos y extraños que se decía sólo conocían los iniciados, y en ella el autor afirmaba que el hombre había vivido en este planeta durante un período mucho mayor del que se suponía generalmente: sólo era la última de las numerosas razas que habían habitado la tierra.

Charroux dedica un capítulo del libro al "misterio de Agharta y Shamballah", en el que escribe:

"Agharta es un misterioso reino subterráneo que se cree está bajo el Himalaya y en el que todos los grandes iniciados y maestros del mundo del ciclo presente siguen viviendo. Agharta es un centro iniciador que funciona con un principio similar al de la pirámide: el Himalaya forma el monumento externo y la cripta es el reino que se ha apartado de la contaminación terrestre y cósmica. Pero ¿cómo pueden desarrollarse en una cavidad neutralizada los poderes supremos del espíritu, la intensidad de pensamiento y la contemplación? Parece probable que las grandes potencialidades del ego humano se manifiesten con más éxito en un lugar retirado y apartado que expuestas al contagio de los alrededores. Por otra parte, podría pensarse que, teóricamente, la perfección no tiene necesidad de nueva evolución."

Charroux continúa esta interesante observación con la siguiente información:

"Tradicionalmente, hay cuatro entradas a Agharta: una entre las garras de la esfinge de Giza, otra en el Mont-Saint-Michel, una tercera por una grieta del bosque de Broceliande, y la puerta principal de Shamballah en el Tibet."

Lo que me sorprendió inmediatamente de esta afirmación era que yo conocía dos entradas —las de Egipto y el Tibet, separadas por miles de kilómetros—, y era curioso que las otras dos estuvieran en la Francia nativa del autor. Como no trataba de demostrar la afirmación con ningún hecho, decidí hacer mi propia investigación.

En ambos casos quedé decepcionado. No pude encontrar más que tradiciones orales en apoyo de la afirmación de Charroux de que había extensos túneles subterráneos bajo el hermoso Mont-Saint-Michel y en el bosque de leyendas de Broceliande,

por lo que no era posible vincularlos con Agharta. Pero por la naturaleza misma del misterio de Agharta, he de poner en relieve que esto no significa que no exista.

Sin embargo, encontré algunas evidencias más concretas de la existencia de enormes túneles en Francia en la obra clásica de Sabine Baring-Gould, *Cliff Castles and Cave Dwellings of Europe* (1911). En esta obra describe cómo se hundió una iglesia de Gapennes, en Picardía, "quizá una de las más antiguas provincias de Francia, durante la noche del 13 de febrero de 1834:

"En principio se supuso que fue el resultado de un terremoto, pero un poco después se descubrió la verdadera causa. La iglesia se había construido sobre una gran red de pasadizos y túneles y los tejados de algunos de éstos habían desaparecido. Se exploraron los túneles y se trazó un plano de este mundo subterráneo en la medida de lo posible.

"Pero Gapennes no era del único lugar de la provincia donde existían esos pasadizos; se han encontrado unos cien, y cada vez aparecen más. Podría decirse que apenas hay un pueblo entre Arras y Amiens y entre Roye y el mar, entre los cursos del Somme y Authie, que no tenga esos túneles subterráneos. El carácter de todos ellos es muy semejante. ¿A qué fecha o período pertenecen? Sin duda alguna son de extrema antigüedad."

Comentadores anteriores a mí han sugerido que estos caminos subterráneos podían tener alguna relación con la antigua leyenda de Agharta.*

Un segundo libro me hizo pensar en la posibilidad de que hubiera túneles semejantes en Alemania: *The Inner Earth*, del Dr. M. Doreal, publicado privadamente en América en 1946 después de la ola del "misterio Shaver", al que antes me refería. El Dr. Doreal afirmaba que había una serie de entradas al mundo subterráneo, por ejemplo en el Tibet, en el desierto de Gobi, América del Sur (Yucatán), América del Norte (California), Canadá y los montes Harz de Alemania.

* Existe también una curiosa tradición francesa según la cual, de vez en cuando, se han oído ruidos extraños en algunas cavernas profundas cercanas a Marsella. El historiador E. Lucan ha escrito: "Se ha informado que la tierra se ha conmovido extrañamente y que terribles sonidos se oyeron en las cavernas." Se ha sugerido que esto podría tener algún significado para la leyenda de Agharta, pues los ruidos se parecen a "máquinas palpitantes" y se han visto en la vecindad en ocasiones luces verdes centelleantes: dos factores que examinaremos más adelante en el libro.

Dice que en este reino subterráneo viven los restos de "una raza divina que existió en la Tierra antes de que los adamites tuvieran existencia física. Cree que esas gentes son altas, hermosas y tienen unas vidas extremadamente largas. "Además, no abandonan completamente la tierra, sino que siguen existiendo en varios centros subterráneos protegidos de las deformaciones del espacio."

Me intrigó la idea de que se hubiera asociado con gentes inusuales a los montes Harz, pues desde hace mucho tiempo se ha creído que esa zona era un gran lugar de reunión para brujos. De acuerdo con la leyenda, todos los grupos de Europa, masculinos y femeninos, volaban a esta montaña en las noches espaciales de celebración del año para realizar sus fiestas impías. Todo el distrito era tratado con miedo supersticioso por las gentes de la localidad, y cualquier acontecimiento desfavorable se achacaba a las actividades de las brujas. Quizá sea significativo que las brujas realizaron muchos de sus rituales en cuevas alejadas de ojos curiosos, aunque es discutible que estas historias se puedan relacionar con el reino subterráneo. A la luz de lo que he aprendido sobre Agharti me resulta difícil creer que sus actividades estuvieran tan equivocadas en este único lugar como para ser consideradas como una forma de veneración al diablo.

Por tanto, sigue en pie el misterio de un sistema de túneles subterráneos bajo las montañas Harz,* aunque Sabine Baring-Gould conoce más hechos positivos sobre Alemania. En su *Cliff*

* Quizá una historia relatada por el Dr. George Hartwigen *The Subterranean World* (1871) pueda explicar este misterio, por lo que la incluyó sin comentarios: "En 1848, un caballero americano persuadió a los guías de la Baumman's Cave en los montes Harz para que le acompañaran en un viaje exploratorio por las partes de la caverna desconocidas hasta entonces para el hombre. No fue sencilla la tarea de subir por las rocas resbaladizas y cruzar las grietas profundas que se abrían sobre negros abismos; pero la curiosidad y el espíritu de aventura siguió guiándoles de pasadizo a pasadizo y de cámara a cámara, hasta que de pronto la luz empezó a arder más débilmente; y la ruptura accidental del cristal de la brújula del guía les advirtió que debían volver sobre sus pasos. Llevaban errando veinticuatro horas por el laberinto subterráneo, y tras tanto tiempo sin la luz del día saludaron gozosos la colonia de pendiente verde que alberga ese misterioso palacio de los gnomos. Franz Baumann, el primer descubridor de la caverna, fue menos afortunado. Los tortuosos caminos confundieron al experto e intrépido minero, quien se perdió dentro de la cueva. Mientras buscaba en vano una salida, se le agotó la luz de repuesto. Caminó a tientas tres días en la oscuridad, hasta que al fin, cansado y exhausto, fue conducido, por una maravillosa casualidad, a la boca de la cueva. Antes de morir tuvo fuerza suficiente para mencionar brevemente las maravillas que había visto durante su expedición fatal."

Castles and Cave Dwellings of Europe dice que hay una evidencia definida de que sus largos pasadizos subterráneos recorren el subsuelo de Adersbach y Wickelsdorf, cercanos a las viejas fronteras de Bohemia y Silesia:

"En 1866, el ejército prusiano de Elbe entró en Bohemia, descubriendo que los habitantes de una zona habían desaparecido con su ganado y bienes, dejando tras ellos establos y casas vacías. Igual había sucedido durante la Guerra de los Treinta Años, y otra vez en la Guerra de los Siete Años, cuando los invasores no encontraron una sola persona viva y se contentaron con destruir los cultivos y quemar las aldeas y granjas. ¿A dónde habían ido? A los laberintos de Adersbach y Wickelsdorf, cada uno de los cuales sólo era accesible por una única entrada. La existencia de este laberinto sólo la conocían los campesinos hasta el año 1824."

Baring-Gould explica que resultó imposible rastrear los túneles en toda su extensión, o saber la dirección que tienen, aunque hay una tradición local que dice que el nombre de uno de ellos es "Siberia del Sur", porque un hombre "podría caminar por él hasta llegar a esa región nevada".

Peter Kolosimo, en su libro *Timeless Earth* (1968), traza también una lista de túneles que considera muy similares a los encontrados en América del Sur, que ya había analizado antes. Hace el siguiente comentario:

"Es extraño que este tipo de túneles se encuentren en casi todas las partes del mundo. Además de en América del Sur, existen en California, Virginia, Hawaii —donde parecen conectar las islas del archipiélago—, Oceanía y Asia, además de en Suecia, Checoslovaquia, las Baleares y Malta. Un enorme túnel de unos 48 kilómetros, que ha sido explorado, enlaza España y Marruecos, y muchos creen que así es como "los monos bárbaros", que de otro modo serían desconocidos en Europa, llegaron a Gibraltar, e incluso se ha sugerido que estas galerías ciclópeas forman una red que conectan las partes más distantes de nuestro planeta."

El tiempo, la distancia y la falta de detalles precisos me impidió establecer la verdad de estos nuevos pasadizos citados por Kolosimo, aparte del hecho de que las historias sobre ellos persisten.

ten en tradiciones orales que se repiten de tiempo en tiempo. En mi opinión, lo que hacen estas historias es dar nuevo peso a la idea de que existen "extensiones" del sistema principal de túneles de Agharti.

Pasando finalmente a Gran Bretaña, encontré que había historias de sistemas de túneles que se conocían por todo el país; quizá la más famosa fuera la de las cuevas Chislehurst, en Kent. Aunque el alcance pleno de este sistema aún no ha sido descubierto—hasta ahora fueron localizadas unos 48 kilómetros de túneles—, creo que es difícil apoyar la idea de que estén relacionados con la leyenda de Agharti, aunque se hallan rodeados por un misterio considerable, tal como observó hace algunos años W. J. Nichols, vicepresidente de la Sociedad Arqueológica Británica:

"Uno de los elementos más interesantes que revelan estas cuevas es una serie de galerías, en número de treinta o más, con cruces rectangulares, que contienen muchas cámaras de forma semicircular o absidal; algunas poseen tablas-altares formados en la greda. Quizá sea accidental, pero sigue en pie el hecho; y la teoría viene apoyada por el descubrimiento de una cámara adjunta, aparentemente destinada al sacerdote oficiante. El lugar lo invade una atmósfera de profundo silencio: hay unas cien indicaciones de que se trataba de un Stonehenge subterráneo; y uno se siente sobrecogido por una sensación de maravilla, e incluso de temor, cuando la luz revela las extraordinarias obras que nos rodean."

Harold Bayley, autor de *Archaic England*, habla también de varios pasadizos en el país en su capítulo "Down Under", haciendo una referencia específica a Kent. "Este país—escribe— es curiosamente rico en cuevas cuya importancia va desde la misteriosa y única cueva de Dene Hole a la sorprendente serie de cuevas en panal halladas bajo Chislehurst y Blackheath." Aún me pareció más interesante su breve referencia a extensos túneles subterráneos de Yorkshire, que, según él, estaban "popularmente relacionados con una raza que habita en el subsuelo". Decía que algunos relatos populares afirmaban que esta raza era la de las hadas, pero incluso tradiciones más viejas hablaban de que eran "los antepasados de toda la humanidad. Pues ¿acaso no nos hablan todas las mitologías del mundo de que las cuevas y las cavernas jugaron un papel primordial y elemental en el nacimiento de la humanidad?"

Evidentemente, Bayley se encontraba ante dos caminos, y como arqueólogo, más que como mitólogo, es comprensible que dejara el asunto así y se dedicara a otros temas.

Por mi parte, la información añadía una nueva dimensión a la extraña experiencia que había sufrido en aquel túnel de Yorkshire. Ni entonces ni ahora estoy seguro de haber dado con una manifestación de la red de Agharti, aunque una afirmación que hace Charroux en *The Mysterious Unknown* me ha hecho mantener abierta esa opción: "El centro iniciador se halla en Shamballah, en el Himalaya, y hay un lugar en Inglaterra que es invulnerable, aunque no está rodeado de muros."

Sin embargo, los acontecimientos de ese día de verano iniciaron mi investigación del misterioso "mundo perdido", y en los años siguientes se mantuvo una pregunta continuamente en mi mente: ¿Era posible que Agharti y sus habitantes—fuesen quien fuesen— pudieran estar vivos hoy y no fueran simplemente otra leyenda convertida en polvo?

Pronto descubrí que el recuerdo vivido de la extraña luz verde fue lo que me dio la primera pista en este sentido.

Durante el tiempo que estuve reuniendo material sobre el mundo subterráneo, un rasgo que se producía regularmente en relación con él eran las historias de túneles iluminados por luces extrañas, casi invariablemente de color verde. Tanto Ferdinand Ossendowski como Nicholas Roerich, quienes trajeron de Asia la primera información detallada sobre Agharti, hacían referencia a este extraño fenómeno, como el lector recordará sin duda.

Roerich nos dice que el pueblo subterráneo utiliza una fuente de energía de debajo de la tierra para reemplazar al sol. La luz verdosa no sólo ilumina su mundo, sino que ayuda a las plantas a crecer y prolonga también la vida. Eric Norman, en su más reciente estudio, apoya también esta opinión: "Los lamas tibetanos afirman que los túneles secretos y ciudades cavernosas están iluminadas por una inusual luz verde que favorece los cultivos, la larga vida y la buena salud."

Esta misma fluorescencia verde es descrita también en informes sobre el otro mundo en América del Sur. Harold Wilkins nos dice que se encontró en la vecindad de minas y túneles, y las gentes del lugar se refieren a veces a ella como la luz del dinero. "Estas luces misteriosas aparecen a menudo en el atardecer o en la

oscuridad —dice—, cuando pueden recorrer el suelo como serpientes deslizantes emitiendo una luminosidad verdosa o un extraño brillo blanco. En otros momentos, las luces pueden erguirse como ejes de columnas en un viejo templo inca del sol." Aunque Wilkins, al igual que yo, ha oído sugerencias de que la luz estaba causada por emanaciones de gases del tipo de los fuegos fatuos, prefirió creer que eran producidas por "algún tipo de metal subterráneo". Por su parte, Raymond Bernard y Robert Dickhoff, como ya dijimos en el capítulo anterior dedicado a Brasil, creen que la luminosidad verde es el medio de iluminación de Agharti.

Encontré también una experiencia personal de esta luz que parece confirmar todas las historias. La refería Peter Kolosimo en su *Timeless Earth*:

"Se dice que un explorador del Amazonas había entrado en un laberinto subterráneo iluminado "como por un sol esmeralda". Se retiró rápidamente para evitar que lo atrapara una araña monstruosa, pero antes vio "sombras como de hombres" moviéndose al final del pasadizo."

Una experiencia con cierta similitud a ésta le sucedió también a una mujer inglesa en una localidad totalmente contrastante de un sótano subterráneo, según cuenta W. T. Stead en su *Real Ghost Stories* (1897). Los acontecimientos sucedieron al final del último siglo, y los cito aquí sin comentario alguno porque han sido descritos por la revista *Man, Myth and Magic* como un ejemplo típico de "la creencia de que un tipo bajo de ser subterráneo aparece a veces en forma astral sobre la superficie de la tierra". La mujer le dijo a Stead:

"Con gran sorpresa, vi de pronto una luz peculiar a unos dos metros de donde yo me encontraba. En menos tiempo que el que se tarda en describirlo, vi que la luz se convertía en una cabeza y un rostro de luz amarilla verdosa, con una masa de pelo encima. El rostro era muy ancho, más grande que el nuestro en todos los aspectos, de ojos verdes muy grandes, que al no estar bien delimitados parecían fusionarse con la amarillez de las mejillas; no tenía vello en la parte inferior del rostro y no se veía nada debajo. La expresión del rostro era diabólicamente maligna, y como me miraba directamente, mi horror fue tan intenso como mi sorpresa. Pensé que una cosa tan horrible sólo podía ser sa-

tánica, por lo que, manteniendo mi vista fija en ella, le dije: "En el nombre de Cristo, vete", y la horrible cosa desapareció de mi vista."

Mi investigación estableció también que los extraños ruidos que había oído yo en la cueva de Yorkshire aparecen también en otras historias del mundo subterráneo. En Canadá, por ejemplo, encontré relatos de esquimales que habían oído muy a menudo "misteriosos tamborileos" que parecían emanar de cuevas profundas inexploradas. También en México hay varios relatos de ellos, y William Hickling Prescott, quien escribió el estudio *History and Conquest of Mexico* (1843), dice que los nativos le hablaron de "grandes ruidos que conmueven la tierra", que ellos han experimentado en las cercanías de la vieja red de túneles de Pálenque y de otras partes.

Harold Wilkins encontró también sonidos similares en México, en las ciudades en ruinas de las fronteras de los estados de Tehuantepec. Dice así:

"Aquí, se oye este *Oohah* o tamborileo misterioso procedente de muy lejos, de las cordilleras y selvas del entorno. En una mesa rodeada de riscos hay una ciudad muerta. La región está cubierta de pirámides a las que llevan antiguos caminos de enormes bloques pavimentados. Los indios chiapas dicen que en las cámaras de la ciudad muerta están escondidos, y guardados por los fantasmas de los sacerdotes-jefes mayas, "libros" escritos sobre hojas de oro que cuentan la historia de cosas y razas antediluvianas, o de épocas mayas posteriores. Es necesaria, desde luego, la exploración competente antes de que se puedan solucionar estos enigmas."

También cita Wilkins otro caso interesante sobre una ciudad de piedra que hay más al sur, en la montaña del Darién del suroeste:

"La vieja leyenda dice que esta ciudad de piedra (llamada Dahyba) tenía un templo subterráneo secreto en el fondo de una cueva, en donde se realizaban extraños ritos del mundo subterráneo. No hay humo sin fuego en estas leyendas de la misteriosa América. Un rumor procedente del Darién dice que estos ritos no se han extinguido, ni tampoco los subterráneos."

Las perturbaciones oídas en las cercanías de antiguas edifi-

caciones de piedras del Perú se cree que significan también la existencia de "rituales antiguos de los habitantes subterráneos", según lo que el Dr. John James Von Tschudi, el geógrafo alemán, aprendió durante sus exploraciones del país, y registró en su libro *Peruvian Antiquities* (1854). Otro explorador, el alemán Von Humboldt, quien oyó realmente los sonidos cuando estaba cerca de la "ciudad muerta próxima a Trujillo, en el Perú septentrional, en 1820, teorizó posteriormente que el sonido —semejante al galopar de caballos— podía estar producido por los cambios en la temperatura o por aguas subterráneas. Sin embargo, la investigación posterior no ha servido de apoyo a esta idea y el misterio de los sonidos sigue sin resolverse.

En Asia, tal como informó Ossendowski, los misteriosos ruidos llevados por el viento y acompañados de temblores se consideran como el anuncio de alguna actividad del "Rey del Mundo", y causan la detención de la vida humana y animal.

Hay otros ejemplos de sonidos que emanan de las cercanías de la red subterránea en África, India y algunas partes de Rusia; pero no deseo abundar más en esta cuestión, pues creo que la aparición de luces verdes y sonidos misteriosos en los pasadizos misteriosos está claramente establecida. No obstante, ello no demuestra aún que los túneles de enorme longitud a que nos referimos puedan existir. Si consideramos las extremas dificultades de crear esos caminos subterráneos incluso hoy, con todo el equipamiento moderno que tenemos a nuestra disposición, parece concebible que pueblos de un tiempo muy anterior al nuestro hubieran poseído el equipo y la capacidad necesarios. Sin embargo, hay expertos que están absolutamente convencidos de que los hicieron.

Parece indudable que ese sistema necesitaría aprovecharse de las cavidades que hay en las rocas bajo la tierra, y la evidencia científica demuestra que esas cavidades existen.* Como dije antes

* En apoyo de esta afirmación, citaré simplemente la obra clásica del Dr. George Hartwig, *The Subterranean World* (1871), en la que habla de túneles subterráneos: "Muchos son simples agujeros o grietas en las rocas deshechas; otros son amplias cámaras, frecuentemente de las dimensiones de una bóveda o largos y estrechos pasadizos que se dividen en numerosas ramificaciones. No es frecuente que la misma cueva se extienda alternativamente en cámaras espaciosas y luego se contraiga en túneles estrechos o galerías. Las paredes de muchas de ellas son lisas y casi paralelas; los costados de otras son irregulares y rugosos. Muchas tienen entradas que se estrechan y se amplían a grandes profundidades alcanzando proporciones mayestáticas, mientras que otras se abren con amplios portales y gradualmente disminuyen su tamaño conforme van penetrando en la roca."

la tierra se compone de un núcleo fundido y fuera de él de dos capas principales. De éstas, la más cercana al núcleo está sometida al calor y presión que pone a la roca en un estado de fluidez, mientras en la capa superior se pueden producir fracturas en la zona más fría.

La posibilidad de existencia de esas cavidades subterráneas ha sido el tema de algunos estudios del profesor Frank D. Adams, de Montreal, quien demostró con experimentos que pueden existir en el granito hasta una profundidad de al menos 17 kilómetros. Sus descubrimientos han sido apoyados por un matemático, Louis V. King, quien ha calculado que a una temperatura normal una cavidad puede existir hasta profundidades de 27,5 y 32 kilómetros.

Con la disponibilidad de esas cavidades, los antiguos constructores de túneles tenían lo que necesitaban en principio. Pero ¿qué hay de la tecnología de su minería?

Creo que Robert Charroux ha encontrado una pista importante cuando nos habla de Eupalinos, quien construyó un túnel en tiempos antiguos en la isla de Samos:

"Las obras se iniciaron simultáneamente en los dos extremos. El túnel tiene unos 1.000 metros de longitud, es absolutamente recto y los dos equipos se encontraron exactamente como se habían previsto en el plan. Los ingenieros franceses e italianos que hicieron el túnel bajo el Mont Blanc tuvieron a su disposición dispositivos de medición eléctrica, radar, detectores magnéticos y equipamiento ultrasónico. Eupalinos, por lo que sabemos, ni siquiera pudo contar con brújula."

Por si dudáramos de tal hazaña de la ingeniería técnica, Charroux nos recuerda:

"Igualmente sorprendentes, bajo el punto de vista técnico, son las esculturas en basalto de edad desconocida descubiertas en 1939 en el corazón de la jungla mexicana: cinco cabezas enormes que recuerdan los monumentos bien conocidos de la isla de Pascua; y también otras obras prodigiosas de escultura encontradas en los Andes, Asia y Oceanía."

El infatigable Eric Von Danicken, quien, como informé antes, investigó el sistema de túneles del Ecuador, no tiene dudas

respecto a cómo fueron construidos los pasadizos. Describiendo su experiencia en *The Gold of the Gods* (1972), que continúa su teoría de que seres extraterrestres vivieron en un tiempo en la Tierra, dice que fueron construidos por una especie de taladro termal. Esta es la pieza central de su argumentación:

“Los astronautas recién aterrizados entraron bajo tierra. Hicieron excavaciones, crearon rutas de comunicación subterráneas a grandes distancias y construyeron puntos fuertes a gran profundidad en la tierra para tener seguridad, aunque podían salir de ellos para cultivar zonas de su nuevo hogar e incluyeron en los planes una infraestructura cuidadosamente pensada. Puedo refutar la objeción de que los constructores de túneles debieron “traicionarse” a sí mismos por las enormes cantidades de desechos excavados mientras hacían los túneles. Como les concedo la posesión de una tecnología avanzada, posiblemente estarían equipados con un taladro termal del tipo descrito en *Der Spiegel* el 3 de abril de 1972, que lo consideraban como el último descubrimiento.”

Von Daniken describe cómo se desarrolló el taladro en el laboratorio estadounidense de investigación atómica de Los Alamos. Está hecho de volframio y calentado por un elemento calorífico de grafito. El taladro no produce materiales de desecho, pues funde las rocas y presiona este desecho contra las paredes, en donde se enfría. También cree que los antiguos constructores de túneles tenían una máquina de rayos electrónicos a su disposición. Von Daniken añade entonces:

“Me sentí estimulado al hacer estas especulaciones por el sistema de túneles en el Ecuador. Juan Moricz (mi guía) piensa que las largas y estrechas galerías tienen paredes acristaladas y que las grandes habitaciones fueron hechas por voladuras. Capas de roca limpiamente voladas son claramente reconocidas en la entrada del túnel, como la puerta en ángulo recto extraída de la faz de la roca. El cuidado técnico con que el sistema de túneles fue planificado queda demostrado por los pozos de ventilación, que se producen con intervalos regulares. Estos pozos están trabajados con precisión, y por término medio tienen 17,5 y 1,50 metros de largo y 80 cm. de ancho... Fue, aquí en las profundidades impenetrables, donde los “dioses” decidieron crear los hombres “a su imagen” muchos años después, cuando ya no tenían miedo de ser descubiertos.”

Podemos aceptar o no que el sistema de túneles fuera hecho por hombres del espacio, pero no se puede discutir la habilidad de los constructores originales. Peter Kolosimo, que también se sintió fascinado por los orígenes de los túneles, dice que un viejo lama tibetano le respondió ante una pregunta: “Sí, existen; fueron hechos por gigantes que nos legaron el beneficio de su conocimiento cuando el mundo era joven.”

Hay varias teorías acerca de quiénes eran los creadores originales de los túneles, y por relación, el reino de Agharti, y merece la pena analizarlas individualmente.

El primero de nuestros especuladores, Louis Jacolliot; marqués de Saint-Yves d'Alveydre, y Madame Blavatsky, estaban convencidos, como hemos visto, de que el pueblo del mundo perdido era el resto de una de las razas “raíz” originales del mundo. Habían permanecido en su reino secreto y oculto ante los ojos de los hombres posteriores, contentándose con ocasionales contactos con la humanidad de la superficie. Con la destrucción de la Atlántida, su red de túneles se rompió, y a partir de entonces fue mucho menos utilizada que en eras previas.

Ferdinand Ossendowski y Nicholas Roerich se inclinan hacia el punto de vista oriental de Agharti, según el cual fue fundado hace unos 60.000 años por un hombre santo y una tribu de su pueblo que desapareció bajo la superficie de la tierra, creando el sistema de túneles para tener acceso a otros puntos del planeta. Como dice Ossendowski en *Beasts Men and Gods*:

“Todo el pueblo está protegido allí, contra el mal y no existen los crímenes dentro de sus límites. La ciencia se ha desarrollado en calma y nada está amenazado por la destrucción. El pueblo subterráneo ha alcanzado el conocimiento superior. Ahora es un gran reino de millones de hombres gobernados por el “Rey del Mundo”. Conoce todas las cosas del mundo y lee todas las almas de la humanidad y el gran libro de su destino.”

El Dr. Lewis Spence, Harold Wilkins y sus contemporáneos, quienes han dedicado mucho tiempo a la leyenda de la Atlántida, están convencidos de que los túneles fueron construidos por los atlanteanos y utilizados por ellos para escapar al holocausto que acabó con su continente. Los supervivientes se reestablecieron entonces en diversas partes del mundo, aunque un grupo de ellos

eligió permanecer bajo tierra y crear un reino secreto en donde se sintieran seguros de cualquier catástrofe futura.*

Las teorías de los autores modernos son más grandiosas. El budista Robert Dickhoff dice categóricamente:

“Los primeros constructores de los túneles no eran terrestres, sino colonizadores visitantes de un mundo llamado ahora Marte. Estos colonos extraños tuvieron aquí visiones de competición, y anticipando una batalla por la posesión de la Tierra crearon los sistemas defensivos de túneles y centros o ciudades subterráneos de reunión, entre los que estaba Agharti.”

En su libro *Agharta* explica también cómo fueron construidos los túneles:

“Veo que la línea recta es ciertamente la distancia más corta entre dos puntos dados, y creo también que los antiguos constructores conocían esta ley universal, incorporando así esta idea fundamental cuando abrieron sus túneles en líneas rectas desde un continente a otro con el fin de conseguir rápida comunicación y transporte y al mismo tiempo trabajar la minería terrestre en busca de metales preciosos y materias que pudieran convertir en combustible para sus grandes aparatos espaciales, naves espaciales, o como se quiera llamar a esos dragones que arrojan fuego, recordados por todas las razas antiguas de la tierra, descendiendo de los cielos con una carga de criaturas extrañas de otro mundo.”

Dickhoff cree que los constructores auténticos de los túneles eran hombres de gran estatura y que hay una importante referencia a ellos en el Génesis: “En aquellos días había gigantes en la Tierra.”

“Como el Génesis menciona que estos gigantes o titanes estaban en la tierra y no sobre ella, ello puede dar cuenta de que fueran los au-

* Un escritor norteamericano sobre prehistoria, Brad Steiger, comentó recientemente que esta explicación ha sido ampliamente aceptada por los ocultistas. En un artículo titulado “The Smoky God, Deros and Other Dwellers of Inner Earth” (*Strange Magazine*, vol. 1, N° 3, 1971), dijo: “Los ocultistas interpretan que Agharti es una continuación de la civilización de la Atlántida, cuyos habitantes se contentan con permanecer en su red pacífica de ciudades subterráneas y hacer sólo ocasionales excursiones al mundo exterior.”

ténticos excavadores de túneles, quienes vivían por necesidad en el interior de la tierra. Se han encontrado fósiles de esos gigantes en Java, considerándoseles como los hombres más primitivos, con una antigüedad de aproximadamente medio millón de años.”

También afirma que los marcianos entraron en la Tierra permanentemente tras el hundimiento de la Atlántida, e iniciaron allí la creación de la raza humana.

“Los sintéticos creados por los padres científicos de Marte se mezclaron con el producto de la evolución natural de la tierra, con lo que la raza humana se puso en marcha... La raza humana y subhumana de la tierra es antigua, mucho más antigua que lo que la mayor parte de nosotros podemos pensar.”

El francés Robert Charroux, por otra parte, ha afirmado que los constructores de túneles eran venusinos. Dice que esa teoría no es suya, sino que la ha deducido de los *Vedas* indios y de los *Bardo Thodol* tibetanos. Los venusinos llegaron a este planeta en el año 701.969 de la era de Lucifer —el nombre se utiliza aquí en su sentido literal de “portador de la luz”—, y ellos fueron quienes crearon el gran centro iniciático de Shamballah. Charroux cita entonces a Paul Gregor, a quien describe como un experto sobre el pueblo subterráneo. Dice Gregor:

“Por oscuras razones, se dice que construyeron tremendos altares y que excavaron pozos por los que bajar al interior de la tierra, hasta el núcleo en donde todo el fuego y todo el agua de la tierra tiene su origen, de donde surge toda la corriente de lava de los volcanes. Abajo, entre los sombríos cimientos de todo el universo, se cree que está asentado un pueblo que recibe el nombre de constructores misteriosos.”

Dice Charroux que los teósofos creen también en la teoría venusina:

“Los maestros teosóficos dicen que los señores de Venus fundaron la Gran Logia Iniciática en cuanto llegaron a la Tierra; su hábitat actual es llamada simbólicamente por el nombre antiguo, Shamballah... La leyenda del reino subterráneo en donde los maestros y los archivos secretos del mundo se encuentran en seguridad es una realidad gloriosa.”

El Dr. Raymond Bernard comparte las ideas de Ossendowski y Roerich de que una especie de "Noé de la Atlántida" fundó el reino subterráneo. "La mayor parte de la población humana de Agharti, tan distinta a los habitantes sobrehumanos de origen hiperbóreo, lemurio y atlanteano, se compone de yoguies hindúes y lamas tibetanos que fueron admitidos como resultado del esfuerzo por preservar la vida."

En su libro, *The Subterranean World*, el Dr. Bernard cita lo que llama una "serie de rumores que circulan por Brasil". Dice que varios brasileños le habían contado que el reino es una especie de Jardín del Edén, iluminado por una luminosidad extraña, donde los hombres, mujeres y niños viven en una dieta de diferentes tipos de fruta de modo casi exclusivo. Esas gentes gozan de una salud excelente, están libres de la preocupación y no conocen el crimen. "Viven en un estado de continencia perfecta —dice Bernard—, sin matrimonio. Las mujeres no sólo viven separadas de los hombres, sino que producen hijos sin necesidad de la fertilización masculina. Esas gentes son una super-raza cuyos miembros nunca envejecen, nunca mueren, sino que viven durante siglos en un estado de juventud, en realidad durante miles de años."

A modo de ejemplo, parafrasea dos relatos que le contaron:

"Vino un hombre hasta nosotros y dijo que había entrado en una ciudad subterránea que se halla a cierta distancia de Paranagua, en el sur del Brasil. Estaba iluminada y tenía mucha fruta, incluyendo enormes racimos de uvas, una extraña fruta no conocida en la superficie, manzanas y otros frutos que componen la única dieta de esa gente. Dijo que entró en un vehículo subterráneo que funcionaba con un extraño poder motor, que bajó haciendo espirales hasta que le llevó al agujero interior del mundo, en donde contempló el sol central y unos seres altos semejantes a dioses (los atlanteanos). Tras visitar este "nuevo mundo", volvió a la ciudad. Posteriormente viajó por un túnel hasta otra ciudad subterránea que se encontraba a cientos de kilómetros de distancia. La entrada del túnel tenía por delante una cascada de agua caliente. Estaba cerca de las cascadas Iguazú, en la frontera de Paraguay."

En el segundo relato, otro brasileño le describió que había bajado por "un túnel iluminado y bien recortado" durante tres días, veinte horas al día, hasta que llegó a un inmenso e iluminado

espacio lleno de edificios y huertos de frutas. "La gente que vivía allí era una copia exacta los unos de los otros, sin variaciones individuales. Los sexos vivían separados y todas las mujeres parecían tener entre quince y veinte años, aunque la edad de varias de ellas era de varios siglos. Esas mujeres tenían hijos por partenogénesis, y todas eran madres virginales." Aquel hombre volvió al mundo de la superficie por un túnel de salida.

El Dr. Bernard se apresura a señalar que no tiene pruebas de que tales historias sean verídicas, "pues las personas que las contaron se sentían impulsadas en la mayor parte de los casos por motivos monetarios". "Pero —añadie— en general están de acuerdo unos con otros en que: primero, estas ciudades subterráneas estaban iluminadas; segundo, se hallaban habitadas por una super-raza, y tercero, conectadas entre sí por una red de túneles".

Charles A. Marcoux, el director del Subsurface Research Center en Phoenix, Arizona, que ha estado investigando la leyenda de Agharti durante veinte años, cree también que los habitantes son de origen atlanteano, de piel blanca, con ojos azules y cabellos rubios. A pesar de habitar en el subsuelo gozan de un clima subtropical, y obtienen la ventilación mediante un sistema de túneles y pozos de aire camuflados. Dice también que tienen máquinas purificadoras de aire que se parecen a detectores rodantes de radar, que limpian la atmósfera de toda impureza:

"Es un "rayo barredor" que literalmente "barre" la atmósfera de todos los elementos radiactivos. La mayor parte de ellos son móviles y tienen una antena parecida a un ventilador, y están diseñados como una tela de araña que atrae las partículas radiactivas del aire y las procesa por unos filtros que eliminan todas las sustancias nocivas para la vida."

Afirma Marcoux que estas máquinas no sólo eliminan los venenos del aire, sino que le añaden sustancias vitales que producen un efecto beneficioso sobre la vida vegetal y humana. La gente vive sobre todo de frutas, habiendo un gran número de variedades conocidas en la superficie terrestre. "Una uva blanca y roja es común allí, y es más pura que la azul —dice—. Las carnes de melón se convierten en un jugo que ayuda a estimular la mente y la hace más receptiva a las corrientes de pensamiento benéfico. Se bañan en las corrientes naturales de las aguas allí existentes."

Las afirmaciones de este notable investigador norteamericano, que dice están basadas principalmente en "los mensajes mentales" que ha recibido, parecen coincidir mucho con nuestra idea de una sociedad utópica y vegetariana muy preocupada por la radiactividad y la polución atmosférica.

Sin embargo, quizá la más notable afirmación de Marcoux sea el método del que se vale la gente del reino subterráneo para viajar por sus túneles; pues de acuerdo con su informe, son los creadores de lo que comúnmente llamamos Objetos Volantes No Identificados. Y no utilizan esos misteriosos aparatos sólo en el sistema de túneles, sino que ocasionalmente aparecen también en nuestro cielo. Si esta teoría es cierta —y hay otros que apoyan la idea—, ofrece una de las más fascinantes soluciones al enigma de los platillos volantes, que han sorprendido a la humanidad durante muchos años. Y también explica los extraños enigmas de los "carros de un tipo desconocido para las razas occidentales" de Ossendowski, que recorrían el mundo subterráneo, y de la forma esférica de Roerich con una superficie brillante en el cielo de Mongolia, y añade peso a la convicción de escritores como Eric Von Daniken de que los creadores de Agharti pudieron ser principalmente gentes del espacio.

Los platillos volantes son uno de los misterios más extraños y persistentes del siglo XX. Aunque los investigadores han demostrado que los informes de "formas y luces" extrañas en los cielos se corresponden con las descripciones que se han hecho desde los días de los antiguos griegos. Sin embargo, hasta este siglo siempre se ha supuesto que eran de origen extraterrestre, y aparecían sobre la Tierra en misiones de vigilancia de alguna civilización de la galaxia.* El hombre que realmente propuso por primera vez la

* Recientemente, en un fascinante artículo, "UFOs and the Mystery of Agharti", aparecido en *Prediction* en enero de 1979, Nadine Smyth se dedicó a este problema y escribió: "La explicación extraterrestre de los UFOS está siendo ampliamente cuestionada hoy entre los estudiosos del tema; especialmente porque las pruebas espaciales dirigidas hacia nuestros vecinos más cercanos a nuestro sistema solar han revelado que no hay en ellos vida ni posibilidad de vida tal como la conocemos. Cada vez más, los expertos en el tema UFOS consideran la posibilidad de una explicación psíquica en lugar de física. Sugieren que los UFOS no vienen de otros planetas, sino de otras dimensiones: "... un mundo invisible coincidente con el espacio de nuestra tierra física". Como expresó el general del aire Sir Victor Goddard en una conferencia que dio en Caxton Hall en 1969. ¡La tierra interior! ¿Es ésta la auténtica verdad sobre Agharti y Sham-

idea de que podían proceder de algún lugar más cercano —del mismo planeta Tierra— fue un profesor brasileño, el Dr. Henrique Bose de Souza.

El profesor De Souza, que vivió en San Lorenzo y fue presidente de la Sociedad Teosófica brasileña, desarrolló la teoría con un amigo íntimo, el comandante Paulo Strauss, miembro de la Armada brasileña. Publicaron por primera vez sus conclusiones en una serie de artículos que aparecieron en una revista brasileña, *O Cruzeiro*, en febrero de 1955. En tres artículos, el profesor De Souza y el comandante Strauss afirmaron que aunque era evidente que ninguna nación de la Tierra había creado las máquinas volantes —ciertamente ni los rusos ni los norteamericanos, pues habrían aprovechado la ventaja propagandística del hecho, sugerían los dos autores—, también era igualmente claro por la investigación espacial que resultaba inconcebible que tales aparatos pudieran viajar desde los muy distantes planetas en donde era posible, aunque no estuviera probado que existiera algún tipo de vida. Según De Souza y Strauss, entonces la única posibilidad que cabía esperar es que los UFOS tuvieran su origen en la Tierra, y precisamente en su interior.

El profesor De Souza, en su capacidad de dirigente de los teósofos brasileños, había estado muchos años interesado en la leyenda de Agharti, y cuanto más pensaba en el reino subterráneo y su red de túneles, y en cómo era concebible que alguien pudiera utilizarlos sin una forma muy especial de transporte, más llegaba a la conclusión de que la respuesta estaba en los platillos volantes. Estaba fuera de toda duda que los habitantes subterráneos eran un pueblo avanzado, pues si eran capaces de vivir y prosperar bajo la superficie terrestre seguramente no había motivo para que no hubieran desarrollado una forma de transporte mucho más sofisticada que las conocidas en la Tierra. Y la propia forma, maniobrabilidad y velocidad que se adjudicaba a esos aparatos parecía

ballah? ¿Que las leyendas sobre la tierra interior, el mundo escondido etc., son en realidad intentos para expresar una realidad física? Ello enlazaría con un relato que dice que Shamballah está localizada en el desierto de Gobi, pero sólo puede ser visto por los iniciados y es invisible para todos los demás. ¿Son realmente un misterio Agharti y los UFOS? ¿Hay un Agharti físico y otro que no lo es? ¿Y sus habitantes son benignos, malignos, o ambas cosas? Estas preguntas pueden despreciarse considerándolas fantásticas; pero, por otra parte, quizá sean más importantes de lo que creemos.

hacerlos idealmente convenientes para atravesar la red de túneles del reino subterráneo.

En 1957, las ideas de De Souza y Strauss fueron cuidadosamente examinadas por un autor, O. C. Huguenin, en su libro *From The Subterranean World To The Sky: Flying Saucers*. Tras declarar que "la hipótesis de los platillos volantes no parece aceptable", Huguenin escribía:

"Debemos considerar la reciente e interesante teoría que se ha ofrecido para dar cuenta del origen de los platillos volantes: la existencia de un gran mundo subterráneo con innumerables ciudades en las que viven millones de habitantes. Esta otra humanidad debe haber alcanzado un altísimo grado de civilización, organización económica y social, desarrollo cultural y espiritual, junto con un extraordinario progreso científico, en comparación con los cuales la humanidad que vive en la superficie terrestre puede considerarse como una raza de bárbaros. De acuerdo con una información suministrada por el comandante Paulo Strauss, el mundo subterráneo no se limita a cavernas, sino que es más o menos extenso y está localizado en un interior hueco de la Tierra lo bastante grande para contener ciudades y campos, en donde viven animales y seres humanos, y cuya estructura física se parece a la de los de la superficie."

Huguenin describe entonces cómo estas gentes, muy avanzadas respecto al resto de la humanidad en términos de desarrollo científico, idearon máquinas llamadas *Vimanas* que "vuelan por los cielos y túneles como aviones, utilizando una forma de energía obtenida directamente de la atmósfera". Dice que eran "idénticos a lo que conocemos como platillos volantes".

Sigue diciendo:

"Antes de la catástrofe que destruyó la Atlántida, sus habitantes buscaron refugio en el mundo subterráneo, adonde viajaron en sus *Vimanas* o platillos volantes... Desde entonces, sus platillos volantes han permanecido en el interior de la Tierra y fueron utilizados como fines de transporte de un punto a otro."

Desde 1957, esta teoría ha sido propuesta de nuevo en varias ocasiones, más de una vez por el norteamericano Ray Palmer, quien declaró en 1959 que "hay muchas evidencias que demues-

tran la existencia de un lugar desconocido de grandes dimensiones bajo la superficie terrestre donde, con gran probabilidad, pueden tener su origen los platillos volantes". El Dr. Raymond Bernard cree que los UFOS de Agharti pueden funcionar con el poder *vril*:

La trágica muerte y desaparición del capitán Mandell, quien perseguía un platillo volante hasta que este último perdió la paciencia y le hizo desaparecer desintegrándolo en átomos, indicaría que la raza tiene en su mano una forma superior de energía a la que Bulwer Lytton dio el nombre de *vril*, que es la que mueve sus aparatos y que sólo utilizan con propósitos destructivos cuando se ven obligados a hacerlo para defenderse."

Y John A. Keel ha observado que como extrañas gentes de apariencia oriental han sido asociadas con diversas observaciones de platillos volantes, ello podría ser otra pista que nos vinculara con Agharti y su centro bajo el Tibet. Es interesante que todos estos autores creen que los UFOS tienen una "misión": impedir que el mundo se destruya por una catástrofe radiactiva.

Como dije antes, esta teoría nos proporciona una explicación de las dos inusuales observaciones que hay en las obras de Ferdinand Ossendowski y Nicholas Roerich. En *Beasts, Men and Gods*, publicado en 1923 mucho antes de que se acuñaran los términos UFO o platillos volantes, Ossendowski describe que la gente de Agharti "en carros extraños y desconocidos para nosotros recorren las estrechas hendiduras que hay en el interior de nuestro planeta". ¿Qué otra cosa podrían ser sino platillos volantes, se han preguntado varios expertos? Y citan también el libro de Roerich, *Heart of Asia* (1928):

"Vimos algo brillante que volaba muy alto desde el noroeste hasta el sur. Teníamos tres poderosos prismáticos de campaña en las tiendas y vimos un gran cuerpo esferoidal que brillaba contra el sol, claramente visible con el cielo azul, y que se movía a gran velocidad. Después vimos que cambiaba agudamente de dirección desde el sur hasta el sudoeste y desaparecía tras la cima nevada de la cadena Humboldt. Todo el campamento vio la inusual aparición y los lamas susurraron: "Es el signo de Shamballah".

El lector debe recordar que en 1928 aún no se había inventado ningún aparato de ese tamaño, forma, velocidad o maniobrabilidad.

Por tanto, todas esas evidencias —las extrañas luces verdes, los persistentes sonidos, la posibilidad geológica de cavidades habitables bajo la superficie terrestre, los recursos para un enorme proyecto de túneles y la capacidad científica para dirigir un mundo subterráneo—, además de las leyendas e historias que he contado, me convencieron de que Agharti es una realidad. En algún lugar bajo la llanura del Tíbet está esa nación, una super-raza de personas notables que todavía existen y viven. Es otro de los misterios existentes en nuestro mundo que sólo nuestra falta de conocimiento nos impide entender.

Todavía me sigue intrigando la identidad de esos pueblos. El lector puede juzgar por sí mismo si son los restos de la civilización perdida de la Atlántida, un pueblo de cultura antediluviana, o incluso seres de otro mundo más allá de la galaxia. Creo que ya se puede dudar menos de la enorme red de pasadizos que cruzan la Tierra; un tributo a su notable habilidad como constructores. Quizá sea cierto que una gran parte de este laberinto se halla perdido y no pueda descubrirse; pero creo que hay suficientes restos que demuestran la hipótesis que he planteado en estas páginas.

Aún nos queda por considerar un último elemento de la historia de Agharti: la afirmación de que este mundo subterráneo está gobernado por un señor todopoderoso, el "Rey del Mundo". Ossendowski, Roerich y otros han escrito sobre esta figura misteriosa, cada uno independientemente del otro, describiéndola como el "guía y luz de la Tierra", un hombre sintonizado con el bien y la humanidad, capaz de dirigir la vida e inspirar las religiones del mundo. Esas afirmaciones resultan algo difíciles de aceptar *ipso facto*, y aunque no despreciaría la idea de un gobernante supremo del reino subterráneo, pienso que se ha exagerado respecto a sus poderes. Si existe, creo que es probablemente un iniciado superior, que conserva las tradiciones de un pueblo desde los tiempos antiguos. Me he visto llevado a esa conclusión porque la mayor parte de las descripciones que se hacen de él tienden a ser oscuras: quizá la más convincente y aceptable sea la de Ferdinand Ossendowski en *Beasts, Men and Gods*. En ese libro, Ossendowski refiere que un lama tibetano le habló de una visita del "Rey del Mundo" a una lamasería de Lhasa:

"Una noche de invierno, varios jinetes cabalaron hacia el monasterio y pidieron que todos los lamas se congregaran en la sala del trono. Entonces, uno de los extranjeros subió al trono, en donde se quitó el *bashlyk* o cobertura de la cabeza. Todos los lamas cayeron de rodillas al reconocer al hombre que había sido descrito hacía tiempo en las bulas sagradas del Dalai Lama, Tashi Lama y Bogdo Khan. Era el hombre al que pertenecía todo el mundo y que había penetrado en todos los misterios de la naturaleza. Pronunció una oración tibetana, bendijo a todos los oyentes y después hizo predicciones para el medio siglo siguiente. Esto fue hace treinta años, y entre tanto todas sus profecías se han cumplido.

"Durante sus oraciones en el pequeño santuario se abrió por sí sola una enorme puerta roja; las velas y luces lucieron solas; y los sagrados braseros, que no tenían carbón, soltaron grandes corrientes de incienso que llenaron la habitación. Y entonces, sin previa advertencia, el rey y sus compañeros desaparecieron de entre nosotros. No quedó ningún rastro tras él, salvo los pliegues en los cobertores de seda, que se alisaron solos y dejaron el trono como si nadie se hubiera sentado encima."

Particularmente le interesaron dos hechos de esta declaración: en primer lugar, que hablaba de profecías que se habían convertido en realidad, y en segundo, la mención de una puerta por la que había desaparecido el "Rey del Mundo". ¿Podía ser una de las puertas de entrada a Agharti?

La investigación posterior me ha llevado a creer que así era; y que esa puerta aún existe, en el corazón del palacio del exiliado Dalai Lama, en el Potala, que se asienta sobre una pequeña montaña, rodeado de monasterios y templos, en Lhasa. Mi convicción se vio reforzada en principio por una afirmación bastante enigmática de un lama que cita Roerich: "La capital de Agharti está rodeada de ciudades de sumos sacerdotes y científicos. Recuerda a Lhasa, en donde el palacio del Dalai Lama se asienta sobre una montaña cubierta de monasterios y templos. Están unidos física y espiritualmente." No se puede evitar la deducción de todo esto, y después de conseguir una ilustración de la enorme puerta roja del salón del trono del Potala, descubrí que concordaba tan exactamente con la descripción de Ossendowski que no me quedó duda de que se encuentra allí uno de los túneles auténticos de Agharti. Quizá llegue el día en que yo, o alguna otra alma intrépida del exterior de las fronteras del Tíbet, tendrá la posibilidad

de poner a prueba esta teoría y abrir por fin el camino al misterioso mundo subterráneo.

La posibilidad de que el "Rey del Mundo" hubiera hecho una serie de predicciones que posteriormente se cumplieron me lleva a investigar la declaración original. Cuando la encontré, vi que la afirmación del viejo lama que Ossendowski había citado no estaba muy lejos de la verdad. Según el tibetano, el "Rey del Mundo" hizo sus declaraciones hace treinta años, lo que nos lleva a suponer que fue treinta años antes de la publicación del libro de Ossendowski, en 1922.

Esto es, pues, lo que preveyó del futuro del mundo desde 1890, y dejó al lector que interprete por sí mismo la visión del rey de la guerra mundial, la caída de los monarcas, el surgimiento (y finalmente) la caída del comunismo, y la inexorable degeneración de la humanidad. Quizá sus últimas observaciones sobre la necesidad de que el pueblo de Agharti sirva como agente de observación de nuestro mundo condenado constituyan el modo más conmovedor de terminar un libro como éste. Ciertamente, hay creyentes en el reino que dicen que esto es precisamente lo que han estado esperando hacer en sus fortalezas subterráneas durante eras indecibles...

"Cada vez más, la gente olvida sus almas y se preocupa de sus cuerpos. El mayor pecado y corrupción reinará sobre la Tierra. La gente se convertirá en animales feroces, sedientos de la sangre y la muerte de sus hermanos. El "creciente" crecerá y sus seguidores descenderán a la guerra incesante de pillaje. Los conquistadores serán destrozados por el sol, pero no habrá progreso, y por dos veces serán visitados por la mala fortuna, que terminará en el insulto ante la vista de otros pueblos. Caerán las coronas de los reyes, grandes y pequeñas... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... Habrá una terrible batalla entre todos los pueblos. Los mares enrojecerán... la tierra y el fondo de los mares se cubrirán de huesos... los reinos se esparcerán... pueblos enteros morirán... hambre, enfermedad, crímenes desconocidos por la ley nunca antes vistos en el mundo.

"Los enemigos de Dios y del espíritu divino vendrán al hombre. Aquellos que tomen la mano de otro también perecerán. Los olvidados y perseguidos se elevarán y llamarán la atención de todo el mundo. Habrá nieblas y tormentas. Las montañas desnudas se cubrirán de repente de bosques. Se producirán terremotos... Millones de personas cambiarán los grilletes de la esclavitud y la humillación por el hambre,

la enfermedad y la muerte. Las antiguas carreteras se cubrirán con masas errantes de un lugar a otro. Las más hermosas y mayores ciudades perecerán bajo el fuego... una, dos, tres... El padre se levantará contra el hijo, el hermano contra el hermano y la madre contra la hija... El vicio, el crimen y la destrucción del cuerpo y alma se producirán... Las familias se separarán... La verdad y el honor desaparecerán...

"Entonces enviaré a un pueblo, ahora desconocido, que quitará la locura de las malas hierbas del vicio con una mano fuerte y conducirá a aquellos que aún permanezcan fieles al espíritu del hombre a luchar contra el mal. Ellos encontrarán una nueva vida en la Tierra purificada por la muerte de las naciones. En el año quinceavo, sólo tres grandes reinos aparecerán, que existirán felizmente durante setenta y un años. Después habrá dieciocho años de guerra y destrucción. Entonces los pueblos de Agharti subirán de nuevo desde sus cavernas subterráneas a la superficie de la Tierra."

BIBLIOGRAFIA

- HAROLD BAYLEY, *Archaic England*, Chapman & Hall 1919.
- DR. RAYMOND BERNARD, *The Subterranean World*, University Books, 1960.
- J. H. BRENNAN, *Occult Reich*, Futura Publications, 1974.
- W. S. BLACKET, *Lost Histories of America*, New York, 1883.
- HELENA BLAVATSKY, *Isis Unveiled*, Theosophical Publishing House, 1877.
- —, *La doctrina Secreta*, Cárcamo, 1978.
- ANDRE CHALEIL, *Les Grandes Initiés de Notre Temps*, Pierre Blefond, 1978.
- ROBERT CHARROUX, *Libro del pasado misterioso*, Plaza Janés, 1980.
- ROBERT ERNST DICKHOFF, *Agharti*, Health Research Co, 1951.
- ERICH VON DANIKEN, *The Gold of the Gods*, Souvenir Press, 1972.
- SABINE BARING-GOULD, *Curious Myths of the Middle Ages*, Rivingtons, 1894.
- —, *Cliff Castles and Cave Dwellings of Europe*, Seeley 1911.
- DR. ANTONIN HORAK 'A remarkable Underground Grotto', *National Speleological Society News*, 1965.
- O. C. HUGUENIN, *The Subterranean World To The Sky: Flying Saucers*, Rio de Janeiro, 1957.
- LOUIS JACOLLIOT, *La Bible Dans L'Indie*, Paris, 1868.
- —, *Le Spiritisme dans le Monde*, Paris, 1875.
- —, *Histoire des Vierges*, Paris, 1879.
- —, *Occult Science in India*, Ryder, 1884.
- FRANCIS KING, *Satan and the Swastika*, Mayflower Books, 1976.
- PETER KOLOSIMO, *El planeta incógnito*, Plaza Janés, 1973.
- —, *Not of the World*, Souvenir Press, 1969.
- LUDVIG, BARON VON HOLBERG, *Niels Klim's Journey Underground*, 1741.
- EDWARD GEORGE BULWER LYTTON, *Zanoni*, George Routledge, 1842.
- —, *A Strange Story*, George Routledge, 1861.
- —, *The Coming Race*, George Routledge, 1871.
- WALTER MAPES, *De Nugis Curialium*, c. 12th Century.
- AJIT MOOKERJEE & MADHU KHANNA, *The Tantric Way*, Weidenfeld & Nicolson, 1977.

COLECCION LA TABLA DE ESMERALDA

- EL ESOTERISMO EN EL SIGLO XVIII, *por Antoine Faivre.*
ZOROASTRO, *por Jean Varenne.*
ELIPHAS LEVI Y EL CONOCIMIENTO MAGICO, *por Alain Mercier.*
ANTOLOGIA DEL OCULTISMO, *por Robert Kanter y Robert Amadou.*
LA REENCARNACION, *por PÁPUS (Dr. Gérard Encause).*
PARACELSO O EL TORMENTO DE SABER, *por Pierre Mariel.*
TRATADO METODICO DE MAGNETISMO PERSONAL, *por Paul-C. Jagot.*
FORMULARIO DE ALTA MAGIA, *por P.-V. Piobb.*
EL KYBALION, *por Tres Iniciados.*
LAS CLAVES DE LA ASTROLOGIA, *por Jacques Halbronn.*
EL OCULTISMO, *por PÁPUS (Dr. Gérard Encause).*
LIBRO DE LOS PRINCIPIOS CABALISTICOS, *por A.-D. Grad.*
SENDA DIVINA, *por Suami Sivananda.*
EL LIBRO TIBETANO DE LOS MUERTOS (BARDO-THÓDOL).
LA GUERRA SECRETA DE LO OCULTO, *por Jacques Bergier.*
I CHING (EL LIBRO DEL CAMBIO), *por J. Blofeld.*
LEVITACION, *por S. Richards.*
EL LIBRO EGIPCIO DE LOS MUERTOS, *por Albert Champdor.*
METAL MAGICO, *por Mellie Uylert.*
CARTAS ASTRALES, *por John Filbey.*
MAGIA EXPERIMENTAL, *por J. H. Brennan.*
LA APERTURA DEL TERCER OJO, *por el Dr. Douglas Baker.*
EL MISTERIO DE LOS SUEÑOS, *por Thylbus.*
LOS TALISMANES, DEVELADOS, *por Ives Gael.*
TODA LA NUMEROLOGIA, *por Jean-Pol de Kersaint.*

MANUALES

- MANTRAS, SAGRADAS PALABRAS DE PODER, *por John Blofeld.*
INTRODUCCION A LOS CHAKRAS, *por Peter Rendel.*
TEORIA Y PRACTICA DE LA PROYECCION ASTRAL, *por Anthony Martin.*
PRACTICA DEL VIAJE EN EL TIEMPO, *por Colin Bennet.*
COMO DESARROLLAR LA CLARIVIDENCIA, *por W. E. Butler.*
TEORIA Y PRACTICA DEL HIPNOTISMO, *por William J. Ousby.*

- PROFESSOR FRIEDRICH MAX MULLER, *Sacred Books of the East*, London, 1875.
- MARQUIS DE NADAILLAC, *Pre-Historic America*, New York, 1885.
- ERIC NORMAN, *This Hollow Earth*, Lancer Books, 1972.
- JOSEPH O'NEILL, *Land Under England*, Victor Gollancz, 1935.
- FERDINAND OSSENDOWSKI, *Beasts, Men and Gods*, Edward Arnold, 1923.
- —, *Man and Mystery in Asia*, Edward Arnold, 1924.
- LOUIS PAUWELS & JACQUES BERGIER, *The Morning of the Magicians*, Anthony Gibbs & Phillips, 1960.
- TREVOR RAVENSCROFT, *The Spear of Destiny*, Neville Spearman, 1972.
- HERMANN RAUSCHNING, *Hitler me dijo*, Atlas, 1946.
- CONSTANTINE NICHOLAS ROERICH, *Altai-Himalaya: A Travel Diary*, Jarrolds, 1930.
- —, *Shamballah*, Jarrolds, 1930.
- —, *Abode of Light*, David Marlow, 1947.
- J. A. SAINT-YVES D'ALVEYDRE, *The Mission of India in Europe*, Paris, 1886.
- PROFESSOR HENRIQUE JOSE DE SOUZA, 'Does Shangri-La Exist?' *Brazilian Theosophical Society Journal*, 1960.
- LEWIS SPENCE, *Myths of the North American Indians*, Rider, 1914.
- —, *The Problem of Atlantis*, Rider, 1924.
- —, *Atlantis in America*, Rider 1925.
- —, *The History of Atlantis*, Rider, 1926.
- JOHN LLOYD STEPHEN, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, Educa, 1971.
- TASHI LAMA III, *The Way to Shamballah* (Trans) Munich, 1915.
- HAROLD T. WILKINS, *Mysteries of Ancient South America*, Rider, 1946.
- —, *Secret Cities of Old South America*, Rider, 1950.
- SIR JOHN WOODROFFE, *Shakti and Shakta*, Calcutta, 1920.

TITULOS DE LA COLECCION NUEVOS TEMAS

- VIDA DESPUES DE LA VIDA**, por Raymond A. Moody, Jr.
- SIRAGUSA, MENSAJERO DE LOS EXTRATERRESTRES**, por Victorino del Pozo
- PROYECTO LIBRO AZUL**, por Brad Steiger
- EL EFECTO DE LOS IONES**, por Fred Soyka y Alan Edmonds
- REFLEXIONES SOBRE VIDA DESPUES DE LA VIDA**, por Raymond A. Moody, Jr.
- LA CUESTION HOMOSEXUAL**, por C. A. Tripp
- LA OTRA ATLANTIDA**, por Robert Scrutton
- CONTACTOS CON EXTRATERRESTRES**, por Brad Steiger
- USTED YA ESTUVO AQUI**, por Edith Fiore
- MENSAJEROS DE LA LUZ**, por David Tansley
- EL PODER DEL PENSAMIENTO ALFA... MILAGRO DE LA MENTE**, por Jess Stearn
- ¿QUIEN SUPLANTARA A DIOS?**, por Ted Howard y Jeremy Rifkin
- LO QUE VIERON... A LA HORA DE LA MUERTE**, por K. Osis y E. Haraldsson
- RISA DESPUES DE LA RISA**, por Raymond A. Moody, Jr.
- EL INFLUJO DE LA LUNA**, por Arnold L. Lieber
- EL PULSO SILENCIOSO**, por George Leonard
- VIDA ANTES DE LA VIDA**, por Helen Wambach
- MUNDOS ANTERIORES AL NUESTRO**, por Brad Steiger
- SECRETOS DE LA PERDIDA ATLANTIDA**, por Robert Scrutton
- NUEVOS DESCUBRIMIENTOS SOBRE LA REENCARNACION**, por Gina Cerminara
- MAS ALLA DE LA MUERTE**, por Alain Sotto y Varinia Oberto
- LA REVELACION DE RAMALA**, por The Ramala Society
- LA MAGIA DEL PODER PSICOTRONICO**, por Robert B. Stone
- LA CONQUISTA DE LA VIDA**, por el Dr. A. Silverstein
- EL PODER TOTAL DE LA MENTE**, por el Dr. D. L. Wilson
- SUPERWOMAN**, por Shirley Conran
- COMO INVERTIR EN LA CRISIS**, por Douglas R. Casey